WILLIAM

BARCLAY

Volumen 13

HEBREOS

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO

–Tomo 13–

Carta a los Hebreos

Editorial CLIE
Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO
Volumen 13 - Hebreos

Traductor de la Obra completa: Alberto Araujo
© por C. William Barclay. Publicado originalmente en 1970
y actualizado en 1991 por The Saint Andrew Press,
121 George Street, Edimburgh, EH2 4YN, Escocia.
© 1994 por CLIE para la versión española.

Depósito Legal:
ISBN 978-84-7645-895-2 Obra completa
ISBN 978-84-8267-634-0 Volumen 13

Clasifíquese: 0266 COMENTARIOS COMPLETOS N.T. -Hebreos
C.T.C. 01-02-0266-10
Referencia: 22.38.59

Portada
Portada interior
Créditos
Prestentación
Introducción a la Carta a los Hebreos
El fin de lo fragmentario (1:1-3)
Por encima de los ángeles (1:4-14)
La Salvación que no debemos descuidar (2:1-4)
Recuperación del destino humano (2:5-9)
El sufrimiento esencial (2:10-18)
Más grande que el mayor (3:1-6)
Mientras dura el día de hoy (3:7-19)
El reposo que no osaremos perder (4:1-10)
El temor a la Palabra (4:11-13)
El Sumo Sacerdote ideal (4:14-16)
Identificado con la humanidad y con Dios (5:1-10)
Resistirse a crecer (5:11-14)
La necesidad de progresar (6:1-3)
Crucificar a Cristo otra vez (6:4-8)
El lado más luminoso (6:9-12)
La esperanza que no falla (6:13-20)
El Sumo Sacerdote de la orden de Melquisedec (7)
El Rey y Sacerdote auténtico (7:1-3)
La grandeza de Melquisedec (7:4-10)
El nuevo Sacerdote y el nuevo camino (7:11-20)
El sacerdocio supremo (11:17-19)
El Sumo Sacerdote que necesitábamos (7:26-28)
El acceso a la realidad (8:1-6)
La nueva relación con Dios (8:7-13)
La gloria del tabernáculo (9:1-5)
El único acceso a la presencia de Dios (9:6-10)
El Sacrificio que nos da acceso a Dios (9:11-14)
La única manera de obtener el perdón (9:15-22)
La purificación integral (9:23-28)
El único Sacrificio aceptable a Dios (10:1-10)
Cristo es definitivo (10:11-18)
Quién es Cristo para nosotros (10:19-25)

El peligro que hay en todas las cosas (10:26-31)
El peligro de resbalar (10:32-39)
La esperanza cristiana (11:1-3)
La fe de la ofrenda aceptable (7:4)
Caminando con Dios (11:5, 6)
Uno que creyó lo que Dios le dijo (11:7)
La aventura y la paciencia de la fe (11:8-10)
Creer lo increíble (11:11, 12)
Forasteros y apátridas (11:13-16)
El Sacrificio supremo (11:17-19)
La fe que vence a la muerte (11:20-22)
La fe y sus secretos (11:23-29)
La fe que desafía a los hechos (11:30, 31)
Los héroes de la fe (11:32-34)
El desafío del sufrimiento (11:35-40)
La carrera y la meta (12:1, 2)
El nivel de comparación (12:3, 4)
La disciplina de Dios (12:5-11)
Deberes, objetivos y peligros (12:12-17)
El terror del Antiguo Pacto y la gloria del Nuevo (12:18-24)
La obligación suprema (12:25-29)
Las evidencias de la vida cristiana (13:1-6)
Los líderes y el Líder supremo (13:7, 8)
El verdadero y el falso sacrificio (13:9-16)
Obediencia y oración (13:17-20)
Oración, saludo y bendición (13:20-24)
Palabras griegas, latinas y hebreas
Nombres y temas que aparecen en el texto
Autores y libros que se recomiendan

PRESENTACIÓN

Cuando leemos *La Carta a los Hebreos* nos damos cuenta de que es diferente del resto del *Nuevo Testamento.* En las biblias antiguas españolas se leía que era del apóstol Pablo, pero en las más recientes se la deja como anónima. Tampoco sabemos a quiénes iba dirigida, porque el título «A los Hebreos» se le puso más tarde, a falta de otro.

De los hebreos de Palestina tenemos muchos reportajes gráficos en los *Evangelios* y en el *Libro de los Hechos;* pero aquí ni siquiera se mencionan los fariseos y los saduceos, los romanos y los publicanos, el sanedrín y el templo, entre otras muchas cosas que esperaríamos; y sí se habla de otras de las que no trata ningún otro libro del *Nuevo Testamento,* como el Sacerdocio de Melquisedec, el Tabernáculo del desierto, el Día de la Expiación y el mismo Nuevo Testamento. Esto nos hace suponer que los cristianos del pueblo de Israel a los que se dirige este «mensaje de aliento» (13:22) —porque no cabe duda que se escribió para judíos que habían aceptado a Jesús de Nazaret como el Mesías— no eran los de Palestina, sino los de la diáspora, a los que pertenecería también el autor. Estos judíos, aunque mantenían contacto con «la madre patria», habían olvidado ya hacía mucho tiempo el hebreo y el arameo, y usaban en sus sinagogas la traducción al griego que se había hecho hacía ya tres siglos de las Escrituras del pueblo de Israel, entre las que incluían otros libros que ya se habían escrito originalmente en griego, algunos de los cuales heredó la Iglesia Primitiva.

Este es el ambiente en el que nos introducimos cuando leemos *La Carta a los Hebreos.* Para explorar sus secretos necesitaremos un guía experto en los vericuetos del judaísmo del período intertestamentario; alguien que nos explique las palabras, alusiones, leyendas y técnicas interpretativas de aquellos hebreos que vivían en tres mundos: el de la Ley de Israel, el de la filosofía griega y el del Imperio Romano.

Y somos muy afortunados; porque «es verdad que tenemos el guía ideal que necesitábamos y que nos convenía tener»: William Barclay. A sus reconocidas dotes de comunicador, adjunta aquí sus

conocimientos enciplopédicos de la antigüedad clásica, que fue su primera carrera universitaria; y, sobre todo, de la lengua y cultura helenística, de lo que era profesor en la Universidad de Glasgow. Con su estilo conversacional característico nos reconstruye ese periodo que, nos dice, «los cristianos debemos estudiar con interés especial; porque, si sus enemigos hubieran conseguido destruir totalmente la fe de Israel, como se propusieron, ¿cómo se habrían hecho realidad las promesas de Dios?»

En muchas cosas se identifican el autor y el comentarista de *La Carta a los Hebreos.* A William Barclay también se le puede aplicar lo que él dice de aquél: «El autor de *Hebreos* llega aquí a las consecuencias prácticas de todo lo que ha estado diciendo. De la teología pasa a la exhortación práctica. Es uno de los teólogos más profundos del *Nuevo Testamento,* pero toda su teología está gobernada por el sentido pastoral. No piensa sólo para sentir la emoción de la aventura intelectual, sino para apelar con más fuerza a los hombres para que entren en la presencia de Dios.»

Tampoco tienen los dos nada más que un «tema», que es Jesús, al Que nos presentan en esta cantera inagotable de piedad y doctrina cristiana como El gran Pastor de las ovejas, Nuestro Precursor, El Pionero de nuestra Salvación, Ministro del Santuario, El Autor y Consumador de nuestra Fe, Rey y Sumo Sacerdote supremo, Apóstol de nuestra Confesión, Sacrificio definitivo e irrepetible, y otros títulos gloriosos que sólo Le pertenecen a Él, que podremos saborear y asimilar en la lectura y estudio de este libro.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN A LA CARTA A LOS HEBREOS

DIOS SE REALIZA DE MUCHAS MANERAS

La religión no es la misma cosa para todas las personas. «Dios —como dijo Tennyson— se realiza de muchas maneras.» George Russell dijo: «Hay tantas maneras de subir a las estrellas como personas dispuestas a intentarlo.» Hay un dicho corriente en inglés que expresa muy bien esta gran verdad: «Dios tiene su pasadizo

secreto para entrar en todos los tipos de corazones.» Hablando en general, hay cuatro grandes concepciones de la religión.

(i) Para algunas personas es *una íntima comunión con Dios.* Es una unión con Cristo tan estrecha y tan íntima que el cristiano puede decir que vive en Cristo y Cristo vive en él. Esa era la concepción que Pablo tenía de la religión. Para él era algo que le unía místicamente con Dios.

(ii) Para algunas personas la religión es lo que les da *un estándar para la vida y un poder para alcanzarlo.* En términos generales eso era la religión para Santiago y Pedro. Era algo que les mostraba lo que debería ser la vida, y que los capacitaba para alcanzarlo.

(iii) Para algunas personas la religión es *lo que satisface sus mentes al más alto nivel.* Con su inteligencia buscan y buscan hasta encontrar que pueden descansar en Dios. Fue Platón el que dijo que «no vale la pena vivir sin discernimiento.» Hay personas para las que el sentido de la vida consiste en entender o morir. En conjunto, eso es lo que la religión era para Juan. El primer capítulo de su *Evangelio* es uno de los intentos más grandes del mundo para presentar la religión de una manera que satisfaga plenamente a la mente.

(iv) Para algunas personas la religión es *acceso a Dios.* Es lo que quita los obstáculos y abre la puerta a Su presencia viva. Eso es lo que era la religión para el autor de la *Carta a los Hebreos.* Esa era la idea que le dominaba. Encontró en Cristo al único que le podía introducir a la misma presencia de Dios. Todo lo que entendía por religión se resume en el gran pasaje de *Hebreos 10:19-23:*

> *«Por tanto, puesto que tenemos confianza para entrar en el santuario por la Sangre de Cristo, por el camino nuevo y vivo que Él nos abrió a través del velo, es decir, de su propia carne… acerquémonos con corazón sincero y con la plena confianza que nos da la fe.»*

Si el autor de *Hebreos* tuviera una expresión característica sería: *«¡Acerquémonos!»*

EL DOBLE TRASFONDO

El autor de *Hebreos* tenía un doble trasfondo, en cuyas dos partes aparece esta misma idea. Tenía *un trasfondo griego.* Desde los tiempos de Platón, quinientos años antes, los griegos habían estado fascinados con el contraste entre lo real y lo irreal, lo visible y lo invisible, lo temporal y lo eterno.

Los griegos pensaban que, en algún lugar, había un mundo real del que éste no es más que una copia imperfecta. Platón creía que, en algún lugar, había un mundo de *formas,* o *ideas,* o *modelos,* de los que todo lo de este mundo no era más que una reproducción. Por ejemplo: en algún lugar se encontraba el modelo de la silla perfecta, de la que todas las sillas de este mundo serían copias imperfectas. Platón decía: «El Creador del mundo ha diseñado y desarrollado Su obra de acuerdo con un modelo inalterable y eterno del que el mundo es simplemente una copia.» Filón, siguiendo a Platón, decía: «Dios sabía desde el principio que una copia perfecta no se puede hacer nada más que de un modelo perfecto; y que ninguno de los objetos perceptibles a los sentidos podría ser sin falta a menos que se modelara conforme a un arquetipo y a una idea espirituales; así que, cuando hizo los preparativos para crear el mundo visible, formó primero el mundo ideal, para luego constituir lo corpóreo de acuerdo con el dechado incorpóreo y divino.» Cuando Cicerón estaba hablando de las leyes que la humanidad conoce y usa en la Tierra, dijo: «No tenemos una semejanza real y viva de la ley real y de la justicia verdadera; todo lo que tenemos son sombras y bocetos.»

Todos los pensadores del mundo antiguo tenían esta idea de que, en algún lugar, hay un mundo real del que éste es sólo una especie de copia imperfecta. Aquí no podemos hacer más que suponer o andar a tientas, valiéndonos de copias y reproducciones imperfectas. Pero, en el mundo invisible, están las cosas reales y perfectas. Cuando murió Newman, le erigieron una estatua en cuyo pedestal se leen las palabras latinas: *Ab umbris et imaginibus ad veritatem,* «De las sombras y las copias, a la verdad.» Si es así, está claro que la gran tarea de esta vida es salir de las sombras y las reproducciones y alcanzar *la realidad.* Exactamente esto es lo que el autor de la *Carta a los Hebreos* nos dice que Jesucristo nos capacita para hacer. A los griegos les decía: «Os habéis pasado la

vida tratando de pasar de las sombras a la realidad. Eso es precisamente lo que Jesucristo puede capacitaros para hacer.

EL TRASFONDO HEBREO

El autor de *Hebreos* tenía también un *trasfondo hebreo.* Para los judíos siempre era peligroso acercarse demasiado a Dios. «El hombre no puede verme y seguir vivo» —le dijo Dios a Moisés *(Éxodo 33:20).* La alucinada exclamación de Jacob en Peniel fue: «¡He visto a Dios cara a cara, y no he perdido la vida!» *(Génesis 32:30).* Cuando Manoa se dio cuenta de Quién había sido el Que le había visitado, le dijo a su mujer, aterrado: «Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto» *(Jueces 13:22, R-V).* El día más solemne del año litúrgico judío era el Día de la Expiación. Era el único día del año que el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo, en el que se creía que moraba la misma presencia de Dios. Nadie entraba allí excepto el sumo sacerdote, y sólo ese día. Cuando lo hacía, la Ley establecía que no debía permanecer en el Lugar Santísimo más de lo imprescindible, «para que no se aterrara Israel.» Era peligroso entrar a la presencia de Dios, y si uno se quedaba allí más de la cuenta podía caer fulminado.

En vista de esto entró en el pensamiento judío la idea del *pacto.* Dios, en Su Gracia y de una manera totalmente inmerecida por el hombre, se acercó a la nación de Israel y le ofreció una relación especial con Él. Pero este acceso exclusivo a Dios estaba condicionado a la observancia de la Ley que Dios había dado al pueblo. Podemos ver cuándo entró Israel en esta relación y aceptó la Ley en la dramática escena de *Éxodo 24:3-8.*

Así es que Israel tenía acceso a Dios, *pero sólo si cumplía la Ley.* El quebrantarla era pecado, y el pecado levantaba una barrera que impedía el acceso a Dios. Fue para quitar esa barrera para lo que se estableció el sistema del sacerdocio levítico y de los sacrificios. Dios dio la Ley; el hombre pecaba; se levantaba la barrera, y se hacía el sacrificio para abrir otra vez el camino a Dios que había cerrado el pecado. Pero la experiencia de la vida era que eso era precisamente lo que el sacrificio no podía hacer. Esa era la prueba de la ineficacia del sistema: que no se acababa nunca de ofrecer sacrificios. Era

una batalla perdida e ineficaz para suprimir la barrera que había levantado el pecado entre Dios y el hombre.

EL PERFECTO SACERDOTE Y EL PERFECTO SACRIFICIO

Lo que la humanidad necesitaba era *un sacerdote perfecto* y *un sacrificio perfecto,* alguien que fuera capaz de ofrecerle a Dios un sacrificio que abriera el camino de acceso a Él de una vez para siempre. Eso, decía el autor de *Hebreos,* es exactamente lo que Cristo ha hecho. Él es el Sacerdote perfecto porque es al mismo tiempo perfectamente humano y perfectamente divino. En Su humanidad lleva al hombre a Dios, y en Su divinidad trae a Dios al hombre. No tiene pecado. El Sacrificio perfecto que presenta a Dios es el Sacrificio de Sí mismo, un Sacrificio tan perfecto que no necesita repetirse nunca. A los judíos les decía el autor de *Hebreos:* «Os habéis pasado la vida buscando al Sacerdote perfecto que puede ofrecer el Sacrificio perfecto y daros acceso a Dios. Le tenéis en Jesucristo, y sólo en Él.»

A los griegos, el autor de *Hebreos* les decía: «Estáis buscando el camino que os lleve de las sombras a la realidad; lo encontraréis en Jesucristo.» Y a los judíos les decía: «Estáis buscando el Sacrificio perfecto que abra el camino a Dios que han cerrado vuestros pecados; lo encontraréis en Jesucristo.» Jesús es el único que da acceso a la realidad y a Dios. Ese es el pensamiento clave de toda esta carta.

EL ENIGMA DEL NUEVO TESTAMENTO

Hasta aquí lo que está claro; pero cuando pasamos a otras cuestiones de la introducción de *Hebreos* todo parece estar envuelto en misterio. E. F. Scott escribió: «*La Epístola a los Hebreos* es en muchos sentidos el enigma del *Nuevo Testamento.»* Cuándo se escribió, a quién y por quién son preguntas a las que sólo podemos contestar tentativamente. La misma historia de esta carta muestra que este misterio se ha tratado siempre con una cierta reserva y suspicacia. Pasó bastante tiempo hasta que *Hebreos* llegó a ser uno de los libros incuestionables del *Nuevo Testamento.* La primera lista

de éstos, el *Canon de Muratori,* compilado hacia el 180 d.C., ni siquiera lo menciona. Los grandes eruditos alejandrinos Clemente y Orígenes, conocían y amaban *Hebreos,* pero estaban de acuerdo en que se discutía su inclusión en las Sagradas Escrituras. De los grandes padres africanos, Cipriano nunca lo menciona, y Tertuliano sabía que se discutía su aceptación. Eusebio, el gran historiador de la Iglesia, dice que estaba entre los libros discutibles. Hasta el tiempo de Atanasio, a mediados del siglo IV, no se aceptó *Hebreos* como libro del *Nuevo Testamento,* y aun Lutero no estaba muy seguro acerca de él. Es extraño que este gran libro tuviera que esperar tanto tiempo para ser reconocido y aceptado.

¿CUÁNDO SE ESCRIBIÓ?

La única información que tenemos procede de la misma carta. Está claro que iba dirigida a lo que podríamos llamar una segunda generación de creyentes *(2:3).* Los destinatarios habían recibido el Evangelio de los que habían escuchado al Señor. La comunidad a la que se dirige no era nueva en la fe cristiana; ya deberían ser mayores de edad en la fe *(5:12).* Deben de haber tenido una historia larga, porque se les exhorta a recordar el pasado *(10:32).* Tenían una gran tradición y mártires heroicos que ellos deberían recordar para recibir inspiración *(13:7).*

Lo que nos ayudará más a fechar esta carta son sus referencias a la persecución. Está claro que hubo un tiempo en que sus líderes habían muerto por la fe *(13:7).* Está claro que ellos mismos todavía no habían sufrido la peor persecución, porque no habían tenido que resistir hasta el punto de derramar su sangre *(12:4);* pero está claro que habían sufrido malos tratos, porque los habían despojado de sus bienes *(10:32-34).* Y el tono y desarrollo de la carta dejan bien claro que hay peligro de que tengan que arrostrar otra persecución. Por todo lo cual se puede decir que esta carta debe de haberse escrito entre dos persecuciones, en días en los que no se perseguía de hecho a los cristianos pero tampoco se los miraba con buenos ojos. Ahora bien: la primera persecución fue en el tiempo de Nerón, en el año 64 d.C.; y la siguiente fue en el tiempo de Domiciano, hacia el 86 d.C. No creemos equivocarnos mucho si decimos que

entre estas dos fechas, probablemente más cerca de la segunda, sería cuando se escribió esta carta.

¿A QUIÉNES IBA DIRIGIDA?

En esto también tenemos que depender de detalles que encontramos en la misma carta. Una cosa es cierta: no parece que se mandara a una de las grandes iglesias, porque en tal caso no se habría perdido tan completamente el nombre del lugar. Vamos a establecer lo que sabemos. La carta iba dirigida a una iglesia que hacía tiempo que se había establecido *(5:12);* que había sufrido persecución en el pasado *(10:32-34);* que había tenido grandes momentos y grandes maestros y líderes *(13:7);* que no había sido fundada por ninguno de los apóstoles *(2:3),* y que se caracterizaba por su generosidad *(6:10).*

Tenemos una alusión bastante concreta. Entre los saludos finales encontramos la frase, como aparece en la versión Reina-Valera: «Los de Italia os saludan.» *(13:24).* Según esta referencia, la carta puede que se escribiera, o *desde* Italia, o *a* Italia; lo segundo más probablemente. Supongamos que yo me encuentro en Glasgow y estoy escribiendo a un lugar del extranjero. No sería normal que dijera: «Todos los de Glasgow os mandan recuerdos.» Pero suponed que estoy en algún lugar del extranjero donde hay una pequeña colonia de gente de Glasgow; entonces sí diría: «Todos los de Glasgow os mandan recuerdos.» Así es que podemos decir que la carta iba dirigida *a Italia;* y, en tal caso, casi seguro que sería a Roma.

Pero igualmente seguro es que no sería para la iglesia de Roma en general, porque en tal caso no habría perdido el título. Además, nos da la impresión inconfundible de que iba dirigida a un grupo reducido de personas que tenían mucho en común. Y todavía más: era un grupo de personas con buena preparación intelectual. Del *5:12* podemos deducir que hacía tiempo que estaban recibiendo enseñanza y se estaban preparando para ser maestros de la fe cristiana. Y además, *Hebreos* requiere tal conocimiento del *Antiguo Testamento* y de la religión judía que debe de haberlo escrito un profesor para estudiantes aventajados. Resumiendo todo lo dicho, podemos establecer que *Hebreos* es la carta de un gran maestro a

un grupo reducido, o seminario, de estudiantes cristianos de Roma. El autor era su maestro; temporalmente estaba ausente, y temía que se desviaran de la fe, por lo cual les dirige esta carta. Es más una charla que una carta. No empieza como las cartas de Pablo, aunque sí se les parece al final en los saludos. El autor mismo la llama «un mensaje de exhortación.» *(13:22).*

¿QUIÉN LA ESCRIBIÓ?

Tal vez el problema del autor de esta carta sea el más difícil de resolver. Precisamente eso fue lo que mantuvo esta carta tanto tiempo pendiente de admisión definitiva en el *Nuevo Testamento.* Su título desde el principio era sencillamente *«A los Hebreos.»* No tenía nombre de autor, y nada la conectaba especialmente con el de Pablo. Clemente de Alejandría pensaba que Pablo había podido escribirla en hebreo, y que Lucas la habría traducido, porque el estilo es diferente del de Pablo. Orígenes hizo una observación que se ha hecho famosa: «Quién escribió la *Carta a los Hebreos* sólo Dios lo sabe a ciencia cierta.» Tertuliano creía que había sido Bernabé. Jerónimo decía que la iglesia latina no la consideraba de Pablo, y añade: «El que escribió *A los Hebreos,* quienquiera que fuera…» Agustín tenía el mismo sentir. Lutero declaró que no podía haber sido Pablo el que la hubiera escrito, porque no refleja su pensamiento. Calvino decía que no podía llegar a pensar que esta carta fuera de Pablo.

En ningún momento de la historia de la Iglesia se pensó realmente que Pablo fuera el autor de *Hebreos.* Entonces, ¿cómo llegó a atribuírsele? Muy sencillo: cuando el *Nuevo Testamento* llegó a tener su contenido definitivo, se había discutido mucho, desde luego, qué libros se debían incluir y cuáles no. Para zanjar la cuestión se les aplicó una prueba: ¿Era el libro en cuestión obra de un apóstol o, por lo menos, de alguien que hubiera estado en contacto directo con alguno? Ya entonces se conocía y amaba *Hebreos* en toda la Iglesia. Casi todos los cristianos estaban de acuerdo con Orígenes en que sólo Dios sabía quién lo había escrito, pero lo amaban y creían que *debía* formar parte del *Nuevo Testamento;* y la única manera de conseguirlo era atribuírselo a Pablo. *Hebreos* se ganó la entrada en el *Nuevo Testamento*

sencillamente por su calidad; pero para entrar tenía que incluirse entre las cartas de Pablo y figurar bajo su nombre. Todos sabían muy bien que no era de Pablo, pero lo incluyeron entre sus cartas para asegurarle la entrada, porque nadie sabía quién lo había escrito.

EL/LA AUTOR/A DE HEBREOS

¿Podríamos adivinar quién fue el autor? Se han presentado muchos candidatos. Vamos a considerar sólo tres de ellos.

(i) Tertuliano decía que lo había escrito Bernabé. Bernabé era de Chipre; los chipriotas eran famosos por lo bien que conocían el griego, y *Hebreos* está escrito en el mejor griego del *Nuevo Testamento.* Era levita *(Hechos 4:36),* y de todos los hombres del *Nuevo Testamento* sería el que tuviera un conocimiento más directo del sistema sacerdotal y sacrificial en el que se basa todo el pensamiento de esta carta. Se le llama *hijo de consolación (R-V);* la palabra griega es *paraklêsis;* y *Hebreos* se llama una palabra de *paraklêsis (13:22).* Fue uno de los pocos hombres aceptables para los judíos y para los griegos, y se sentía como en su propia casa en ambos mundos de pensamiento. Puede que fuera Bernabé el que escribiera esta carta; pero en tal caso es extraño que se perdiera tan completamente su nombre.

(ii) Lutero estaba seguro de que el autor había sido Apolos, que según el *Nuevo Testamento* era judío, natural de Alejandría, elocuente y poderoso en las Escrituras *(Hechos 18:24ss.; 1 Corintios 1:12; 3:4).* El que escribió esta carta conocía las Escrituras; era elocuente, y pensaba y razonaba de la manera típica de los Alejandrinos. El autor de *Hebreos* era, sin duda, una persona como Apolos en pensamiento y trasfondo.

(iii) La conjetura más romántica es la del gran investigador alemán Harnack, que creía que tal vez habían escrito esta carta Aquila y Priscila, entre los dos. Aquila era un maestro de la iglesia *(Hechos 18:26).* Su casa de Roma era una iglesia *(Romanos 16:5).* Harnack pensó que es por eso por lo que la carta no empieza con saludos y por lo que se ha perdido el nombre del autor: porque el autor principal de *Hebreos* había sido *una autora,* y a las mujeres no se les permitía enseñar.

Pero, cuando llegamos al final de las conjeturas tenemos que coincidir con lo que dijo Orígenes hace mil setecientos años: que sólo Dios sabe quién escribió *Hebreos.* El autor sigue siendo una voz, y nada más; pero debemos dar gracias a Dios por la obra de este gran anónimo que escribió con incomparable habilidad y belleza acerca de Jesús, Que es el camino a la Realidad y a Dios.

EL FIN DE LO FRAGMENTARIO

Hebreos 1:1-3

> *Dios había hablado en muchas ocasiones y de muchas maneras a nuestros antepasados por medio de los profetas de la antigüedad; pero al final de estos días que estamos viviendo nos ha hablado a nosotros por medio de Uno que es un Hijo, un Hijo al Que Dios ha destinado para que entre en posesión de todas las cosas, un Hijo por medio de Quien Dios hizo el universo. Era la misma refulgencia de la gloria de Dios; era la expresión exacta de la misma esencia de Dios; llevó adelante todas las cosas con Su poderosa Palabra y, después de haber hecho purificación por los pecados humanos, asumió el trono real a la diestra de la Gloria en las alturas.*

Este es el pasaje escrito en el más sonoro griego de todo el *Nuevo Testamento,* que habría sido el orgullo de cualquier orador griego clásico. El autor de *Hebreos* aporta todos los recursos de palabra y de ritmo que podía contribuir la bella y flexible lengua griega. Las dos expresiones que hemos traducido por *en muchas ocasiones* y *de muchas maneras* están formados por una sola palabra cada una: *polymêros* y *polytropôs. Poly-* en tales combinaciones quiere decir *muchos/as,* y los grandes oradores griegos, como Demóstenes, el más grande de todos, solían entretejer tales palabras sonoras en el primer párrafo de sus discursos. El autor de *Hebreos* creía que, como iba a hablar de la suprema revelación de Dios a la humanidad, debía vestir sus pensamientos en el lenguaje más noble que pudiera encontrar.

Aquí hay algo que nos llama la atención. El que escribió esta carta debe de haber recibido una preparación en oratoria griega. Cuando se convirtió a Cristo, no se deshizo de su preparación, sino *usó en el*

servicio de Jesucristo el talento que tenía. Es muy conocida la encantadora leyenda francesa del Juglar de la Virgen. Estaba en un convento, y uno de los monjes le vio entrar en la cripta y ponerse a ofrecerle a la Virgen todas sus mejores gracias y acrobacias, hasta quedar agotado. Y entonces el oculto espectador vio que la imagen de la Virgen cobraba vida, se bajaba de su pedestal y se ponía a enjugar cariñosamente el sudor de la frente de su devoto que le había ofrecido lo mejor, tal vez lo único que sabía hacer. Cuando una persona se hace cristiana, no se le pide que abandone todos los talentos que tenía antes, sino que los use en el servicio de Jesucristo y de Su causa.

La idea básica de esta carta es que sólo Jesucristo trae a los hombres la revelación completa de Dios, y que sólo Él nos capacita para entrar a la misma presencia de Dios. El autor empieza contrastando a Jesús con los profetas de tiempo antiguo. Dice que Él vino al final *de estos días que estamos viviendo.* Los judíos dividían todo el tiempo en dos edades: la presente, y la por venir. Entre ambas colocaban el Día del Señor. La edad presente era totalmente mala; la edad por venir iba a ser la edad de oro de Dios. El Día del Señor sería como los dolores de alumbramiento de la nueva era. Así es que el autor de *Hebreos* dice: «El tiempo antiguo está pasando; la era de lo fragmentario ha terminado; ha llegado a su final el tiempo del suponer y del andar a tientas; la nueva era, la edad de oro de Dios ha amanecido con Jesucristo.» Ve entrar el mundo y el pensamiento de los hombres, como si dijéramos, en un nuevo principio con Cristo. Con Jesús, Dios ha entrado en la humanidad, la eternidad ha invadido el tiempo y nada puede ser ya como era antes.

Contrasta a Jesús con los profetas, que se creía que estaban en los consejos secretos de Dios. Hacía mucho, Amós había dicho: «El Señor Dios no hace nada sin antes revelarle Su plan a Sus siervos los profetas» *(Amós 3:7).* Filón había dicho: «El profeta es el intérprete del Dios Que habla en lo interior.» Y también: «Los profetas son los intérpretes de Dios, Que los usa como instrumentos para revelar a la humanidad Su voluntad.» En años posteriores esta doctrina se había mecanizado totalmente. Atenágoras decía que Dios movía las bocas de los profetas como un músico que toca un

instrumento, y que al inspirarlos con su Espíritu era como un flautista tocando la flauta. Justino Mártir decía que lo divino que descendía del Cielo y pasaba por los profetas era como el plectro que se mueve por el arpa o el laúd. Se acabó por decir que los profetas no tenían más que ver con el mensaje que un instrumento con la música que se tocaba en él, o una pluma con el mensaje que se escribía con ella. Eso era mecanizar excesivamente la cosa; porque hasta el más excelente músico está hasta cierto punto a merced de su instrumento, y no puede producir buena música en un piano desafinado o al que le faltan notas, lo mismo que el que escribe está a merced del utensilio del que se vale para escribir… y no se diga si es un P.C. Dios no puede revelar más de lo que la humanidad puede comprender. Su revelación tiene que pasar por las mentes y los corazones de las personas. Eso es exactamente lo que vio y dijo el autor de *Hebreos.*

Dice que la revelación de Dios la transmitieron los profetas *en muchas ocasiones (polymerôs)* y *de muchas maneras (polytropôs).* Aquí hay dos ideas.

(i) La revelación de los profetas tenía una grandeza multiforme que la hacía algo tremendo. De edad en edad habían hablado, siempre en sazón, nunca como algo extemporáneo. Al mismo tiempo, esa revelación era *fragmentaria,* y había que presentarla de tal manera que se pudiera entender en las limitaciones de cada tiempo. Es algo sumamente interesante el ver cómo una y otra vez los profetas se caracterizan por una idea. Por ejemplo, *Amós* es *una llamada a la justicia social. Isaías* había captado *la santidad de Dios. Oseas,* partiendo de su propia amarga experiencia familiar, había comprendido la maravilla del *amor perdonador de Dios.* Cada profeta, de su propia experiencia de la vida y de su experiencia de Israel, había captado y expresado *un fragmento* de la verdad de Dios. Ninguno había abarcado la totalidad del orbe de la verdad. Pero en el caso de Jesús era diferente: Él no era un fragmento de la verdad, ni siquiera el más nuevo, sino la Verdad total. En Él Dios mostraba, no algún aspecto de Su carácter, sino la totalidad de Su Ser.

(ii) Los profetas usaron muchos métodos. Usaban *la palabra;* y, cuando este método fallaba, usaban *la acción dramática* (Cp. *1*

Reyes 11:29-32; Jeremías 13:1-9; 27:1-7; Ezequiel 4:1-3; 5:1-4). El profeta tenía que usar métodos humanos para transmitir su parte de la Verdad de Dios. Y de nuevo notamos que con Jesús era diferente: revelaba a Dios *siendo Él mismo.* No era tanto por lo que Jesús decía o hacía como nos mostraba a Dios, sino por cómo era Él, Jesús mismo.

La revelación de los profetas era grande y multiforme, pero era fragmentaria, y presentada por los métodos que los profetas tenían a su disposición y podían usar efectivamente. La revelación de Dios en Jesús es completa, y presentada en el mismo Jesús. En una palabra: los profetas eran *amigos* de Dios; pero Jesús era otra cosa: era *Su Hijo.* Los profetas captaron *una parte* de la mente de Dios; pero Jesús *era esa Mente.* Hay que advertir que el autor de *Hebreos* no tenía la más mínima intención de quitar importancia a los profetas; lo que sí quería era presentar la supremacía de Jesucristo. No está diciendo que hay *una solución de continuidad* entre la revelación del Antiguo Testamento y la del Nuevo Testamento; está subrayando el hecho de que hay *continuidad,* pero es la continuidad que conduce a *la consumación.*

El autor de *Hebreos* usa dos grandes figuras para describir cómo era Jesús. Dice que era el *apáygasma* de la gloria de Dios. *Apáygasma* puede querer decir una de dos cosas en griego. Puede querer decir *la refulgencia,* la luz que se irradia, como la del Sol; o puede querer decir *el reflejo,* la luz que se refleja, como la de la Luna. Aquí probablemente quiere decir lo primero, *refulgencia.* Jesús es el resplandor de la gloria de Dios entre los hombres.

Dice que Jesús era el *jaraktêr* de la misma esencia de Dios. En griego, *jaraktêr* quiere decir dos cosas: la primera, *un sello;* y la segunda, *la impresión* que se hace con el sello en la cera, el lacre o el papel. La impresión es la reproducción exacta del sello; así es que, cuando el autor de *Hebreos* dice que Jesús es el *jaraktêr* de la misma esencia de Dios, quiere decir que es la perfecta imagen de Dios. Exactamente como cuando miramos a la impresión sabemos con toda seguridad cómo era el sello con el que se hizo, así cuando miramos a Jesús sabemos exactamente cómo es Dios.

C. J. Vaughan ha señalado seis grandes cosas que nos dice este pasaje sobre Jesús.

(i) La gloria original de Dios Le pertenece. Aquí nos encontramos con una idea maravillosa: Jesús es la gloria de Dios; por tanto, vemos con sorprendente claridad que la gloria de Dios no consiste en aplastar a los seres humanos o en reducirlos a una esclavitud envilecedora, sino en servirlos y amarlos y, por último, morir por ellos. No es la gloria de un poder que aniquila todo lo que se le opone, sino la de un amor que comparte el sufrimiento y que redime.

(ii) El imperio programado Le pertenece a Jesús. Los escritores del *Nuevo Testamento* nunca pusieron en duda Su triunfo final. Tenedlo presente: estaban pensando en el Carpintero de Nazaret que fue ajusticiado como criminal en una cruz a las afueras de Jerusalén. Ellos mismos también arrostraban una persecución salvaje y eran gente de lo más humilde. Como Sir William Watson dijo de ellos,

> Así fue sacrificado al lobo furioso del Odio
> el rebañito jadeante y acurrucado cuyo crimen era Cristo.

Y sin embargo, nunca pusieron en duda la victoria final. Estaban seguros de que el amor de Dios estaba respaldado por Su poder, y al final todos los reinos del mundo serán los reinos del Señor y de Su Cristo.

(iii) La acción creadora Le pertenece a Jesús. La Iglesia Primitiva mantenía que el Hijo había sido el Agente de Dios en la Creación, que Dios había creado el mundo originalmente por medio de Él. Estaban seguros de que el Que había creado el mundo era el mismo Que lo había redimido.

(iv) El poder sustentador Le pertenece a Jesús. Aquellos cristianos originales se aferraban valerosamente a la doctrina de *la Providencia.* No creían que Dios se había limitado a crear el mundo para abandonarlo después. Veían en todo el Poder que sostenía al mundo y a cada vida hasta el fin señalado. Creían

> «que nada marcha a la deriva;
> ninguna vida se perderá
> ni se tirará como basura al vacío
> cuando Dios haya completado Su montón.»

(v) A Jesús Le pertenece la obra redentora. Él ha pagado el precio del pecado con Su Sacrificio; con Su continua presencia libra del

pecado.

(vi) A Jesús Le pertenece la exaltación mediadora. Ha ocupado el lugar que Le corresponde a la diestra de la Gloria; pero la idea maravillosa del autor de *Hebreos* es que, cuando entremos a la presencia de Dios, veremos que Jesús no estará allí como fiscal para formular la acusación, sino como Abogado, intercediendo por nosotros con amor entrañable.

POR ENCIMA DE LOS ÁNGELES

Hebreos 1:4-14

> *Era superior a los ángeles por cuanto había recibido una dignidad muy superior a la de ellos. Porque, ¿a qué ángel había dicho Dios nunca: «Mi* Hijo *es lo que Tú eres; soy* Yo *Quien hoy te imparto Mi propia vida.» Y otra vez: «Yo seré para Él un Padre, y Él será para mí un Hijo.» Y de nuevo, cuando introduce a Su Elegido en el mundo de los hombres, dice: «¡Que le rindan pleitesía todos los ángeles de Dios!» En cuanto a los ángeles, dice: «Él hace a los vientos Sus mensajeros, y a las llamas de fuego Sus servidoras.» Pero refiriéndose al Hijo, dice: «Dios es Tu trono para siempre jamás, y cetro de integridad es el cetro de Tu Reino. Por cuanto has amado la justicia y aborrecido la iniquidad, Dios Te ha ungido; sí, Tu Dios, con óleo de exaltación por encima de tus compañeros.» Y también dice del Hijo: «En el principio Tú, oh Señor, echaste los cimientos de la Tierra, y los cielos son obra de Tus manos. Ellos perecerán, pero Tú permaneces inalterable. Todos ellos se pondrán viejos como la ropa, y como se hace con un manto los doblarás y cambiarás. Pero Tú eres siempre Tú mismo, y Tus años no se agotarán.» ¿A cuál de los ángeles dijo Dios nunca: «Siéntate a Mi diestra hasta que Te ponga a Tus enemigos por estrado»? ¿No es verdad que no son más que ministros espirituales a los que Dios manda constantemente en misiones al servicio de los que están destinados a entrar en posesión de la Salvación?»*

En el pasaje anterior, el autor se ocupaba de demostrar la superioridad de Jesús sobre los profetas. Ahora se propone

demostrar Su superioridad sobre los ángeles. El que considere que vale la pena hacerlo demuestra la importancia que tenían los ángeles en el pensamiento judío de aquel tiempo. Entonces estaban en ascendente. La razón era que cada vez causaba más impresión lo que se llama *la trascendencia* de Dios. Se sentía cada vez más la distancia y la diferencia infinita que hay entre Dios y el hombre. El resultado era que se consideraba a los ángeles como mediadores entre Dios y los hombres. Se llegó a creer que los ángeles salvaban la sima que existía entre Dios y los hombres; que Dios hablaba a los hombres por medio de los ángeles, y los ángeles llevaban las oraciones de los hombres a la presencia de Dios. Este proceso queda claro en un ejemplo: En el *Antiguo Testamento* leemos que Dios dio la Ley directamente a Moisés sin necesidad de ningún intermediario. Pero en los tiempos del *Nuevo Testamento* los judíos creían que Dios había dado la Ley en primer lugar a los ángeles para que se la pasaran a Moisés, y esto porque se consideraba inconcebible que existiera una comunicación directa entre Dios y un hombre (Cp. *Hechos 7:53, y Gálatas 3:19).*

Si consideramos algunas de las ideas básicas de los judíos acerca de los ángeles veremos que reaparecen en este pasaje. Dios vivía rodeado de huestes celestiales *(Isaías 6; 1 Reyes 22:19).* Algunas veces se toman los ángeles como el ejército de Dios *(Josué 5:14s).* La palabra griega para *ángeles* es *ángueloi*, y en hebreo *mal'akîm.* En las dos lenguas estas palabras quieren decir *mensajeros* además de *ángeles,* y de hecho se usan más corrientemente con ese sentido. Se creía que los ángeles eran realmente los instrumentos que Dios usaba para enviar Su palabra y hacer Su voluntad en el mundo de los seres humanos. Se decía que estaban hechos de una sustancia etérea semejante al fuego, como la luz. Fueron creados o el segundo o el quinto día de la Creación. No comían ni bebían ni tenían hijos. A veces se creía que eran inmortales, aunque, por supuesto, Dios los podía aniquilar; pero había otra creencia acerca de su existencia que ahora veremos. Algunos de ellos, los *serafîm,* los *kerubîm* y los *ofanîm* (*-im* es la terminación de plural de los nombres masculinos en hebreo) estaban siempre alrededor del trono de Dios. Se creía que tenían más conocimiento que los hombres, especialmente acerca del

futuro; pero no por sí mismos, sino porque oían cosas a veces «detrás del velo.» Se los consideraba como una especie de *séquito,* o como *la familia* de Dios. También se los consideraba a veces como una especie de senado celestial; Dios no hacía nada sin consultárselo. Por ejemplo, cuando Dios dijo: «*Hagamos* al hombre a *nuestra* imagen…» *(Génesis 1:26)* estaba hablando con Su senado angélico. A veces los ángeles protestaban o hacían objeciones a los planes de Dios. En particular, objetaron a la creación del género humano, por lo que fueron aniquiladas muchas de sus tropas; y también objetaron a que se les diera la Ley a los hombres, y hasta atacaron a Moisés cuando subía al monte Sinaí. Esto fue porque se pusieron celosos, y no querían compartir ninguna de sus prerrogativas con otra criatura. Había millones y millones de ángeles. Los nombres de algunos de ellos no aparecen hasta épocas posteriores. Estaban, en particular, los siete «ángeles de la presencia», que eran los arcángeles, los principales de los cuales eran Rafael, Uriel, Fanuel, Gabriel —que era el que traía los mensajes de Dios a los humanos— y Miguel —el ángel encargado de los asuntos del pueblo de Israel. Los ángeles tenían muchas obligaciones. Traían los mensajes de Dios a los hombres, y después desaparecían *(Jueces 13:20).* Intervenían por orden de Dios en los acontecimientos de la Historia *(2 Reyes 19:35s).* Había doscientos ángeles que controlaban los movimientos de las estrellas y las mantenían en sus cursos. Había un ángel encargado de la sucesión de los años, los meses y los días. Había un ángel, un poderoso príncipe, que estaba al cuidado del mar. Había ángeles de la escarcha, del rocío, de la lluvia, de la nieve, del granizo, del rayo y del trueno. Había ángeles que eran conserjes del infierno y de las torturas de los condenados. Había ángeles secretarios que escribían todas las palabras que decían los hombres. Había ángeles destructivos y castigadores. Estaba Satán, que era el ángel fiscal, que todos los días menos el Día de la Expiación Le presentaba las acusaciones a Dios. Estaba el ángel de la muerte, que sólo salía cuando Dios se lo mandaba y que llevaba la cita a buenos y malos igualmente. Cada nación tenía su ángel de la guarda que tenía la *prostasía,* la presidencia, sobre ella. Cada individuo tenía su ángel de la guarda. Los niños también tenían sus ángeles *(Mateo 18:10).*

Había tantos ángeles que los rabinos decían que cada hojita de hierba tenía el suyo.

Había una creencia especial que sólo tenían algunos, a la que tal vez se hace referencia indirectamente en el pasaje que estamos estudiando. La creencia general era que los ángeles eran inmortales; pero algunas personas creían que los ángeles no vivían nada más que un día. En algunas escuelas rabínicas se enseñaba que «Dios crea todos los días una nueva compañía de ángeles que cantan una canción delante de Él y dejan de ser.» «Los ángeles se renuevan cada mañana, y cuando han alabado a Dios vuelven a la corriente de fuego de donde salieron.» *Esdras 8:21* habla de Dios «ante Quien el ejército del Cielo permanece en terror y a Cuya palabra se convierten en viento y en fuego.» Una homilía rabínica hace decir a uno de los ángeles: «Dios nos cambia cada hora… Unas veces nos hace fuego, y otras veces viento.» Tal vez era eso lo que quería decir el autor de *Hebreos* cuando menciona que Dios hace a Sus ángeles viento y fuego, aunque preferimos la traducción que hemos propuesto, de acuerdo con el *Salmo 104,* el salmo de la obra de Dios en la naturaleza.

Con una angelología tan amplia podría haber peligro de que los ángeles se convirtieran, en el pensamiento de algunos, en intermediarios entre Dios y los hombres. Era necesario mostrar que el Hijo estaba incalculablemente por encima de los ángeles. El autor de *Hebreos* lo hace citando lo que considera que son textos prueba en los que se da al Hijo una posición muy superior a la de los ángeles. Los textos que cita son: *Salmo 2:7; 2 Samuel 7:14; Salmo 97:7,* o *Deuteronomio 32:43; Salmo 104:4; Salmo 45:7s; Salmo 102:26s; Salmo 110:1.* Algunos de estos textos difieren de las versiones que conocemos porque el autor de *Hebreos* los citaba de la Septuaginta, la versión griega del *Antiguo Testamento,* que no siempre coincide exactamente con el origunal hebreo del que son traducción las nuestras. Algunos de los textos de cita nos sorprenden. Por ejemplo: *2 Samuel 7:14* en el original es sencillamente una referencia a Salomón y no se refiere al Hijo o Mesías. El *Salmo 102:26s* se refiere a Dios y no al Hijo. Pero es que siempre que los primeros cristianos encontraban un texto con la

palabra *hijo* o con la palabra *Señor,* consideraban que se refería a Jesús.

Había un peligro que el autor de *Hebreos* quería evitar a toda costa. La doctrina de los ángeles es algo muy hermoso, pero tiene un peligro. Introduce a una serie de seres aparte de Jesús por medio de los cuales se supone que el hombre se puede acercar a Dios. El autor de *Hebreos* deja bien clara la gran verdad de que no necesitamos a ningún ser espiritual para que nos introduzca: Jesucristo ha derribado todas las barreras y abierto un camino directo a la presencia de Dios.

LA SALVACIÓN QUE NO DEBEMOS DESCUIDAR

Hebreos 2:1-4

> *Debemos, por tanto, prestar atención con sumo interés a lo que se nos ha comunicado. Porque, si la Palabra que se transmitió por medio de los ángeles se confirmó que estaba certificada como válida, y si toda transgresión y desobediencia a ella recibía justa sanción, ¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos tan gran Salvación, una Salvación de tal dignidad que tuvo su origen en las palabras del Señor, y luego llegó a nosotros con la garantía de los que la habían escuchado de Sus labios, al mismo tiempo que Dios mismo le adjuntaba Su propio testimonio con señales y milagros y muchas obras poderosas, y dándonos una participación del Espíritu Santo de acuerdo con Su voluntad?*

El autor hace un argumento *a fortiori,* de menos a más, que era característico de la enseñanza rabínica. Tiene en mente dos revelaciones. La primera fue la revelación de la Ley, que se transmitió *por medio de ángeles;* es decir, los Diez Mandamientos. A cualquier transgresión de aquella Ley seguía un castigo estricto y justo. Y la otra revelación es la que se nos ha transmitido directamente *por medio de Jesucristo, el Hijo.* Por venir en y a través del Hijo es infinitamente más importante que la revelación de la verdad de Dios que trajeron los ángeles; y, por tanto, cualquier transgresión a ella debe ser seguida de un castigo mucho más terrible. Si no se debe descuidar la revelación que vino *por medio de*

ángeles, ¡cuánto menos se deberá descuidar la que vino *por medio del Hijo!*

En el primer versículo puede que haya una figura todavía más gráfica que la de la traducción corriente. Las dos palabras clave son *prosejein* y *pararrein.* Hemos tomado *prosejein* en el sentido de *prestar atención,* que es una de sus acepciones corrientes. *Pararrein* tiene muchos significados. Se usa de algo que fluye o que resbala —R-V: «no sea que nos deslicemos»—; se puede decir de un anillo que *se le sale a uno* del dedo; de una partícula de comida que *se le va a uno por la otra vía;* de un tema que *se introduce casualmente* en la conversación; de un punto que *se le escapa* a alguien en un razonamiento; de algún dato que *se le ha ido* a uno de la mente; de algo que se ha traspapelado; es decir, de algo que se ha dejado que se pierda por descuido.

Pero estas dos palabras tienen también un sentido marinero. *Prosejein* puede querer decir *amarrar un barco;* y *pararrein* se puede decir de un barco que se ha dejado por descuido que pasara de largo el puerto porque el marinero no ha contado con el viento, o con la corriente, o con la marea. Así es que el primer verso se podría traducir de una manera más gráfica: «Por tanto, debemos tener cuidado de anclar nuestras vidas a lo que se nos ha enseñado, no sea que el barco de la vida se nos pase el puerto a la deriva, y acabemos en un naufragio.» Es una imagen gráfica de un barco que va a la deriva a su propia destrucción porque el marinero está dormido.

Para la mayor parte de nosotros el peligro no está tanto en lanzarnos al desastre como en dejarnos llevar al pecado sin darnos cuenta. Son menos los que le dan la espalda a Dios en un momento determinado y deliberadamente, que los que se dejan llevar a la deriva día tras día y cada vez más lejos de Dios. No son tantos los que cometen algún pecado desastroso; pero son muchos los que, casi imperceptiblemente, se dejan involucrar en alguna situación hasta que despiertan para encontrarse con que han hecho trizas su propia vida y el corazón de alguien más. Debemos estar constantemente en guardia ante el peligro de vivir a la deriva.

El autor de *Hebreos* clasifica bajo dos epígrafes los pecados que atraen el castigo de la Ley; los llama *transgresión* y *desobediencia.*

La primera de estas palabras es en griego *parábasis,* que quiere decir literalmente *cruzar una línea,* «pasarse de la raya». El conocimiento y la conciencia han trazado una línea, y el pasarla es pecado. La segunda palabra es *parakoê. Parakoê* significó en su origen *oír mal,* como, por ejemplo, uno que es medio sordo. Luego pasó a significar *oír descuidadamente,* «como quien oye llover», de una manera que, por falta de atención, o malentiende o no capta lo que se le ha dicho. Y acaba por querer decir *indisposición a oír,* y, por tanto, *desobediencia a la voz de Dios.* Es cerrar los oídos deliberadamente a Sus mandamientos, advertencias e invitaciones.

El autor de *Hebreos* acaba este párrafo mencionando tres cosas por las que la revelación cristiana es única.

(i) Es única por su *origen.* Procede directamente de Jesucristo mismo. No consta de suposiciones y tentativas acerca de Dios; es la misma voz de Dios que viene a nosotros en Jesucristo.

(ii) Es única por su *transmisión*. Había llegado a las personas a las que se escribió *Hebreos* de otras que lo habían escuchado directamente de los labios de Jesús. La única persona que puede pasarles a otras la Verdad cristiana es la que conoce a Cristo «más que de segunda mano.» Para enseñar a otros tenemos que saber a ciencia cierta; y sólo podemos presentar a Cristo si Le conocemos personalmente.

(iii) Es única por su *efectividad.* Se manifestó con señales y milagros y muchas obras poderosas. Alguien felicitó una vez a Thomas Chalmers después de una de sus grandes conferencias. «Sí —respondió él—; pero, *¿qué efecto tuvo?»* Como Denney solía decir, la finalidad última del Cristianismo es hacer buenos a los malos; y la prueba del Cristianismo auténtico es que cambia las vidas. Los milagros morales del Evangelio están a la vista de todo el mundo.

RECUPERACIÓN DEL DESTINO HUMANO

Hebreos 2:5-9

> *No fue a los ángeles a los que Dios sujetó el orden de cosas por venir del que estamos hablando. En cierto lugar de la Escritura hay alguien que da testimonio de este hecho: «¿Qué es el hombre para que Te acuerdes de él? ¿O el hijo del*

hombre, para que le visites? Por un poco de tiempo le pusiste por debajo de los ángeles; le coronaste de gloria y honor; le pusiste por encima de la obra de Tus manos; sometiste todo bajo sus pies.» El hecho de que todo le esté sometido quiere decir que no hay nada que no lo esté. Pero, como están las cosas, no vemos que todas le están sometidas. Pero vemos al Que por un poco de tiempo fue puesto por debajo de los ángeles, a Jesús mismo, coronado de gloria y honor a causa de su mortal sufrimiento, un sufrimiento que Le sobrevino a fin de que, por la Gracia de Dios, pudiera beber por todos los seres humanos hasta la última gota de la copa de la muerte.

Tal vez no sea éste un pasaje fácil de entender; pero cuando lo conseguimos, es maravilloso. El autor empieza con una cita del *Salmo 8:4-6.* Tenemos que darnos cuenta de una cosa: *el Salmo 8 entero se refiere al ser humano.* Canta la gloria que Dios le ha dado. No está claro que se refiera al Mesías.

Hay una frase en el salmo que nos despista un poco. Es la referencia al *hijo del hombre.* Tenemos tanta costumbre de ver aplicada esta frase a Jesús que pensamos que siempre se tiene que referir a Él. Pero en hebreo *un hijo de hombre* es sencillamente *un hombre.* Por ejemplo: en el libro de *Ezequiel*, más de ochenta veces Dios se dirige al profeta llamándole *hijo de hombre.* «Hijo de hombre, pon tu rostro contra Jerusalén» *(Ezequiel 21:2).* «Hijo de hombre, profetiza y di…» *(30:2).*

En el salmo que se cita aquí hay dos frases paralelas que quieren decir lo mismo: «¿Qué es el hombre para que Te acuerdes de él?», y «¿O el hijo del hombre para que le visites?» El salmo es un gran canto lírico a la gloria del ser humano tal como Dios quiere que sea: es realmente un desarrollo de la promesa de Dios en la Creación según *Génesis 1:28,* cuando Dios le dijo a la primera pareja: «… Tened dominio sobre los peces del mar, las aves de los cielos, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra.»

La gloria del ser humano, incidentalmente, es aún mayor de lo que nos hace suponer la versión Reina-Valera, que dice: «Le has hecho poco menor que los ángeles» *(Salmo 8:5).* Esa es la traducción correcta del *griego*, pero no del *original hebreo,* en el que se dice que el hombre ha sido hecho poco menor que *Elôhîm;* y

Elôhîm es la palabra más corriente para *Dios.* Lo que escribió el salmista acerca del ser humano fue realmente: «Tú le has hecho poco menos que Dios», como traducen o indican en nota otras biblias. Así es que este salmo canta la gloria del ser humano, que fue creado poco menos que divino, y que Dios quiso que gobernara toda la creación.

Pero, continúa diciendo el autor de *Hebreos,* la situación real es muy diferente. El propósito original era que el ser humano tuviera dominio sobre todo, *pero no lo tiene.* Es una criatura frustrada por las circunstancias, derrotada en las tentaciones, ceñida de debilidades. El que debía ser libre está preso; el que debía ser rey es un esclavo. Como dijo G. K. Chesterton, una cosa es cierta: que el hombre no es lo que estaba previsto que fuera.

El autor de *Hebreos* continúa: A esta situación vino Jesucristo, sufrió y murió; y porque sufrió y murió entró en la gloria. Y ese sufrimiento, y esa muerte, y esa gloria son para el ser humano, porque Él murió para hacerle lo que debe ser. Murió para librar al ser humano de su frustración y esclavitud y debilidad, y colocarle en la posición que debe ocupar. Murió para recrear a la humanidad hasta que llegue a ser lo que fue creada para ser. En este pasaje hay tres grandes ideas básicas. (i) Dios creó al hombre, varón y hembra *(Génesis 1:27),* sólo un poco menor que Él mismo, para que gobernara la creación. (ii) El hombre, por el pecado, entró en derrota en vez de en señorío. (iii) A este estado de derrota vino Jesús, a fin de hacer al hombre lo que fue creado para ser, por medio de Su vida, y muerte, y gloria.

Dicho de otra manera: El autor de *Hebreos* nos muestra tres cosas. (i) Nos muestra *el ideal de lo que el hombre debe ser* —semejante a Dios y señor del universo. (ii) Nos muestra *el estado actual del hombre* —la frustración en vez del señorío, el fracaso en vez de la gloria. (iii) Nos muestra *cómo se puede cambiar lo actual por lo ideal por medio de Jesucristo.* El autor de *Hebreos* ve en Cristo al Que, por Sus sufrimientos y Su gloria, puede hacer al hombre lo que era el propósito original de Dios, que sin Cristo jamás hubiera podido ser.

EL SUFRIMIENTO ESENCIAL

Hebreos 2:10-18

> *Porque, para cumplir Su propósito de traer muchos hijos a la gloria, estaba de acuerdo con el carácter de Aquél por Quien y por medio de Quien todo existe el hacer al Pionero de la Salvación perfectamente adecuado para Su misión por medio del sufrimiento. Porque el Que santifica y los que son santificados deben tener la misma filiación; razón por la cual no duda en llamarlos hermanos, como cuando dice: «Les diré Tu Nombre a mis hermanos; Te cantaré himnos en medio de la reunión de Tu pueblo.» Y en otro lugar: «Pondré en Él toda mi confianza.» Y de nuevo: «¡Aquí estamos, Yo y los hijos Suyos que Dios me dio!» Los que aquí llama* hijos *tienen una naturaleza de carne y hueso; así es que Él la compartió plenamente con ellos para, por Su muerte, aniquilar al diablo, que tiene el poder de la muerte, y libertar a todos los que, por miedo a la muerte, estaban sujetos toda la vida a una existencia de esclavos. Porque supongo que no es a los ángeles a los que ayuda, sino a la descendencia de Abraham. Así es que Él tenía que llegar a ser en todo como Sus hermanos para llegar a ser un Sumo Sacerdote misericordioso y fiel en todas las cosas que tienen relación con Dios para ganar el perdón de los pecados de Su pueblo. Porque, en cuanto Él mismo fue tentado y sufrió, puede ayudar a los que están pasando pruebas.*

Aquí usa el autor de *Hebreos* uno de los grandes títulos de Jesús. Le llama *Pionero (arjêgós) de gloria.* La misma palabra se le aplica a Jesús en *Hechos 3:15; 5:31; Hebreos 12:2.* Corrientemente quiere decir *el cabeza* o *jefe.* Así se dice de Zeus, el *cabeza* de los dioses griegos, o de un general como *cabeza* de su ejército. Puede querer decir *fundador,* o *iniciador.* Se usa del fundador de una ciudad o de una dinastía o de una escuela filosófica. Se puede usar con el sentido de *fuente* u *origen.* Así, de un buen gobernador se dice que es el *arjêgós* de la paz, o de uno malo, que es el *arjêgós* de la confusión.

En todos estos usos se adhiere a la palabra una idea básica: un *arjêgós* es el que inicia algo con el fin de que otros puedan participar después. Inicia una familia en la que nacerán otros; una ciudad en la que residirán otros; una escuela filosófica en la que otros le seguirán

en la búsqueda de la verdad y la paz que él mismo ha encontrado; es el autor de bendiciones en las que otros entrarán después. Un *arjêgós* es el que abre un camino que otros van a seguir. Alguien ha usado esta analogía: suponed que un barco ha encallado en unas rocas, y que la única manera de rescatar a los pasajeros es ir nadando hasta la orilla con una maroma para asegurarla y que otros puedan salvarse agarrándose a ella. El que tiene que nadar a la orilla el primero es el *arjêgós* de la salvación de los demás. Esto es lo que el autor de *Hebreos* quiere decir cuando llama a Jesús el *arjêgós* de nuestra Salvación. Jesús ha abierto el camino hacia Dios que todos podemos seguir.

¿Cómo llegó Jesús a eso? La versión Reina-Valera de 1960 y alguna otra dice que Dios «perfeccionase por aflicciones»; las revisiones anteriores conservaban lo que puso Casiodoro de Reina, «hiciese consumado por aflicciones», que siguen varias traducciones modernas españolas. El verbo que R-V60 traduce por *perfeccionar* es *teleiûn,* que deriva del adjetivo *téleios,* que la *Vulgata,* a la que siguen muchas, tradujo por *perfecto*. Pero en el *Nuevo Testamento téleios* tiene un sentido muy especial, que no tiene nada que ver con la perfección abstracta, metafísica o filosófica. Se usa, por ejemplo, de un animal que no tiene defectos y que puede por tanto ofrecerse en sacrificio; de un estudiante que ya no es un principiante; de un ser humano que ha llegado a la mayoría de edad; de un cristiano que se ha incorporado plenamente a la iglesia y está bautizado. El principal sentido de *téleios* en el *Nuevo Testamento* es siempre el de una cosa, animal o persona que *cumplen plenamente el propósito que se les ha asignado.* Por tanto, el verbo *teleiûn* querrá decir, no tanto *perfeccionar* como *hacer perfectamente adecuado para la tarea que se le ha asignado.* Así que, lo que el autor de *Hebreos* quiere decir es que Jesús, por medio del sufrimiento, llegó a ser totalmente idóneo para la tarea de ser el Pionero de nuestra Salvación. ¿Por qué?

(i) Fue en el sufrimiento como *se identificó* realmente con la raza humana. El autor de *Hebreos* cita tres textos del *Antiguo Testamento* que anuncian la identificación del Mesías con la humanidad: *Salmo 22:22; Isaías 8:17* y *18.* Si Jesús hubiera venido a este mundo de una forma que no pudiera sufrir, habría sido

distinto de los demás seres humanos, y no habría podido ser su Salvador. Como dijo Jeremy Taylor: «Cuando Dios quiso salvar a los hombres, lo hizo por medio de un Hombre.» De hecho, esta identificación con nosotros es la esencia de la idea cristiana de Dios. Cuando los griegos pensaban en la relación de sus dioses con la humanidad, su idea clave era *la indiferencia;* pero la idea clave del Evangelio es la *identificación.* Por medio del sufrimiento, Jesucristo se ha identificado con la naturaleza humana. No había otra manera.

(ii) La identificación capacita a Jesucristo para *simpatizar* con nosotros. Esta palabra quiere decir etimológicamente *sentir con otro.* Es casi imposible comprender el dolor o el sufrimiento de otra persona si no lo hemos pasado nosotros. Una persona que no sufra de los nervios no puede entender las torturas que sufren los que padecen de los nervios. Una persona que está completamente sana no puede *simpatizar* con la que se cansa fácilmente, ni la que nunca ha sufrido dolores con la que los sufre. El que aprende fácilmente no comprende al que tiene dificultades en el estudio. Una persona que nunca ha estado afligida no entiende el dolor de corazón de la persona a la que ha alcanzado la aflicción. Una persona que no ha amado nunca no puede comprender, ni la gloria repentina, ni la dolorida soledad del corazón amante. Antes de poder *simpatizar* con nadie, tenemos que pasar por su misma experiencia, ¡y eso es precisamente lo que hizo Jesús!

(iii) Porque Jesús ha compartido nuestros sufrimientos, puede compartir nuestros sentimientos; y puede *ayudarnos.* Ha asumido nuestros dolores y nuestras tentaciones; y el resultado es que sabe qué ayuda necesitamos, y puede dárnosla.

MÁS GRANDE QUE EL MAYOR

Hebreos 3:1-6

> *Hermanos que estáis consagrados a Dios, que compartís el llamamiento celestial: por todo lo dicho debéis fijar vuestra atención en Jesús, en Quien creéis como Apóstol y Sumo Sacerdote de Dios, Que fue fiel al Que Le nombró, como Moisés lo fue sobre toda la Casa de Dios. Pero a Él se Le consideró digno de mayor honor que a Moisés, porque el que edifica y equipa una casa tiene mayor honor que la casa misma.*

Todas las casas han tenido alguien que las ha construido y equipado; pero Dios es el Que construye y equipa todo el universo. Moisés fue fiel en toda la Casa, pero su papel era el de un servidor, y su misión era dar testimonio de las cosas que algún día se iban a confirmar; pero Cristo fue fiel sobre toda la Casa porque es Hijo, y nosotros somos Su Casa si nos mantenemos firmes hasta el final en nuestra confianza y en nuestra gloriosa esperanza.

Recordemos la convicción con que empieza el autor de *Hebreos.* La base de su pensamiento es que la suprema revelación de Dios ha venido por medio de Jesucristo, y que sólo por medio de Él tenemos acceso directo a la presencia de Dios. Empezó demostrando que Jesús es superior a los profetas; luego siguió demostrando que Jesús es superior a los ángeles, y ahora se propone demostrar que Jesús es superior a Moisés.

A primera vista esto nos parece un anticlímax; pero no lo sería para los judíos, porque Moisés ocupaba un lugar absolutamente único. Era el hombre con quien Dios había hablado cara a cara, como se habla con un amigo. Fue el que recibió directamente los Diez Mandamientos, la misma Ley de Dios. La Ley era para los judíos la cosa más grande del mundo, y Moisés y la Ley estaban inseparablemente unidos. En el siglo II d.C., un maestro judío llamado José ben Jalafta, comentando este mismo pasaje en el que se dice que Moisés fue fiel en toda Su casa, dijo: «Dios llama a Moisés fiel en toda Su casa, y así le ensalza por encima de todos los mismos ángeles servidores.» Para los judíos, el orden que está siguiendo el autor de *Hebreos* es el único lógico e inevitable. Ha demostrado que Jesús es superior a los ángeles; ahora debe demostrar que también es superior a Moisés, que era superior a los ángeles.

De hecho, esta cita que usa para hablar de la grandeza de Moisés es la prueba de la posición única que le asignaban los judíos. «Moisés fue fiel en toda Su casa» *(Números 12:6s).* Ahora bien, la base del argumento de *Números* es que Moisés es diferente de todos los profetas. A éstos Dios Se les da a conocer por visiones; pero habla con Moisés «cara a cara». Para un judío habría sido imposible concebir que nadie pudiera estar más cerca de Dios que

Moisés; y, sin embargo, el autor de *Hebreos* nos dice que Jesús siempre ha estado más cerca de Dios que Moisés.

Exhorta a sus lectores a que *fijen su atención* en Jesús. La palabra que usa *(katanoein),* es sugestiva. Quiere decir más que mirar o fijarse en algo. Se puede mirar una cosa y hasta fijarse en ella sin verla de veras. La palabra quiere decir fijar la atención en algo hasta penetrar en su significado y percibir la lección que encierra, para aprenderla. En *Lucas 12:24* Jesús usa la misma palabra cuando dice: *«Considerad* los cuervos.» No quiere decir simplemente *«Mirad* los cuervos», sino «Mirad los cuervos y *enteraos y aprended* la lección que Dios está tratando de enseñaros por medio de ellos.» Si hemos de llegar a entender el Evangelio, una mirada de reojo no bastará; tiene que haber una observación concentrada en la que «ceñimos los lomos de nuestro entendimiento» en un esfuerzo decidido para descubrir el significado que tiene para nosotros.

En cierto sentido, la razón está implícita en la manera de dirigirse a sus lectores como hermanos «que comparten el llamamiento celestial.» El llamamiento que recibimos los cristianos tiene un doble sentido: es un llamamiento *desde* el Cielo, y *hacia* el Cielo; es una voz que nos viene *de* Dios para que nos pongamos en marcha *hacia* Dios. Es un llamamiento que exige atención concentrada tanto por su origen como por su destino. No nos podemos permitir despachar con una mirada desinteresada la invitación *de* Dios *hacia* Dios.

¿Qué vemos cuando fijamos nuestra atención en Jesús? Vemos dos cosas.

(i) Vemos al gran *Apóstol.* Esta es la única vez que se llama *Apóstol* a Jesús en el *Nuevo Testamento*. Que el autor de *Hebreos* lo hace intencionadamente está claro porque no da este título a ningún hombre; lo reserva para Cristo.

¿Qué quiere decir con esta palabra? *Apóstolos* en griego quiere decir literalmente *uno que es enviado.* En la terminología judía se usaba para describir a los enviados del Sanedrín, el tribunal supremo de los judíos: los *apostoloi* que enviaba estaban revestidos de su autoridad y eran portadores de sus órdenes. En el mundo griego *apóstolos* solía querer decir *embajador.* Así es que Jesús es

el Embajador supremo de Dios, cargo que tiene dos características relevantes.

(*a*) El embajador está revestido de la autoridad del Rey que le envía. En una ocasión, el rey de Siria Antíoco Epífanes invadió Egipto. Roma quería pararle los pies, y envió a un mensajero que se llamaba Popilio, para que le dijera que abandonara su proyecto de invasión. Popilio alcanzó a Antíoco en la frontera de Egipto y se pusieron a hablar, porque ya se conocían de Roma. Popilio no tenía un cuerpo de ejército, ni siquiera una guardia personal. Finalmente Antíoco le preguntó para qué había venido. Popilio le dijo tranquilamente que había venido a decirle que Roma quería que abandonara la invasión y que se volviera a casa. «Lo consideraré» —le respondió Antíoco—. Popilio sonrió inexorablemente; cogió el bastón y trazó un círculo alrededor de Antíoco. «Considéralo —le dijo— y haz tu decisión antes de salir de este círculo.» Antíoco se lo pensó unos segundos, y dijo: «Está bien; me iré a casa.» Popilio mismo no tenía soldados a su disposición; pero detrás de él estaba todo el poder de Roma. Así es como vino Jesús de parte de Dios, y toda la Gracia y la misericordia y el amor y el poder de Dios estaban *en Su Apóstolos.*

(*b*) La voz del embajador es la voz del rey o del país que le envía. En un país extranjero la voz del embajador de España es la voz de España. Jesús vino con la voz de Dios, y Dios habla por medio de Él.

(ii) Jesús es el gran *Sumo Sacerdote.* ¿Qué quiere decir eso? Es una idea a la que el autor de *Hebreos* volverá una y otra vez. Por lo pronto vamos a sentar las bases simplemente de lo que eso quiere decir. La palabra latina para sacerdote es *pontifex,* que quiere decir *el que construye un puente.* El sacerdote es la persona que construye un puente entre Dios y el hombre. Para hacerlo tiene que conocer al hombre y a Dios. Debe poder hablar a los hombres por Dios, y a Dios por los hombres. Jesús es el Sumo Sacerdote perfecto porque es perfectamente Hombre y perfectamente Dios; puede representar al hombre ante Dios, y a Dios ante los hombres. Es la Persona en la que el hombre viene a Dios y Dios al hombre.

Entonces, ¿de qué depende la superioridad de Jesús sobre Moisés? La imagen que está en la mente del autor de *Hebreos* es la

siguiente: Concibe el mundo como la casa y la familia de Dios. Usamos la palabra *casa* en dos sentidos: en el sentido de un edificio, y en el de una familia. Los griegos usaban la palabra *oîkos* en el mismo doble sentido. El mundo, entonces, es la casa de Dios, y la humanidad es la familia de Dios. Pero ya nos ha presentado a Jesús como el Creador del universo. Ahora bien, Moisés era sólo una parte del universo de Dios, parte de la casa. Pero Jesús es el Creador de la casa, y el Creador tiene que ser más que la casa que es Su obra. Moisés no creó la Ley; sólo fue el intermediario para que se promulgara. Tampoco creó la casa; solamente sirvió en ella. Moisés no habló de sí mismo; todo lo que dijo era un anuncio de las grandes cosas que Jesús diría y haría un día. Moisés, en resumen, era *el servidor;* pero Jesús es *el Hijo*. Moisés sabía un poco *acerca de* Dios; Jesús *es* Dios. Ahí está el secreto de Su superioridad.

Ahora el autor de *Hebreos* usa otra figura. Cierto, todo el mundo es la casa de Dios; pero, en un sentido especial, la Iglesia es la Casa de Dios, porque Dios la ha hecho con ese fin especial. Los judíos llamaban al templo *la Casa,* y dividen la Historia de Israel en varias *casas* según el templo que hubiera entonces. Esa es una figura muy querida para los autores del *Nuevo Testamento* (cp. *1 Pedro 4:17; 1 Timoteo 3:15,* y especialmente *1 Pedro 2:5).* El edificio de la Iglesia permanecerá indestructible siempre que sus piedras vivas estén firmes; es decir, siempre que todos sus miembros estén fuertes en la gloriosa y confiada esperanza que han puesto en Jesucristo. Cada uno de nosotros es como una piedra de la Iglesia; si una piedra es débil, el Edificio no está completo. La Iglesia permanece firme sólo cuando todas sus piedras vivas están arraigadas y fundadas por la fe en Jesucristo.

MIENTRAS DURA EL DÍA DE HOY

Hebreos 3:7-19

> *Así pues, como dice el Espíritu Santo: «Si oís hoy Mi voz, no endurezcáis el corazón como en la Provocación, como sucedió el día de la Tentación en el desierto, cuando intentaron probarme vuestros antepasados y, en consecuencia, pasaron cuarenta años experimentando lo que Yo podía hacer. Así es que se inflamó Mi ira contra aquella generación, y dije:*

«Siempre divagan en sus corazones; no conocen Mis caminos.» Así que juré en Mi ira: «¡De ninguna manera entrarán en Mi reposo!» Tened cuidado, hermanos, para que no haya en ninguno de vosotros un corazón malo y desobediente en semejante estado de rebelión contra el Dios vivo. Más bien seguid exhortándoos día a día mientras usemos la palabra «hoy», no sea que a algunos de vosotros se les endurezca el corazón por la seducción del pecado; porque habéis llegado a participar de Cristo si de veras os mantenéis aferrados al principio de vuestra confianza, firmes hasta el final. Mientras sea posible seguir oyendo que se dice: «Si hoy oís Mi voz,» no endurezcáis el corazón como en la Provocación. Porque ¿quiénes fueron los que oyeron y provocaron a Dios? ¿No fueron todos los que habían salido de Egipto bajo la dirección de Moisés? ¿Y contra quiénes se inflamó la ira del Señor aquellos cuarenta años? ¿No fue contra los que habían pecado, cuyos huesos se calcinaron en el desierto? ¿A quiénes juró que no entrarían en Su reposo, sino a los que Le fueron desobedientes? Así que vemos que fue por su desobediencia por lo que no pudieron entrar.

El autor de *Hebreos* ha estado esforzándose en demostrar la exclusiva supremacía de Jesús, y ahora cambia del argumento a la exhortación. Ahora insiste en las inevitables consecuencias de esa absoluta supremacía. Si Jesús es tan exclusivamente grande, está claro que se Le debe una completa confianza y una obediencia total. Si endurecemos el corazón y nos negamos a darle la obediente confianza que Le debemos, las consecuencias no pueden ser más que terribles.

La manera en que nuestro autor refuerza su argumento con citas del *Antiguo Testamento* nos exige un cierto estudio. Empieza haciendo una cita del *Salmo 95:7-11.* Ese salmo apela a los que lo oigan para que no sean como los israelitas; pero la versión Reina-Valera traduce: «No endurezcáis vuestros corazones, como *en la provocación, en el día de la tentación.»* Ahora bien, las dos frases, *la provocación* y el día de *la tentación* traducen dos palabras hebreas que son *nombres de lugares:* Masah y Meriba. Es una referencia a la historia que se cuenta en *Éxodo 17:1-7* y *Números*

20:1-13. Estos pasajes cuentan un incidente de la peregrinación de los israelitas. Estaban pasando sed en el desierto, y se enfrentaron con Moisés, lamentando haber salido de Egipto y abjurando de su confianza en Dios. En la versión de *Números* Dios le dijo a Moisés que hablara a la roca y brotaría el agua. Pero Moisés, con rabia, no *habló* a la roca, sino *la hirió.* El agua brotó, pero por este acto de desconfianza y desobediencia Dios declaró que no se le permitiría a Moisés introducir al pueblo en la Tierra Prometida. «De ninguna manera entrarán en *Mi reposo»* quiere decir «De ninguna manera entrarán en *la Tierra Prometida.»* Para los peregrinos del desierto, la Tierra Prometida era el lugar de reposo, y por eso se la llama a veces *el reposo (Deuteronomio 12:9).* La enseñanza es que la desconfianza y la desobediencia de Israel le impidieron entrar entonces a gozar de las bendiciones de Dios.

El autor de *Hebreos* dice a sus lectores: «Tened cuidado con caer en la misma desobediencia y desconfianza en Dios que mostraron vuestros antepasados, no sea que perdáis las bendiciones que esperáis, como les pasó a ellos.» En efecto, dice: «Mientras hay tiempo, mientras podéis seguir hablando de “hoy”, dadle a Dios la confianza y la obediencia que Le debéis.» Para cada persona «hoy» quiere decir «mientras esté viva»; y lo que dice realmente el autor de *Hebreos* es que «mientras tienes oportunidad, dale a Dios la sumisión que Le debes. Dásela antes que se te acabe el día.» Hay algunas serias advertencias aquí.

(i) Dios les hace un ofrecimiento a los hombres. Como les ofreció a los israelitas las bendiciones de la Tierra Prometida, les ofrece a todos los seres humanos las bendiciones de una vida que es incalculablemente mejor que la vida sin Él.

(ii) Pero, para obtener las bendiciones de Dios hacen falta dos cosas. (*a*) Es necesaria *la confianza.* Tenemos que creer que lo que Dios dice es verdad. Tenemos que estar dispuestos a hacer que nuestra vida dependa de Sus promesas. (*b*) Es necesaria *la obediencia.* Es como si nos dijera un médico: «Te puedo curar si obedeces mis instrucciones al pie de la letra.» O como el profesor que dice: «Puedo hacer de ti un investigador si sigues mi currículo con absoluta fidelidad.» O como el entrenador que le dice al atleta: «Te puedo hacer campeón si no te desvías de la disciplina que te

impongo.» En cualquier esfera de la vida el éxito depende de la obediencia a la palabra de un experto. Dios, si podemos decirlo así, es el Experto en la vida, y la verdadera felicidad depende de que Le obedezcamos.

(iii) El ofrecimiento de Dios tiene un límite, que es la duración de la vida. Nunca sabemos cuándo llegará ese límite. Hablamos fácilmente del «mañana»; pero ese día puede que no llegue para nosotros. Lo único que tenemos es el «hoy», el «ahora mismo». Alguien ha dicho: «Deberíamos vivir cada día como si fuera toda nuestra vida.» El ofrecimiento de Dios se ha de aceptar hoy; la confianza y la obediencia se deben dar hoy: ¡porque no podemos estar seguros de que habrá un mañana para nosotros!

Aquí tenemos el supremo ofrecimiento de Dios; pero es sólo para los que están dispuestos a darle una confianza perfecta y una obediencia total, y hay que aceptarlo ahora mismo, o puede que sea demasiado tarde.

EL REPOSO QUE NO OSAREMOS PERDER

Hebreos 4:1-10

> *Es verdad que la promesa que ofrece la entrada en el reposo de Dios todavía nos sigue abierta; pero tened cuidado, no sea que alguno de vosotros se encuentre excluido. Por supuesto, es cierto que a nosotros se nos ha predicado el Evangelio, como a los antiguos; pero a ellos no les sirvió de nada la Palabra que oyeron, porque no les caló hasta las entretelas de su ser mediante la fe. Somos nosotros, los que hemos hecho la decisión de la fe, los que entramos en el reposo; porque de aquellos dijo Dios: «Juré en Mi ira: ¡De ninguna manera entrarán en Mi reposo!» Esto dijo Dios, aunque Sus obras estaban concluidas desde la fundación del mundo; porque, en algún lugar de la Escritura se dice así del séptimo día: «Y reposó Dios de todas Sus obras en el séptimo día.» Y dice en este lugar: «De ninguna manera entrarán en Mi reposo.» Entonces, como aún falta que algunos entren, y como no entraron aquellos a los que se predicó el Evangelio en la antigüedad por su falta de confianza, Dios fija otra vez un día cuando dice por medio de David después de un espacio*

considerable de tiempo: «¡Hoy!» —exactamente como había dicho antes—, «Si oís hoy Mi voz, no endurezcáis el corazón.» Si Josué los hubiera introducido en el reposo, entonces Dios no estaría después hablando de otro día. Así es que queda un reposo sabático para el pueblo de Dios. El que ha entrado en este reposo ha descansado de todas sus obras, como Dios descansó de las Suyas.

En un pasaje tan complicado como éste es mejor tratar de captar las líneas generales del pensamiento antes de mirar algunos de sus detalles. El autor usa la palabra reposo *(katápaysis)* en tres sentidos diferentes. (i) Como si dijéramos *la paz de Dios.* Es lo más grande del mundo el entrar en la paz de Dios. (ii) Como la usó en *3:12* queriendo decir *La Tierra Prometida.* Para los israelitas que llevaban tanto tiempo vagando por el desierto la Tierra Prometida era sin duda el reposo de Dios. (iii) La usa del *reposo de Dios* después del sexto día de la Creación, cuando terminó todas Sus obras. Esto de usar una palabra en dos o tres sentidos diferentes, jugando con ella hasta sacarle todo su jugo, era característico del pensamiento culto y académico de los días en que escribió el autor de *La Carta a los Hebreos.*

Ahora, veamos los pasos del argumento. Será más sencillo enumerarlos uno por uno.

(i) La promesa del reposo de Dios todavía sigue abierta para Su pueblo; el peligro consiste en dejar de alcanzarla.

(ii) Los israelitas de la antigüedad dejaron de entrar en el reposo de Dios. Aquí la palabra *reposo* se usa en el sentido del asentamiento en la Tierra Prometida después de los años del desierto. La referencia es a *Números 13* y *14.* Estos capítulos cuentan la llegada de los israelitas a la frontera de la Tierra Prometida; la misión de los doce exploradores que habían de inspeccionar la tierra; que diez de los doce volvieron con el veredicto de que la tierra era buena pero las dificultades eran insuperables; que Caleb y Josué solos estaban a favor de entrar a conquistarla en el poder del Señor; que el pueblo siguió el consejo de los cobardes, y que el resultado fue que aquella generación de cobardes desconfiados quedó definitivamente descartada para entrar al reposo y la paz de la Tierra Prometida. No confiaron en que Dios los

sacaría con bien de las dificultades que tenían por delante; y, por tanto, no llegaron a disfrutar del reposo que hubiera podido ser suyo.

(iii) Ahora el autor pasa al sentido de la palabra *reposo.* Es verdad que los del pasado se perdieron el reposo que hubieran podido disfrutar; pero, aunque se lo perdieron, *el reposo siguió existiendo.* Detrás de este argumento subyace una de las concepciones favoritas de los rabinos. El séptimo día, después que la Creación fue completada, Dios descansó de sus labores. En la historia de la Creación de *Génesis 1* y *2,* hay un detalle curioso. De los primeros seis días se dice que «fue la tarde y la mañana» —según la manera judía de medir el día, que empezaba a la puesta, no a la salida del Sol—. Es decir: que todos los días tuvieron un principio y un fin. Pero el día séptimo, el del reposo de Dios, *no se mencionan la tarde y la mañana.* De aquí los rabinos sacaban la conclusión de que, aunque los otros días terminaron, el día del reposo de Dios no tenía fin; el reposo de Dios era para siempre. Por tanto, aunque hacía mucho tiempo los israelitas fracasaron en su oportunidad de entrar en ese reposo, todavía se sigue ofreciendo.

(iv) De nuevo el autor vuelve al sentido del *reposo* como la Tierra Prometida. Llegó el día, después de cuarenta años de deambular por el desierto, cuando, al mando de Josué, el pueblo de Israel consiguió entrar en la Tierra Prometida. Entonces, la Tierra Prometida fue *el descanso,* y se podría pensar que entonces se cumplió la promesa.

(v) Pero no; la promesa no se agotó, porque, en el *Salmo 95:7-11*, David oye la voz de Dios que le dice al pueblo que puede entrar en Su *reposo* si no endurece el corazón. Es decir: siglos *después de que* Josué introdujera al pueblo en el *reposo* de la Tierra Prometida, *todavía* Dios sigue llamando a entrar en Su *reposo.* Este *reposo* ya no se refiere a entrar a vivir en la Tierra Prometida.

(vi) Y aquí llega el llamamiento final. Dios sigue llamando a no endurecer el corazón y a entrar en Su reposo. El «hoy» de Dios no ha terminado, y la promesa sigue abierta; pero «hoy» no va a durar siempre; la vida llega a su fin; uno se puede perder la promesa; por tanto, dice nuestro autor: «¡Aquí y ahora, por la fe, entrad en el verdadero reposo de Dios!»

Hay una cuestión muy interesante de sentido en el versículo 1. Hemos adoptado la traducción: *tened cuidado, no sea que alguno de vosotros se encuentre excluido.* Es decir: «Tened cuidado, no sea que vuestra desobediencia y falta de fe tenga como consecuencia que se os cierre la entrada en el reposo y la paz que Dios os ofrece.»

Esa puede ser la traducción correcta; pero otra posibilidad muy interesante sería: «Tened cuidado, no sea que creáis que habéis llegado demasiado tarde para entrar a disfrutar ya nunca del reposo de Dios.»

En la segunda traducción hay una advertencia. Es muy fácil llegar a pensar que los grandes días de la religión ya han pasado. Se cuenta que un niño, cuando le contaron alguna de las grandes historias del *Antiguo Testamento,* dijo con añoranza: «Dios era mucho más emocionante entonces.» Hay una tendencia constante en la iglesia a mirar atrás y pensar que el poder de Dios ha disminuido y que los días dorados se han terminado. El autor de *Hebreos* nos dirige su toque de atención: «¡No creáis que habéis llegado demasiado tarde! No creáis que los días de las grandes promesas y de las grandes hazañas han quedado atrás. Todavía es “el hoy de Dios”. Dios te ofrece una bendición tan grande como las de los santos del pasado, y te propone una aventura tan maravillosa como las de los héroes de la fe del pasado. Nuestro Dios es tan grande como ha sido siempre.»

Hay dos verdades permanentes en este pasaje.

(i) Una palabra, aunque sea muy grande, no sirve para nada a menos que llegue a formar parte de la persona que la oye. Hay muchas maneras de oír en el mundo: indiferente, desinteresada, crítica, escéptica, cínicamente. El oír que importa es el que escucha con interés, cree, y pone en acción. Las promesas de Dios no son meras piezas hermosas de literatura; son promesas en las que a uno le va la vida.

(ii) En el primer versículo, el autor de *Hebreos* exhorta a sus lectores para que tengan cuidado de no perder la promesa. La palabra que hemos traducido como *tener cuidado* quiere decir literalmente *temer (fobeisthai).* Este temor cristiano no es el miedo

que le hace a uno salir huyendo de una tarea; ni el que le reduce a uno a una inactividad paralizada; es el temor que le hace a uno poner toda la carne en el asador en un esfuerzo para no perder aquello que de veras vale la pena.

EL TEMOR A LA PALABRA

Hebreos 4:11-13

> *Por tanto, esforcémonos para entrar en ese reposo, no sea que nos pase lo mismo que a aquellos israelitas y caigamos en la misma clase de desobediencia. Porque la Palabra de Dios está henchida de vida; es efectiva; es más aguda que una espada de doble filo; penetra hasta lo más íntimo de la división entre alma y espíritu, las coyunturas y el tuétano, y escudriña los deseos e intenciones del corazón. No hay cosa creada que pueda permanecer oculta a su vista; todo está descubierto ante Él, y no puede evitar encontrarse ante los ojos de Aquel a Quien tenemos que rendir cuentas.*

La lección de este pasaje es que la Palabra de Dios ha venido al mundo, y es tal que no se puede ignorar. Los judíos tenían siempre una idea muy especial acerca de las palabras. Una vez que se decía una palabra, tenía una existencia independiente. No era simplemente un sonido con un cierto significado; era un poder que se liberaba y producía resultados. Isaías Le oyó decir a Dios que la Palabra que salía de Su boca no sería nunca ineficaz, sino que realizaría aquello para lo que Él la destinaba.

Podemos entender algo de esto si pensamos en la importancia tremenda que han tenido las palabras en la Historia. Un líder acuña una frase, y ésta se convierte en un toque de trompeta que mueve a las personas a sacrificios y hazañas. Algún gran hombre envía un manifiesto, y éste produce un efecto que puede hacer o deshacer naciones. Una y otra vez en la Historia la palabra que ha dicho algún líder o pensador ha salido y ha obrado grandes cosas. Si así sucede con las palabras humanas, cuánto más con la Palabra de Dios.

El autor de *Hebreos* describe la Palabra de Dios en una serie de expresiones maravillosas.

(i) *La Palabra de Dios está henchida de vida.* Algunas cuestiones que tuvieron importancia en el pasado están tan muertas como una piedra; algunos libros famosos ya no tienen ninguna vida ni interés. Platón fue uno de los grandes pensadores del mundo, pero es dudoso que hoy hubiera interés para una serie de estudios diarios sobre su pensamiento. Una de las cosas maravillosas de la Palabra de Dios es que es un tema vivo para las personas de todos los tiempos. Otras cosas se sumen en el olvido; otras cosas puede que adquieran un interés académico o histórico; pero la Palabra de Dios es algo con lo que todos nos hemos de enfrentar, y su ofrecimiento es algo que hemos de aceptar o rechazar.

(ii) *La Palabra de Dios es efectiva*. Es uno de los hechos innegables de la Historia que siempre que se ha tomado en serio la Palabra de Dios han empezado a suceder cosas. Así sucedió en Europa en el siglo XVI: no tenemos más que abrir un libro de Historia para darnos cuenta de lo que sucedió cuando se descubrió la Palabra de Dios que había estado oculta. Y en una época mucho más cercana a nosotros, los grandes cambios que se notan tienen sin duda una relación íntima con la publicación de la Biblia en la lengua del pueblo y el florecimiento de los estudios bíblicos. Cuando tomamos en serio la Palabra de Dios nos damos cuenta en seguida de que no es solamente un libro que se puede leer y estudiar, sino *una Palabra viva que hay que poner por obra.*

(iii) La Palabra de Dios es *penetrante.* El autor aporta diversas frases que muestran lo penetrante que es. Penetra hasta la frontera entre *el alma y el espíritu.* En griego, *el alma, psyjê,* es el principio vital. Todos los seres vivos tienen *psyjê,* vida física. En griego, *el espíritu, pneuma,* es lo que es característico de los seres humanos, lo que nos permite pensar y razonar y mirar más allá de la Tierra, a Dios. Es como si el autor de *Hebreos* estuviera diciendo que la Palabra de Dios pone a prueba la vida terrena y la existencia espiritual del hombre. Dice que la Palabra de Dios *escudriña los deseos e intenciones del corazón. El deseo (enthymêsis)* es la parte *emocional* de la persona, y *la intención (énnoia)* la parte intelectual. Es como si dijera: «Tu vida emocional e intelectual deben someterse por igual al escrutinio de Dios.»

Por último, el autor de *Hebreos* resume varias cosas. Dice que todo está *descubierto* para Dios y *no puede por menos de encontrarse ante Sus ojos.* Usa dos palabras interesantes. La palabra para *desnudo* es *gymnós.* Lo que quiere decir es que, como personas humanas, solemos ocultarnos bajo un disfraz exterior; pero ante Dios estas cosas desaparecen y tenemos que enfrentarnos con Él tal como somos. La otra palabra es aún más gráfica: *tetrajêlismenos*. No es una palabra corriente, y su significado no se conoce con absoluta certeza. Parece que se usaba de tres maneras diferentes.

(i) Es un término técnico de la lucha, y quiere decir agarrar al contrario de tal manera que no se puede mover. Puede que creamos que hemos conseguido evitar a Dios por un cierto tiempo; pero llega el momento en que nos agarra de tal manera que ya no podemos evitar encontrarnos cara a cara con Él. Llega el momento en que no podemos evadirnos más de Dios.

(ii) Es la palabra que se usaba con el sentido de despellejar animales. Éstos se colgaban, y se les quitaba la piel. La gente puede que nos juzgue por nuestra conducta y apariencia exteriores, pero Dios ve lo más secreto de nuestro corazón.

(iii) Algunas veces, cuando se llevaba a un criminal a juicio o a ejecución se le ponía un puñal con la punta debajo de la barbilla para obligarle a mantener la cara levantada para que todos pudieran ver su deshonra. Cuando se le hacía eso se decía que el hombre estaba *tetrajêlismenos.* A fin de cuentas tenemos que enfrentarnos con la mirada de Dios. Tal vez nos podamos esconder de las personas a las que nos daría vergüenza enfrentarnos; pero *no podremos evitar* mirar a Dios cara a cara. Kermit Eby escribe en su *El Dios en Ti:* «En algún momento, uno tiene que dejar de correr de sí mismo y de Dios —probablemente porque ya no tiene adónde huir—.» A todas las personas les llega el momento en que tienen que encontrarse con ese Dios ante Cuyos ojos nada se puede ocultar.

EL SUMO SACERDOTE IDEAL

Hebreos 4:14-16

> *Por tanto, como tenemos un Sumo Sacerdote grande por naturaleza que ha pasado los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, mantengámonos firmes en nuestra confesión de fe. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda sentir con nosotros en nuestras debilidades, sino Uno que ha pasado por todas las tentaciones exactamente como nosotros, pero sin sucumbir al pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente a Su trono de Gracia para recibir misericordia y encontrar gracia que nos ayude como lo requiera la necesidad.*

Aquí nos introducimos en el meollo de la gran concepción característica de *Hebreos:* que Jesús es el Sumo Sacerdote perfecto. Su misión es traer al hombre la Palabra de Dios, e introducir al hombre en la presencia de Dios. El Sumo Sacerdote tiene que conocer perfectamente y al mismo tiempo a Dios y al hombre. Esta es la misión de Jesús que esta epístola nos presenta magistralmente.

(i) Este pasaje empieza haciendo hincapié en la sublime grandeza y en la absoluta divinidad de Jesús. Él es grande por naturaleza; no por los honores que Le hayan concedido los hombres ni por adornos exteriores, sino por la misma esencia de Su ser. Ha pasado los cielos; esto puede querer decir dos cosas. En el *Nuevo Testamento* encontramos diversos sentidos de la palabra *cielo.* Uno era el cielo del aire, de las nubes y de las estrellas, lo que podríamos llamar *el firmamento.* Otro era el de la presencia de Dios, el tercer Cielo al que Pablo fue admitido en la experiencia a la que alude en *2 Corintios 12:2.* Puede referirse a los cielos de las nubes y de las estrellas, y puede referirse al Cielo de la presencia de Dios. Esto puede querer decir que Jesús ha pasado a través de todos los cielos que pueda haber, y está en la misma presencia de Dios; puede querer decir lo que la poetisa Christina Rossetti cuando dijo: «El Cielo no le puede contener.» Jesús es tan grande que hasta el Cielo es demasiado pequeño para Él. Nadie ha presentado la sublime grandeza de Jesús como el autor de *Hebreos.*

(ii) Y entonces vuelve a otro plano más próximo a nosotros. Nadie ha estado más seguro de la total identificación de Jesús con los hombres. Él pasó por absolutamente todo lo que un hombre tenga que pasar, y es como nosotros en todo, *excepto que superó todas las pruebas sin contaminarse de pecado.* Antes de que volvamos a examinar más de cerca el sentido de esto, debemos tomar nota de algo. El hecho de que Jesús fuera sin pecado quiere decir que Él conoció honduras y tensiones y asaltos de la tentación que nosotros no conoceremos nunca. Lejos de ser Su batalla más fácil, fue incalculablemente más difícil. ¿Por qué? Por esta razón: nosotros sucumbimos a la tentación mucho antes de que el tentador haya agotado todos los recursos de su poder. No conocemos nunca lo más feroz de la tentación porque nos rendimos mucho antes de llegar a ese punto. Pero Jesús fue tentado con mucha más fuerza, porque en Su caso el tentador empleó absolutamente toda su astucia y su fuerza en el asalto. Vamos a compararlo con lo que sucede con el dolor físico: hay un grado de dolor que un ser humano puede soportar; y, cuando se pasa ese grado, se pierde el conocimiento; de modo que hay agonías de dolor que no se experimentan nunca. Eso es lo que pasa con la tentación: nos rendimos ante ella al llegar a un cierto punto; pero Jesús llegó a nuestro límite, y mucho más adelante, y no sucumbió. Es verdad que fue tentado en todos los sentidos como nosotros; pero también es verdad que ninguno de nosotros será tentado hasta el punto que lo fue Jesús.

(iii) Esta experiencia de Jesús tuvo tres consecuencias.

(*a*) Le dio *el don de la simpatía.* Aquí hay algo que debemos comprender, pero que nos resulta muy difícil. La idea cristiana de Dios como un Padre amante forma ya parte de las entretelas de nuestro pensamiento y sentimiento; pero *entonces era totalmente nueva.* Para los judíos, la idea básica acerca de Dios era *la santidad,* que quiere decir que Dios es totalmente *diferente* de nosotros. En ningún sentido se puede decir que Dios comparte nuestra experiencia humana; Dios es de hecho incapaz de compartirla precisamente porque es Dios.

Esto era aún más claro para los griegos. Los estoicos, los pensadores griegos más elevados, decían que el principal atributo

de Dios era la *apatheía,* por lo que entendían una incapacidad esencial para sentir nada en absoluto. Lo razonaban diciendo que, si una persona puede sentir dolor o alegría por algo, eso quiere decir que tal cosa puede influir en ella y, por tanto, por lo menos en esa ocasión, es superior a ella. Nada ni nadie debe poder afectar a Dios, porque eso querría decir que es superior a Él. Dios está más allá de todo sentimiento.

La otra escuela griega era la de los epicúreos, que decían que los dioses viven en perfecta felicidad en lo que llamaban *intermundia,* el espacio entre los mundos; y ni siquiera sabían que hubiera un mundo con personas que sufrían en él.

Los judíos tenían un Dios que era *diferente;* los estoicos, dioses que eran *insensibles;* los epicúreos, dioses totalmente *desconectados.* A esos mundos de pensamiento vino el Evangelio con la idea de un Dios que había sufrido voluntariamente todas las experiencias humanas. Plutarco, uno de los griegos más religiosos, declaraba que era blasfemia implicar a los dioses en los asuntos de este mundo. El Cristianismo describe a Dios, no solamente implicado, sino *identificado* con el sufrimiento del mundo. Nos es imposible darnos cuenta de la revolución que trajo el Cristianismo en lo referente a la relación de Dios con la humanidad. Hacía siglos que no se hablaba más que de un dios inasequible; y ahora descubrían a un Dios que compartía y asumía el sufrimiento humano.

(*b*) Eso tenía dos consecuencias. Le daba a Dios *la cualidad de la misericordia.* Es fácil comprender por qué: porque Dios *comprende.* Algunas personas llevan una vida protegida; no están expuestas a las tentaciones que les sobrevienen a los que viven una vida que no tiene nada de fácil. Algunas personas tienen una naturaleza que es fácil de controlar; otras tienen pasiones ardientes que hacen peligrosa la vida. A la persona que ha llevado una vida protegida o que no tiene una naturaleza inflamable le resulta difícil comprender las caídas de las otras personas. Le resultan inexplicables, y no puede evitar el condenar lo que no puede comprender. *Pero Dios sí puede comprender.* «Conocerlo todo es perdonarlo todo» —de nadie puede decirse tan verdaderamente como de Dios.

John Foster cuenta en uno de sus libros que, cuando llegó a su casa de Escocia cierto día de los años treinta, se encontró a su hija

llorando a lágrima viva ante el aparato de radio. Le preguntó por qué lloraba, y ella le contestó que se había dicho en las noticias que los tanques japoneses habían entrado en Cantón, China, aquel día. Para la mayor parte de los británicos aquella noticia no pasaría de ser triste sólo hasta cierto punto. Los políticos tal vez la escucharon como una advertencia de peligros que acechaban; pero a muchas otras personas aquello ni les iba ni les venía. ¿Por qué estaba llorando tanto la hija de John Foster? Porque ella había nacido en Cantón, y aquel nombre le traía a la memoria el hogar, la escuela y los amigos de su infancia. Para muchos era un lugar lejano y desconocido; pero ella *había vivido allí.* En eso estaba la diferencia. Y no hay ninguna experiencia humana de la que Dios no pueda decir: «Yo he estado allí.» Cuando tenemos algo muy triste que contar, cuando la vida nos ha calado hasta los huesos con sus lágrimas, no acudimos a un dios que es incapaz de comprender lo que nos ha sucedido, sino que acudimos a un Dios que ha estado allí. Por eso mismo, si podemos decirlo así, a Dios Le resulta tan fácil comprender, y ayudar, y perdonar.

(*c*) Esto hace que Dios *nos pueda ayudar.* Conoce nuestros problemas porque ha pasado por ellos. La persona que mejor te puede aconsejar y ayudar en un viaje es la que lo ha hecho antes que tú. Dios puede ayudar porque lo ha experimentado.

Jesús es el Sumo Sacerdote perfecto porque es perfectamente Dios y perfectamente hombre. Porque ha vivido nuestra vida puede darnos simpatía, misericordia y poder. Él trajo a Dios a los hombres, y puede llevar a los hombres a Dios.

IDENTIFICADO CON LA HUMANIDAD Y CON DIOS

Hebreos 5:1-10

> *El sumo sacerdote se elige entre los hombres para que los represente en las cosas que tienen relación con Dios. Su cometido consiste en presentar ofrendas y sacrificios por los pecados, ya que él mismo puede sentir compasión de los ignorantes y de los descarriados, puesto que él también está revestido de debilidad humana. A causa de esta misma*

debilidad, le corresponde, de la misma manera que ofrece sacrificios por los demás, hacerlo también en su propio favor por sus propios pecados. Nadie se apropia esta honorable posición por su cuenta, si no es llamado por Dios a ocuparla, como sucedió con Aarón. Exactamente de la misma manera, Cristo no se apropió la gloria de ser el Sumo Sacerdote, sino que fue el Dios Que le había dicho: «Tú eres mi amado Hijo; hoy Te comunico Mi propia vida y naturaleza», Quien Le dijo también en otro pasaje: «Tú eres Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec.» En los días que vivió esta nuestra vida humana, ofreció oraciones y súplicas con mucho clamor y muchas lágrimas al Dios Que Le podía sacar de la muerte a salvo; y cuando fue escuchado por Dios por el santo temor que mostró, aunque era Hijo, aprendió lo que cuesta la obediencia por los sufrimientos que tuvo que pasar; y cuando llegó a estar perfectamente capacitado para la misión que se Le había encomendado, llegó a ser el Autor de la Salvación eterna de todos los que Le obedecen, porque había sido designado por Dios Sumo Sacerdote de la orden de Melquisedec.

Ahora *Hebreos* se pone a desarrollar el tema que es su contribución especial a la doctrina cristiana: el Sumo Sacerdocio de Jesucristo. Este pasaje establece tres *cualificaciones* para los sacerdotes de cualquier edad o generación.

(i) Un sacerdote se elige entre los hombres para que los represente en las cosas que tienen relación con Dios. A. J. Gossip solía contar a sus alumnos que, cuando fue ordenado como pastor, sintió como si la gente le estuviera diciendo: «Nosotros estamos inmersos en el polvo y el calor del día; tenemos que pasar el tiempo atendiendo a los campos, las máquinas o las oficinas para que se muevan la industria y el comercio. Queremos apartarte para que entres por nosotros en el lugar secreto de Dios, y salgas a nosotros los domingos con la Palabra de Dios.» El sacerdote es el que hace de enlace o puente entre Dios y los hombres.

En Israel, el sacerdote tenía que ofrecer sacrificios por los pecados del pueblo. El pecado interrumpía la relación con Dios y levantaba una barrera. Los sacrificios se ofrecían para suprimir esa barrera y restaurar la relación con Dios.

Pero debemos fijarnos en algo que los judíos tenían muy claro, y era que los pecados por los que se hacía expiación en los sacrificios eran *los pecados de ignorancia.* No estaba prevista la manera de obtener el perdón de pecados que se cometieran con pleno conocimiento. El mismo autor de *Hebreos* dice: «Porque si pecamos a sabiendas después de haber recibido el conocimiento de la verdad, *ya no queda ningún sacrificio por los pecados» (Hebreos 10:26).* Esta es una convicción que aparece una y otra vez en las leyes de los sacrificios del *Antiguo Testamento.* Muchos pasajes empiezan: «Cuando alguna persona pecare por yerro en alguno de los mandamientos…» *(Levítico 4:2, 13). Números 15:22-31* es un pasaje clave. En él se establecen los sacrificios que se requieren «si el pecado fue hecho por yerro con ignorancia de la congregación.» Pero al final se establece: «Mas la persona que hiciere algo con soberbia… ultraja al Señor… será cortada de en medio de su pueblo: … su iniquidad caerá sobre ella.» *Deuteronomio 17:12* establece: «Y el hombre que procediere *con soberbia…* el tal morirá.»

El pecado de ignorancia se puede perdonar; pero el pecado de soberbia, no. Sin embargo, debemos comprender que los judíos entendían por ignorancia más que simplemente falta de conocimiento. Incluían en esta categoría los pecados que se cometen cuando uno está fuera de sí dominado por la ira, la pasión o por alguna tentación muy fuerte, y también se podían perdonar los pecados de los que uno se arrepintiera sinceramente. Entendían por pecado de soberbia el pecado frío, calculado, cometido con los ojos abiertos contra Dios y que no va seguido del menor dolor.

Así pues, el sacerdote existía para abrirle al pecador el camino de vuelta a Dios, siempre que el pecador quisiera volver.

(ii) El sacerdote debe estar identificado con los hombres. Tiene que haber pasado por las experiencias humanas, y debe sentir simpatía por los hombres. En este punto el autor de *Hebreos* se detiene para indicar que el sacerdote humano está tan unido a los demás en todo que tiene necesidad de ofrecer sacrificios por sus propios pecados antes de ofrecerlos por los de los demás. Más tarde mostrará que en esto también Jesucristo es superior a todos los sacerdotes terrenales. El sacerdote debe estar unido a los

demás seres humanos en todas las cosas de la vida. En relación con esto usa una palabra maravillosa: *metriopathein,* que se ha traducido como *sentir compasión;* pero es realmente imposible de traducir.

Los griegos definían la virtud como el término medio entre dos extremos. A ambos lados estaban los extremos en los que se podía caer; y entre ellos estaba la actitud correcta. Según esto, los griegos definían *metriopatheía* (el nombre correspondiente) como el término medio entre un pesar extravagante y una indiferencia extrema. Era tener el sentimiento correcto acerca de los hombres. W. M. Macgregor lo definía como «el término medio entre la explosión de la ira y el consentimiento indulgente.» Plutarco hablaba de esa *paciencia* que era la hija de la *metriopatheía.* La definía como el sentimiento de simpatía que le permite a uno levantar a otro y salvarle, ser indulgente y prestar atención. Otro griego le echa en cara a un hombre el no tener *metriopatheía,* y *no estar dispuesto a reconciliarse* con otro con el que tenía ciertas diferencias. Es una palabra maravillosa. Se refiere a la habilidad de soportar sin perder los estribos con los demás cuando no quieren aprender y cometen los mismos errores interminablemente. Describe la actitud hacia los demás que no desemboca en la ira a causa de sus faltas, y que tampoco las aprueba; pero que pacientemente se entrega, con una simpatía que es gentil pero también firme, que acaba por dirigir al descarriado al buen camino. Un sacerdote no puede ayudar a sus semejantes a menos que tenga ese don de Dios de la *metriopatheía* fuerte y paciente.

(iii) La tercera característica esencial de un sacerdote es esta: ninguno se nombra a sí mismo, sino es nombrado por Dios. El sacerdocio no es un oficio que una persona escoge, sino un privilegio y una gloria a los que es llamada. El ministerio de Dios entre los hombres no es un empleo ni una carrera, sino *una vocación.* El ministro de Dios debería mirar atrás y decir, no «Yo escogí este trabajo», sino «Dios me escogió y me dio este ministerio» —es decir, servicio a Él y a los hombres.

El autor de *Hebreos* muestra a continuación que Jesucristo cumple las grandes condiciones del sacerdocio.

(i) Empieza por la última. Jesús no escogió su tarea; Dios Le escogió para ella. Cuando fue bautizado por Juan Le vino a Jesús una voz que Le decía: «Tú eres mi amado Hijo; hoy te comunico Mi propia vida y naturaleza» *(Salmo 2:7).*

(ii) Jesús ha pasado por las experiencias más amargas y nos comprende en todas nuestras cualidades y debilidades. El autor de *Hebreos* tiene cuatro grandes pensamientos sobre Jesús.

(*a*) Recuerda a Jesús en Getsemaní. Eso es lo que está pensando cuando habla de las oraciones y súplicas, del clamor y las lágrimas de Jesús. La palabra que usa para *clamor (kraygué)* es muy significativa. Indica un grito que la persona no quiere lanzar, que «se le escapa» de la garganta en el estrés de un dolor insoportable. Así que el autor de *Hebreos* dice que no hay agonía del espíritu humano que no haya pasado Jesús. Los rabinos tenían un dicho: «Hay tres clases de oración, cada una más elevada que la anterior: oración, clamor y lágrimas. La oración se hace en silencio; el clamor, elevando la voz; pero las lágrimas lo vencen todo.» Jesús conoció hasta la oración desesperada de las lágrimas.

(*b*) Jesús aprendió de todas las experiencias porque las arrostró con reverencia santa. La frase griega para «Aprendió de lo que sufrió» es como un trabalenguas —*émathen af' hôn épathen.* Este es un pensamiento que aparece a menudo en los pensadores griegos. Esquilo, el primero de los grandes dramaturgos griegos, tenía un lema característico: «Aprender viene de sufrir» *(páthei máthos).* Llamaba al sufrimiento una especie de *gracia salvaje* de los dioses. Herodoto por su parte declaraba que sus sufrimientos eran *ajárista mathêmata,* una ingrata forma de aprender. Y un poeta moderno dice de los poetas: «Aprendemos en el sufrimiento lo que enseñamos en la canción.»

Dios nos habla en las experiencias de la vida, y especialmente en las que acrisolan el corazón y el alma; pero sólo podemos oír Su voz cuando aceptamos con temor reverente lo que viene a nosotros. Si lo recibimos con resentimiento, los gritos de nuestro corazón nos hacen sordos a la voz de Dios.

(*c*) Por medio de las experiencias que pasó, la versión Reina-Valera dice de Jesús que *habiendo sido perfeccionado (teleiûn). Teleiûn* es el verbo del adjetivo *téleios. Téleios* puede traducirse

correctamente por *perfecto* siempre que recordemos lo que los griegos entendían por perfección. Para ellos el que una cosa fuera *téleios* quería decir que cumplía exactamente el propósito para el que fue diseñada. Cuando usaban la palabra no pensaban en la perfección abstracta o metafísica, sino en términos de su *funcionalidad.* Lo que el autor de *Hebreos* quiere decir es que todas las dolorosas experiencias que pasó Jesús le capacitaron para ser el Salvador que la humanidad necesitaba.

(*d*) La Salvación que obró Jesús es *una salvación eterna.* Es algo que nos pone a salvo en el tiempo y en la eternidad. El hombre está a salvo con Cristo para siempre. No hay circunstancias que le puedan arrancar de la mano de Cristo.

RESISTIRSE A CRECER

Hebreos 5:11-14

> *La historia que se me ha encargado que os transmita sobre esta cuestión es larga, difícil de contar y de comprender, porque os habéis vuelto duros de oído. Porque, por supuesto: a estas alturas ya deberíais ser maestros, por todo el tiempo que ha pasado desde que escuchasteis el Evangelio por primera vez; y, sin embargo, todavía necesitáis que se os digan los sencillos elementos del principio del Mensaje de Dios. Os habéis sumido en un estado en el que necesitáis leche en lugar de alimento sólido; porque, está claro que si alguien está en la etapa de la lactancia, no puede saber de veras qué es la integridad cristiana, porque no es más que un bebé. Pero el alimento sólido está para los que han alcanzado la mayoría de edad, para los que, por el desarrollo de la debida clase de hábito, ya han llegado a la etapa en que tienen la percepción entrenada para distinguir entre el bien y el mal.*

Aquí el autor de *Hebreos* trata de las dificultades que se le presentan al intentar presentarles a sus lectores un concepto adecuado del Evangelio.

Tiene que enfrentarse con dos dificultades. La primera, que el orbe completo de la fe cristiana no es en absoluto nada fácil de entender, ni se puede entender en un día. La segunda, que la

percepción de sus lectores está *embotada.* La palabra que usa *(nôthrós)* está henchida de significado. Quiere decir la mente lenta, obtusa, torpe para entender, dura de oído y distraidilla para retener. Se usa esta palabra para los miembros insensibles de un animal enfermo. Se usa también de una persona que tiene la percepción y cerrazón de una piedra. Ahora bien: esto parece que se refiere a los que se dedican a predicar y a enseñar; pero, en realidad, se puede aplicar a todos los que piensan, es decir, que son personas. Sucede a menudo que esquivamos enseñar lo que es difícil; nos defendemos diciendo que es que nuestros alumnos no lo van a entender. Es una de las tragedias de la iglesia que se hace tan poco esfuerzo para enseñar nuevos conocimientos y pensamientos. Es verdad que eso tiene sus dificultades. Es verdad que a veces se enfrenta uno con el «muermo» de las mentes perezosas y con los prejuicios militantes de las mentes cerradas. Pero la tarea nos sigue desafiando. El autor de *Hebreos* no se desmarcaba de dar su mensaje, aunque fuera difícil, y torpe la mente de los alumnos. Consideraba que su suprema responsabilidad era transmitir las verdades que conocía.

Su queja era que hacía mucho tiempo que sus lectores eran cristianos, pero seguían siendo bebés, lejos todavía de la mayoría de edad. El contraste entre el cristiano maduro y el niño, o entre la leche y el alimento sólido, aparece con cierta frecuencia en el *Nuevo Testamento (1 Pedro 2:2; 1 Corintios 2:6; 3:2; 14:20; Efesios 4:13ss). Hebreos* dice que, para entonces, ya deberían ser maestros. Esto no hay que tomarlo literalmente. El decir que una persona estaba capacitada para enseñar era la manera griega de decir que dominaba suficientemente un asunto. El autor dice que siguen necesitando que alguien les enseñe *los sencillos elementos (stoijeîa) del Evangelio.* Esta palabra griega tiene una variedad de significados. En gramática quiere decir las letras del alfabeto, el A B C; en física, los cuatro elementos básicos que componen el mundo; en geometría, los elementos como el punto y la línea recta; en filosofía, los principios elementales con los que empieza el estudiante.

Al autor de *Hebreos* le da pena que, aunque hace bastantes años que sus alumnos son cristianos, todavía no han salido de los

rudimentos; son como niños, que no saben la diferencia entre lo bueno y lo malo. Aquí nos encontramos cara a cara con un problema que acecha a la Iglesia en cada generación: el de *la iglesia que se niega a crecer.*

(i) El cristiano que se niega a crecer en conocimiento. Puede que haya caído en lo que alguien ha llamado «la incapacidad culpable que es el resultado de no aprovechar la oportunidad.» Hay personas que siempre están diciendo que lo que era bastante bueno para sus padres también lo es para ellos. Hay cristianos que no han desarrollado su fe desde hace treinta o cuarenta o cincuenta o sesenta años. Hay cristianos que se niegan a rajatabla a intentar entender los descubrimientos que se han hecho en la investigación bíblica y el pensamiento teológico. Son mayores en edad y en otras cosas, pero se dan por contentos con una estatura espiritual que no ha desarrollado. Son cristianos bonsáis.

Son como un cirujano que se negara a usar las nuevas técnicas y los diversos equipos con los que se están salvando tantas vidas y remediando tantos males, porque dijera: «Lo que era bastante bueno para Galeno, también lo es para mí.» Son como un médico que se negara a usar las nuevas medicinas y técnicas de diagnóstico y de tratamiento, y dijera: «Lo que aprendí en la universidad hace cincuenta años sigue siendo bastante para mí.» En las cosas espirituales es todavía peor. Dios es infinito; Sus riquezas son inestrutables, y mientras dure el día debemos seguir avanzando.

(ii) Hay personas que no han crecido en conducta. Se le puede perdonar a un chaval que se chupe el dedo o que coja una rabieta; pero hay muchos que tienen aspecto de adultos y muchas cosas de niños. Sería bueno que todos pudiéramos hacer nuestras las palabras de Pablo: «Cuando me hice mayor, dejé las cosas de niño» *(1 Corintios 13:11).*

Los casos de falta de desarrollo son patéticos; y el mundo está lleno de gente cuya vida espiritual se ha detenido. Dejaron de aprender hace años, y su conducta espiritual es la de un niño. Es verdad que Jesús dijo que el espíritu de un niño es la cosa más grande del mundo; pero hay una diferencia tremenda entre la auténtica actitud de la infancia y el infantilismo. Peter Pan es un

personaje encantador de cuentos; pero la persona que se niega a crecer da grima. Cuidémonos de no seguir en la infancia espiritual cuando ya deberíamos haber alcanzado la mayoría de edad en la fe.

LA NECESIDAD DE PROGRESAR

Hebreos 6:1-3

> *Así que, dejemos ya atrás la enseñanza cristiana elemental, y dejémonos llevar adelante hacia la plena madurez; porque no nos podemos eternizar echando los cimientos, y enseñando acerca del arrepentimiento de las obras muertas, y dando información acerca de los lavatorios, la imposición de manos, la resurrección de los muertos y la sentencia que perdura por toda eternidad. Dios mediante, eso será lo que hagamos.*

El autor de *Hebreos* está seguro de que el progreso es necesario en la vida cristiana. Ningún maestro llegaría a nada si no hiciera más que empezar por el principio una y otra vez cuando se pusiera a enseñar. El autor de *Hebreos* dice que sus alumnos deben proseguir adelante hacia lo que él llama *teleiotês.* La versión *Reina-Valera* traduce esta palabra por *perfección.* Pero *téleios,* el adjetivo, y las demás palabras de la misma familia, tienen un sentido técnico. Pitágoras dividía a sus alumnos en *hoi manthanontes, los que están aprendiendo,* y *hoi téleioi, los mayores.* Filón dividía a sus alumnos en tres clases diferentes: *hoi arjomenoi, los principiantes; hoi prokoptontes, los que están avanzando,* y *hoi teleiômenoi, los que están empezando a alcanzar la mayoría de edad. Teleiotês* no implica un conocimiento completo, sino una cierta mayoría de edad en la fe cristiana.

El autor de *Hebreos* quiere decir dos cosas por *mayoría de edad.* (i) Algo que tiene que ver con *la mente.* Quiere decir que, conforme una persona va avanzando en edad, debe pensarse las cosas por sí misma. Por ejemplo: debe ser capaz de decir mejor Quién cree que es Jesús. Debe tener una comprensión más profunda, no sólo de los hechos, sino también del significado de la fe cristiana. (ii) Algo que tiene que ver con *la vida.* Conforme uno se va haciendo mayor, debe haber más y más reflejo de Cristo en él. Tiene que estar desembarazándose todo el tiempo de viejas faltas, y adquiriendo

nuevas virtudes. Deben amanecer cada día en su vida una nueva serenidad y una nueva nobleza. Como dice la *Oración de una monja del siglo XVII,* de fuente desconocida:

> SEÑOR: Tú sabes mejor que yo que me voy haciendo mayor, y algún día seré vieja. Guárdame del hábito fatal de creer que siempre tengo que decir algo sobre todos los asuntos y en todas las situaciones. Líbrame de empeñarme en arreglarles la vida a los demás. Hazme reflexiva, pero no maniática; dispuesta a ayudar, pero no a mangonear. Con un arsenal de sabiduría como el mío parece una lástima no usarlo todo; pero Tú sabes, Señor, que quiero conservar algunos amigos hasta el final.
>
> Mantén mi mente libre del recital de detalles interminables; dame alas para ir derecha al grano. Sella mis labios a mis angustias y dolores. Crecen como los hongos, y el desplegarlos le va resultando a una cada vez más dulce con el paso de los años. No me atrevo a pedir la gracia suficiente para escuchar con interés las historias de los males de los demás, pero ayúdame a soportarlas con paciencia.
>
> No me atrevo a pedir mejor memoria, pero sí una humildad creciente y no tanta seguridad cuando mis recuerdos parecen estar en conflicto con los de otros.
>
> Enséñame la gloriosa lección de que a lo mejor estoy equivocada.
>
> Manténme razonablemente dulce; no quiero ser una santa —con algunos de ellos no se podía vivir—; pero una vieja gruñona es una de las más logradas obras maestras del diablo. Dame la capacidad de descubrir cosas buenas en lugares inesperados, y talentos en personas insospechadas. Y dame, Señor, la gracia de decírselo. AMÉN.

Uno no se puede parar en la vida cristiana. Se dice de Cromwell que tenía en su biblia de bolsillo un lema en latín: *Qui cessat esse melior cessat esse bonus* —El que deja de ser mejor, deja de ser bueno.

Este pasaje nos permite ver qué era lo que la Iglesia Primitiva consideraba el Cristianismo básico.

(i) Está *el arrepentimiento de las obras muertas.* La vida cristiana empieza por *el arrepentimiento;* y el arrepentimiento *(metánoia)* es literalmente *un cambio de mentalidad.* Conlleva una nueva actitud para con Dios, la gente, la vida y el yo. Es un arrepentimiento *de obras muertas.* ¿Qué entiende el autor de *Hebreos* por esta extraña frase? Hay muchas cosas que puede que quiera decir, todas relevantes y sugestivas. (*a*) Puede que las obras muertas sean *acciones que traen la muerte.* Puede que sean las acciones inmorales, egoístas, impías, desamadas, sucias, que conducen a la muerte. (*b*) Puede que sean *obras que contaminan.* Para un judío, lo que más contaminaba era tocar un cuerpo muerto. El hacerlo le dejaba a uno en estado de impureza ritual, y le impedía el acceso al culto hasta que se purificara. Las obras muertas puede que sean las que contaminan el carácter y le separan a uno de Dios. (*c*) Puede que sean obras *que no tienen ninguna relación con el carácter.* Para los judíos, la vida era el ritual; si observaban las debidas ceremonias a su debido tiempo, eran buenos. Pero ninguna de estas cosas tenía ninguna influencia en su carácter. Puede que el autor de *Hebreos* quisiera decir que el cristiano ha roto con los rituales sin sentido y con los convencionalismos de la vida para dedicarse a las cosas que ahondan el carácter y desarrollan el alma y la vida.

(ii) Está *la fe que mira hacia Dios.* La primera cosa esencial de la vida cristiana es mirar hacia Dios. El cristiano decide sus acciones, no por el veredicto de los hombres, sino por el de Dios. No busca la salvación en sus propios méritos, sino sólo en la Gracia de Dios.

(iii) Está *la información acerca de los lavatorios.* Esto quiere decir que el cristiano debe darse cuenta de lo que quiere decir de veras el bautismo. El primer libro de enseñanza cristiana para los que estaban a punto de entrar en la iglesia y el primer libro de orden de cultos se llama *La Didajê, La enseñanza de los Doce Apóstoles.* Se escribió alrededor del año 100 d.C., y establece las reglas para el bautismo cristiano. Para entonces todavía no había surgido el bautismo infantil. Las personas venían directamente del paganismo, y el bautismo era la entrada en la iglesia y la confesión de fe. *La Didajê* empieza por seis capítulos cortos acerca de la fe y de la vida cristiana. Empieza diciéndole al candidato al bautismo lo que debe creer y cómo debe vivir. Y luego, a partir del capítulo siete, prosigue:

«Por lo que se refiere al bautismo, bautizarás de la siguiente manera: Cuando hayas instruido al candidato sobre todas estas cosas, bautízale en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en agua corriente. Si no dispones de agua corriente, bautízale en cualquier clase de agua. Si no le puedes bautizar en agua fría, úsala caliente. Si no puedes obtener ninguna de las dos, derrama agua tres veces sobre la cabeza del candidato en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Antes de bautizarle, haz que ayunen el candidato y el que le va a bautizar, y que los que puedan hagan lo mismo. Debes exhortar al bautizando a que ayune dos o tres días antes de la ceremonia.»

Esto es interesante. Demuestra que el bautismo de la Iglesia Primitiva era, si se podía, por inmersión total. Nos cuenta que a la persona que iba a recibir el bautismo, o se la sumergía, o se le derramaba agua tres veces, en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Tomamos nota de que al bautismo precedía un tiempo de instrucción, porque había que practicar la fe y la vida cristiana antes de recibir el sacramento del bautismo. El candidato tenía que preparar, no sólo su mente, sino también su espíritu, mediante el ayuno. En aquellos días nadie entraba en la iglesia sin saber lo que hacía. Por eso el autor de *Hebreos* dice: «Antes de recibir el bautismo, ya se os instruyó acerca de las cosas fundamentales de la fe cristiana. No debe haber necesidad de volver a ellas. Ahora tenéis que edificar una fe más plena sobre ese cimiento.»

(iv) Está *la imposición de manos.* En la práctica judía, esto tenía tres significados. (*a*) Era la señal de la transferencia de la culpa. El sacrificador ponía las manos sobre la cabeza de la víctima para simbolizar el hecho de que transfería su culpa al animal que ofrecía. (*b*) Era la señal de la transferencia de la bendición. Cuando un padre bendecía a su hijo, ponía sus manos sobre la cabeza del hijo como una señal de que le transmitía su bendición. (*c*) Era la señal de que se apartaba a una persona para una tarea especial. A un hombre se le imponían las manos cuando se le ordenaba para el ministerio.

En la Iglesia Primitiva se le imponían las manos al que había sido bautizado, para que recibiera el Espíritu Santo *(Hechos 8:17; 19:6).* Esto no se ha de entender en sentido material. En aquellos días se miraba a los apóstoles con reverencia porque habían sido los amigos de Jesús en la Tierra. Era realmente emocionante que le tocara a uno una persona que había estado con Jesús y había tocado Sus manos. El efecto de la imposición de manos no dependía de la posición del que las imponía, sino de su carácter y de lo cerca que estaba de Jesús.

(v) Está *la resurrección de los muertos.* Desde el principio, el Cristianismo fue una religión de inmortalidad. Le daba al hombre dos mundos en los que vivir; le enseñaba que lo mejor estaba todavía por venir, lo que hacía este mundo un lugar de entrenamiento para la eternidad.

(vi) Está *la sentencia que perdura por toda eternidad.* El Cristianismo fue desde el principio una religión de juicio. A ningún cristiano se le dejaba olvidar que, al final, tendría que encontrarse con Dios, y que lo que Dios pensara de él era infinitamente más importante que lo que pensara la gente, entre otras cosas porque sus consecuencias *perdurarían por toda eternidad.*

CRUCIFICAR A CRISTO OTRA VEZ

Hebreos 6:4-8

> *Porque los que fueron iluminados ya una vez, y saborearon el don gratuito del Cielo, y llegaron a participar del Espíritu Santo, y saborearon la maravillosa Palabra de Dios y los poderes de la era venidera… y se han vuelto atrás, es imposible que pasen otra vez por la renovación del arrepentimiento; porque lo que están haciendo ésos es crucificar por sí mismos otra vez al Hijo de Dios y hacer de Él un espectáculo grotesco. Porque, cuando la tierra ha bebido la lluvia que viene regularmente sobre ella y produce verduras que son útiles a los que la cultivan, participa de la bendición de Dios; pero, cuando no produce más que espinos y cardos, se la abandona y deja como cosa maldita, y al final se la destina al fuego.*

Este es uno de los pasajes más terribles de la Escritura. Empieza con una especie de lista de los privilegios de la vida cristiana.

El cristiano ha sido *iluminado.* Esta es una de las ideas favoritas del Nuevo Testamento. Sin duda tiene su origen en la figura de Jesús como la Luz del mundo, la Luz que ilumina a todas las personas que vienen al mundo *(Juan 1:9; 9:5).* Como dijo el mártir Bilney: «Cuando oí las palabras: "Jesucristo vino al mundo a salvar pecadores", fue como si rompiera el día de pronto en medio de la más oscura noche.» La luz del conocimiento, del gozo y de la dirección amanece cuando se encuentra a Cristo. Tan íntimamente entretejida con el Cristianismo llegó a estar esta idea que *la iluminación (fôtismós)* llegó a ser sinónima de *bautismo,* y *el ser iluminado (fôtízesthai)*, de *ser bautizado.* De hecho, eso es lo que muchos han entendido, y han considerado que este pasaje quiere decir que no hay posibilidad de perdón para los pecados que se cometen después de haber sido bautizado. De ahí que haya habido tiempos y lugares en los que el bautismo se ha pospuesto hasta el momento de la muerte para mayor seguridad. Más adelante discutiremos esa idea.

El cristiano ha saboreado *el don gratuito que viene del Cielo.* Sólo en Cristo podemos encontrar la paz con Dios. El perdón no es algo que se puede ganar; es un don gratuito. Sólo cuando venimos a la Cruz, nuestra carga rueda sima abajo. El cristiano conoce por experiencia el inconmensurable alivio que nos trae el perdón de Dios. Como cantó *El Peregrino:*

> Vine cargado con la culpa mía
> de lejos, sin alivio a mi dolor;
> mas en este lugar, ¡oh, qué alegría!,
> mi solaz y mi dicha comenzó.
> Aquí cayó mi carga, y su atadura
> en este sitio rota yo sentí.
> ¡Bendita Cruz, bendita sepultura!
> ¡Y más bendito Quien murió por mí!

El cristiano *participa del Espíritu Santo.* Tiene en su vida una nueva dirección y un poder nuevo. Ha descubierto la presencia de

un poder que no sólo le dice lo que tiene que hacer, sino que le ayuda a hacerlo.

El cristiano *saborea la maravillosa Palabra de Dios.* Esta es otra manera de decir que ha encontrado la verdad. Es característico de los seres humanos el buscar la verdad a tientas, como los ciegos. Es parte del castigo y del privilegio de ser seres humanos el no poder descansar hasta que hemos descubierto el sentido de la vida. En la Palabra de Dios encontramos la Verdad y el sentido de la vida.

El cristiano *saborea los poderes de la era venidera.* Los judíos creían que el tiempo se dividía en dos eras: la era presente *(ho nyn aiôn),* que era totalmente mala, y la era por venir *(ho mellôn aiôn),* que sería totalmente buena. Algún día Dios intervendría; vendría una sacudida destructora, y el Día del Señor. Entonces terminaría esta era presente, y empezaría la era por venir. Pero el cristiano saborea ya, aquí y ahora, las bendiciones de la era por venir, del Reino de Dios. Aun en el tiempo prueba, saborea ya anticipadamente la eternidad. El autor de *Hebreos* completa así su brillante catálogo de las bendiciones del cristiano; y después, de pronto, resuena como un trueno: «¡Pero se vuelven apóstatas, se vuelven atrás!»

¿Qué quiere decir con eso de que es imposible que los que se han convertido en apóstatas no pueden ser renovados para arrepentimiento? Muchos pensadores han tratado de darle la vuelta a esta palabra *imposible (adynaton).* Erasmo sostuvo que había que tomarla en el sentido de «difícil hasta el punto de casi imposible.» Bengel adujo que lo que es imposible para el hombre es posible para Dios, y que debemos encomendar los que han caído en esta condición a la misericordia del amor singular de Dios. Pero, cuando leemos este pasaje, debemos recordar que *se escribió en una época de persecución:* y en tiempos así la apostasía es el pecado capital. En cualquier tiempo de persecución, uno puede «salvar la vida» renegando de Cristo; pero eso querría decir que estima su vida más que a Jesucristo, Que nos advirtió lealmente de ese peligro y de sus consecuencias, y nos dejó el ejemplo supremo: «Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de Mí y del Evangelio, la salvará» *(Marcos 8:35).*

Esta manera clara y tajante de decir las cosas siempre ha surgido en tiempos de persecución. Doscientos años después de escribirse esta carta tuvo lugar la terrible persecución de tiempos del emperador Diocleciano. Cuando llegó la calma después de la tempestad, la única prueba que se aplicaba a los miembros de la iglesia que habían sobrevivido era: «¿Renegaste de Cristo para salvar la vida?» Si había renegado de su Señor, desde entonces tendría cerrada la puerta de la iglesia. Kermit Eby cuenta que un eclesiástico francés, cuando le preguntaron qué había hecho durante la Revolución Francesa, musitó: «Sobrevivir.»

Esta es la condenación del que ama su vida más que a Cristo. No se dijo para establecer la doctrina de que no hay perdón para los pecados que se cometan después del bautismo. ¿Quién es capaz de decirle a otro que está más allá del límite del perdón de Dios? Lo que se quería mostrar era la terrible seriedad de escoger la supervivencia en este mundo a costa de la lealtad a Cristo.

El autor de *Hebreos* dice a continuación una cosa terrible. Los que cometen apostasía *crucifican a Cristo otra vez.* Este es el tema de la gran leyenda de *Quo vadis.* Nos cuenta que la persecución de Nerón sorprendió a Pedro en Roma, y le falló el valor. Iba bajando la Vía Apia para escapar con vida, cuando, de pronto, se encontró con una figura en el camino. Era Jesús mismo. *«Quo vadis, Domine?* — preguntó Pedro. Y Jesús contestó: «Vuelvo a Roma para ser crucificado otra vez; esta vez en tu lugar.» Y Pedro, a quien la vergüenza le devolvió el valor, se dio la vuelta y se dirigió a Roma para morir como mártir.

Más adelante en la historia de Roma hubo un emperador que trató de atrasar el reloj: Juliano quería acabar con el Cristianismo y traer otra vez a los dioses del paganismo. Ibsen le hace decir: «¿Dónde está Él ahora? ¿Ha estado trabajando en otra parte desde que sucedió *aquello* en Gólgota?… ¿Dónde está Él ahora? ¿Y qué si *eso,* lo del Gólgota, cerca de Jerusalén, fue un suceso de cuneta, algo que pasó, por así decirlo, de pasada? ¿Qué si Él sigue, y sigue, sufriendo y muriendo y conquistando una y otra vez, mundo tras mundo?»

Hay aquí una verdad segura. Detrás del pensamiento del autor de *Hebreos* hay una concepción tremenda. Veía la Cruz como un

acontecimiento que abría una ventana al corazón de Dios. La veía como revelando, en un momento del tiempo, el amor sufrido que hay siempre en ese corazón. La Cruz decía a los hombres: «Así es como Yo os he amado y os amaré siempre. Esto es lo que me hace vuestro pecado. Esta es la única manera en que puedo llegar a redimiros.»

En el corazón de Dios hay siempre, mientras exista el pecado, esta agonía de amor dolorido y redentor. El pecado no quebranta sólo la Ley de Dios; también quebranta Su corazón. En verdad, cuando renegamos, crucificamos otra vez a Cristo.

Además, el autor de *Hebreos* dice que cuando renegamos *hacemos de Cristo un espectáculo grotesco.* ¿Cómo puede ser eso? Si pecamos, el mundo dirá: «Así es que para eso es para lo que sirve el Cristianismo. Eso es todo lo que ese Cristo puede hacer. Eso es todo lo que consiguió la Cruz.» Ya está bastante mal el que, cuando un miembro de la iglesia cae en pecado, queda en una situación vergonzosa y desacredita a la iglesia; pero lo que es peor con mucho es que hace que la gente se burle *de Cristo.*

Por último, vamos a tomar nota de una cosa. Se ha indicado que en la *Carta a los Hebreos* hay cuatro cosas imposibles. Aparte de *la imposibilidad* de este pasaje, las otras tres son: (i) Es imposible que Dios mienta (6:18). (ii) Es imposible que la sangre de los becerros y de los chivos quite el pecado (10:4). (iii) Sin fe es imposible agradar a Dios (11:6).

EL LADO MÁS LUMINOSO

Hebreos 6:9-12

> *Queridos hermanos: Aunque os hemos hablado así, estamos convencidos de que hay cosas mejores para vosotros; sí, cosas que tienen que ver con la Salvación. Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra, y el amor que habéis desplegado poniéndoos activamente al servicio de los que están consagrados a Dios, en el pasado y en el presente. Esperamos de todo corazón que todos y cada uno de vosotros desplegaréis el mismo celo hasta hacer que lo que esperáis se haga realidad, y que seguiréis portándoos como ahora hasta el final, para no caer en un letargo inactivo, sino seguir el ejemplo de*

los que, a base de fe y paciencia, reciben en herencia lo que se les había prometido.

Hay una cosa que sobresale aquí. Este es el único pasaje de toda la carta en el que el autor se dirige a sus lectores llamándolos *queridos hermanos.* Y esto viene inmediatamente a continuación del pasaje más duro; como si dijera: «Si no os quisiera tanto como os quiero no os hablaría con tanta severidad.» Crisóstomo parafrasea la idea de la siguiente manera: «Es mejor que os haya metido miedo con mis palabras que que tuvierais que lamentar los hechos.» Dice la verdad; pero, por muy dura que sea, la dice con amor.

Además, su misma manera de decirlo muestra lo individual que era su amor. «Esperamos —dice— *que todos y cada uno de vosotros* desplegaréis el mismo celo hasta hacer que lo que esperáis se haga realidad.» No está pensando en ellos como gente, sino como personas individuales. El doctor Paul Tournier, en su *Libro de consulta de un médico,* tiene un párrafo precioso sobre lo que él llama *el personalismo* de la Biblia. Dios le dice a Moisés: «Yo te conozco por nombre» *(Éxodo 33:17).* Y a Ciro: «Soy Yo, el Señor, el que te llamo por tu nombre» *(Isaías 45:3).* A uno le impacta, al leer la Biblia, la importancia que se da a los nombres personales. Se dedican capítulos enteros a largas genealogías. Cuando yo era pequeño pensaba que bien se hubieran podido omitir en el canon de la Sagrada Escritura; pero, desde entonces, me he dado cuenta de que estas ristras de nombres propios son un testimonio de que, en la perspectiva bíblica, el hombre no es ni una abstracción, ni una cosa, ni un fragmento de la masa como le consideran los marxistas, sino una persona. Cuando el autor de *Hebreos* escribió esas cosas tan serias no estaba reprendiendo a una iglesia, sino suspirando por hombres y mujeres, como hace Dios mismo.

Hay dos cosas interesantes que están implícitas en este pasaje.

(i) Se nos da a entender que, aun si estas personas a las que se escribe no han crecido en la fe cristiana y en el conocimiento como debían, y aun si han dejado que se les enfriara el primer entusiasmo, no han fallado en el servicio práctico a sus hermanos en la fe. Aquí hay una gran verdad práctica. A veces, en la vida cristiana, pasamos por momentos áridos; no sacamos gran cosa de los cultos; nuestra participación en la enseñanza de la escuela

dominical, o en el coro, o en diversos comités, se convierte en algo rutinario, sin alegría. En esas circunstancias tenemos dos alternativas: podemos dejar de asistir a los cultos y de colaborar; pero, si lo hacemos así, estamos perdidos. O podemos continuar con determinación, y la experiencia general es que la alegría y el entusiasmo y el gozo vuelven a su debido tiempo. En los momentos áridos, lo mejor que podemos hacer es seguir con los hábitos de la vida cristiana y de la iglesia. Si así lo hacemos, podemos estar seguros de que el Sol volverá a brillar.

(ii) Nuestro autor le dice a su público que sigan el ejemplo de los que, a base de fe y paciencia, reciben en herencia lo que se les había prometido. Lo que quiere decirles es: «No sois los primeros que se han embarcado en las glorias y los peligros de la fe cristiana. Otros arrostraron los peligros y soportaron las tribulaciones antes que vosotros, y vencieron.» Les está diciendo que sigan adelante, dándose cuenta de que otros han salido victoriosos de la lucha y han ganado la victoria. El cristiano no va por un camino totalmente desconocido, sino por el que han recorrido los santos.

LA ESPERANZA QUE NO FALLA

Hebreos 6:13-20

> *Cuando Dios hizo la promesa a Abraham, como no podía jurar por otro mayor que Él, juró por Sí mismo: «Te aseguro —dijo— que te bendeciré y te multiplicaré.» Abraham, después de practicar la paciencia, recibió lo que Dios le había prometido. Los humanos juramos por alguien que es mayor que nosotros; y un juramento se acepta como garantía que no admite discusión. Pero en esta ocasión, Dios, con un deseo verdaderamente excepcional de dejarles bien claro a los herederos de la promesa el carácter inalterable de Su intención, añadió un juramento, para que por dos cosas inalterables, en las que es imposible que Dios mienta, los que hemos huido hacia Él en busca de protección estemos firmemente animados a asirnos a la esperanza de lo que esperamos. Esta esperanza es para nosotros como un ancla segura y estable, que entra con nosotros al aposento interior que está detrás del velo, al que ya ha entrado Jesús como nuestro Precursor cuando asumió el*

cargo de Sumo Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec.

Dios le hizo más de una promesa a Abraham. *Génesis 12:7* nos relata la que le hizo cuando le llamó a salir de Ur y le envió a lo desconocido y a la tierra prometida. *Génesis 17:5, 6* es la promesa de que muchos descendientes van a heredar su bendición. *Génesis 18:18* es una repetición de esta última. Pero la promesa que Dios selló con un juramento se encuentra en *Génesis 22:16-18.* El sentido verdadero de esta primera frase es: «Dios le hizo muchas promesas a Abraham, y por último le hizo una que confirmó con un juramento.» Esa promesa era, por así decirlo, doblemente segura. Era la palabra de Dios, que en sí ya es segura; pero, además, Dios la confirmó con un juramento. Ahora bien, esa promesa era que todos los descendientes de Abraham serían benditos; por tanto era para la Iglesia Cristiana, que es el verdadero Israel de Dios y la verdadera descendencia de Abraham. Esa bendición se hizo realidad en Jesucristo. Es verdad que Abraham tuvo que practicar la paciencia antes de recibir lo prometido. No fue sino hasta veinticinco años después de salir de Ur cuando nació su hijo Isaac. Abraham era ya viejo, y Sara, estéril; la peregrinación fue larga, pero Abraham no perdió nunca la esperanza ni la confianza en la promesa de Dios.

En la antigüedad, *el ancla* era el símbolo de la esperanza. Epicteto dijo: «Así como un barco no debe depender de una sola ancla, tampoco una vida de una sola esperanza.» Pitágoras dijo: «La riqueza es un ancla floja, y la fama, más floja todavía. ¿Cuáles son las anclas que son fuertes? La sabiduría, el gran corazón, el coraje: estas son las anclas que ninguna tempestad puede hacer vacilar.» El autor de *Hebreos* insiste en que el cristiano tiene la mejor ancla-esperanza del mundo.

Esa esperanza, dice, es una que entra en la corte interior más allá del velo. En el templo, el lugar más sagrado de todos era el Lugar Santísimo. Tenía un velo que cubría la entrada. En el Lugar Santísimo se creía que moraba la misma presencia de Dios. Sólo había un hombre que podía entrar allí, y era el sumo sacerdote; y aun él no podía entrar en el Lugar Santísimo nada más que una vez al año, el Día de la Expiación.

Entonces, estaba establecido, no debía detenerse mucho, porque era peligroso y terrible entrar en la presencia del Dios vivo. Lo que dice el autor de *Hebreos* es lo siguiente: «Bajo la vieja religión judía nadie podía entrar a la presencia de Dios nada más que el sumo sacerdote, y sólo una vez al año; pero ahora Jesucristo ha abierto el camino para todos los hombres.»

El autor de *Hebreos* usa una palabra muy expresiva acerca de Cristo. Dice que entró en la presencia de Dios como nuestro *Precursor.* La palabra griega es *prodromos.* Su significado pasa por tres etapas. (i) Quiere decir *uno que se apresura.* (ii) *Un pionero.* (iii) Un explorador que se adelanta para ver si el terreno está bien para que puedan avanzar las tropas. Jesús entró en la presencia de Dios para que todos los seres humanos Le pudieran seguir a salvo.

Vamos a decirlo más sencillamente de otra manera. Antes de que viniera Jesús, Dios era el Extranjero distante al que muy pocos judíos se podían acercar a riesgo de sus vidas. Pero, gracias a lo que Jesús ha hecho, Dios es ahora Amigo de todo el mundo. Hubo un tiempo en que la gente pensaba que Dios les tenía cerrada la puerta; pero ahora sabemos que la tiene abierta, y quiere que la pasemos para encontrarnos con Él como nuestro Padre celestial.

EL SUMO SACERDOTE DE LA ORDEN DE MELQUISEDEC

Hebreos 7

Llegamos ahora a un pasaje de tal importancia para el autor de *Hebreos,* y tan difícil de entender para nosotros, que tenemos que tratarlo con especial atención. El capítulo 6 terminaba con la afirmación de que Jesús había sido establecido como Sumo Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec. Este sacerdocio de la orden de Melquisedec es la idea más característica de *Hebreos.* Detrás de ella subyacen formas de pensamiento, de razonamiento y de utilización de la Escritura que nos resultan extrañas, pero que debemos tratar de entender. El mejor punto de partida será reunir todo lo que el autor de *Hebreos* tiene que decir sobre el sacerdocio de la orden de Melquisedec, y leerlo en conjunto antes de dividirlo en pasajes más cortos para su estudio en detalle.

Así es que ahora trataremos de entender adónde se dirige el autor de *Hebreos,* antes de estudiar este capítulo en detalle.

Así pues, reunimos primero los pasajes que tratan de esta idea. El primero es *Hebreos 5:1-10.*

> *El sumo sacerdote se elige entre los hombres para que los represente en las cosas que tienen relación con Dios. Su cometido consiste en presentar ofrendas y sacrificios por los pecados, ya que él mismo puede sentir compasión de los ignorantes y de los descarriados, puesto que él también está revestido de debilidad humana. A causa de esta misma debilidad, le corresponde, de la misma manera que ofrece sacrificios por los demás, hacerlo también en su propio favor por sus propios pecados. Nadie se apropia esta honorable posición por su cuenta, sino es llamado por Dios a ocuparla, como sucedió con Aarón. Exactamente de la misma manera, no fue Cristo el que se apropió la gloria de ser sumo sacerdote, sino que fue el Dios Que le había dicho: «Tú eres mi amado Hijo; hoy Te comunico Mi propia vida y naturaleza», ese mismo Dios Le dijo también en otro pasaje: «Tú eres Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec.» En los días que vivió esta nuestra vida humana, ofreció oraciones y súplicas con mucho clamor y muchas lágrimas al Dios Que Le podía sacar de la muerte a salvo; y cuando fue escuchado por Dios por el santo temor que mostró, aunque era Hijo, aprendió lo que cuesta la obediencia por los sufrimientos que tuvo que pasar; y cuando llegó a estar perfectamente capacitado para la misión que se Le había encomendado, llegó a ser el Autor de la Salvación eterna de todos los que Le obedecen, porque había sido designado por Dios Sumo Sacerdote de la orden de Melquisedec.*

El segundo pasaje que trata de esta idea es todo el capítulo 7; así que vamos a leerlo seguido, recordando que en el último versículo del capítulo 6 ya se ha dicho que Jesús es *Sumo Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec.*

> *Ahora bien, este Melquisedec era rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo. Le salió al encuentro a Abraham, que volvía*

de derrotar a los reyes, y le bendijo; y Abraham apartó para él una décima parte del botín. En primer lugar, la interpretación de su nombre es Rey de Justicia; *y, en segundo lugar, Rey de Salem quiere decir* Rey de Paz. *No se mencionan los nombres de su padre y de su madre, ni hay ningún dato de su genealogía; tampoco se menciona cuándo empezó su vida, ni cuándo terminó; es exactamente como el Hijo de Dios, y queda como sacerdote para siempre. Fijaos ahora qué grande era este hombre, que Abraham le dio la décima parte del botín de la victoria, y Abraham era nada menos que el patriarca de nuestra nación. Ahora, fijaos en la diferencia: cuando los hijos de Leví reciben el sacerdocio, reciben también el mandamiento que establece la Ley de exigirle diezmos al pueblo. Es decir, que imponen los diezmos a sus hermanos, porque son todos descendientes de Abraham. Pero este hombre, cuya ascendencia no coincide con la de ellos en nada, recibió los diezmos de Abraham, y llegó a bendecir al que había recibido las promesas. Es indiscutible que es el menor el que recibe la bendición del mayor. Asimismo, por una parte, son hombres que mueren los que reciben los diezmos; pero en este caso se trata de un hombre que está demostrado que está vivo. Además, por decirlo de alguna manera, a través de Abraham también Leví, el mismo que recibe los diezmos, se los entregó, porque todavía estaba en el cuerpo de su padre cuando le salió al encuentro Melquisedec. Entonces, si se hubiera podido lograr el efecto deseado por el sacerdocio levítico —porque fue sobre la base de ese sacerdocio como Israel llegó a ser el pueblo de la Ley—, ¿qué necesidad había de establecer otro sacerdote, y llamarle sacerdote de la orden de Melquisedec, y no de la orden de Aarón? Una vez que se alteraba el sacerdocio, se seguía por necesidad el alterar también la ley; porque la Persona a la que se hace referencia pertenece a una tribu totalmente diferente, de la que nadie estuvo nunca al servicio del altar. Es obvio que fue de la tribu de Judá de la que surgió nuestro Señor; y Moisés no dijo nunca nada de esa tribu en relación con el sacerdocio. Y hay cosas que están todavía más indiscutiblemente claras: si se instaura un Sacerdote diferente, un Sacerdote de la orden de*

Melquisedec, un Sacerdote que llegó a serlo, no según la ley de mera descendencia humana, sino según el poder de una vida que es indestructible —porque el testimonio de la Escritura en relación con este punto es: «Tú eres Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec»—, si así están las cosas, surgen dos conclusiones. Por una parte, se presenta la abrogación del anterior mandamiento por su propia insuficiencia e inutilidad (porque la Ley no consiguió nunca producir el efecto que se le había asignado) y, por otra parte, se presenta la introducción de una esperanza mejor por medio de la cual podemos acercarnos a Dios. Y como en todo esto intervino un juramento —porque los sacerdotes levíticos se ordenaban sin juramento; pero Él con un juramento, como dice la Escritura refiriéndose a Él: «El Señor lo juró, y no se volverá atrás: "Tú eres Sacerdote para siempre"»— Jesús es el garante de un mejor Pacto. Además, había que seguir ordenando más y más sacerdotes levíticos porque la muerte les impedía seguir ejerciendo; mientras que Él tiene un sacerdocio que no se acabará jamás, porque Él permanece para siempre. Por eso mismo Le es posible en todas las circunstancias y en todo tiempo, ya que está vivo para siempre, salvar a los que vienen a Dios por medio de Él. ¡Ese era el Sumo Sacerdote que necesitábamos! Uno que es santo, que jamás ha hecho daño a nadie, que es sin mancha, distinto de los pecadores y que está por encima del mismo Cielo. Al contrario de lo que pasaba con los otros sumos sacerdotes, Él no tiene por qué ofrecer sacrificio todos los días en primer lugar por sus propios pecados y luego por los del pueblo. Esto lo hizo de una vez para siempre cuando se ofreció en Sacrificio a Sí mismo. Porque la Ley nombraba sumos sacerdotes a hombres sujetos a debilidades; pero la palabra del juramento que ha venido después de la Ley ha nombrado a Uno que es Hijo y que está totalmente capacitado para ejercer su Ministerio para siempre.

Estos son los pasajes en los que el autor de *Hebreos* describe a Jesús como *Sumo Sacerdote de la orden de Melquisedec.* Vamos a ver ahora lo que está tratando de decir cuando usa esa terminología.

Debemos empezar por entender la posición general en la que empieza. Empieza por la idea básica de que *religión es acceso a Dios.* Era para hacer posible ese acceso a Dios para lo que existían dos cosas. En primer lugar, *la Ley.* La idea básica de la Ley es que, siempre que el hombre cumpla fielmente sus mandamientos, está en una posición de amistad con Dios y tiene la puerta abierta a Su presencia. Pero los hombres no pueden cumplir la Ley y, por tanto, están interrumpidos el acceso a Dios y la amistad con Él. Y era precisamente para resolver esa situación de extrañamiento para lo que existía la segunda cosa: *el sacerdocio y todo el sistema de sacrificios.* La palabra latina para *sacerdote* es *pontifex,* que quiere decir *el que establece un puente;* el sacerdote era un hombre cuya función era construir un puente entre los hombres y Dios por medio del sistema de sacrificios. Una persona quebrantaba la Ley; su comunión con Dios quedaba interrumpida e impedido su acceso a Dios; mediante el ofrecimiento del sacrificio correcto se hacía expiación por esa ofensa, y así se restablecía la comunión y se quitaba la barrera.

Esa era la teoría del asunto. Pero, en práctica, la vida demostraba que eso era precisamente lo que no podían hacer el sacerdocio y los sacrificios. La separación de Dios que era la consecuencia del pecado del hombre no tenía salida; y el problema era que todos los esfuerzos del sacerdocio y todos los sacrificios del mundo no podían restablecer la relación perdida. Por tanto, el argumento del autor de *Hebreos* es que, lo que se necesita, es un nuevo y diferente sacerdocio y un Sacrificio nuevo y eficaz. Y ve en Jesucristo el único Sumo Sacerdote que puede abrir el camino hacia Dios; y llama al sacerdocio de Jesús *el sacerdocio de la orden de Melquisedec.*

Esta idea la sacó de dos pasajes del *Antiguo Testamento.* El primero es el *Salmo 110:4,* donde está escrito:

> *El Señor ha jurado, y no se volverá atrás: «Tú eres Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec.»*

El segundo es *Génesis 14:17-20,* donde se nos relata la historia del Melquisedec original:

> *Y el rey de Sodoma le salió al encuentro (a Abraham) en el valle de Save (que es el valle del rey). Y Melquisedec, el rey de*

Salem, trajo pan y vino; era sacerdote del Dios Altísimo. Y bendijo a Abraham diciendo: «¡Bendito sea Abram del Dios Altísimo, Creador del Cielo y de la Tierra, y bendito sea el Dios Altísimo que te ha entregado a tus enemigos en tus manos!» Y Abram le dio una décima parte de todo.

El autor de *Hebreos* hace aquí lo que haría cualquier rabino judío experto, y sigue el método rabínico de interpretación de la Escritura. Para entender ese método tenemos que tener presentes dos cosas.

(i) Para un judío versado en las Escrituras, cualquier pasaje tenía *cuatro* sentidos, a cada uno de los cuales daba un nombre. (*a*) El primero, *peshat,* que quiere decir el sentido literal y concreto. (*b*) Segundo, *remaz,* que es el sentido figurado que se sugiere. (*c*) Tercero, *derush,* que es el sentido al que se llega después de una seria investigación. (*d*) Cuarto, *sod,* que es el sentido alegórico o espiritual. El sentido más importante para los judíos era, con mucho, el *sod,* el sentido profundo. No estaban tan interesados en el sentido literal y material de un pasaje como en el sentido alegórico y místico que pudiera encerrar, aunque no tuviera nada que ver con el sentido literal. Eso es lo que hace aquí el autor de *Hebreos.*

(ii) En segundo lugar, debemos darnos cuenta de que los intérpretes judíos consideraban totalmente justificado el sacar conclusiones, no sólo de *las palabras,* sino también de *los silencios* de la Escritura; es decir, de lo que se dice y de lo que no se dice. De hecho, el autor de *Hebreos* basa su argumento por lo menos tanto en lo que no se dice en este pasaje como en lo que se dice acerca de Melquisedec.

Ahora vamos a ver en qué se diferencia el sacerdocio de la orden de Melquisedec del aarónico.

(i) *Melquisedec no tiene genealogía;* no tiene padre ni madre (versículo 3). Advertimos inmediatamente que este es un argumento sacado *del silencio de la Escritura,* porque no encontramos en ella la genealogía de Melquisedec. Esto resultaba extraño por dos razones. (*a*) Es lo contrario de lo que encontramos corrientemente en *Génesis,* donde abundan las largas listas de los antepasados de los personajes. Pero Melquisedec aparece en escena como si no viniera de ninguna parte. (*b*) Todavía más importante: esto es lo contrario de las reglas que regían el sacerdocio aarónico, que

dependía totalmente de la ascendencia. Bajo la Ley judía nadie podía llegar al sacerdocio a menos que presentara un pedigrí certificando que se remontaba a Aarón. El carácter y la habilidad no tenían nada que ver; lo único importante era el pedigrí. Cuando los judíos volvieron a Jerusalén del exilio, algunas familias no pudieron presentar sus partidas generacionales, y fueron destituidas del sacerdocio para siempre *(Esdras 2:61-63; Nehemías 7:63-65).* Por otra parte, si un hombre podía presentar un pedigrí que se remontara a Aarón, excepto por ciertos defectos físicos que establecía la Ley, no había nada en el mundo que le impidiera ser sacerdote. La genealogía era, literalmente, el todo.

Así que la primera diferencia entre los dos sacerdocios era esta: *el sacerdocio aarónico dependía de la descendencia generacional; el sacerdocio de Melquisedec dependía exclusivamente de las cualidades personales.* El sacerdocio de Melquisedec se basaba en lo que *se era,* no en lo que *se había heredado.* Como ha dicho alguien, la diferencia estaba en que uno se basaba en la *legalidad,* y otro en la *personalidad.*

(ii) *Hebreos 7:1-3* recoge otras cualidades de Melquisedec. El nombre *Melquisedec* quiere decir literalmente *Rey de Justicia,* y la palabra *Salem* quiere decir *Paz;* por tanto era también *Rey de Paz.* Hemos visto que no tenía genealogía, y de nuevo el autor de *Hebreos* deduce su argumento del silencio de la Escritura. No se nos dice cuándo empezó o terminó su sacerdocio Melquisedec, ni la fecha de su nacimiento ni de su muerte: por tanto, de ahí se deduce que no tuvo principio ni fin, y que su sacerdocio es perpetuo.

De aquí deducimos cinco grandes cualidades del sacerdocio de Melquisedec. (*a*) Es un sacerdocio de *justicia.* (*b*) Es un sacerdocio de *paz.* (*c*) Es un sacerdocio *real,* porque Melquisedec era rey. (*d*) Es *personal y no heredado* porque no tiene genealogía. (*e*) Es *eterno,* porque no tiene nacimiento ni muerte, y su sacerdocio no tiene principio ni fin.

(iii) Suponiendo que todo esto sea históricamente cierto, ¿cómo se puede demostrar que el sacerdocio de Melquisedec es superior al aarónico? *Hebreos* resalta dos puntos de la historia de Melquisedec en *Génesis.*

Primero, se dice que *Abraham le dio a Melquisedec los diezmos de todo.* Los sacerdotes cobraban los diezmos; pero hay dos diferencias. Los sacerdotes se los cobraban a sus hermanos del pueblo de Israel, y en cumplimiento de un mandamiento de la Ley. Pero Melquisedec recibió los diezmos de Abraham, con el que no tenía ninguna relación de raza, y que era el patriarca y fundador del pueblo de Israel; y además, recibió los diezmos, no porque la Ley le daba ese derecho, sino por un incuestionable derecho personal. Está claro que todo esto le colocaba muy por encima del sacerdocio ordinario.

Segundo, se dice que *Melquisedec bendijo a Abraham.* Es siempre el superior el que bendice al inferior; por tanto, Melquisedec era superior a Abraham, aunque Abraham era el fundador del pueblo de Israel y el único recipiente de las promesas de Dios. Todo esto, sin duda, le da a Melquisedec una categoría que no podía ser más alta.

A. B. Bruce resume como sigue los puntos en los que Melquisedec era superior al sacerdocio levítico. (*a*) Recibió los diezmos de Abraham, así es que era superior a él. Abraham fue el primero de los patriarcas; los patriarcas son superiores a sus descendientes; por tanto Melquisedec es más importante que los descendientes de Abraham; los sacerdotes ordinarios eran los descendientes de Leví, bisnieto de Abraham; por tanto, Melquisedec es mayor que ellos. (*b*) Melquisedec es mayor que los hijos de Leví porque ellos reciben los diezmos de acuerdo con la Ley, pero él por un derecho personal que no le ha sido dado por ningún hombre. (*c*) Los levitas recibían los diezmos como hombres mortales; él los recibió de Abraham como uno que vive para siempre *(Hebreos 7:8).* (*d*) Leví, el patriarca de los sacerdotes a los que los israelitas dan los diezmos, puede decirse que pagó los diezmos a Melquisedec, porque fue el bisnieto de Abraham y estaba todavía en su cuerpo cuando le pagó los diezmos a Melquisedec.

(iv) Desde *Hebreos 7:11* se nos muestra *dónde radica la superioridad del nuevo sacerdocio.*

(*a*) *El mismo hecho de que se había prometido un nuevo sacerdocio (Hebreos 7:11) es señal de que el antiguo era inadecuado.* Si éste hubiera cumplido su misión de llevar a los

hombres a la presencia de Dios, no habría habido necesidad de ningún otro. Además, la introducción de un nuevo sacerdocio era una revolución. Según la Ley, todos los sacerdotes tenían que ser de la tribu de *Leví;* pero Jesús era de la tribu de *Judá.* Esto es señal de que todo el antiguo sistema está superado. Algo más grande que la Ley ha ocupado su lugar. (*b*) *El nuevo sacerdocio es para siempre (Hebreos 7:15-19).* Bajo el antiguo sistema, había que sustituir a los sacerdotes, porque se morían; pero este Sacerdote vive para siempre. (*c*) *El nuevo sacerdocio ha entrado en vigor por un juramento de Dios.* El *Salmo 110:4* dice: «El Señor ha jurado, y no se volverá atrás: "Tú eres Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec."» Está claro que Dios no jura con ligereza. No introdujo así el antiguo sacerdocio. Esto es algo nuevo y de gran importancia. (*d*) *El nuevo Sacerdote no ofreció ningún sacrificio por Sí mismo (Hebreos 7:27).* Los sacerdotes ordinarios siempre tenían que ofrecer sacrificios por *sus propios* pecados antes de poder hacerlo por los del pueblo. Pero Jesucristo, el nuevo Sumo Sacerdote, era sin pecado y no tenía necesidad de ofrecer sacrificio por Sí mismo. (*e*) *El nuevo Sacerdote no tiene que repetir los sacrificios indefinidamente* (Hebreos 7:27). Ofreció un Sacrificio perfecto que no hay necesidad de repetir porque ha abierto el camino a la presencia de Dios para siempre.

Ahora resumimos brevemente lo que estaba en la mente del autor de *Hebreos* cuando pensaba en Jesús como el prometido Sumo Sacerdote de la orden de Melquisedec. Tengamos presente que estas son sólo las ideas principales.

(i) Jesús es el Sumo Sacerdote Cuyo ministerio no depende de Su genealogía sino de Él mismo.

(ii) Jesús es el Sumo Sacerdote Que vive para siempre.

(iii) Jesús es el Sumo Sacerdote sin pecado, Que no tiene por tanto que ofrecer sacrificio por su propio pecado.

(iv) Jesús es el Sumo Sacerdote Que, al ofrecerse a Sí mismo, hizo el Sacrificio perfecto que abrió de una vez para siempre el camino hacia Dios. Ya no hay que hacer más sacrificios.

Habiendo visto las ideas generales que tenía en mente el autor de *Hebreos* sobre Jesús como Sumo Sacerdote de la orden de

Melquisedec, ahora vamos a estudiar este capítulo en más detalle por secciones.

EL REY Y SACERDOTE AUTÉNTICO

Hebreos 7:1-3

> *Ahora bien, este Melquisedec era rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo. Le salió al encuentro a Abraham, que volvía de derrotar a los reyes, y le bendijo; y Abraham apartó para él una décima parte del botín. En primer lugar, la interpretación de su nombre es* Rey de Justicia; *y, en segundo lugar, Rey de Salem quiere decir* Rey de Paz. *No se mencionan los nombres de su padre y de su madre, ni hay ningún dato de su genealogía; tampoco se menciona cuándo empezó su vida, ni cuándo terminó; se nos presenta como una figura del Hijo de Dios, que queda como Sacerdote para siempre.*

Como ya hemos visto, los dos pasajes en los que el autor de *Hebreos* basa su argumento son *Salmo 110:4* y *Génesis 14:18-20.* En la historia del *Génesis,* Melquisedec es una figura extraña y casi misteriosa. Aparece como llovido del cielo; no se dice nada de su vida, nacimiento, muerte o genealogía. Sencillamente, aparece. Le da a Abraham pan y vino, cosa que, para nosotros que leemos la historia desde el Nuevo Testamento, tiene un matiz sacramental. Bendice a Abraham. Y seguidamente, se desvanece de la escena de la Historia tan repentinamente como había entrado. No nos sorprende que el autor de *Hebreos* haya encontrado en él un símbolo de Cristo.

Melquisedec era por su nombre Rey de Justicia, y por su reino Rey de Paz. El orden es tanto significativo como inevitable. *La justicia debe siempre preceder a la paz.* Sin justicia no puede haber verdadera paz. Como dice Pablo en *Romanos 5:1: «Justificados*, pues, por la fe, tenemos *paz* para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (R-V). Y otra vez en *Romanos 14:17:* «El Reino de Dios es… *Justicia, paz* y gozo en el Espíritu Santo. El orden es siempre el mismo: primero justicia, y luego paz (Cp. *Salmos 72:7; 85:10; Isaías 32:17).*

Podría decirse que toda la vida es una búsqueda de la paz, y también que los hombres insisten en buscarla donde no puede encontrarse.

(i) Buscan la paz en *el escape.* Pero lo malo del escape es que siempre tenemos que volver al punto de partida. A. J. Gossip traza un cuadro de una mujer descuidada, que vivía en una casa destartalada. Salía una tarde de su casa, y se iba al cine. Se escapaba una o dos horas al mundo del lujo y el encanto de las películas… y luego tenía que volver a casa. Es verdad que era un escape; pero tenía que volver a la realidad. W. M. Macgregor cuenta de una anciana que vivía en un suburbio terrible de Edimbugo que se llama Pans. Cada cierto tiempo se sentía tan asqueada de su barrio que hacía un recorrido por las casas de sus amigas, y les sacaba uno o dos peniques a cada una. Con el producto cogía una borrachera de muerte. Cuando se lo echaban en cara, contestaba: «¿Me vais a discutir la única oportunidad que tengo de salir de Pans con un sorbo de whisky?» Era un escape, pero tenía que volver. Siempre es posible encontrar una cierta clase de paz por la vía del escape, pero no dura mucho. El doctor Johnson solía insistir en que todas las personas debemos tener un «hobby», porque debemos poder apartarnos un poco de los quehaceres y problemas; pero ya se supone que es para volver a ellos con nuevo vigor. El escape no tiene por qué ser malo; puede que sea hasta necesario para conservar la salud física y mental; pero es siempre un paliativo, y no una cura.

(ii) No hay paz en *la evasión.* Muchos buscan la paz huyendo de sus problemas, encerrándolos en el inconsciente o siguiendo la táctica del avestruz. Aquí hay que decir dos cosas. La primera es que está por darse el primer caso de que se resuelvan los problemas a menos que se asuman. Por más que tratemos de evadirlos, ahí están. Los problemas son como las enfermedades: cuanto más tardemos en tratarlos, más graves se harán. Así se llega a las enfermedades incurables y a los problemas insolubles. La segunda cosa puede que sea todavía más seria. La psicología nos dice que hay una parte del cerebro que no deja nunca de trabajar. Con la parte consciente de nuestra mente puede que estemos evadiendo un problema, pero nuestro subconsciente sigue dándole

vueltas. Sigue ahí, como esos trocitos de metralla que van recorriendo el cuerpo; pueden destrozar la vida. Lejos de traer la paz, la evasión la destruye.

(iii) No hay paz en *la componenda.* Es posible lograr algún tipo de paz llegando a un acuerdo forzoso. De hecho, es una de las formas más corrientes de «hacer las paces» en este mundo. Podemos buscar la paz matizando algún principio, o mediante una componenda en la que ninguna de las dos partes queda satisfecha. Kermit Eby dice que podemos mantener un acuerdo de esos por cierto tiempo, pero más tarde o más temprano llega el momento en que uno tiene que dar la cara y hablar claro si quiere dormir tranquilo. La componenda, por tanto, produce tensión, aunque no esté a la vista. Así es que la componenda es uno de los grandes enemigos de la paz.

(iv) Está el camino de *la justicia,* o, para decirlo de otra manera, de *la voluntad de Dios.* No puede haber verdadera paz hasta que digamos: «Hágase Tu voluntad.» Y una vez que se ha dicho de veras, la paz inunda el alma. Así Le sucedió a Jesús. Fue a Getsemaní con una tensión tal que le hacía sudar sangre. En aquel huerto aceptó la voluntad de Dios, y obtuvo la paz. Seguir el camino de la justicia, aceptar la voluntad de Dios es quitar la raíz de inquietud y encontrar el camino de la verdadera paz duradera.

El autor de *Hebreos* amontona palabras para demostrar que Melquisedec no tuvo ascendientes. Lo hace contrastando el nuevo sacerdocio de Jesucristo con el antiguo de Aarón. Ningún judío podía ser sacerdote a menos que sus ascendientes se remontaran ininterrumpidamente hasta Aarón; y, si cumplía esa condición, nada le podía impedir ser sacerdote, salvo que padeciera alguno de ciertos defectos físicos que enumeraba la Ley. Si se casaba con una hija de sacerdote, ella tenía que presentar su pedigrí por lo menos de cuatro generaciones; y, si no era hija de sacerdote, por lo menos de cinco generaciones. Es un hecho extraño y casi increíble que el sacerdocio judío dependiera hasta tal punto de la genealogía. Las cualidades personales no se tenían en cuenta. Pero Jesucristo era el verdadero Sacerdote, no por lo que había heredado de los hombres, sino por ser Quien era.

Algunas de las palabras que *Hebreos* amontona aquí son sorprendentes. Dice que Melquisedec *no tenía genealogía (aguenealoguêtos),* palabra que no se encuentra en ningún otro texto griego y que es posible que nuestro autor inventara para hacer hincapié en que el ministerio de Jesús no dependía de sus antepasados. Probablemente se trata de una palabra nueva para representar una idea nueva. Dice que Melquisedec no tenía padre *(apatôr)* ni madre *(amêtôr).* Estas palabras son muy interesantes. En griego corriente se usaban en relación con niños desamparados o con gente de baja estofa. Además, *apatôr* tiene una acepción técnica legal en el griego contemporáneo de los papiros. Era la palabra que se usaba en documentos legales, especialmente en partidas de nacimiento, para *de padre desconocido* y, por tanto, *ilegítimo.* Hay, por ejemplo, un papiro que menciona a «Jairêmôn, *apatôr,* padre desconocido, cuya madre es Thasês.» Es alucinante que el autor de *Hebreos* usara estas palabras para recalcar lo que quería decir. Los autores cristianos tenían una habilidad especial para redimir palabras, lo mismo que a hombre y mujeres. Ninguna expresión le parecía demasiado fuerte al autor de *Hebreos* para hacer resaltar el hecho de que la autoridad de Jesús dependía solamente de Su Persona, y no de ninguna otra.

LA GRANDEZA DE MELQUISEDEC

Hebreos 7:4-10

> *Fijaos ahora qué grande era este hombre, que Abraham le dio la décima parte del botín de la victoria, y Abraham era nada menos que el patriarca de nuestra nación. Ahora, fijaos en la diferencia: cuando los hijos de Leví reciben el sacerdocio, reciben también el mandamiento que establece la Ley de exigirle diezmos al pueblo. Es decir, que imponen los diezmos a sus hermanos, porque son todos descendientes de Abraham. Pero este hombre, cuya ascendencia no coincide con la de ellos en nada, recibió los diezmos de Abraham, y llegó a bendecir al que había recibido las promesas. Es indiscutible que es el menor el que recibe la bendición del mayor. Asimismo, por una parte, son hombres que mueren los que reciben los diezmos; pero en este caso se trata de un hombre que está demostrado*

que vive. Además, por decirlo de alguna manera, a través de Abraham también Leví, el mismo que recibe los diezmos, se los entregó a Melquisedec; porque todavía estaba en el cuerpo de su antepasado cuando le salió al encuentro Melquisedec.

El autor de *Hebreos* va a demostrar la superioridad del sacerdocio de Melquisedec sobre el aarónico. Introduce el tema de los diezmos porque Abraham le dio a Melquisedec una décima parte del botín de la victoria. La Ley de los diezmos está en *Números 18:20, 21.* Allí se le dice a Aarón que a los levitas no se les darán tierras, pero recibirán la décima parte de todo por su servicio. «Y el Señor dijo a Aarón: De la tierra de ellos no tendrás heredad, ni entre ellos tendrás parte. YO soy tu parte y tu heredad en medio de los hijos de Israel. Y he aquí Yo he dado a los hijos de Leví todos los diezmos en Israel por heredad, por su ministerio, por cuanto ellos sirven en el ministerio del tabernáculo de reunión» (R-V).

Así que ahora, en una serie de contrastes, el autor de *Hebreos* elabora la superioridad de Melquisedec sobre los sacerdotes levíticos. Establece cinco puntos. (i) Los levitas reciben diezmos de la gente, y es un derecho que sólo ellos tienen. Melquisedec recibió diezmos de Abraham aunque no era de la tribu de Leví, que no existía todavía. Se podría objetar que, aunque eso le puso al nivel de los levitas, no prueba que fuera superior a ellos; así es que nuestro autor añade otros cuatro puntos. (ii) Los levitas reciben los diezmos de sus hermanos israelitas. Melquisedec no era israelita —todavía no existía el pueblo de Israel—, sino un extranjero; y no fue un israelita cualquiera el que le dio los diezmos, sino nada menos que Abraham, el fundador de la nación. (iii) Era un mandamiento de la Ley lo que confería a los israelitas el derecho de recibir diezmos; pero Melquisedec los recibió por ser quien era. Tenía tal grandeza personal que no necesitaba de ningún mandamiento que le autorizara a recibir diezmos. (iv) Los levitas reciben los diezmos como hombres mortales que son; pero Melquisedec porque vive para siempre. (v) Finalmente presenta una razón tan curiosa que pide disculpas antes de mencionarla. Leví era descendiente directo de Abraham, su bisnieto, y el único legalmente autorizado para recibir diezmos en las personas de los otros descendientes. Ahora bien, si fue más tarde descendiente de Abraham, eso quiere decir

que entonces aún estaba en el cuerpo de Abraham. Por tanto, cuando Abraham le dio los diezmos a Melquisedec, Leví también se los dio, porque estaba incluido en Abraham, y esta es la prueba final de que Melquisedec era superior a Leví. Es un razonamiento sumamente sorprendente, pero no cabe duda de que era convincente para los que lo leían.

Aunque nos parezca extraño, este argumento comporta la gran verdad de que lo que hace una persona revierte en sus descendientes. Si comete algún pecado, puede transmitir a sus descendientes la tendencia o alguna debilidad física que es su consecuencia. Si adquiere un carácter noble, transmite una buena herencia a sus sucesores. Leví, según este argumento, recibió el efecto de lo que había hecho Abraham. Ahí subyace, entre las aparentes fantasías del razonamiento rabínico, la verdad de que ninguna persona vive para sí sola, sino que transmite algo de sí misma a los que la siguen.

EL NUEVO SACERDOTE Y EL NUEVO CAMINO

Hebreos 7:11-20

> *Entonces, si se hubiera podido lograr el efecto deseado por medio del sacerdocio levítico —porque fue sobre la base de ese sacerdocio como Israel llegó a ser el pueblo de la Ley—, ¿qué necesidad habría habido de establecer otro sacerdocio, y llamarle* de la orden de Melquisedec, *en vez de de la orden de Aarón? Una vez que se alteraba el sacerdocio, se seguía por necesidad el alterar también la ley; porque la Persona a la que se hace referencia pertenece a una tribu totalmente diferente, de la que nadie estuvo nunca al servicio del altar. Es obvio que fue de la tribu de Judá de la que surgió nuestro Señor; y Moisés no dijo nunca nada de esa tribu en relación con el sacerdocio. Y hay cosas que están todavía más indiscutiblemente claras: si se instaura un Sacerdote diferente, un Sacerdote de la orden de Melquisedec, un Sacerdote que llegó a serlo, no según la ley de la mera descendencia humana, sino según el poder de una vida que es indestructible —porque el testimonio de la Escritura en relación con este punto es: «Tú eres Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec»—, si así están las cosas, surgen dos*

conclusiones: Por una parte, se presenta la abrogación del anterior mandamiento por su propia insuficiencia e inutilidad (porque la Ley no consiguió nunca producir el efecto para el que se había promulgado) y, por otra parte, se presenta la introducción de una esperanza mejor por medio de la cual podemos acercarnos a Dios.

Al leer este pasaje tenemos que recordar la idea básica de la religión que nunca se le va de la mente al autor de *Hebreos:* para él, religión es acceso a la presencia de Dios como amigos, sin ningún impedimento. La antigua religión judía estaba diseñada para producir esa relación de dos maneras. Primera, por la obediencia a la Ley; el que cumplía la Ley era amigo de Dios. Segunda, se reconocía que esa obediencia perfecta estaba fuera de las posibilidades de cualquier persona; y ahí entraba el sistema sacrificial. Cuando una persona era culpable de haber quebrantado la Ley, se suponía que el sacrificio correspondiente remediaba esa ruptura. Cuando el autor de *Hebreos* dice que el pueblo de Israel llegó a ser el pueblo de la Ley sobre la base del sacerdocio levítico, quiere decir que sin los sacrificios levíticos que expiaban los pecados la Ley habría sido totalmente imposible. Pero, de hecho, estaba demostrado que el sistema levítico sacrificial era incapaz de restablecer la relación con Dios que el hombre había perdido. Así es que se necesitaba un nuevo sistema: el de la orden de Melquisedec.

Dice que ese sacerdocio difiere del antiguo en que no depende en absoluto de la estructura humana —*carnal* sería la palabra original—, sino del poder de una vida que es indestructible. Lo que quiere decir es que cada una de las reglas que regían el antiguo sistema tenía que ver con el cuerpo físico del sacerdote. Para serlo, tenía que ser descendiente directo de Aarón. Luego había ciento cuarenta y dos defectos físicos que le descalificarían si tuviera alguno de ellos. Algunos se detallan en *Levítico 21:16-23.* La ceremonia de ordenación se perfila en *Levítico 8.* (i) Se le bañaba en agua para quedar ritualmente limpio. (ii) Se le vestía con los cuatro artículos sacerdotales (los calzones de lino, la túnica tejida de una pieza, la tiara y el cinto). (iii) Se le ungía con óleo. (iv) Se le ponía en el lóbulo de la oreja derecha, en el dedo pulgar de la mano derecha y en el dedo gordo del pie derecho, sangre de ciertos sacrificios que se

habían hecho. Cada detalle afectaba al cuerpo del sacerdote. Una vez ordenado tenía que cumplir muchas abluciones con agua y unciones con óleo; tenía que cortarse el pelo de cierta manera. El sacerdocio aarónico dependía de cosas físicas desde el principio hasta el fin. El carácter, la habilidad y la personalidad no entraban para nada. Pero el nuevo sacerdocio dependía de *una vida que es indestructible.* El sacerdocio de Cristo no dependía de cosas físicas, sino de lo Que Él era en Sí mismo. Aquí tenemos una verdadera revolución; ya no eran las ceremonias ni las observancias externas lo que hacía al Sacerdote, sino el valor interior.

Además, había otro gran cambio de consecuencias fundamentales. La Ley era tajante en cuanto a que todos los sacerdotes tenían que ser de la tribu de *Leví* y descendientes de Aarón. Pero Jesús pertenecía a la tribu de *Judá.* Por tanto, el hecho de que Él es el nuevo Sumo Sacerdote implica que la Ley se ha cambiado; se ha suprimido. La palabra que se usa para la cancelación es *athetêsis;* es la que se usa para la anulación de un tratado, la abrogación de una promesa, la supresión de un nombre del registro y para dejar una ley o regla sin efecto. Toda la parafernalia de la ley ceremonial quedó borrada en el sacerdocio de Jesús.

Por último, Jesús puede hacer lo que el antiguo sacerdocio no podía: puede darnos acceso a Dios. ¿Cómo? ¿Qué es lo que le impide al hombre el acceso a Dios? (i) *El miedo.* Mientras Dios le inspire terror al hombre, éste no puede confiar en Dios. Jesús vino para mostrarles a los hombres el amor infinito y tierno del Dios cuyo Nombre es Padre… ¡y el horrible terror desapareció! Ahora sabemos que Dios quiere que volvamos a casa, no para castigarnos, sino para recibirnos con los brazos abiertos. (ii) *El pecado.* Jesús ofreció en la Cruz el Sacrificio perfecto que expía el pecado. El miedo ha desaparecido; el pecado ha sido conquistado; el camino hacia Dios está abierto para todos.

EL SACERDOCIO SUPREMO

Hebreos 7:21-25

> *Y como en todo esto se interpuso un juramento —porque los sacerdotes levíticos se ordenaban sin juramento, pero Él con un*

juramento, como dice la Escritura refiriéndose a Él: «El Señor lo juró, y no se volverá atrás: "Tú eres Sacerdote para siempre"»— Jesús es el garante de un mejor Pacto. Además, en el Antiguo Pacto había que seguir ordenando más y más sacerdotes levíticos porque la muerte les impedía seguir ejerciendo; mientras que Él tiene un sacerdocio que no se acabará nunca, porque Él permanece para siempre. Por eso mismo Le es posible en todas las circunstancias y en todo tiempo, ya que está vivo para siempre, salvar a los que vienen a Dios por medio de Él.

El autor de *Hebreos* acumula pruebas de la superioridad del sacerdocio de la orden de Melquisedec, el de Jesús, sobre el antiguo sacerdocio levítico. Aquí aduce otras dos pruebas.

Primera: hace hincapié en el hecho de que la institución del sacerdocio de la orden de Melquisedec fue confirmada por un juramento de Dios, cosa que no había sucedido con el levítico. La cita es del *Salmo 110:4: «El Señor ha jurado,* y no se volverá atrás: «Tú eres Sacerdote para siempre de la orden de Melquisedec.»» La idea de que Dios haga un juramento ya es alucinante. Hace mucho, ya Filón lo había advertido. Señaló que la única razón para hacer un juramento es porque la palabra de un hombre a secas no es garantía de credibilidad; pero si se jura, entonces sí. Dios no necesita nunca hacer un juramento, porque es imposible que no sea creíble Su palabra. Por tanto, si Dios llega a confirmar Su palabra con un juramento, lo que dice debe de ser de importancia capital. Así que es posible que desaparezca el sacerdocio ordinario; pero el sacerdocio de Jesucristo nunca podrá dejar de existir, porque Dios ha jurado que será para siempre.

Como Su sacerdocio ha sido confirmado con un juramento, Jesús es *garante de un Pacto mejor.* Recordemos que la misión del sacerdote y de toda religión es abrir el camino de acceso a Dios. Aquí nos encontramos con la palabra *pacto.* Pronto tendremos que examinarla en más detalle; de momento es suficiente decir que un pacto es en esencia un acuerdo entre dos personas o partes que se comprometen a cumplir mutuamente ciertas condiciones.

Había un Antiguo Pacto entre Israel y Dios: que si los israelitas obedecían fielmente la Ley de Dios, el camino de acceso a Su

amistad siempre estaría abierto para ellos. En *Éxodo 24:1-8* vemos cómo entró la nación de Israel en aquel Pacto con Dios: Moisés tomó el libro de la Ley y se lo leyó al pueblo, que respondió con las palabras: «Haremos todas las cosas que el Señor ha dicho, y obedeceremos» (versículo 7). El antiguo acuerdo estaba basado en la obediencia a la Ley; y seguía vigente siempre que los sacerdotes siguieran haciendo sacrificios para expiar las desobediencias a la Ley.

Jesús es el garante de un Nuevo Pacto mejor, de una nueva relación entre el hombre y Dios. Y la diferencia es que, el Antiguo Pacto estaba basado en la ley, la justicia y la obediencia; el Nuevo Pacto está basado en el amor y en el perfecto Sacrificio de Jesucristo. El Antiguo Pacto estaba basado en lo que el hombre tenía que hacer; y el nuevo, en el amor de Dios.

¿Qué quiere decir el autor de *Hebreos* con eso de que Jesús es *el garante (énguyos)* del Nuevo Pacto? Un *énguyos* es uno que da seguridad. Se usa, por ejemplo, de una persona que garantiza o sale fiadora (R-V) o avala el préstamo de un banco; es la seguridad de que se pagará el dinero. Se usa de alguien que responde por un prisionero: que garantiza que el prisionero se presentará a juicio. El *énguyos* es el que garantiza que el acuerdo se va a respetar.

Entonces, ¿qué quiere decir el autor de *Hebreos?* Se podría preguntar: «¿Cómo sabemos que el Antiguo Pacto ya no está vigente? ¿Y que el acceso a Dios ya no depende de lo que el hombre pueda alcanzar con su obediencia, sino de recibir sencillamente el amor de Dios?» La respuesta es: «Jesucristo sale fiador (R-V) de que es así. Él es el garante que promete que el amor de Dios cumplirá su parte, sencillamente con que Le tomemos la Palabra.» Para decirlo de la manera más sencilla que nos es posible: Tenemos que creer que, cuando miramos a Jesús en todo Su amor, estamos viendo cómo es Dios.

El autor de *Hebreos* introduce una segunda prueba de la superioridad del sacerdocio de Jesús. El antiguo sacerdocio no tenía estabilidad. Los sacerdotes morían, y otros tenían que ocupar su puesto; pero el sacerdocio de Jesús es para siempre. Lo que importa en este pasaje son los matices y las implicaciones de las palabras del autor que casi no se pueden traducir.

Dice que el sacerdocio de Jesús *nunca será desfasado (aparabatos). Aparabatos* es un término legal. Quiere decir *inviolable.* Un juez establece que su decisión debe permanecer *aparabatos, inalterable.* También quiere decir *intransferible.* Describe algo que pertenece a una persona y que no se puede transferir a ninguna otra. Galeno, el autor de obras de medicina, la usa para describir una ley absolutamente científica, que no se puede violar, como los principios sobre los que está fundado y se mantiene unido el universo. Así que, cuando el autor de *Hebreos* dice que el sacerdocio de Jesús es algo de lo que no se Le puede despojar, ni puede poseer ningún otro, es algo tan estable como las leyes que mantienen el universo.

Jesús es y seguirá siendo siempre el único camino hacia Dios. El autor de *Hebreos* usa otra palabra maravillosa acerca de Jesús, y dice que *Él permanece para siempre (paramenein).* Ese verbo tiene dos matices característicos. Primero, quiere decir *seguir en oficio.* Nadie podrá jamás despojar a Jesús Su ministerio; para toda eternidad Él seguirá siendo el único que puede introducir los hombres a Dios. Segundo, quiere decir *continuar en la capacidad de siervo.* Gregorio Nacianceno hace provisión en su testamento para que sus hijas *permanezcan (paramenein)* con su madre todo el tiempo que ella viva. Habrán de quedarse con ella y ser su ayuda y su apoyo. Un papiro habla de una chica que debe *permanecer (paramenein)* en una tienda tres años para saldar con su trabajo una deuda que no puede pagar. Hay un contrato en un papiro que trata de un chico que se admite como aprendiz, que debe *permanecer (paramenein)* con su maestro tantos días extra como ha hecho novillos. Cuando el autor de *Hebreos* dice que Jesús *permanece para siempre,* en esa frase está envuelta la idea maravillosa de que *Jesús estará siempre al servicio de la humanidad.* En la eternidad, como cuando estaba en el tiempo. Por eso es el único y suficiente Salvador. En la Tierra sirvió a los hombres y dio Su vida por ellos; en el Cielo, todavía está para interceder por ellos. Es Sacerdote para siempre, el único que estará siempre abriendo la puerta de la amistad con Dios y es para siempre el gran Servidor de la humanidad.

EL SUMO SACERDOTE QUE NECESITÁBAMOS

Hebreos 7:26-28

> *¡Ese era el Sumo Sacerdote que necesitábamos! Uno que es santo, que jamás ha hecho daño a nadie, que es sin mancha, distinto de los pecadores y que está por encima del mismo Cielo. Al contrario de lo que pasaba con los otros sumos sacerdotes, Él no tiene por qué ofrecer sacrificio todos los días en primer lugar por sus propios pecados y luego por los del pueblo. Esto lo hizo de una vez para siempre cuando Se ofreció en Sacrificio a Sí mismo. Porque la Ley nombraba sumos sacerdotes a hombres sujetos a debilidades; pero la palabra del juramento que ha venido después de la Ley ha nombrado a Uno que es Hijo y que está totalmente capacitado para ejercer su ministerio para siempre.*

El autor de *Hebreos* continúa desarrollando el pensamiento de Jesús como Sumo Sacerdote. Empieza este pasaje usando una serie de grandes palabras y frases para describirle.

(i) Dice que Jesús es *santo (hosios).* Esta palabra se aplica a Jesús en *Hechos 2:27* y *13:35;* se usa del Señor en *Apocalipsis 15:4* y *16:5;* del obispo cristiano en *Tito 1:8;* de las manos que el hombre debe presentar a Dios en oración en *1 Timoteo 2:8.* Esta palabra encierra una idea especial. Siempre describe a la persona que cumple fielmente su deber para con Dios. La describe, no tanto como les parece a sus semejantes, sino como es para Dios. *Hosios* contiene la más grande de todas las bondades, la que es pura a la vista de Dios.

(ii) Dice de Jesús *que jamás ha hecho daño a nadie (ákakos, inocente* —que quiere decir lo mismo— en R-V). *Kakía* es la palabra griega para *maldad;* por tanto, *ákakos* describe al que está tan libre de todo mal que no queda en él sino bondad. Describe a la persona en su comportamiento con sus semejantes. Sir Walter Scott pedía que se le reconociera que, como escritor, él no había corrompido la moralidad ni dañado la fe de nadie. El que es *ákakos* está tan limpio, que su presencia es como un antiséptico; y en su corazón no hay nada más que el amor misericordioso de Dios.

(iii) Dice que Jesús es *sin mancha (amíantos). Amíantos* describe a aquella persona que está totalmente libre de toda clase de defectos que pudieran impedirle acercarse a Dios. Una víctima que tuviera algún defecto ya no podía ofrecérsele a Dios; el hombre contaminado no podía acercarse a Él; sin embargo el que es *amíantos* está capacitado para entrar en Su presencia.

(iv) Dice que Jesús es *distinto de los pecadores.* Esto no quiere decir que Jesús no fuera realmente un hombre. Era distinto de los pecadores porque, aunque sufrió todas las tentaciones de un hombre, las venció a todas y se mantuvo sin pecado. La diferencia entre Él y cualquier hombre radica, no en que no fuera completamente humano, sino en que es el Único en el Que se encuentra perfecta la humanidad.

(v) Dice que Jesús *está por encima del mismo Cielo.* En esta frase expresa la exaltación de Jesús. Si la frase anterior presentaba la perfección de Su humanidad, ésta presenta la perfección de Su divinidad. El Que fue un hombre entre los hombres ha sido exaltado a la diestra de Dios, a la gloria que tuvo antes que el mundo fuese *(Juan 17:5).*

El autor de *Hebreos* introduce ahora otro aspecto en el que el sacerdocio de Jesús es infinitamente superior al levítico. Antes de ofrecer sacrificio por los pecados del pueblo, el sumo sacerdote tenía que ofrecerlo *por sus propios pecados,* porque él también era pecador.

El autor está pensando especialmente en el Día de la Expiación. Este era el gran día en que se hacía expiación por todos los pecados del pueblo, el día en que el sumo sacerdote cumplía su ministerio exclusivo. Por lo general era el único día en que era él el que ofrecía los sacrificios. Todos los demás días lo hacían los sacerdotes subordinados; pero el Día de la Expiación oficiaba el sumo sacerdote en persona.

El primer acto del ritual era el sacrificio por los pecados del sumo sacerdote. Se lavaba las manos y los pies; se quitaba la ropa lujosa, y se vestía de lino blanco purísimo. Entonces le traían el becerro que él mismo había comprado con su propio dinero. Ponía las dos manos en la cabeza del becerro para transferirle sus pecados, y hacía la siguiente confesión: «Ah, Señor Dios, he cometido

iniquidad; he cometido transgresión; he pecado, yo y mi casa. Oh Señor, Te suplico que cubras las iniquidades, transgresiones y pecados que he cometido, cometiendo transgresión y pecado delante de Ti, yo y mi casa.»

El más grande de todos los sacrificios levíticos empezaba con el sacrificio de un becerro por los pecados del sumo sacerdote. Ese era un sacrificio que Jesús no tenía necesidad de hacer, porque Él no tenía pecado. El sumo sacerdote levítico era un hombre pecador que ofrecía sacrificios de animales por el pueblo pecador; Jesús era el Hijo de Dios sin pecado, ofreciéndose a Sí mismo por el pecado de toda la humanidad. Era la Ley la que había nombrado al sumo sacerdote levítico; pero fue el juramento de Dios lo que dio a Jesús Su ministerio; y por ser Él Quien era, el Hijo de Dios sin pecado, estaba dotado para su ministerio como nunca lo podía estar ningún sumo sacerdote levítico.

Aquí hace el autor de *Hebreos* lo que ya ha hecho varias veces en esta carta: deja una señal para indicar la dirección que va a tomar. Dice de Jesús que *se ofreció a Sí mismo.* En un sacrificio hacían falta dos: el sacerdote y la víctima. El autor de *Hebreos* ha demostrado mediante un largo y complicado argumento que Jesús es el Sumo Sacerdote perfecto; ahora va a pasar a otro pensamiento: que *Jesús es también la ofrenda perfecta.* Sólo Jesús podía abrir el camino que conduce hacia Dios, porque Él era el perfecto Sumo Sacerdote y ofreció el Sacrificio perfecto: el de Sí mismo.

Hay mucho en este argumento que nos resulta difícil de comprender. Se nos habla en términos de ritual y de ceremonias de hace mucho tiempo; pero hay algo eterno que permanece. El hombre busca la presencia de Dios; su pecado ha levantado una barrera entre él y Dios, pero está inquieto hasta que encuentre su descanso en Dios; y Jesús es el único Sacerdote que puede presentar la Ofrenda que abre de nuevo el camino para que los hombres vuelvan a Dios.

EL ACCESO A LA REALIDAD

Hebreos 8:1-6

El meollo de lo que estamos diciendo es el siguiente: ¡Tal es el Sumo Sacerdote que tenemos, Que se ha sentado a la diestra del trono de la Majestad en el Cielo, un Sumo Sacerdote que ministra en el verdadero Santuario y Tabernáculo que ha establecido el Señor y no el hombre! Porque todos los sumos sacerdotes son elegidos para que ofrezcan dones y sacrificios; por tanto, era necesario que Él tuviera también algo que ofrecer. Si hubiera estado en la Tierra, ni siquiera habría sido sacerdote, porque para eso están los que ofrecen los dones que prescribe la Ley, que son hombres cuyo ministerio no es más que un tenue boceto del orden celestial, según las instrucciones que recibió Moisés cuando estaba a punto de completar el tabernáculo: «Mira —se le dijo—, que lo hagas todo según el modelo que se te ha mostrado en el monte.» Pero, según son las cosas, Jesucristo ha recibido un ministerio más excelente, de la misma manera que es el Mediador de un mejor Pacto, un Pacto que se ha establecido sobre la base de promesas superiores.

El autor de *Hebreos* acaba de describir el sacerdocio de la orden de Melquisedec en toda su gloria. Lo ha descrito como un sacerdocio que es para siempre, sin principio ni fin; el sacerdocio que Dios confirmó con un juramento; el sacerdocio que se basa en la grandeza personal, y no en ningún nombramiento legal ni en requisitos raciales; el sacerdocio que la muerte no puede afectar; el sacerdocio que puede ofrecer un Sacrificio que no hay que repetir; el sacerdocio que es tan puro que no tiene necesidad de ofrecer sacrificio por sus propios pecados. Ahora hace y subraya la gran declaración: «¡Es precisamente un Sacerdote así el que tenemos en Jesús!»

A continuación dice dos cosas de Jesús. (i) Se ha sentado a la diestra del trono de la Majestad de Dios en el Cielo.

¡A Ti la gloria — oh nuestro Señor!
¡A Ti la victoria — gran Libertador!
Te alzaste triunfante — lleno de poder,
más que el Sol radiante — al amanecer.
¡A Ti la gloria — oh nuestro Señor!

¡A Ti la victoria — gran Libertador!

No puede haber mayor gloria que la del Jesús ascendido y exaltado. (ii) Dice que Jesús es el Ministro del Santuario. Es la prueba de Su *servicio.* Es único en majestad y en servicio.

Jesús nunca consideró que la majestad era algo que se podía disfrutar egoístamente. Uno de los emperadores romanos más grandes fue Marco Aurelio; como administrador no tuvo rival. Murió a los cincuenta y nueve años, después de haberse agotado en el servicio de su pueblo. Fue uno de los santos estoicos. Cuando le eligieron para que ocupara el puesto supremo del imperio, su biógrafo Capitolino nos dice: «Se sintió abrumado más que jubiloso; y, cuando se le dijo que se mudara a la residencia privada del emperador Adriano, le costó trabajo abandonar la villa de su madre. Cuando los miembros de su familia le preguntaron por qué sentía tanto recibir la adopción imperial, les enumeró los quebraderos de cabeza que conllevaba la soberanía.» Marco Aurelio veía la realeza en términos del servicio, no de la majestad.

Jesús es el único ejemplo de majestad divina y de servicio divino combinados. Sabía que se le había dado la posición suprema, no para que la retuviera en aislamiento espléndido, sino más bien para permitir a otros alcanzarla y compartirla con Él. En Él se combinan la majestad y el servicio supremos.

La idea de que la religión es fundamentalmente *acceso a Dios* nunca estuvo lejos de la mente del autor de *Hebreos.* Por tanto, el ministerio supremo del Sacerdote es abrirle a la humanidad el camino hacia Dios. Jesús ha suprimido las barreras que había entre Dios y el hombre, y nos ha dejado un camino o un puente, que es Él mismo, por el que el hombre puede llegar a la presencia de Dios. Pero esto lo podemos decir de otra manera: en vez de *acceso a Dios* podemos llamarlo *acceso a la realidad.* Todos los escritores religiosos tienen que buscar términos que puedan entender sus lectores. Tienen que presentar su mensaje en un lenguaje y en unos términos que lleguen al lector porque le son familiares o, por lo menos, pulsan una cuerda en su inteligencia. Los griegos tenían una idea básica del universo: pensaban en términos de dos mundos, el real y el irreal —que era *éste.* Creían que este mundo del espacio y el tiempo no era más que una reproducción imperfecta del mundo

real. Esa era la doctrina fundamental de Platón, el más grande de los filósofos griegos. Creía en lo que él llamaba *las formas.* Había un mundo en algún lugar en el que estaban desplegadas las formas perfectas de las que son copias imperfectas todas las cosas de este mundo. Algunas veces llamaba a las formas *ideas.* En algún lugar está la idea de una silla, de la que son copias imperfectas todas las sillas concretas. En algún lugar existe la idea de un caballo, de la que son reflejo deficiente todos los caballos. A los griegos les fascinaba esta concepción del mundo real —*el otro mundo*— del que éste no es más que una reproducción imperfecta y aproximada. En este mundo nos movemos entre sombras; pero en algún lugar existe la realidad. El mayor problema de la vida es pasar del mundo de las sombras al mundo de las realidades.

A este problema alude y ofrece solución el autor de *Hebreos.* El templo terrenal es un pálido trasunto del verdadero Templo de Dios; el culto terrenal es un reflejo remoto del verdadero Culto; el sacerdocio terrenal es una copia inadecuada del verdadero Sacerdocio. Todas las cosas que conocemos señalan, más allá de sí mismas, a la realidad de la que no son más que reproducciones insatisfactorias. El autor de *Hebreos* encuentra la base para esa manera de pensar en el *Antiguo Testamento.* Cuando Moisés recibió instrucciones para la construcción del tabernáculo con todo su mobiliario, Dios le dijo: «Mira que los hagas de acuerdo con el modelo que se te ha mostrado en el monte» *(Éxodo 25:9, 40).* Dios le había mostrado a Moisés el modelo real del que todo culto terrenal es sólo una copia difusa; así que el autor de *Hebreos* dice que los sacerdotes terrenales cumplen un ministerio que no es más que *un boceto confuso* del orden celestial. Para la expresión *boceto confuso* combina dos palabras griegas: *hypodeigma,* que quiere decir *espécimen,* o, más exactamente, *boceto;* y *skiá,* que quiere decir *sombra,* reflejo, fantasma, silueta. El sacerdocio terrenal es irreal, y no puede guiar a los hombres a la realidad; pero Jesús, *sí puede.* Podemos decir que Jesús nos introduce a la presencia de Dios, o que Jesús nos introduce a la realidad; ambas expresiones quieren decir lo mismo. Cuando el autor de *Hebreos* hablaba de *la realidad,* estaba usando un término que sus contemporáneos entendían perfectamente.

En lo mejor que puede ofrecer este mundo hay siempre imperfección. Nunca llega a lo que creemos que puede ser. Nada de lo que experimentamos o logramos aquí alcanza al ideal que nos atrae. El mundo real está más allá. Llámalo Cielo, o llámalo realidad; llámalo idea o forma; o llámalo Dios… Siempre está más allá.

Como lo vio el autor de *Hebreos,* sólo Jesús nos puede guiar, de la frustrante actualidad, a la plenamente satisfactoria realidad. Por eso Le llama *Mediador (Mesitês). Mesitês* viene de *mesos,* que, en este caso, quiere decir *en medio.* Un *mesitês* es, por tanto, *uno que se coloca entre dos personas que están enemistadas, y las reconcilia.* Cuando Job clamaba en su angustia por poder presentar su caso ante Dios, grita desalentado: «¡No hay entre nosotros árbitro *(mesitês)* — que ponga su mano sobre nosotros dos!» *(Job 9:33, R-V).* Pablo llama a Moisés *mesitês (Gálatas 3:19)* porque hizo de mediador para traer la Ley, de Dios a los hombres. En el período clásico de Atenas había un grupo de hombres —ciudadanos de no menos de sesenta años— a los que se podía llamar para que actuaran como mediadores cuando había una disputa entre dos ciudadanos, y su misión principal era lograr la reconciliación. En Roma estaban los *arbitri.* El juez decidía en cuestiones legales, pero los *arbitri* resolvían cuestiones de equidad, y su deber era poner punto final a los litigios. Además, en griego jurídico, *mesitês* era el *avalista, garante* o *fiador.* Salía fiador por un amigo que estaba procesado; respondía de una deuda o descubierto. El *mesitês* era el que estaba dispuesto a pagar la deuda de un amigo para arreglar las cosas.

El *mesitês* es el que se pone en medio e interviene entre las dos partes para lograr una reconciliación. Jesús es nuestro perfecto *Mesitês:* se coloca entre nosotros y Dios. Abre el camino a la realidad y a Dios, y es el único que puede efectuar la reconciliación entre el hombre y Dios, y entre lo real y lo irreal. En otras palabras: Jesús es el único que nos puede introducir a la vida real.

LA NUEVA RELACIÓN CON DIOS

Hebreos 8:7-13

> *Porque, si el primer Pacto, que vosotros conocéis tan bien, hubiera sido infalible, no habría habido necesidad de que le*

cediera el puesto a un segundo. A manera de reprensión les dice: «Fijaos bien en que se acercan los días —dice el Señor— en que consumaré un nuevo Pacto con las casas de Israel y de Judá. No será como el que hice con sus antepasados cuando los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; tiene que ser así porque ellos no se rigieron por mi Pacto, y Yo los dejé que se fueran por su camino —dice el Señor—. Será diferente, porque éste será el Pacto que Yo haré con la casa de Israel cuando pasen estos días —dice el Señor—: Pondré mis leyes en el interior de sus mentes, y las inscribiré en las entretelas de sus corazones. Seré para ellos todo lo que un Dios debe ser, y ellos serán para Mí todo lo que un pueblo debe ser. Y nadie enseñará a su compatriota ni a su hermano diciéndole: «¡Conoce a Dios!», porque todos Me conocerán, sean pequeños o mayores; porque yo perdonaré generosamente sus iniquidades, y ya no me acordaré más de sus pecados.» Al llamar a ese Pacto Nuevo, ha dejado el primer Pacto fuera de fecha; y lo que está pasado de fecha y cayendo en desuso, está a punto de pasar a la historia definitivamente.

Aquí *Hebreos* empieza a tratar de una de las grandes ideas bíblicas, la del *pacto.* En la Biblia, la palabra griega que se usa para pacto es *diathêkê,* y hay una razón para usar esta palabra bastante poco corriente. Por lo general, un pacto es un acuerdo en el que entran dos personas o partes. Dependerá de las condiciones que se acuerden; y, con que una de las partes las incumpla, el pacto quedará anulado. A veces se usa esta palabra en el *Antiguo Testamento* en su sentido corriente. Por ejemplo, se usa de la *alianza* que quisieron hacer los gabaonitas con Josué *(Josué 9:6, 11);* del *pacto* que les estaba prohibido hacer con los habitantes de la tierra de Canaán *(Jueces 2:2),* y del *pacto* entre David y Jonatán *(1 Samuel 23: 18).* Pero su uso característico es el que describe la relación entre Dios y el pueblo de Israel. «Guardaos de olvidaros del *Pacto* del Señor vuestro Dios» *(Deuteronomio 4:23).* En el *Nuevo Testamento* se usa también la misma palabra.

Pero hay un detalle curioso que requiere explicación. La palabra griega para los usos normales de acuerdo es *synthêkê;* por ejemplo, para un contrato o lazo matrimonial, o un acuerdo entre dos

estados. Además, en griego normal *diathêkê* no quiere decir acuerdo, sino *testamento.* ¿Por qué había de usar el *Nuevo Testamento* esta palabra para pacto? La razón es que *synthêkê* siempre se refiere a un acuerdo en términos iguales entre dos partes que están en un mismo nivel; pero entre Dios y el hombre no puede haber igualdad de condiciones. En el sentido bíblico del pacto, la iniciativa es por entero a Dios. El hombre no puede discutirle a Dios los términos del pacto; sólo puede aceptar o rechazar el ofrecimiento que Dios le hace.

El ejemplo supremo de esta clase de acuerdo es *el testamento.* Las condiciones de una *última voluntad o testamento* no se acuerdan entre las dos partes, sino son decisión única del testador, y la otra parte no puede alterar las condiciones, sino solamente aceptar o rechazar la herencia que se le ofrece.

Por eso se usa la palabra *diathêkê* para describir nuestra relación con Dios, porque es la clase de pacto en el que sólo una de las partes es responsable de los términos. Esta relación se nos ofrece solamente por la iniciativa y la gracia de Dios. Como decía Filón: «A Dios Le corresponde el dar, y a un hombre sabio el recibir.» Cuando usamos la palabra *pacto* debemos tener siempre presente que no quiere decir que hemos llegado a un acuerdo con Dios en igualdad de condiciones. Siempre quiere decir que toda la iniciativa pertenece a Dios.

Los términos del pacto los ha fijado Él, y el hombre no puede modificarlos en lo más mínimo. El Antiguo Pacto —el Antiguo Testamento— que los judíos conocían muy bien, era el que Dios había hecho con el pueblo de Israel después de sacarlo de una situación de esclavitud en Egipto y al darle la Ley. Dios se dirigió en Su Gracia al pueblo de Israel, y le ofreció una relación exclusiva con Él; pero esa relación dependía de la obediencia a la Ley. Vemos a los israelitas aceptando esa condición en *Éxodo 24:1-8.* El argumento del autor de *Hebreos* es que aquel Antiguo Pacto o Testamento se ha anulado, y que Jesús ha iniciado una nueva relación con Dios.

En este pasaje podemos distinguir algunas de las marcas del Nuevo Pacto o Testamento que Jesús ha inaugurado.

(i) El autor de *Hebreos* empieza por puntualizar que la idea de un Nuevo Pacto no es peregrina ni revolucionaria. Ya se encontraba en *Jeremías 31:31-34,* que cita textualmente. Además, el mismo hecho de que la Escritura hable de un Nuevo Pacto muestra bien a las claras que el Antiguo no era plenamente satisfactorio. Si lo hubiera sido, no se habría tenido ni que mencionar un Nuevo Pacto. La Escritura preveía un Nuevo Pacto, y por tanto, ella misma indicaba que el Antiguo no era perfecto.

(ii) Este Pacto será no sólo *Nuevo,* sino también *diferente en calidad y en especie.* En griego hay dos palabras para *nuevo. Néos* describe una cosa que es nueva en cuanto al tiempo; puede que sea una copia exacta de sus predecesoras, pero, como se ha hecho después que las otras, es *néos.* La otra palabra, *kainós,* quiere decir no sólo nuevo en lo referente al tiempo sino en cuanto a su especie. Una cosa que es simplemente una reproducción de algo que ya existía es *néos,* pero no es *kainós.* Este Pacto que Jesús establece es *kainós,* y no meramente *néos;* es nuevo y también diferente del Antiguo Testamento. El autor de *Hebreos* usa dos palabras para describir al Antiguo Pacto: dice que es *guêraskôn,* que quiere decir no sólo *que se hace viejo,* sino también *que se queda inservible.* También dice que es *afanismós,* que es la palabra que se usa para borrar una inscripción, abolir una ley o arrasar una ciudad. Así es que el Pacto que establece Jesús es nuevo en su especie y cancela definitivamente el anterior.

(iii) ¿En qué es Nuevo este Pacto? *Es nuevo en su extensión:* va a incluir *la casa de Israel y la casa de Judá.* Hacía mil años, en los días de Roboam, el pueblo de Israel se había dividido en dos partes: Israel al Norte, con diez tribus, y Judá al Sur, con las otras dos; y estos dos reinos no se habían vuelto a unir. El Nuevo Pacto iba a unir lo que había estado dividido milenariamente; los que antes eran enemigos estarían unidos.

(iv) *Es nuevo en su universalidad.* Todos los seres humanos conocerían a Dios, desde el más pequeño hasta el más grande. Eso era algo completamente nuevo. En la vida ordinaria de los judíos había muchas escisiones. Por una parte estaban los fariseos y los ortodoxos que se regían por la Ley; y por otra, los llamados despectivamente «la gente de la tierra», personas ordinarias que no

cumplían la ley ceremonial en todos sus detalles. Se los despreciaba. Estaba prohibido tener ninguna relación con ellos; el permitir que una joven se casara con uno de ellos se decía que era como dejarla a merced de las fieras; estaba prohibido hacer un viaje con ellos, e incluso, hasta donde fuera posible, tener ningún trato o relación laboral o comercial con ellos. Para los estrictos cumplidores de la Ley, la gente ordinaria estaba fuera de la sociedad; pero en el Nuevo Pacto estas escisiones no existirían. Todas las personas —sabios y analfabetos, grandes y pequeños— conocerían al Señor. Las puertas que habían estado cerradas se abrirían de par en par.

(v) Y habría una diferencia todavía más fundamental: el Antiguo Pacto dependía de la obediencia a una Ley impuesta desde fuera; pero *el Nuevo Pacto estaría escrito en los corazones y en las mentes de las personas,* que obedecerían a Dios, no por miedo al castigo, sino por amor. Le obedecerían, no porque la Ley los obligaba a hacerlo, quisieran o no, sino porque tendrían escrito en el corazón el deseo de obedecerle.

(vi) Sería un Pacto *que realmente produciría el perdón.*

Mirad cómo se haría realidad el perdón: *Dios había dicho que mostraría Su Gracia en las iniquidades de ellos y que perdonaría sus pecados.* Ahora bien, todo era cosa de Dios. La nueva relación está basada exclusivamente en Su amor. Bajo el Antiguo Pacto, uno podía mantener la relación con Dios solamente mediante el cumplimiento de la Ley; es decir, por su propio esfuerzo. Ahora, todo depende, no del esfuerzo humano, tan falible, sino solamente de la Gracia de Dios. El Nuevo Pacto pone a los hombres en relación con un Dios Que, como descubrió Lutero, no es justo *y sin embargo* Salvador, sino justo *y por tanto* Salvador. Lo más tremendo del Nuevo Pacto es que hace que la relación del hombre con Dios ya no dependa de la dudosa y vacilante fidelidad humana, sino de la segura e inmutable fidelidad de Dios.

Una cosa falta por decir. En las palabras de Jeremías acerca del Nuevo Pacto no se menciona el sacrificio. Parece que Jeremías consideraba que en la nueva era el sacrificio sería abolido como irrelevante; pero el autor de *Hebreos* piensa en términos del sistema sacrificial, y muy pronto pasará a hablar de Jesús como el Sacrificio

perfecto, Cuya muerte es lo único que hace posible para la humanidad el Nuevo Pacto.

LA GLORIA DEL TABERNÁCULO

Hebreos 9:1-5

> *Ahora bien: el primer tabernáculo también tenía su liturgia y santuario, que eran un símbolo terrenal de realidades celestiales. Porque el primer tabernáculo estaba preparado con el candelabro y la mesa de los panes de la proposición en lo que se llamaba el Lugar Santo. Detrás de la segunda cortina estaba la parte del tabernáculo que se llamaba el Lugar Santísimo. Se accedía a él por el altar de oro del incienso, y allí estaba el Arca del Pacto, cubierta de oro por todas partes, que contenía una urna de oro con maná, la vara de Aarón que reverdeció y las Tablas del Pacto. Por encima del Arca estaban los querubines gloriosos que daban sombra al propiciatorio; pero no es éste el lugar para hablar de todas estas cosas en detalle.*

El autor de *Hebreos* ha estado tratando de Jesús como el Que nos introduce en el mundo de la realidad. Ha hecho uso de la idea de que, en este mundo, no tenemos más que copias imperfectas de lo que es verdaderamente real. El culto que puede ofrecer la humanidad no es más que una sombra fantasmagórica del Culto real que sólo puede ofrecer Jesús, el verdadero Sumo Sacerdote. Pero, aunque está pensando en eso, se retrotrae con el pensamiento al tabernáculo —no el templo, téngase en cuenta—. Recuerda conmovido su belleza; se detiene a considerar cariñosamente sus preciosos componentes. Y la idea que sobresale entre todas es: Si el culto terrenal era tan hermoso, ¿cómo será el verdadero Culto? Si todas esas cosas preciosas del tabernáculo eran sólo una sombra de la realidad, ¡cuán superior será la belleza de la realidad misma! No se detiene en los detalles del tabernáculo; sólo alude a algunos de sus tesoros. Era todo lo que necesitaba de momento, porque sus lectores conocían todas las glorias del tabernáculo y las tenían bien grabadas en la memoria. Pero nosotros no las conocemos tan bien; así es que, veamos cómo era

la belleza del tabernáculo terrenal, teniendo siempre presente que era sólo un pálido reflejo de la realidad.

La descripción principal del tabernáculo del desierto se encuentra en *Éxodo 25-31* y *35-40.* Dios le dijo a Moisés: «Hazme un santuario para que more entre ellos» *(Éxodo 25:8).* Se construyó con las ofrendas voluntarias de la gente *(Éxodo 25:1-7),* que dio con tal generosidad que hubo que decirle que ya no hacía falta más *(Éxodo 35:5-7).*

El atrio del tabernáculo tenía 50 metros de largo por 25 de ancho (calculando que el codo tenía medio metro aproximadamente; más exactamente se calcula que eran 45 cm.). Estaba rodeado con una valla de cortina de lino torcido, de dos metros y medio de altura. El lino blanco se usaba para el Lugar Santísimo que rodeaba la presencia de Dios. Sostenían la cortina veinte columnas en cada uno de los lados Norte y Sur, y diez en los lados Este y Oeste. Las columnas descansaban en basas de bronce y tenían capiteles de plata. Había sólo una entrada, al Este, de diez metros de ancho por dos y medio de alto. Estaba hecha de lino fino torcido con azul, púrpura y carmesí. En el Atrio había dos cosas: el *altar de bronce,* cuadrado, de dos metros y medio de lado por metro y medio de altura, de madera de acacia recubierta de bronce; encima tenía una reja de bronce sobre la que se colocaban los sacrificios; y tenía cuatro cuernos en las cuatro esquinas a los que se ataban las víctimas. Estaba *la fuente de bronce,* que se hizo «de los espejos de las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de Reunión» *(Éxodo 38:8).* (No existían en aquellos tiempos espejos de vidrio). No se nos dan las medidas de la fuente, en la que se bañaban los sacerdotes antes de llevar a cabo sus deberes sagrados.

El tabernáculo mismo estaba construido con cuarenta y ocho vigas de madera de acacia de 5 metros de alto por 75 centímetros de ancho. Estaban recubiertas de oro puro, y se apoyaban en basas de plata. Estaban unidas por fuera por medio de barras de madera, y por una barra que les pasaba por el centro. El tabernáculo estaba dividido en dos partes. La primera —dos terceras partes del total— era el *Lugar Santo;* la parte interior —el otro tercio— era un cubo de 5 metros de lado que era el *Lugar Santísimo.* Cinco pilares de

bronce sostenían el velo que había delante del *Lugar Santo,* que estaba hecho de lino torcido azul, púrpura y carmesí.

En el *Lugar Santo* había tres cosas. (i) *El Candelabro de Oro.* Estaba colocado en el lado Sur; hecho de un talento de oro puro labrado a martillo; sus siete lamparillas se alimentaban con aceite de oliva puro, y siempre estaban encendidas. (ii) En el lado del Norte estaba *La Mesa de los Panes de la Proposición.* Estaba hecha de madera de acacia cubierta de oro, y tenía un metro de largo, setenta y cinco centímetros de ancho y noventa centímetros de alto. Sobre ella se colocaban todos los sábados doce panes, en dos filas de seis, hechos con la harina más pura, que sólo los sacerdotes podían comer cuando se colocaban nuevos el sábado siguiente. (iii) Estaba *El Altar del Incienso.* Era de madera de acacia recubierta de oro, de medio metro cuadrado por un metro de alto, y en él se quemaba incienso todas las mañanas y tardes, lo que simbolizaba las oraciones del pueblo que se elevaban al Cielo.

Delante del *Lugar Santísimo* estaba *El Velo* de azul, púrpura, carmesí y lino torcido con querubines bordados. Sólo el sumo sacerdote entraba en el *Lugar Santísimo,* sólo una vez al año, el Día de la Expiación, y sólo después de una preparación elaboradísima. En el Lugar Santísimo estaba *El Arca del Pacto,* en la que se guardaban tres cosas: la urna de oro que contenía maná, la vara de Aarón que reverdeció y las Tablas de la Ley. Estaba hecha de madera de acacia recubierta de oro por dentro y por fuera. Tenía dos codos y medio de largo, codo y medio de ancho y codo y medio de alto. Recordamos que se calcula que el codo tendría 45 centímetros. La cubierta se llamaba *El Propiciatorio,* y sobre ella había dos querubines de oro con las alas extendidas. Era allí donde estaba la mis-ma presencia de Dios, porque Él había dicho: «De allí Me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el Arca del Testimonio» *(Éxodo 25:22).*

En toda esta belleza estaba pensando el autor de *Hebreos…* sin olvidar que era sólo una mera sombra de la realidad. Tenía en mente otra cosa de la que había de hablar otra vez: un israelita no podía pasar de la puerta del atrio del tabernáculo; los sacerdotes y los levitas sí podían entrar en el atrio; sólo los sacerdotes podían

entrar en el Lugar Santo; y el sumo sacerdote era el único que podía entrar en el Lugar Santísimo. Todo era muy hermoso; pero las personas corrientes no podían acercarse a la presencia de Dios. Jesucristo quitó la barrera y abrió de par en par el acceso a la presencia de Dios para toda la humanidad.

EL ÚNICO ACCESO A LA PRESENCIA DE DIOS

Hebreos 9:6-10

Una vez preparadas todas estas cosas, los sacerdotes no hacen más que entrar ininterrumpidamente en la primera parte del tabernáculo para llevar a cabo los diferentes actos de culto; pero en la segunda parte, el sumo sacerdote es el único que entra, y sólo una vez al año y no sin sangre, que ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo. Así daba a entender el Espíritu Santo que todavía no estaba abierto el acceso al Lugar Santísimo mientras siguiera en pie el primer tabernáculo. Ahora bien: el primer tabernáculo está por la era presente, según cuya liturgia se ofrecen sacrificios que no pueden perfeccionar la conciencia de los que ofrecen ese culto; y que, como está basado en comidas y bebidas y diversas clases de abluciones, no son más que ordenanzas materiales, establecidas hasta el tiempo en que llegue el nuevo orden de cosas.

Sólo el sumo sacerdote podía entrar en el Lugar Santísimo, y eso sólo el *Día de la Expiación.* El autor de *Hebreos* está aquí pensando en las ceremonias de ese día tan especial. No tenía que describírselas a sus lectores porque las conocían muy bien. Para ellos eran las ceremonias más sagradas del mundo. Tenemos que tener en mente su desarrollo y sentido si queremos entender el pensamiento de nuestro autor. La principal descripción del Día de la Expiación está en *Levítico 16.*

En primer lugar debemos preguntarnos: ¿qué sentido tenía el Día de la Expiación? Como ya hemos visto, la relación entre Israel y Dios era la del Pacto. El pecado por parte de Israel interrumpía esa relación, y todo el sistema sacrificial existía para hacer expiación por el pecado y restaurar la relación perdida. Pero, ¿qué sucedía si quedaban algunos pecados por los que no se había hecho

expiación? ¿Y qué sucedía si ni siquiera se era consciente de esos pecados? ¿Qué sucedería si el mismo altar hubiera quedado profanado? Es decir, ¿qué pasaría si todo el sistema sacrificial no estuviera cumpliendo su misión?

El Día de la Expiación se resume en *Levítico 16:33, 34:*

> *Y hará la expiación por el santuario santo, y el tabernáculo de reunión; también hará expiación por el altar, por los sacerdotes y por todo el pueblo de la congregación. Y esto tendréis como estatuto perpetuo, para hacer expiación una vez al año por todos los pecados de Israel.*

Era un gran acto general de expiación por todos los pecados. Era un gran día, en el que todo el pueblo y todas las cosas se limpiaban, para que pudiera continuar la relación entre Dios e Israel. Con ese fin, era un día de humillación. «Afligiréis vuestras almas» *(Levítico 16:29),* que era otra manera de decir que *ayunaran.* Toda la nación ayunaba ese día, hasta los niños; y los judíos realmente devotos se preparaban para ese día ayunando los diez anteriores. El Día de la Expiación es diez días después del día de Año Nuevo del calendario judío, que es a primeros de septiembre del nuestro. Era con mucho el día más importante del año, para el sumo sacerdote especialmente.

Veamos, entonces, lo que sucedía en él. Por la mañana muy temprano, el sumo sacerdote se purificaba con un baño. Se ponía las santas vestiduras impresionantes que sólo usaba ese día, que se nos describen en *Éxodo 28* y *33:* los pantalones de lino fino y la toga larga que le llegaba hasta los pies, tejida de una pieza; *el manto del efod,* largo, todo de azul oscuro, con una orla en la que se alternaban granadas de azul, púrpura y carmesí con campanillas de oro; sobre este manto se ponía el efod, que era probablemente una especie de túnica de lino, bordada en púrpura, carmesí y oro, con un cinto elaborado. Llevaba en los hombros las dos piedras de ónice en las que estaban grabados los nombres de las doce tribus de Israel, seis en cada una. Llevaba sobre la túnica el pectoral, de un palmo cuadrado, con doce piedras preciosas en las que estaban grabados los nombres de las tribus de Israel. De esta manera llevaba el sumo sacerdote al pueblo sobre sus hombros y sobre su corazón. En el

pectoral estaban los *Urim y Tumim,* que se ha traducido por *luces y perfecciones (Éxodo 28:30),* pero que no se sabe exactamente qué eran; sólo que el sumo sacerdote los usaba cuando quería consultar la voluntad de Dios. En la cabeza llevaba una mitra alta, de lino fino, en la cual había una lámina de oro sujeta con una cinta azul en la que estaba grabado: «SANTIDAD AL SEÑOR.» Nos podemos figurar el aspecto deslumbrador que tendría el sumo sacerdote ese su gran día.

El sumo sacerdote empezaba por hacer lo que se hacía todos los días. Quemaba el incienso de la mañana, hacía el sacrificio de la mañana, y se encargaba de recortar las mechas de las lámparas del Candelabro de los siete brazos, uno de los grandes símbolos de Israel. Luego se pasaba a la primera parte del ritual especial de ese día. Todavía con sus ropas solemnes, sacrificaba un becerro y siete corderos y un carnero *(Números 29:7, 8).* Entonces se quitaba las ropas solemnes, se lavaba otra vez y se ponía la ropa sencilla de lino blanco. Se le traía un becerro que él había comprado con su propio dinero; colocaba las manos en la cabeza del becerro a la vista de todo el pueblo, y confesaba su propio pecado y el de su casa:

> *«Ah, Señor Dios, he cometido iniquidad; he cometido transgresión; he pecado, yo y mi casa. Oh Señor, Te suplico que cubras las iniquidades, transgresiones y pecados que he cometido, cometiendo transgresión y pecado delante de Ti, yo y mi casa, como está escrito en la Ley de Tu siervo Moisés: "Porque ese día, Él cubrirá (hará expiación) para ti dejándote limpio. De todas tus transgresiones delante del Señor serás limpiado."»*

Se dejaba un momento el becerro ante el altar; y entonces se procedía con una de las ceremonias únicas del Día de la Expiación. Se presentaban dos machos cabríos, y una urna con dos suertes: una estaba marcada *Para Jehová;* y la otra *Para Azazel* —que algunas veces se traduce por *chivo expiatorio.*

Se echaban las suertes, y se colocaba cada una en la cabeza de cada macho cabrío. Un trozo de tela escarlata, como una lengua, se ponía en el cuerno del macho cabrío para Azazel; y se dejaban los

dos un momento. Entonces el sumo sacerdote se volvía hacia el becerro que estaba delante del altar, y lo mataba haciendo una incisión en el cuello y echando la sangre en un cacharro que tenía un sacerdote; había que estar moviendo el cacharro para que no se coagulara la sangre. Entonces llegaba el primero de los grandes momentos: el sumo sacerdote cogía carbones encendidos del altar y los ponía en el incensario; luego cogía incienso, y lo ponía en un recipiente especial; luego entraba en el Lugar Santísimo para quemar el incienso en la presencia de Dios. Estaba estipulado que no debía permanecer más tiempo del necesario «para no hacer que se aterrara el pueblo.» La gente estaba esperando, conteniendo literalmente el aliento; y cuando salía de la presencia de Dios todavía con vida, el suspiro general de alivio producía una ráfaga de aire.

Cuando salía el sumo sacerdote del Lugar Santísimo, cogía el cuenco de la sangre del becerro, volvía a entrar en el Lugar Santísimo y rociaba siete veces por arriba y otras siete por abajo. Salía, mataba el macho cabrío marcado *para Jehová,* entraba con su sangre otra vez al Lugar Santísimo y rociaba otra vez. Entonces salía, mezclaba las sangres del becerro y del macho cabrío y rociaba siete veces los cuernos del altar del incienso y el mismo altar. Lo que quedaba de la sangre se ponía al pie del altar del holocausto. Así se purificaban el Lugar Santísimo y el altar de cualquier contaminación que pudieran tener.

Y entonces llegaba la ceremonia más conmovedora: se traía el chivo expiatorio; el sumo sacerdote le imponía las manos y confesaba su pecado y el pecado del pueblo, y el chivo era conducido al desierto, «a tierra deshabitada», cargado con los pecados del pueblo, y allí se le soltaba para que se marchara lo más lejos posible, o quedara a merced de las fieras.

Luego, el sumo sacerdote se volvía al becerro y al chivo muertos, y los preparaba para el sacrificio. Todavía vestido de lino leía la Escritura: *Levítico 16; 23:27-32,* y repetía de memoria *Números 29:7-11.* Entonces oraba por el sacerdocio y por el pueblo. Una vez más se lavaba con agua y se ponía las vestiduras solemnes. Sacrificaba primero un cabrito por los pecados del pueblo; luego hacía los sacrificios normales de la tarde; luego sacrificaba las

partes ya preparadas del becerro y del macho cabrío. A continuación se lavaba otra vez, se quitaba las vestiduras solemnes, se ponía las de lino blanco, y entraba por cuarta y última vez en el Lugar Santísimo para retirar el incensario que había estado ardiendo allí todo el tiempo. De nuevo se lavaba, se ponía las vestiduras solemnes, quemaba la ofrenda de incienso de la tarde, recortaba las mechas de las lamparillas del candelabro y daba por terminado su trabajo del día. Por la noche daba una fiesta para celebrar que había estado en la presencia de Dios y seguía vivo.

Ese era el ritual del Día de la Expiación, el día señalado para purificar de pecado todas las cosas y al pueblo. Esto era lo que tenía en mente e iba a explicar a continuación el autor de *Hebreos.* Pero también estaba pensando en otras cosas.

Todos los años había que repetir esta ceremonia. A todos les estaba prohibido entrar a la presencia de Dios menos al sumo sacerdote, y a él era algo que le producía terror. La purificación era meramente externa, con lavatorios de agua. El sacrificio consistía en animales y en su sangre. Todo aquello era un fracaso, porque tales cosas no pueden expiar el pecado. En todo ello, el autor de *Hebreos* ve un reflejo difuso de la realidad, una reproducción fantasmagórica del único Sacrificio verdadero: el de Cristo. Era un ritual impresionante, digno y hermoso; pero no era más que una sombra ineficaz. Jesucristo es el único Sacerdote y el único Sacrificio que pueden ofrecer el acceso a Dios a toda la humanidad.

EL SACRIFICIO QUE NOS DA ACCESO A DIOS

Hebreos 9:11-14

> *Pero cuando apareció Cristo, Sumo Sacerdote de las cosas buenas por venir, por medio de un Tabernáculo mayor y más capaz de producir los resultados para los que fue diseñado, un Tabernáculo no hecho por manos humanas —es decir, un Tabernáculo que no pertenece a este mundo—, y no por la sangre de machos cabríos o de becerros, sino por la Suya propia, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, asegurándonos una Redención eterna. Porque, si la sangre de machos cabríos y becerros y las cenizas de una becerra podían, al rociarse, purificar a los inmundos para que sus*

cuerpos quedaran limpios, ¡cuánto más la sangre de Cristo, Que por el Espíritu eterno se ofreció a Sí mismo sin defecto a Dios, limpiará vuestra conciencia para que podáis dejar las obras que producen muerte y seáis servidores del Dios vivo!

Para entender este pasaje debemos tener presentes tres cosas que eran básicas en el pensamiento del autor de *Hebreos.* (i) Religión es acceso a Dios. Su misión es introducir al hombre a la presencia de Dios. (ii) Este es un mundo de sombras difusas y de copias imperfectas; el mundo de las realidades está más allá. El propósito de toda clase de culto es poner a los seres humanos en contacto con las realidades eternas. Eso era lo que se suponía que podía hacer el culto del tabernáculo; pero el tabernáculo terrenal y su culto eran copias imperfectas del Tabernáculo real y de su Culto; y solamente el Tabernáculo y el Culto verdaderos pueden dar acceso a la realidad. (iii) No puede haber religión sin sacrificio. La purificación ha de ser costosa; el acceso a Dios requiere pureza; el pecado humano tiene que ser expiado, y su inmundicia tiene que ser limpiada. Con estas ideas en mente, el autor de *Hebreos* prosigue a demostrar que Jesús es el Sumo Sacerdote que ofrece el único Sacrificio que puede dar acceso a Dios, que es el Sacrificio de Sí mismo en perfecta obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz (Cp. *Filipenses 2:8*).

Para empezar, se refiere a algunos de los grandes sacrificios que los judíos tenían costumbre de ofrecer a Dios en el Antiguo Pacto. (i) Estaban los sacrificios de *becerros* y de *machos cabríos.* Aquí se está refiriendo a dos de los grandes sacrificios del Día de la Expiación —el del becerro que tenía que ofrecer el sumo sacerdote por sus propios pecados, y el del chivo expiatorio que se llevaba al desierto cargado con los pecados del pueblo *(Levítico 16:15, 21, 22).* (ii) Estaba el sacrificio de *la vaca alazana.* Este extraño ritual se nos describe en *Números 19.* Según la ley ceremonial judía, si alguien tocaba un cuerpo muerto, quedaba inmundo, excluido del culto; y todo lo que tocara o le tocara quedaba contaminado. Para purificarse se había prescrito un método: una vaca alazana se mataba fuera del campamento; el sacerdote salpicaba la sangre de la vaca delante del tabernáculo siete veces; luego se quemaba el cuerpo del animal con cedro, hisopo y un paño escarlata. Las

cenizas que quedaban se dejaban fuera del campamento en un lugar limpio, y constituían una purificación del pecado. Este ritual debe de ser muy antiguo, porque no se explican ni su origen ni su significado. Los judíos de tiempos más recientes contaban que una vez le preguntó un gentil a Yojanán ben Zakkai qué quería decir ese rito, porque a él le parecía mera superstición; y el rabino le contestó que había sido establecido por el Santo Dios, y que no teníamos que preguntar las razones, sino dejar la cosa como estaba, aunque no lo entendiéramos. El hecho es que era uno de los grandes ritos de los judíos.

El autor de *Hebreos* hace referencia a estos sacrificios, y seguidamente declara que el Sacrificio que ofreció Jesús es incalculablemente mayor y más efectivo. Debemos preguntarnos antes qué entiende por el mayor y más efectivo Tabernáculo no hecho con manos humanas. Esa es una pregunta a la que no se puede dar una respuesta indiscutible; pero casi todos los teólogos de la antigüedad coincidieron en decir que este nuevo Tabernáculo que introduce a la humanidad a la misma presencia de Dios no es sino el Cuerpo de Cristo. Sería otra manera de decir: «El que Me ha visto ha visto al Padre» *(Juan 14:9).* El culto del antiguo tabernáculo tenía la finalidad de introducir al pueblo de Israel a la presencia de Dios, cosa que no podía hacer sino de una forma difusa e imperfecta. La venida de Jesús trajo a Dios realmente al mundo e hizo que los hombres estuvieran en presencia de Dios.

La gran superioridad del Sacrificio que ofreció Jesús radica en tres cosas.

(i) Los sacrificios antiguos limpiaban el cuerpo humano de la impureza ceremonial; el Sacrificio de Jesús limpia el alma. Debemos tener esto siempre presente: en teoría, los sacrificios no limpiaban más que de las transgresiones de la ley ritual; no otorgaban el perdón de los pecados del corazón rebelde. Fijaos en el sacrificio de la vaca alazana: no era una impureza *moral* la que se limpiaba con este sacrificio, sino la impureza *ritual* que se contraía al tocar un cuerpo muerto. El cuerpo de una persona podía estar ritualmente limpio, y su corazón estar lleno de suciedad moral. Esa persona se podía sentir libre para entrar en el tabernáculo, y sin embargo estar muy lejos de la presencia de Dios. El Sacrificio de Jesús libera la

conciencia humana del peso del pecado porque nos trae el perdón de Dios. Los sacrificios animales del Antiguo Pacto podían dejar a los que los ofrecían a una distancia insalvable de Dios; el Sacrificio de Jesús nos presenta a un Dios que nos espera siempre con los brazos abiertos y en Cuyo corazón no hay más que amor.

(ii) El Sacrificio de Jesús obtuvo una Redención eterna. La humanidad estaba bajo el dominio del pecado; y, de la misma manera que había que pagar un precio para liberar a un hombre de la condición de esclavo, así también había que pagar un precio para liberar a un hombre del dominio del pecado.

(iii) El Sacrificio de Cristo permite al hombre dejar las obras de muerte y llegar a ser servidor del Dios vivo. Es decir: no solamente gana el perdón de los pecados pasados, sino permite vivir en adelante una vida nueva, limpia y útil. El Sacrificio de Jesús hizo más que pagar una deuda; ganó la victoria sobre el pecado. Lo que *hizo* Jesús pone al hombre en la debida relación con Dios; y lo que Jesús *hace* le permite al hombre seguir en la debida relación con Dios. La Obra de la Cruz trae a los hombres el amor de Dios de tal manera que los libra del terror que Le tenían antes; la presencia del Cristo vivo les trae el poder de Dios que les permite ganarle la batalla al pecado diariamente y en todas las situaciones.

Westcott indica cuatro maneras en las que el Sacrificio de Sí mismo que ofreció Jesús difiere de los sacrificios animales del Antiguo Pacto.

(i) El Sacrificio de Jesús fue *voluntario.* A los animales se les quitaba la vida; Jesús *dio* Su vida. Voluntariamente la ofreció por sus amigos (Cp. *Juan 10:18; 15:13, 14).*

(ii) El Sacrificio de Jesús fue *espontáneo.* El sacrificio de los animales era *el producto de la Ley;* el Sacrificio de Jesús fue *el producto del amor.* Pagamos nuestras deudas a un comerciante porque tenemos que hacerlo; le hacemos un regalo a un ser querido porque le queremos. No era la Ley, sino el Amor lo que estaba detrás del Sacrificio de Cristo.

(iii) El Sacrificio de Jesús fue *racional.* La víctima animal no sabía lo que estaba sucediendo; Jesús sabía todo el tiempo lo que estaba haciendo. Murió, no como una víctima ignorante a merced de

circunstancias que no entendía y sobre las cuales no tenía ningún control, sino con los ojos abiertos.

(iv) El Sacrificio de Jesús era *moral.* El sacrificio de los animales era mecánico; pero Jesús ofreció Su Sacrificio *por el Espíritu eterno.* Lo que sucedió en el Calvario no era una cuestión de ritual prescrito y llevado a cabo mecánicamente; era algo que Jesús hacía en obediencia a la voluntad de Dios y por los hombres. Detrás estaba, no la mecánica de la Ley, sino la libre elección del Amor.

LA ÚNICA MANERA DE OBTENER EL PERDÓN

Hebreos 9:15-22

> *Es por medio de Él como se instituye el Nuevo Pacto entre Dios y la humanidad; y el propósito que subyace detrás de este Nuevo Pacto es que los que han sido llamados reciban la herencia eterna que se les ha prometido; pero esto sólo podía suceder después de producirse una muerte, cuyo propósito sería rescatarlos de las consecuencias de las transgresiones que se habían cometido bajo las condiciones del Antiguo Pacto. Porque, tratándose de un testamento, es necesaria la evidencia de la muerte del testador para que entre en vigor. Es con la muerte de las personas como se confirma un testamento, porque no cabe duda de que no puede ser operativo mientras el testador continúe vivo. Por eso es por lo que hasta el Antiguo Pacto-Testamento no se inauguró sin sangre. Porque, después de anunciar Moisés a todo el pueblo todos y cada uno de los mandamientos que establece la Ley, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana escarlata e hisopo, y roció el libro mismo y también a todo el pueblo, mientras decía: «Esta es la sangre del Pacto cuyas condiciones Dios os manda que cumpláis.» Y también roció con sangre el tabernáculo y todos los instrumentos que se usaban en su culto. Bajo las condiciones que establece la Ley, se puede decir que casi todo se purifica con sangre. Sin derramamiento de sangre no puede haber perdón.*

Este es uno de los pasajes más difíciles de toda la carta, aunque no lo sería para los primeros destinatarios, que estaban

familiarizados con los detalles del ritual sacerdotal así como con estos métodos de exégesis y de expresión.

Como ya hemos visto, la idea del *pacto* es fundamental en el pensamiento del autor, que entiende por él la relación entre Dios y el hombre. El primer Pacto dependía del cumplimiento de la Ley por parte del hombre; en cuanto se quebrantaba la Ley, el Pacto quedaba sin efecto. Recordemos que, para nuestro autor, *Religión quiere decir acceso a Dios.* Por tanto, el significado básico del *Nuevo Pacto* que ha establecido Jesús es que el hombre puede tener acceso a Dios; o, para decirlo de otra manera, puede vivir en *relación* con Él. Pero aquí está la dificultad. Las personas ya llegan al Nuevo Pacto manchadas por los pecados que han cometido en el Antiguo Pacto, que el antiguo sistema sacrificial era impotente para expiar. Por tanto, el autor de *Hebreos* tiene una idea luminosa, y dice que el Sacrificio de Cristo es retroactivo; es decir, es eficaz para borrar los pecados que se cometieron bajo el Antiguo Pacto, y para inaugurar la relación que se promete en el Nuevo.

Todo eso parece muy complicado, pero detrás de ello hay dos grandes verdades eternas. La primera, que el Sacrificio de Jesús obtiene el perdón para los pecados pasados. Debería castigársenos por lo que hemos hecho e impedido hacer a Dios; pero, en virtud de lo que Jesús ha hecho, la deuda queda saldada, la desobediencia perdonada y la barrera retirada. La segunda verdad es que el Sacrificio de Jesús abre una nueva vida hacia el futuro: abre el acceso a la comunión con Dios. El Dios al Que nuestro pecado había convertido en un extranjero, es ahora nuestro Amigo por el Sacrificio de Cristo. Gracias a Su Obra, la carga del pasado se nos ha quitado de encima, y ahora podemos vivir con Dios.

El siguiente paso del argumento nos parece una manera extraña de razonar. La cuestión que tenía en mente el autor es por qué esta nueva relación con Dios exigía *la muerte* de Cristo. Y la contesta de dos maneras.

(i) La primera respuesta se encuentra en el sentido de la palabra *diathêkê,* que ha llegado a ser el más frecuente en la literatura cristiana. Todos nos hemos acostumbrado a hablar del *Antiguo* y *Nuevo Testamento (Diathêkê)* en lugar de *pacto* o *alianza,* y debemos esta terminología a este pasaje de la *Carta a los Hebreos.*

Hasta el versículo 16 se ha venido usando *diathêkê* en el sentido bíblico corriente de *pacto;* pero a partir de aquí se le aplica el sentido de *última voluntad* o *testamento.* Como un testamento no llega a ser operativo hasta que muere el testador, el autor de *Hebreos* dice que el Nuevo *Diathêkê* no puede darse por definitivo sin la muerte de Cristo.

(ii) La segunda respuesta se remonta al sistema sacrificial del Antiguo Testamento y a *Levítico 17:11:* «Porque la vida de la carne en la sangre está, y Yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; *porque es la sangre la que hace expiación.»* «Sin derramamiento de sangre no puede haber expiación por el pecado», era un principio bien conocido entre los judíos. Así es que el autor de *Hebreos* se retrotrae a la inauguración del primer Pacto, en tiempos de Moisés; al momento en que el pueblo aceptó la Ley como la condición de su especial relación con Dios. Se nos dice que se hicieron sacrificios, y que Moisés «tomó la mitad de la sangre y la puso en vasijas; y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar.» Después de leer el libro de la Ley y que el pueblo lo aceptara, Moisés tomó la sangre que quedaba y la roció sobre el pueblo y dijo: «He aquí la sangre del pacto que el Señor ha hecho con vosotros de acuerdo con todas estas palabras» *(Éxodo 24:1-8).* Al parecer aquí el autor de *Hebreos* introduce en la cita los becerros y machos cabríos y la lana escarlata y el hisopo que aparecen en el pasaje del Día de la Expiación, y menciona el tabernáculo, que todavía no se había construido; probablemente lo hace porque todo estaba presente en su mente y tiene relación con el tema que viene desarrollando. La idea fundamental es que no puede haber purificación ni ratificación de ningún pacto sin derramamiento de sangre. *Por qué* haya de ser así no hace falta explicarlo; basta con que lo afirme la Escritura. La razón que se implica y alude aquí es que la sangre es la vida, y la vida es lo más precioso que hay en el mundo, por lo que sólo se ha de ofrecer a Dios.

Todo esto se remonta al ritual del Antiguo Testamento, que no tiene más que un interés histórico; pero detrás de ello hay un principio eterno: *El perdón es costoso. El perdón humano* es costoso. Un hijo o una hija se pueden descarriar, y puede que el

padre o la madre los perdonen; pero ese perdón conlleva lágrimas, canas en el pelo, arrugas en el rostro, angustia y dolor de corazón. No se puede decir que no cueste nada. *El perdón de Dios* es costoso. Dios es amor, pero también es *santo.* Él es el Que menos puede quebrantar las grandes leyes morales sobre las que está construido el universo. El pecado debe recibir su castigo, o se desintegrará la misma estructura de la vida. Y Dios es el único que puede pagar el terrible precio que cuesta el perdón de la humanidad. Perdonar no es nunca decir: «Está bien. No importa.» Es lo más costoso del mundo. Sin el derramamiento de la sangre del corazón no puede haber perdón de pecados. Nada le hace a uno recapacitar con más fuerza que el ver el efecto que ha producido su pecado en alguien que le ama en este mundo, o en Dios, Que le ama por toda eternidad; y el decirse: *«Eso* es lo que costó perdonar *mi* pecado.» Donde ha de haber perdón, alguien ha de ser crucificado.

LA PURIFICACIÓN INTEGRAL

Hebreos 9:23-28

> *Así que, si era necesario que las cosas que no son más que copias de las realidades celestiales se purificaran por tales procesos, es necesario que las realidades celestiales mismas se purifiquen por medio de sacrificios más excelentes que los que hemos venido estudiando. No ha sido a un santuario de fabricación humana donde ha entrado Cristo —cosa que no habría sido nada más que un mero símbolo de las cosas reales. ¡Ha sido en el mismo Cielo donde ha entrado, para presentarse esta vez como nuestro representante ante la misma presencia de Dios! Y no va a tener que ofrecerse repetidamente, como entra el sumo sacerdote año tras año en el Lugar Santísimo con sangre que no es suya propia. Si así fuera, Cristo habría tenido que sufrir una y otra vez desde que empezó el mundo. Ahora, de veras, una vez para siempre, al fin del tiempo presente, Él se ha presentado con el Sacrificio de Sí mismo, para cancelar la deuda de nuestros pecados. Y, de la misma manera que está establecido que los hombres no mueran más que una vez por todas para después presentarse a juicio, así también Cristo,*

después de ser sacrificado de una vez para siempre para sobrellevar la carga de los pecados de muchos, aparecerá por segunda vez, no ya para resolver el problema del pecado, sino para traer la Salvación a todos los que Le están esperando.

El autor de *Hebreos* sigue pensando en la suprema eficacia del Sacrificio de Jesús; y comienza con un vuelo de pensamiento que es alucinante hasta para un escritor tan aventurero como él. Recordemos otra vez la idea básica de la carta, de que el culto de este mundo no es más que una copia confusa del Culto real. El autor dice que, en este mundo, los sacrificios levíticos estaban diseñados para purificar los medios del culto; por ejemplo: los sacrificios del Día de la Expiación purificaban el tabernáculo, el altar y el Lugar Santísimo. Ahora pasa a decir que la Obra de Cristo purifica *no sólo la Tierra, sino también el Cielo.* Tiene el pensamiento grandioso de una especie de Redención cósmica que purifica todo el universo, visible e invisible.

Así que procede a subrayar una vez más en qué son supremos la Obra y el Sacrificio de Cristo.

(i) Cristo no entró en ningún santuario de fabricación humana, sino en la misma presencia de Dios. Debemos pensar en el Evangelio, no en términos de membresía de una iglesia, sino en términos de íntima comunión con Dios.

(ii) Cristo entró a la presencia de Dios, no solamente por Sí mismo, sino también como nuestro Representante. Entró para abrirnos el camino a nosotros, y para defender nuestra causa. En Cristo se da la paradoja más grande del mundo: la paradoja de la más excelsa gloria y del más humilde servicio, la paradoja de Uno por Quien existe todo el universo y Que existe para el universo, la paradoja del Rey eterno y del eterno Servidor.

(iii) El Sacrificio de Cristo no es necesario que se repita nunca. Año tras año se tenía que seguir el ritual del Día de la Expiación, porque había que expiar nuevamente las cosas que bloqueaban el camino hacia Dios; pero ya, gracias al Sacrificio de Cristo, el camino que conduce a Dios está abierto para siempre. Los hombres siempre han sido pecadores, y siempre lo serán; pero eso no quiere decir que Cristo tenga que seguir ofreciéndose a Sí mismo una y otra vez. El acceso está abierto de una vez para siempre. Podemos

poner un ejemplo sencillo: Hacía mucho tiempo que cierta operación quirúrgica se consideraba imposible; pero un buen día, un buen cirujano descubre la manera de salvar las dificultades, y desde ese día el camino está abierto, y la operación es posible. Podemos decir que nunca habrá nada que añadir a la Obra de Cristo para abrir el camino que conduce a los pecadores a la presencia de Dios.

Por último, el autor de *Hebreos* traza un paralelismo entre la vida del hombre y la vida de Cristo.

(i) El hombre muere, y después viene el juicio. Eso ya era un golpe para los griegos, que pensaban que todo terminaba con la muerte. «Una vez que la tierra bebe la sangre de una persona —dijo Esquilo—, ya no hay más que muerte, sin resurrección.» Y Eurípides: «No puede ser que los muertos vuelvan a la luz.» Homero hace decir a Aquiles cuando llega a las sombras: «Preferiría vivir sobre la tierra como jornalero de otro, con alguien que no tenga tierras y que viva con poco, antes que estar a la cabeza de todos los muertos que ya no son.» Mimnermo escribe con desesperación:

> ¡Oh Amor dorado! ¿Qué vida, qué gozo hay como el tuyo? ¡Venga la muerte cuando te hayas ido! ¡Ponga punto final!

Hay un sencillo epitafio griego:

> ¡Adiós, tumba de Melitê; aquí yace la mejor de las mujeres, que amó a su amante marido Onésimo; tú fuiste la más excelente, por tanto, él te anhela después de tu muerte, porque fuiste la mejor de las esposas! ¡Adiós a ti también, amado esposo! Sólo, ama a mis hijos…»

Como G. Lowes Dickinson hace notar, en griego, la primera y la última palabra de un epitafio es «¡Adiós!» La muerte es el fin. Cuando Tácito está escribiendo su tributo en la biografía del gran Agrícola, lo único que puede decir al final es «Si…»

> Si hubiera alguna morada para los espíritus de los justos; si, como desean los sabios, las almas grandes no perecieran con el cuerpo, ¡descansa en paz!

«Si» es la única palabra. Marco Aurelio decía que, cuando muere un hombre y su chispa vuelve a perderse en Dios, todo lo que queda es «polvo, cenizas, huesos y hedor.» Lo significativo de este pasaje

de *Hebreos* es su certeza de que el hombre resucitará; y la advertencia de que resucita para ser juzgado.

(ii) Con Cristo es diferente: murió, resucitó y volverá otra vez, no para ser juzgado sino para juzgar. La Iglesia Primitiva no se olvidó nunca de la esperanza en la Segunda Venida. Latía en toda su fe. Pero para los incrédulos era una perspectiva terrible. Como leemos en *Enoc* acerca del Día del Señor antes que Cristo viniera: «Para todos vosotros, pecadores, no hay salvación, sino que lo que vendrá sobre vosotros será la destrucción y la maldición.» De alguna manera habrá de venir la consumación. Ese día, si Cristo viene como Amigo, no puede ser más que un día glorioso; si viene como un extraño o como Uno al Que hemos considerado un enemigo, sólo puede ser un día de juicio. Uno puede esperar el fin de todas las cosas con gozosa expectación, o con desesperado terror. La diferencia sólo depende de cómo estemos con Cristo.

EL ÚNICO SACRIFICIO ACEPTABLE A DIOS

Hebreos 10:1-10

> *Como la Ley no es más que una sombra imprecisa de las bendiciones que están por venir y no la verdadera imagen de estas cosas, no puede nunca realmente capacitar para la comunión con Dios a los que hacen lo posible por acercarse a Su presencia por medio de los sacrificios, que hay que seguir ofreciendo indefinidamente año tras año. Porque, si ese fin se pudiera conseguir con esos medios, ya se habría conseguido y se habrían dejado de ofrecer sacrificios; porque los que hacen ese culto ya habrían llegado de una vez para siempre a un estado de pureza tal que habrían dejado de tener conciencia de pecado. Pero, lejos de eso, año tras año celebran este memorial del pecado. Porque es imposible que la sangre de becerros y de machos cabríos quite el pecado. Por eso dice Él al entrar en el mundo: «Tú no deseabas sacrificio y ofrenda; es un cuerpo lo que has preparado para Mí. A Ti no te complacían holocaustos y ofrendas por el pecado. Así es que Yo dije: "Para eso vengo —en la cubierta del libro está escrito refiriéndose a Mí—, para hacer, oh Dios, Tu voluntad."» Al principio de este pasaje dice: «Tú no deseabas ni sacrificios ni ofrendas ni*

holocaustos ni ofrendas por el pecado, ni te producían ningún placer», y es precisamente eso lo que prescribe la Ley. Por eso dice a continuación: «Mira, vengo a hacer Tu voluntad.» Así cancela la clase de ofrendas a las que se hace referencia en la primera cita a fin de establecer la clase de ofrenda a la que se refiere la segunda. Es por medio de la voluntad como hemos sido purificados; por medio de la Ofrenda hecha de una vez para siempre del cuerpo de Cristo.

Para el autor de *Hebreos,* todo el asunto de los sacrificios no era más que una copia imprecisa del Culto verdadero. El cometido de la religión es poner al hombre en íntima relación con Dios, y eso es algo que no podían realizar nunca aquellos sacrificios. Todo lo que podían conseguir era darle al hombre un contacto distante y espasmódico con Dios. Usa dos palabras clave para indicar lo que quiere decir. Dice que estas cosas no son más que *una sombra imprecisa.* La palabra que usa es *skiá,* la palabra griega para *sombra,* que quiere decir un reflejo nebuloso, una mera silueta, una forma sin realidad. Dice que no dan *una imagen real.* Usa la palabra *eikôn,* que quiere decir *una representación completa, una reproducción detallada.* Significa realmente *un retrato,* y podría haber significado *una fotografía* si las hubiera habido en aquel tiempo. Lo que realmente dice es: «Sin Cristo no podéis llegar más allá de las sombras de Dios.»

Presenta pruebas. Año tras año se sucedían los sacrificios del tabernáculo, y especialmente los del Día de la Expiación. Una cosa que funciona no se tiene que repetir tanto; el mismo hecho de la repetición de estos sacrificios es la prueba final de que *no* purifican el alma *ni* conceden un acceso definitivo y pleno a Dios. Nuestro autor llega más lejos: dice que son *un memorial del pecado.* Lejos de purificar al hombre, lo que hacen es recordarle su impureza, y que sus pecados siguen bloqueando su acceso a Dios.

Pongamos un ejemplo. Una persona está enferma. Se le prescribe una botella de medicina. Si esa medicina le devuelve la salud, cada vez que la vea después, dirá: «Eso es lo que me devolvió la salud.» Pero si, por el contrario, la medicina no produce ningún efecto, cada vez que vea la botella le recordará que sigue enfermo y que el supuesto remedio fue ineficaz.

Por eso el autor de *Hebreos* dice con vehemencia profética: «El sacrificio de animales es impotente para purificar al hombre y darle acceso a Dios. Para lo único que sirve es para recordarle su pecado, y que la barrera que levanta entre él y Dios sigue ahí.» Lejos de borrar el pecado, lo subraya.

El único Sacrificio efectivo es el de Jesucristo. Para aclarar y explicar lo que está en su mente, el autor de *Hebreos* hace una cita del *Salmo 40:6-9,* que dice en el original:

> *Tú no deseas ni sacrificio ni ofrenda,*
> *pero me has dado un oído abierto.*
> *Holocausto y expiación por el pecado no has demandado.*
> *Entonces dije: ¡Mírame, ya vengo!*
> *En el envoltorio del libro está escrito de Mí:*
> *«Mi delicia es hacer Tu voluntad, oh Dios mío.»*

Es posible que «me has dado un oído abierto», o «has abierto mis oídos» sea una referencia a lo que se hacía con el que quería seguir siendo esclavo de un señor (Cp. *Éxodo 21:6; Deuteronomio 15:17),* lo que aludiría a la voluntaria obediencia de Jesús, el Siervo del Señor; y «en el envoltorio del libro está escrito de Mí» (antigua Reina-Valera) posiblemente alude a la cubierta de los libros, que entonces se escribían en la forma de rollos, y sería como el lema o título de la vida del Siervo del Señor: «Mi delicia es hacer Tu voluntad, oh Dios mío.»

El autor de *Hebreos* lo pone un poco diferente en la segunda línea: «Es un cuerpo lo que has preparado para Mí.» La explicación es que no citaba del original hebreo, sino de la *Septuaginta,* la traducción griega del *Antiguo Testamento* que se empezó en Alejandría hacia el año 270 a.C. No cabe duda de que, en el mundo antiguo, muchos más podían leer griego que hebreo, hasta entre los judíos de la diáspora de los que parece haber sido el autor de *Hebreos*. En cualquier caso, el sentido de las dos frases es el mismo. «Tú me has dado un oído abierto» quiere decir «Tú me has tocado de tal manera que obedezco todo lo que me dices.» Es el oído obediente lo que menciona el salmista, porque *oír* y *obedecer* eran ideas muy próximas en hebreo. «Es un cuerpo lo que has preparado para Mí» quiere decir realmente: «Tú me has dotado de

un cuerpo para que haga Tu voluntad en él y con él.» En esencia, las dos frases quieren decir lo mismo.

El autor de *Hebreos* toma las palabras del salmo y las pone en boca de Jesús «al entrar en el mundo». Lo que quiere decir es que Dios no quiere sacrificios de animales sino *obediencia a Su voluntad.* Los sacrificios son gestos por medio de los cuales se toma algo que se aprecia mucho y se Le da a Dios como muestra de amor. Pero, como la naturaleza humana es como es, era fácil que la idea se degenerara, y se pensara que al ofrecer sacrificio se compraba el perdón de Dios.

En cierto sentido, el autor de *Hebreos* no estaba diciendo nada tan totalmente nuevo; hacía mucho tiempo que los profetas se habían dado cuenta de que los sacrificios se habían degenerado, y le habían dicho al pueblo que lo que Dios quería no era la carne y la sangre de los animales, sino la obediencia de la vida entera del hombre. Ese era precisamente uno de los pensamientos más nobles del Antiguo Testamento.

> *Y Samuel dijo: ¿Se complace el Señor tanto en los holocaustos y las víctimas como en que se obedezca a las palabras del Señor? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros* (1 Samuel 15:22).
>
> *Sacrifica a Dios alabanza, y paga tus votos al Altísimo* (Salmo 50:14).
>
> *Porque Tú no quieres sacrificio, que yo lo daría; no quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás Tú, oh Dios* (Salmo 51:16, 17).
>
> *Porque misericordia quiero, y no sacrificio; y conocimiento de Dios más que holocaustos* (Oseas 6:6).
>
> *¿Para qué Me sirve, dice el Señor, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos… No Me traigáis más vana ofrenda; el incienso Me es abominación… Cuando extendáis vuestras manos, Yo esconderé de vosotros Mis ojos; asimismo,*

cuando multipliquéis la oración, Yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos… Dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien (Isaías 1:11-20).

¿Con qué me presentaré ante el Señor, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante Él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agradará el Señor de millares de carneros, o de miríadas de arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, Él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide el Señor de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y conducirte humildemente con tu Dios (Miqueas 6:6-8).

Siempre había habido voces que proclamaban que el único sacrificio agradable a Dios era la obediencia. Nada más que la obediencia podía abrir el acceso a Dios; la desobediencia era lo que levantaba la barrera que no podía apartar ningún sacrificio de animales. Jesús fue el Sacrificio *perfecto porque cumplió perfectamente la voluntad de Dios.* Se presentó ante Dios, y Le dijo: «Aquí me tienes. Haz conmigo lo que quieras.» Él Le ofreció a Dios en representación de la humanidad lo que no había podido ofrecerle ningún ser humano: la obediencia perfecta, que es el Sacrificio perfecto.

Si hemos de mantener una relación filial con Dios, la obediencia es el único medio. Jesús Le ofreció a Dios el perfecto Sacrificio que ninguna persona podía ofrecer. En Su humanidad perfecta ofreció el Sacrificio perfecto de la obediencia perfecta. Así quedó abierto de una vez para siempre para todos nosotros el camino hacia Dios.

CRISTO ES DEFINITIVO

Hebreos 10:11-18

> *También, todos los sacerdotes están de pie ocupados en su servicio; están de pie ofreciendo una y otra vez los mismos sacrificios, que son de una clase que no puede eliminar el pecado. Pero Cristo ofreció un único Sacrificio por el pecado, y seguidamente tomó asiento para siempre a la diestra de Dios, donde permanece sentado a la espera de que todos sus enemigos sean puestos a Sus pies. Porque con una sola Ofrenda eficaz para todo el tiempo nos dio la purificación que necesitamos para entrar a la presencia de Dios. El Espíritu Santo es nuestro testigo en esto; porque, después de decir: «Este es el Pacto que Yo haré con ellos después de estos días —dice el Señor—: Pondré Mis leyes en sus corazones; se las escribiré en la mente,» —dice seguidamente—: «Y no me acordaré ya jamás de sus pecados ni de sus transgresiones.» Está claro que, si ha habido un perdón general, ya no hacen ninguna falta los sacrificios por los pecados.*

Una vez más, el autor de *Hebreos* traza una serie de contrastes implícitos entre el Sacrificio que ofreció Jesús y los de animales del sacerdocio aarónico.

(i) Subraya *el carácter definitivo del Sacrificio de Jesús.* Lo ofreció una sola vez, pero es efectivo para siempre. Los sacrificios levíticos tenían que repetirse todos los días y, a pesar de eso, no eran realmente efectivos. Mientras el templo estuvo en pie, tenían que ofrecerse los siguientes sacrificios *(Números 28:3-8)*: Todas las mañanas y las tardes, un cordero de un año que no tuviera ningún defecto se ofrecía en *holocausto,* juntamente con *la ofrenda de harina,* que era la décima parte de un *efa* —37 litros— de flor de harina amasada con un cuarto de *hin* —6,2 litros—de aceite de olivas machacadas. Se hacía también la *libación,* que era un cuarto de hin de vino.

Además estaba *la ofrenda diaria de harina del sumo sacerdote,* que consistía en un décimo de efa de flor de harina mezclada con aceite y cocido en un cacharro plano; la mitad por la mañana y la

otra mitad por la tarde. Además se ofrecía *incienso* antes de las otras ofrendas, mañana y tarde. Era una rutina continua y fatigosa. El proceso no tenía fin y lo malo era que dejaba al pueblo tan culpable de pecado y alejado de Dios como antes.

Por el contrario, Jesús ofreció el Sacrificio que ni podía ni necesitaba repetirse.

(*a*) No *podía* repetirse. Hay algo irrepetible en todas las grandes obras. Se pueden repetir las cancioncillas populares o de moda *ad infinitum,* una tras otra; pero no se pueden repetir las grandes sinfonías de Beethoven; no se escribirá jamás nada semejante. Se pueden repetir los versos de las tarjetas de felicitación o de las revistas sensibleras; pero no se pueden repetir los exámetros de la *Ilíada* de Homero, o las liras de Juan de la Cruz. Quedan como cosas únicas, irrepetibles. ¡Con cuánta más razón el Sacrificio de Cristo! Es *sui generis,* una de esas obras maestras que no se pueden hacer otra vez.

(*b*) No *hay necesidad* de repetirlo. Por una parte, *el Sacrificio de Jesús muestra el amor de Dios de una manera definitiva.*

En aquella vida de servicio y en aquella muerte de amor, se nos despliega totalmente el corazón de Dios. Mirando a Jesús podemos decir: «Así es Dios.» Por otra parte, *la vida y muerte de Jesús fueron un acto de obediencia perfecta y, por tanto, el único Sacrificio perfecto.* Toda la Escritura, en sus inalcanzables alturas y en sus insondables profundidades, declara que el único sacrificio que Dios desea es la obediencia; y, en la vida y muerte de Jesús, ése precisamente fue el Sacrificio que Dios recibió. La perfección no se puede mejorar. En Jesús se dan unidas la perfecta revelación de Dios y la perfecta ofrenda de obediencia. Por tanto, Su Sacrificio ni se puede ni hay por qué repetirlo nunca. Los sacerdotes deben y pueden seguir con su fatigosa rutina interminable; pero el Sacrificio de Cristo se hizo una vez para siempre.

(ii) Subraya *la exaltación de Jesús.* Escoge las palabras con cuidado, cosa que no se ve con claridad en la Reina-Valera. Los sacerdotes *están de pie* para ofrecer sacrificios; no se dice que se sentaran nunca mientras cumplían su ministerio en el templo, y mucho menos el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo. Pero Cristo *ha tomado asiento* a la diestra de Dios, donde permanece sentado.

La postura de los sacerdotes es la que corresponde a los siervos; la Suya es la propia de un Monarca. Jesús es el Rey que ha vuelto a Su palacio, después de cumplir Su misión y de obtener la victoria. Hay una *totalidad* en la vida de Jesús que tal vez deberíamos considerar más. Su vida sería incompleta sin Su muerte; Su muerte, sin Su Resurrección; Su Resurrección, sin Su vuelta a la Gloria. Es el mismo Jesús el Que vivió, y murió, y resucitó, y está a la diestra de Dios. No es meramente un santo que vivió una vida ejemplar, ni un mártir que sufrió una muerte heroica, ni una figura que ha vuelto a la compañía de los suyos. Es el Señor de la Gloria. Su vida es como una serie de tapices en los que se representa una historia; mirando uno solo no comprendemos el significado; hay que mirarlos todos, en su conjunto, para captar su grandeza.

(iii) Subraya *el triunfo final de Jesús,* Que está a la espera del sometimiento final de sus enemigos; al final, habrá un universo en el que Él reinará supremo. Cómo se haya de llegar a eso no lo podemos comprender ahora; pero puede que ese sometimiento final no quiera decir la extinción de Sus enemigos, sino su sumisión a Su amor. Será el amor el que obtenga la victoria final.

Finalmente, como es su costumbre, el autor de *Hebreos* refuerza su argumento con una cita de la Sagrada Escritura. Jeremías, al hablar del Nuevo Pacto —que no se le impondrá a nadie desde fuera, sino que estará escrito en el corazón—, acaba diciendo: «No me acordaré más de su pecado» *(Jeremías 31:34).* Gracias a Jesús, la barrera del pecado ha desaparecido.

QUIÉN ES CRISTO PARA NOSOTROS

Hebreos 10:19-25

> *Así que, hermanos, como podemos entrar confiadamente en el Lugar Santísimo en virtud de lo que la Sangre de Jesús ha hecho por nosotros, por el Camino nuevo y vivo que Jesús ha inaugurado para nosotros a través del Velo —es decir, a través de su humanidad—; y, puesto que tenemos tal Sumo Sacerdote sobre la Casa de Dios, acerquémonos a la presencia de Dios con un corazón en el que more la sinceridad y con la plena convicción de la fe, con el corazón rociado para que esté limpio de toda conciencia de maldad y con el cuerpo lavado en agua*

pura. Mantengamos firme y sin desviaciones la esperanza de nuestra profesión de fe, porque podemos depender absolutamente del Que nos ha hecho las promesas; y apliquemos nuestra mente a la tarea de estimularnos mutuamente al amor y a las buenas obras. No descuidemos el reunirnos con los hermanos, que es algo que algunos han tomado por costumbre; sino animémonos unos a otros, y mucho más cuando vemos que se acerca el Día.

El autor de *Hebreos* llega aquí a las consecuencias prácticas de todo lo que ha estado diciendo. De la teología pasa a la exhortación práctica. Es uno de los teólogos más profundos del Nuevo Testamento, pero toda su teología está gobernada por el sentido pastoral. No piensa sólo para sentir la emoción de la aventura intelectual, sino para apelar con más fuerza a los hombres para que entren en la presencia de Dios.

Empieza diciendo tres cosas de Jesús.

(i) *Jesús es el Camino vivo a la presencia de Dios.* Entramos a la presencia de Dios a través del Velo, es decir, la humanidad de Jesús. Es una idea difícil, pero lo que quiere decirnos es lo siguiente: En el tabernáculo, había un velo delante del Lugar Santísimo que ocultaba la presencia de Dios. Para que los hombres entráramos a esa presencia, el velo tenía que ser rasgado. La humanidad de Jesús era lo que velaba Su divinidad. Fue cuando fue rasgado Su cuerpo físico en la Cruz cuando los hombres pudimos ver realmente a Dios. Jesús mostró a Dios a lo largo de toda Su vida; pero fue en la Cruz donde se reveló a las claras y totalmente el amor de Dios. Como al rasgarse el velo del Lugar Santísimo quedó abierto el acceso a la presencia de Dios, así al rasgarse en la Cruz la humanidad de Cristo se reveló plenamente la grandeza de Su amor y se abrió definitivamente el acceso a Dios.

(ii) *Jesús es el gran Sumo Sacerdote sobre la Casa de Dios en el Cielo.* Como hemos visto a menudo, la misión del sumo sacerdote era tender un puente entre Dios y el hombre. Esto quiere decir que Jesús, no sólo nos muestra el camino hacia Dios, sino que también nos introduce a Su misma presencia. Cualquiera puede indicar a otra persona el camino al palacio real, pero no introducirla a la presencia del Rey. Pero Jesús sí.

(iii) *Jesús es el único que puede limpiar de veras la mancha del pecado.* En el ritual sacerdotal, las cosas santas se purificaban rociándose con la sangre de los sacrificios. El sumo sacerdote se tenía que bañar una y otra vez en el *mar de bronce* con agua limpia. Pero estas cosas eran ineficaces para quitar la verdadera contaminación del pecado. Jesús es el único que puede limpiar de veras al hombre. La Suya no es una purificación meramente externa; con Su presencia y con Su Espíritu limpia los pensamientos y los deseos más íntimos de una persona hasta que queda totalmente limpia. De aquí pasa el autor de *Hebreos* a hacer una triple exhortación.

(i) *Acerquémonos a la presencia de Dios.* Es decir, no nos olvidemos nunca de darle culto. A toda persona humana se le permite vivir en dos mundos: el del espacio y el tiempo, y el de las cosas eternas. Pero corremos peligro de estar tan ocupados en las cosas de este mundo que olvidamos el otro. Al empezar y al terminar el día y de cuando en cuando en medio de nuestras actividades debemos apartarnos, aunque sólo sea un momento, y entrar en la presencia de Dios. Todos llevamos siempre con nosotros nuestro santuario íntimo, así que no nos olvidemos de entrar en él. O, lo que es lo mismo: no Le tengamos esperando indefinidamente a la puerta, como confesaba Lope de Vega en un famoso soneto:

> ¡Cuántas veces el ángel me decía:
> —¡Alma, asómate ahora a la ventana,
> verás con cuánto amor llamar porfía!
> Y cuántas, Hermosura soberana,
> —¡Mañana Le abriremos! —respondía,
> para lo mismo responder mañana.

(ii) *Mantengamos firme y sin desviarnos la esperanza de nuestra profesión de fe.* Es decir, no nos soltemos de lo que creemos. Voces cínicas tratarán de apartarnos de nuestra fe; los materialistas intentarán con sus argumentos hacer que nos olvidemos de Dios; los azares y avatares de la vida conspirarán para sacudir nuestra fe. Stevenson decía que él creía tanto en la decencia suprema de las cosas que, si se despertara en el infierno, seguiría creyendo igual;

debemos mantenernos tan agarrados a la fe que nada nos haga soltarnos.

(iii) *Apliquemos nuestra mente a la tarea de estimularnos mutuamente al amor y a las buenas obras.* Es decir: acordémonos de que somos cristianos no sólo por cuenta propia, sino también por cuenta ajena. Nadie conseguirá salvarse si no está pendiente nada más que de salvarse; pero muchos se han salvado preocupándose tanto por los demás que se olvidaron de sí mismos. Es fácil acomodarse en un cristianismo fácil; pero el Cristianismo y el egoísmo son incompatibles. El autor de *Hebreos* pasa a trazar nuestro deber para con los demás de una manera de lo más práctica, en tres direcciones.

(i) *Debemos animarnos mutuamente a vivir con nobleza.* La mejor manera de hacerlo es con el ejemplo. Podemos hacerlo recordándoles a los otros sus tradiciones, sus privilegios y sus responsabilidades cuando estén en peligro de olvidarlos. Se ha dicho que un santo es alguien en quien Cristo vive otra vez; y debemos tratar siempre de animar a otros a la bondad mostrándoles a Cristo. Acordémonos del soldado moribundo que fijaba la mirada en la enfermera cristiana Florence Nightingale y murmuraba: «Tú eres Cristo para mí.»

(ii) *No descuidemos el reunirnos con los hermanos en el culto.* Había algunos entre los destinatarios de la *Carta a los Hebreos* que habían abandonado el hábito de reunirse con los hermanos. Es posible que alguien se considere cristiano y, sin embargo, deje de reunirse con el pueblo de Dios para dar culto a Dios en la casa de Dios en el día de Dios. Puede que trate de ser lo que llamaba Moffatt «una partícula piadosa», un cristiano en solitario. Moffatt especifica tres razones que hacen que una persona deje de reunirse con sus hermanos en el culto.

(*a*) Puede que no vaya a la iglesia por *miedo.* Puede que le dé vergüenza que le vean ir a la iglesia. Puede que viva o trabaje con gente que se ríe de los que van. Puede que tenga amigos que no tienen tiempo para esas cosas, y tema sus críticas o burlas. Así es que puede que trate de ser un discípulo secreto; pero se ha dicho con mucha razón que eso es imposible, porque, o «el discípulo» acaba con «el secreto», o «el secreto» acaba con «el discípulo».

Debemos tener presente que, aparte de otras cosas, el ir a la iglesia es dar muestras de fidelidad. Aunque los sermones nos parezcan aburridos y los cultos sosos, el asistir nos da ocasión de dar testimonio de nuestra fe.

(*b*) Puede que no vaya, o que deje de ir, por *tiquismiquis.* Puede que le fastidie relacionarse con gente que «no es como uno.» Hay iglesias que son más clubes que congregaciones. Puede que estén en barrios que han venido a menos, y a los que siguen siendo miembros no les hace ilusión que vaya todo el mundo; o viceversa, es decir, que los que van a la iglesia son gente vulgar. No debemos olvidar que no hay *vulgo* para Dios. Fue por *todos* por los que Cristo murió, y no sólo por la gente respetable.

(*c*) Puede que no vaya por *engreimiento.* Puede que se crea que no necesita de la iglesia, o que está por encima de lo que se hace y dice allí. El esnobismo social ya es malo; pero el intelectual, y no se diga el espiritual, son mucho peor. El más sabio sabe que es un ignorante para Dios; y el más fuerte, que es débil ante la tentación. Nadie puede vivir la vida cristiana si descuida la comunión de la iglesia. El que crea que puede, debe recordar que no se va a la iglesia sólo *para recibir,* sino también para dar. Si cree que la iglesia tiene faltas, su deber sería ir a ayudar a superarlas.

(iii) *Debemos animarnos mutuamente.* Uno de los deberes humanos más elevados es el del estímulo. Hay una regla en la marina británica que dice: «Ningún oficial dirá nada que infunda desánimo a otro oficial en el cumplimiento de su deber.» Elifaz le reconoció a regañadientes a Job una buena cualidad, que Moffatt tradujo: «Tus palabras han mantenido en pie a otros» *(Job 4:4).* Barrie le escribió una vez a Cynthia Asquith: «Tu primer impulso siempre es telegrafiar a Jones para decirle aquello tan bueno que Brown le dijo de él a Robinson. Con eso has sembrado mucha felicidad.» Es fácil reírse de los ideales de otros, o darle un baño de agua fría a su entusiasmo para desanimarlos; pero nosotros tenemos el deber cristiano de animar a los hermanos. Muchas veces una palabra de aprecio o de gracias o de alabanza le ha mantenido a uno en pie. Bienaventurados los que saben decirla.

Por último, el autor de *Hebreos* dice que el deber que tenemos los unos para con los otros es más urgente porque el tiempo es corto.

«Mucho más cuando vemos que se acerca el Día.» Está pensando en la Segunda Venida de Cristo, cuando llegará el fin de las cosas tal como las conocemos ahora. La Iglesia Primitiva vivía con esa expectación. ¿Vivimos nosotros igual? En cualquier caso, debemos darnos cuenta de que ninguno sabemos «el día ni la hora» en que se nos llamará a dar cuenta. Mientras tengamos tiempo tenemos la obligación de hacerles todo el bien que podamos a todas las personas que podamos de todas las maneras que podamos.

EL PELIGRO QUE ENCIERRAN TODAS LAS COSAS

Hebreos 10:26-31

> *Porque, si pecamos a sabiendas después de haber recibido el pleno conocimiento de la verdad, ya no hay más sacrificio por el pecado. Lo único que nos queda es esperar aterrados el juicio y la ira ardiente que consumirá a los adversarios de Dios. Cualquiera que toma la Ley de Moisés como letra muerta muere sin piedad con que dos o tres testigos den evidencia. ¡Cuánto peor castigo —¿no creéis?— merecerá el que haya pisoteado al Hijo de Dios, o haya tomado como algo sin importancia la Sangre del Nuevo Pacto que le hizo apto para estar en la presencia de Dios, y se haya burlado del Espíritu Santo por medio de Quien viene a nosotros la Gracia! Porque nosotros sabemos Quién es el Que dijo: «A Mí corresponde hacer venganza; soy Yo Quien ha de dar el merecido»; y otra vez: «El Señor juzgará a Su pueblo.» ¡Es aterrador el caer en las manos del Dios vivo!*

De cuando en cuando, el autor de *Hebreos* habla con una dureza que casi no tiene paralelo en el *Nuevo Testamento.* Pocos escritores tienen un sentimiento comparable del absoluto horror del pecado. En este pasaje, sus pensamientos vuelven a las instrucciones inexorables de *Deuteronomio 17:2-7.* Allí se establece que, si se demuestra que una persona ha ido tras dioses extraños y les ha dado culto, «sacarás a tus puertas al hombre o a la mujer que hubiere hecho esta mala cosa, sea hombre o mujer, y los apedrearás, y así morirán. Por dicho de dos o tres testigos morirá el

que hubiere de morir; no morirá por el dicho de un solo testigo. La mano de los testigos caerá primero sobre él para matarlo, y después la mano de todo el pueblo; así quitarás el mal de en medio de ti.»

El autor de *Hebreos* tiene tal horror al pecado por dos razones.

(*a*) La primera es porque vivía en un tiempo cuando la Iglesia había sufrido persecución y pronto volvería a sufrirla otra vez. Su mayor peligro era el mal vivir y la apostasía de sus miembros. Una iglesia en tales circunstancias no se podía permitir tener miembros que no dejaran en buen lugar la fe cristiana. Sus miembros tenían que ser fieles. Eso sigue siendo verdad. Dick Shepperd pasó la mayor parte de la vida predicando al aire libre a gente hostil o indiferente a la iglesia. De sus preguntas, discusiones y críticas, dijo que había aprendido que «la mayor pega que le encuentran a la iglesia son las vidas insatisfactorias de los que se confiesan cristianos.» Eso es lo que mina los mismos cimientos de la iglesia.

(*b*) La segunda razón es que estaba seguro de que el pecado se había vuelto doblemente peligroso por el nuevo conocimiento de Dios y de Su voluntad que nos ha traído Jesús. Uno de los antiguos maestros de la Iglesia escribió una especie de catecismo, que termina preguntando qué pasará si la humanidad no presta atención al ofrecimiento de Jesucristo; y contesta que se atraerá la condenación, «y mucho más *por haber leído tú este libro.»* Cuanto mayor es el conocimiento, mayor es el pecado. El autor de *Hebreos* estaba convencido de que, si bajo la vieja Ley la apostasía era tan terrible, se había vuelto doblemente terrible ahora que Cristo había venido.

Nos da tres definiciones del pecado.

(i) *El pecado es pisotear a Cristo.* No es meramente cometer un acto de rebeldía contra la Ley, sino herir al amor. Una persona puede soportar casi cualquier ataque a su cuerpo; lo que le puede es que le hieran el corazón. Se dice que en los días del terror de Hitler había un hombre en Alemania al que arrestaron, juzgaron, torturaron y metieron en un campo de concentración. Todo lo arrostró valerosamente, y salió erguido y entero. Pero entonces descubrió por accidente quién le había delatado, que había sido su propio hijo. Aquello le deshizo, y acabó con su vida. Pudo soportar el ataque de sus enemigos; pero la traición de un ser amado le

mató. Cuando asesinaron a César, dio la cara a sus asesinos con un valor despectivo; pero cuando vio entre ellos a su amigo Bruto listo para herirle, dijo: «¿Tú también, hijo mío?»; se cubrió el rostro con la túnica y murió. Una vez que ha venido Cristo, el horror del pecado no está en quebrantar la Ley, sino en pisotear el amor de Cristo.

(ii) *El pecado es negarse a ver lo sagrado de las cosas sagradas.* El sacrilegio es la cosa más horrible. Lo que dice realmente el autor de *Hebreos* es: «Mirad lo que habéis hecho; mirad la Sangre derramada y el Cuerpo destrozado de Cristo; mirad lo que costó restaurar vuestra relación con Dios… ¿Podéis tratarlo como algo que no tiene importancia? ¿No veis lo sagrado que es todo esto?» El pecado es negarse a ver lo sagrado de aquel Sacrificio en la Cruz.

(iii) *El pecado es un insulto al Espíritu Santo,* Que nos habla desde dentro de nosotros mismos para decirnos lo que está bien y lo que está mal, tratando de hacernos parar cuando estamos en el camino del pecado, y de animarnos a proseguir cuando corremos peligro de pararnos o despistarnos o dejarnos llevar a la deriva. No prestar atención a esas voces es insultar al Espíritu Santo y entristecer el corazón de Dios.

En todo este pasaje hay algo que resalta. El pecado no es desobediencia a una ley impersonal; es echar a perder una relación personal y herir el corazón del Dios que es un Padre.

El autor de *Hebreos* termina su exhortación con una cita de *Deuteronomio 32:35, 36* donde se ve claramente la seriedad de Dios. En el corazón del Evangelio siempre habrá una advertencia. Pretender ignorarla es despojar a la fe de su importancia. No se nos dice que a fin de cuentas todo da lo mismo. No se puede evadir el hecho de que al final habrá un juicio.

EL PELIGRO DE RESBALAR

Hebreos 10:32-39

> *Recordad los días pasados. Acordaos de cómo, después de conocer la luz, tuvisteis que pasar dura lucha y sufrimiento; en parte, porque estuvisteis expuestos a insultos e involucrados en aflicción, y en parte porque os identificasteis con los que lo estaban pasando mal; porque os compadecisteis de los que*

estaban en la cárcel, y soportasteis con gozo el que se os despojara de lo vuestro, porque sabíais que teníais en posesión algo mucho mejor y más duradero. No tiréis por la borda vuestra confianza, porque es una confianza que acarrea una gran recompensa. Necesitáis entereza para, después de hacer la voluntad de Dios, recibir lo que se os ha prometido. Porque dentro de poco, de muy poco, «El Que ha de venir vendrá sin dilación. Y Mi justo vivirá por la fe; pero si resbala hacia atrás no me hará ninguna gracia.» No seamos de los que se dejan llevar a la deriva hacia atrás y naufragan, sino de los que tienen una fe que los capacita para mantenerse en control de sí mismos.

Había habido un tiempo en el que los destinatarios de esta carta lo habían tenido muy difícil. Cuando se convirtieron, experimentaron persecución y expolio; aprendieron lo que suponía identificarse con los que eran sospechosos e impopulares. Se habían enfrentado con esa situación con nobleza y honor; y ahora, cuando se encontraban en peligro de desviarse, el autor de *Hebreos* les recuerda su fidelidad anterior.

Es un hecho innegable que, en muchos casos, es más fácil arrostrar la adversidad que la prosperidad. Las facilidades han arruinado muchas más vidas que las dificultades. El ejemplo clásico es lo que sucedió con el ejército de Aníbal.

El cartaginés Aníbal era el único general que había derrotado a las legiones romanas. Pero llegó el invierno, y la campaña tuvo que interrumpirse. Aníbal y sus tropas invernaron en la lujosa ciudad de Capua, que habían capturado. Y un invierno en Capua hizo lo que no habían podido hacer las legiones romanas: el lujo drenó de tal manera la moral de las tropas cartaginesas que, cuando llegó la primavera y se reanudó la campaña, no pudieron resistir al ejército romano.

La vida fácil debilitó a los que la lucha había endurecido. Eso pasa a menudo en la vida cristiana. Muchas veces una persona puede arrostrar con honor la gran hora de la prueba y de la lucha; y, sin embargo, deja que el tiempo de los vientos favorables debilite sus fuerzas y reduzca su fe.

La llamada del autor de *Hebreos* va dirigida a todos. En efecto, dice: «Sé como fuiste en tus mejores momentos.» Si fuéramos

siempre como somos en nuestros mejores momentos, la vida sería muy diferente. El Evangelio no nos exige lo imposible; pero, si fuéramos siempre tan honrados, amables, valientes y corteses como podemos ser, la vida se transformaría.

Para eso necesitamos algunas cosas.

(i) *Necesitamos mantener nuestra esperanza siempre delante de nosotros.* El atleta puede hacer el gran esfuerzo porque la meta le espera y le inspira. Se someterá a la disciplina del entrenamiento porque tiene el fin a la vista. Si la vida no consiste nada más que en hacer día tras días las cosas rutinarias, podemos dejarnos llevar por la corriente; pero si vamos a recibir la corona del Cielo, siempre hemos de dar el máximo.

(ii) *Necesitamos entereza.* La constancia es una de las virtudes menos románticas. La mayor parte de la gente sabe empezar bien, y casi todos podemos tener buenas rachas. A todos se nos concede a veces remontarnos como las águilas; en nuestros mejores momentos todos podemos correr sin agotarnos; pero la mejor cualidad es saber mantener la marcha sin desmayar.

(iii) *Necesitamos tener presente el final.* El autor de *Hebreos* hace una cita de *Habacuc 2:3.* El profeta le dice a su pueblo que, si se mantienen firmes en su lealtad, Dios los sacará de la situación angustiosa del presente. La victoria sólo llega a la persona que se mantiene fiel.

Para el autor de *Hebreos* la vida consistía en estar en camino a la presencia de Cristo. Por tanto, no era nunca algo que se podía dejar que fuera a la deriva; lo que hacía tan importante el proceso de la vida era su objetivo, y sólo el que perseverara hasta el fin sería salvo *(Marcos 13:13).*

Aquí tenemos el reto a no ser nunca menos de lo mejor que podemos ser; y a recordar siempre que ha de llegar el fin. Si la vida es el camino a Cristo, nadie puede permitirse perderlo ni detenerse a mitad de camino.

LA ESPERANZA CRISTIANA

Hebreos 11:1-3

> *La fe es lo que nos hace estar seguros de lo que esperamos, y convencidos de lo que no vemos. Fue por su fe por lo que los*

de tiempo antiguo recibieron la aprobación de Dios. Es por la fe por lo que entendemos que el universo fue formado por la Palabra de Dios, de manera que las cosas visibles procedieron de lo que no se veía.

Para el autor de *Hebreos* la fe está absolutamente segura de que lo que cree es verdad, y lo que espera sucederá. No es una esperanza que se hace ilusiones en cuanto al porvenir, sino que mira al porvenir con absoluta convicción. En los primeros días de la persecución trajeron a un humilde cristiano a los jueces, y él les dijo que no podían hacer nada para hacerle vacilar, porque él creía que, si era fiel a Dios, Dios lo sería con él. «¿Te crees de verdad —le preguntó el juez— que los que son como tú van a ir a Dios y a Su gloria?» «No es que me lo creo —respondió el hombre—, sino que lo sé.» Hubo un tiempo cuando Juan Bunyan, el autor de *El Peregrino,* estaba angustiado por la inseguridad. «Todos piensan que su religión es la verdadera —se dijo—; los judíos, los moros y los paganos… y, ¿qué si a fin de cuentas la fe, y Cristo, y las Escrituras no son más que una de esas cosas de «creo que sí»?» Pero cuando recibió la luz, salió gritando: «¡Ahora estoy seguro, lo sé!» La fe cristiana es una esperanza que se ha vuelto certeza.

Esta esperanza cristiana es tal que inspira toda la conducta de una persona. Se vive con ella y se muere con ella; su posesión es algo que hace actuar.

Moffatt distingue tres direcciones en las que actúa la esperanza cristiana.

(i) Es *creer en Dios frente al mundo.* Si seguimos los parámetros del mundo puede que tengamos facilidades y comodidades y prosperidad; si seguimos los parámetros de Dios, lo más probable es que experimentemos dolores, pérdidas y marginación. El cristiano está convencido de que es mejor sufrir con Dios que prosperar con el mundo. En el libro de *Daniel,* Sadrac, Mesac y Abednego tienen que escoger entre obedecer a Nabucodonosor y dar culto a la imagen del rey, u obedecer a Dios y que los echen al horno. Y no dudaron en escoger a Dios *(Daniel 3).* Cuando iban a juzgar a Bunyan, dijo: «Con el consuelo de Dios en mi pobre alma, antes de descender a los jueces Le pedí a Dios que, si podía hacer más bien en libertad que en la cárcel, que me pusieran en libertad; y

si no, que se hiciera Su voluntad.» La actitud cristiana es que, en términos de la eternidad, es mejor jugarnos el todo por el todo con Dios que confiar en las recompensas del mundo.

(ii) La esperanza cristiana es *creer en el Espíritu frente a los sentidos.* Los sentidos dicen que escojamos el placer del momento, pero el Espíritu nos dice que hay algo que vale mucho más. El cristiano cree al Espíritu más que a los sentidos.

(iii) La esperanza cristiana es *creer en el futuro frente al presente.* Hace mucho, Epicuro decía que el fin principal de la vida era el placer. Pero no quería decir lo que muchos piensan; insistía en que debemos tener una visión dilatada. Lo que parece atractivo al momento puede traernos dolor en el futuro; lo que nos hace un daño terrible en el momento puede que nos traiga la felicidad a la larga. El cristiano está seguro de que, a la larga, nadie puede desterrar la verdad, porque «grande es la verdad, y al final prevalecerá.»

Parecía que los jueces habían eliminado a Sócrates, y que Pilato había acabado con Cristo; pero el veredicto del futuro le dio la vuelta al del momento. Fosdick dice en alguna parte que Nerón condenó a muerte a Pablo; pero, pasados los años, llamamos Pablo a nuestros hijos y Nerón a nuestros perros.

Es fácil discutir: «¿Por qué he de renunciar al seguro placer del momento por un futuro incierto?» La respuesta cristiana es que el futuro *no* es incierto, porque está en las manos de Dios; y basta con que Dios lo haya mandado y prometido.

El autor de *Hebreos* sigue diciendo que fue precisamente porque los grandes héroes de la fe procedieron conforme a ese principio por lo que Dios aprobó su manera de vivir. Todos y cada uno de ellos rehusaron lo que el mundo llama grandeza y se lo jugaron todo con Dios —y la Historia les da la razón.

El autor de *Hebreos* llega más lejos. Dice que es un acto de fe el creer que Dios creó el universo, y añade que las cosas visibles procedieron de cosas que no se ven. Esto era dar un golpe definitivo a la creencia entonces corriente de que Dios hizo las cosas de una materia ya existente que, siendo imperfecta por necesidad, imponía el que el mundo fuera imperfecto desde su principio. El autor de *Hebreos* insiste en que Dios no trabajó con una materia ya existente, sino que creó el mundo de la nada. Al afirmar esto no

estaba interesado en el lado científico de la cuestión; lo que quería subrayar era que *éste mundo pertenece a Dios.*

Si podemos captar ese hecho, le siguen dos consecuencias. La primera es que lo usaremos como tal. Recordaremos que todo lo que hay en él es de Dios, y trataremos de usarlo como Dios quiere que lo usemos. La segunda es que recordemos que Dios sigue en control. Si creemos que este mundo pertenece a Dios, habrá en nuestras vidas un nuevo sentido de responsabilidad y una nueva capacidad de aceptación; porque todo es de Dios y está en Sus manos.

LA FE DE LA OFRENDA ACEPTABLE

Hebreos 11:4

> *Fue por la fe por lo que Abel Le ofreció a Dios un sacrificio más completo que Caín, y por ello obtuvo el veredicto de ser un hombre justo; porque Dios mismo dio testimonio de ese hecho sobre la base de los dones que presentó: y aunque murió a causa de su fe, todavía nos habla.*

El autor de *Hebreos* empieza la lista de honor de la fe con el nombre de Abel, cuya historia se encuentra en *Génesis 4:1-15.* Caín era labrador, y Le trajo a Dios una ofrenda de los productos de la tierra; Abel era pastor, y Le trajo a Dios una ofrenda de sus ganados. Dios prefirió la de Abel a la de Caín y éste, amargado por la envidia, mató a su hermano y se convirtió en un paria. En el original, el sentido de la historia es difícil. Nada indica por qué Dios prefirió la ofrenda de Abel a la de Caín. Puede muy bien ser porque lo único que una persona puede ofrecer a Dios es su más preciada posesión, y ésta es *la vida misma;* para los hebreos la vida estaba en la sangre. Podemos entenderlo; porque, cuando la sangre se derrama, la vida se apaga. Según ese principio, el único verdadero sacrificio a Dios era un sacrificio cruento, es decir, de sangre. Abel ofreció el sacrificio de una criatura viviente, y Caín no; por tanto, el sacrificio de Abel era más aceptable.

Tal vez el autor de *Hebreos* esté pensando en las leyendas de la tradición judía. Los judíos encontraron sorprendente esta historia, y la elaboraron para encontrar la razón por la que Dios rechazó el

sacrificio de Caín y éste mató a su hermano Abel. La leyenda más antigua nos cuenta que siempre que Eva daba a luz tenía mellizos, un niño y una niña, que a su tiempo formaban pareja como marido y mujer. En el caso de Abel y Caín, Adán intentó hacer un cambio y decidió darle a Abel como esposa a la hermana melliza de Caín. Caín se mostró sumamente disgustado con la decisión. Para zanjar la cuestión les dijo Adán: «Id, hijos míos, a hacerle un sacrificio al Señor; y el que ofrezca el sacrificio que sea agradable a Dios, se quedará con la chica. Llevad cada uno vuestras ofrendas e id, sacrificad al Señor, y Él decidirá.» Así que Abel, que era pastor, llevó su mejor cordero al lugar del sacrificio; pero Caín, que era agricultor, llevó la peor gavilla de trigo que pudo encontrar y la puso encima del altar. Entonces descendió fuego del cielo que consumió la ofrenda de Abel sin dejar ni las cenizas, y ni tocó la ofrenda de Caín. Entonces Adán dio la muchacha como esposa a Abel, y Caín se quedó totalmente frustrado. Un día estaba Abel dormido en una montaña, y Caín le aplastó la cabeza con un pedrusco. Luego se echó el cadáver a los hombros y se puso a llevarlo, porque no sabía qué hacer con él. Vio dos cuervos que estaban peleándose, y que uno mató al otro; luego hizo un hoyo con el pico y lo enterró. Caín se dijo: «No tengo ni el sentido de este pájaro. Yo también enterraré a mi hermano en la tierra.» Y así lo hizo.

Los judíos tenían otra historia para explicar el primer asesinato. Caín y Abel no se podían poner de acuerdo sobre lo que había de poseer cada uno. Abel tuvo una idea para poner fin al desacuerdo. Caín se quedó con la tierra y todos los bienes inmuebles, y Abel tomó para sí todo lo que se movía. Pero la envidia seguía amargando el corazón de Caín. Un día le dijo a su hermano: «Quita el pie de ahí. Estás pisando mi propiedad, el llano es mío.» Abel huyó a las colinas; pero Caín le persiguió gritando: «¡Las colinas son mías!» Abel se refugió en las montañas; pero Caín seguía persiguiéndole y gritando: «¡Las montañas también son mías!» Y así, por envidia, Caín fue persiguiendo a su hermano hasta que le mató.

Esta historia encierra dos grandes verdades.

(*a*) La primera, *la envidia.* Los griegos también reconocían su horror. Demóstenes decía: «La envidia es la señal de una naturaleza

que es totalmente mala.» Eurípides dijo: «La envidia es la peor de todas las enfermedades humanas.» Había un proverbio griego que decía: «La envidia no cabe en el coro de Dios.» La envidia conduce a la amargura; la amargura, al odio; el odio, al asesinato. La envidia es una cosa que puede envenenar toda la vida y matar todo lo bueno.

(*b*) La segunda verdad es que se tiene la impresión horripilante de que Caín descubrió un nuevo pecado. Uno de los antiguos padres griegos dijo: «Hasta ese momento no había muerto ningún ser humano para que Caín supiera matar. El diablo se lo enseñó en un sueño.» Fue Caín el que introdujo en el mundo el asesinato. Hay condenación para el pecador; pero hay una condenación aún mayor para el que enseña a otros a pecar. El tal, como le sucedió a Caín, es desterrado de la presencia de Dios.

El autor de *Hebreos* dice: «Aunque murió Abel a causa de su fe, todavía nos habla.» Moffatt comenta bellamente: «La muerte no es nunca la última palabra de la vida del justo.» Cuando una persona sale de este mundo, deja algo en él. Puede que sea algo malo que crezca y se extienda como un cáncer; o algo hermoso que brota y florece sin fin. Deja una influencia para bien o para mal; todos, cuando morimos, seguimos hablando. Que Dios nos conceda dejar, no un germen de maldad, sino algo precioso que produzca bendición en las vidas de los que vengan detrás.

CAMINANDO CON DIOS

Hebreos 11:5, 6

> *Fue por su fe por lo que Enoc fue trasladado de este mundo al otro sin pasar por la muerte, sino simplemente desapareciendo de la vista de las demás personas; y esto porque fue Dios Quien le llevó de esta vida a la otra. Porque, antes de experimentar ese cambio, se dio testimonio de que había agradado a Dios. De otra manera que no sea mediante la fe es imposible agradar a Dios; porque, el que busca a Dios tiene que empezar por creer que Dios existe, y que recompensa a los que Le buscan en su vida.*

En el *Antiguo Testamento* se nos resume la vida de Enoc en una frase: «Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios» *(Génesis 5:24).* Muchas leyendas se han reunido en torno a su nombre. Se decía que había sido el primer hombre experto en costura y sastrería, y que enseñó a la humanidad a cortar las pieles debidamente para hacer ropa. También se decía que había sido el primero que había enseñado a hacer calzado para proteger los pies. Y también que había sido el inventor de la escritura, y de los libros que sirven para instruir a los demás.

Una leyenda nos dice que el ángel de la muerte hizo un trato de amistad con Enoc. Enoc le hizo tres peticiones: la primera, morir y volver otra vez a la vida, para saber cómo era la muerte; la segunda, ver la morada de los malvados, para saber cuál era el castigo del mal. Ambas se le concedieron. La tercera era que se le dejara ver el Paraíso para saber lo que disfrutaban los bienaventurados. También esto se le concedió; y, una vez que se encontró en el Paraíso, se quedó allí y ya no volvió.

La sencilla afirmación de *Génesis* tiene una cierta calidad mística. En sí no nos dice que Enoc no murió, sino simplemente que, cuando a Dios le pareció, Enoc desapareció de la Tierra.

De esto hay dos interpretaciones especialmente famosas.

(i) En el libro de la *Sabiduría 4:10ss* se expone la idea de que Dios se llevó a Enoc consigo cuando todavía era joven, para librarle de las contaminaciones de este mundo. «Fue llevado mientras vivía entre pecadores… Fue arrebatado para que el mal no cambiara su entendimiento, o la astucia engañara su alma.» Es una manera de expresar lo del antiguo dicho clásico: «Los amados de los dioses mueren jóvenes.» Considera la muerte como una recompensa. Quiere decir que Dios amó tanto a Enoc que se le llevó antes de que la edad y la degeneración se le echaran encima.

(ii) Filón de Alejandría, vio en Enoc el gran ejemplo del *arrepentimiento.* El arrepentimiento le cambió de una vida separada de Dios a una vida de caminar con Dios.

De la sencilla afirmación del pasaje del *Antiguo Testamento* el autor de *Hebreos* deduce la idea de que Enoc no murió, sino que Dios le llevó consigo sin que pasara por la muerte. Es posible que el significado sea aún más sencillo, y encierre una lección para todos

nosotros: En una generación corrompida y malvada, Enoc caminó con Dios de tal manera que, cuando llegó al final de su vida en este mundo, no hubo para él una interrupción ni un cambio radical; la muerte simplemente le trasladó a una presencia más íntima con Dios. Como Enoc caminaba con Dios cuando la otra gente se alejaba de Él, diariamente se encontraba más cerca de Dios, y la muerte no fue más que el último paso que le introdujo a la presencia del Dios con el Que siempre había caminado.

No podemos pensar en Enoc sin considerar las diferentes actitudes que hay sobre la muerte. La tersa serenidad del pasaje del *Antiguo Testamento,* tan sencillo y conmovedor, señala hacia la actitud cristiana.

(i) Hay algunos que piensan en la muerte como algo *misterioso e inexplicable.* Bacon decía: «A muchos les da miedo la muerte, como a los niños la oscuridad.» Para algunos es algo terrible y desconocido que inspira lo que llamaba Hamlet «el temor de lo que pueda haber después de la muerte.»

(ii) Hay quienes ven la muerte sólo como *lo más inevitable de la vida.* Como dice Quevedo en la segunda parte de un famoso soneto:

> Todo corto momento es paso largo
> que doy a mi pesar en tal jornada,
> pues parado y durmiendo siempre aguijo.
> Breve suspiro, y último, y amargo,
> es la muerte forzada y heredada;
> mas, si es ley y no pena, ¿qué me aflijo?

La muerte es inevitable, y no se gana nada luchando contra ella. Lo mejor que uno puede hacer es aceptarla y rendirse.

(iii) Muchos han visto la muerte como *la liberación.* Keats dijo que había estado «medio enamorado de la liberadora muerte.» Shakespeare dice en uno de sus sonetos: «Cansado de todo esto clamo por el reposo de la muerte.» Y Nicholas Rowe: «La muerte es el privilegio de la naturaleza humana.» Los estoicos mantenían que los dioses habían dado a los humanos el don de la vida, y el derecho aún más grande de quitársela cuando se convertía en una carga insoportable. Hay algunos para los que la muerte es un bien, porque es el final de una vida que les resulta insoportable.

(iv) Algunos ven en la muerte *una transición* —no un final, sino una etapa del camino; no una puerta que se cierra, sino una que se abre. Longfellow dijo poéticamente: «Esta vida de aliento mortal es sólo un suburbio del Cielo, cuyo portal llamamos muerte.» Y George Meredith escribió que, cuando le salió al paso la muerte, vio al otro lado el amanecer.

Para éstos la muerte ha sido siempre una invitación a subir más arriba, a cruzar de las tinieblas al amanecer.

(v) Algunos han visto la muerte como *una aventura.* Como Barrie, el creador de Peter Pan, le hizo decir a su personaje: «Morir será una aventura estupenda.» Charles Frohman, que tan bien conociera a Barrie, se hundió con el *Lusitania* en el desastre del 7 de mayo de 1915. Sus últimas palabras fueron:

> «¿Por qué temer la muerte? Es la mejor aventura de la vida.» Un antiguo pensador, cuando estaba muriendo, se volvió hacia sus amigos y les dijo: «¿Os dais cuenta de que dentro de una o dos horas voy a saber todas las respuestas que hemos estado buscando toda la vida?» Para los tales la muerte es la aventura del descubrimiento supremo.

(vi) Por encima de todo, hay algunos que, como Enoc, han visto la muerte como la *entrada en la más íntima presencia* con Aquel con Quien han vivido siempre. Si hemos vivido con Cristo, moriremos con la seguridad de que vamos a estar para siempre con nuestro Señor.

En este pasaje, el autor de *Hebreos* establece además los dos hechos fundamentales de la fe cristiana.

(i) *Tenemos que creer en Dios.* No puede haber tal cosa como una religión sin esa fe. La religión empezó cuando los seres humanos se dieron cuenta de que existe Dios, y cesa cuando viven una vida en la que no se Le tiene en cuenta.

(ii) *Tenemos que creer que Dios tiene interés en nosotros.* El autor de *Hebreos* lo expresa diciendo que Dios recompensa a los que Le buscan insistentemente.

En el mundo antiguo había quienes creían en los dioses, pero creían que vivían allá lejos, en el espacio entre los mundos, totalmente desapercibidos de estos extraños animales llamados

humanos. «Dios —dijo Epicuro como uno de sus principios— no hace nada.» Hay muchos que creen que hay Dios, pero que no creen que Le importamos. Se ha dicho que ningún astrónomo puede ser ateo; pero también se ha dicho que el Dios en el Que tienen que creer los astrónomos es un Matemático. O, como dicen los masones, es «el Arquitecto del Universo». Un Dios así no tiene por qué preocuparse. Se ha llamado a Dios «El Primer Principio», «La Primera Causa», «La Energía Creadora», «La Fuerza Vital». Todos estos nombres y muchos más Le dan las personas que creen en Él, pero no necesariamente como el Dios que se preocupa de nosotros.

Cuando le preguntaron a Marco Aurelio por qué creía en los dioses, dijo: «Es verdad: los dioses no se pueden discernir con la vista humana, pero tampoco he visto yo mi propia alma, y sin embargo la respeto. Así es que creo en los dioses y los honro, porque he experimentado su poder una y otra vez.» No había sido la lógica, sino la vida lo que le había convencido. Séneca decía: «La primera condición para dar culto a los dioses es creer que existen… y conocer a esos dioses que presiden el mundo, porque controlan el universo con su poder al mismo tiempo que conocen a cada persona individual.» Y Epicteto decía: «Debéis saber que lo más importante de la reverencia a los dioses es tener una creencia correcta acerca de su existencia y de que ellos son los que ordenan todo bien y justamente.»

Si aquellos que no conocían al único Dios tenían ese certero instinto religioso, mucho más debemos nosotros creer, no solamente que Dios existe, sino también que está implicado en la situación humana. Para nosotros es fácil, porque Dios ha venido al mundo en Jesucristo para decirnos lo mucho que Le importamos y nos ama.

UNO QUE CREYÓ LO QUE DIOS LE DIJO

Hebreos 11:7

> *Fue por la fe por lo que Noé, una vez que Dios le informó de cosas que todavía no se veían, aceptó con reverencia el mensaje y construyó el arca para que se pudiera salvar su familia. Por la fe se dio cuenta de que el mundo estaba sentenciado, y llegó a recibir la herencia de la justicia que es el resultado de la fe.*

La historia de Noé se encuentra en el libro del *Génesis,* capítulos 6 a 8. La humanidad estaba tan corrompida que Dios decidió que había que destruirla. Le comunicó a Noé Su propósito de juicio y le dio instrucciones para que construyera un arca en la que se pudieran salvar su familia y representantes de toda la creación animal. Con respeto y obediencia Noé le tomó la palabra a Dios, y así se salvó y salvó a su familia.

Como en otros casos, la leyenda añade muchos detalles a esta historia. El autor de *Hebreos* debe de haber conocido estas leyendas, que completarían su cuadro mental. Una de esas nos cuenta que Noé estaba en duda acerca de la forma que debía darle al arca, y Dios le reveló que tenía que modelarla como el cuerpo de un ave y hacerla de madera de teca. Noé plantó una teca que creció lo suficiente en veinte años para construir de ella toda el arca. Otra historia nos cuenta que, después que Dios le advirtió, Noé se construyó una campana de madera de metro y medio de altura, y la tocaba todos los días por la mañana, al mediodía y por la tarde. Cuando le preguntaron por qué lo hacía respondió: «Para advertiros de que Dios va a mandar un diluvio para destruiros a todos.» Otra historia nos cuenta que, cuando Noé estaba construyendo el arca, la gente se reía de él y le tenía por loco; pero él les decía: «Aunque os riáis de mí ahora, llegará el día en que sea yo el que me ría de vosotros; porque os daréis cuenta a vuestra costa de Quién es el que castiga a los malvados en este mundo y les reserva más castigo en el mundo venidero.» Tal vez por esto se llama a Noé «pregonero de justicia» en *2 Pedro 2:5.*

Aún más que Abel y Enoc, Noé es hombre de fe.

(i) *Noé Le tomó la palabra a Dios.* Creyó el mensaje que Dios le comunicó. De momento podía parecer una tontería; pero Noé lo creyó y se jugó el todo por el todo. Está claro que para tomar en serio la palabra de Dios tenía que dejar de lado sus actividades normales para concentrarse en lo que Dios le había dicho que hiciera. La vida de Noé se convirtió en una continua y concentrada preparación para lo que Dios le había dicho que sucedería.

A todos nos llega la ocasión de prestar o no prestar atención al Mensaje de Dios. Podemos vivir como si ese Mensaje no tuviera la menor importancia, o como si fuera la cosa más importante del

mundo para nosotros. O, para decirlo de otra manera: Noé fue el hombre que prestó atención a la advertencia de Dios, y gracias a ello se salvó del desastre. Nos puede venir la advertencia de Dios de muchas maneras: de nuestra propia conciencia; de alguna palabra de Dios que nos llega derecha al alma; del consejo o la reprensión de alguna persona buena y piadosa, o saltándonos del Libro de Dios o desafiándonos en algún sermón. Si la desoímos será a nuestro riesgo.

(ii) *A Noé no le desanimaron las burlas de la gente.* Cuando brillaba el Sol, su conducta tiene que haber parecido una locura. ¿Quién sino un loco de remate acometería la construcción de tal carcamán en tiempo seco y lejos de la mar? El que Le toma la palabra a Dios puede que emprenda a veces una actividad que parezca una locura.

No tenemos más que pensar en los primeros días de la Iglesia. Uno se encuentra con un amigo, y le dice: «He decidido hacerme cristiano.» El otro le contesta: «¿Pero es que no sabes lo que les pasa a los cristianos? ¡Están fuera de la ley! Los meten en la cárcel, se los echan a los leones, los crucifican, los queman vivos…» El primero dice: «Sí, ya lo sé.» Y el otro: «¡Estás loco de remate!»

Tenemos que estar preparados a que nos tomen por locos por causa de Jesús. No debemos olvidar que hubo un tiempo en que Sus amigos vinieron a buscarle para llevársele a casa, porque pensaban que estaba mal de la cabeza. La sabiduría de Dios muchas veces le parece locura a la gente.

(iii) *La fe de Noé fue el juicio de los otros.* Por eso es por lo que, por lo menos en un sentido, es peligroso ser cristiano. No es que los cristianos se crean más justos que nadie, o que sean criticones; ni que vayan por ahí fijándose en lo que los demás hacen mal; ni que digan: «Ya te lo decía yo.» A menudo lo que sucede es que, sencillamente por ser cristianos, traemos juicio sobre los que no lo son. Alcibíades, aquel joven brillante pero salvaje de Atenas, le decía a Sócrates: «Sócrates, te odio, porque siempre que me encuentro contigo me haces verme tal como soy.» Uno de los atenienses más simpáticos y ejemplares fue Arístides, al que llamaban «el Justo»; pero le condenaron al ostracismo. Cuando le preguntaron a uno por qué lo había votado, contestó: «Porque estoy

harto de que le llamen «el Justo».» Ante la bondad, el mal queda condenado.

(iv) *Noé fue justo por la fe.* Sucede que es el primero al que se llama *díkaios, justo,* en la Biblia *(Génesis 6:9).* Su bondad consistió en que Le tomó la palabra a Dios. Cuando otros quebrantaban los mandamientos de Dios, Noé los cumplía; cuando otros se hacían los sordos a las advertencias de Dios, Noé les hacía caso; cuando otros se reían de Dios, Noé Le respetaba. Se ha dicho de Noé que, «con su luminosa fe en Dios, puso al descubierto el sombrío escepticismo del mundo.» En un tiempo cuando la gente pasaba de Dios, Noé Le honraba y Le consideraba la suprema Realidad del mundo.

LA AVENTURA Y LA PACIENCIA DE LA FE

Hebreos 11:8-10

> *Fue por su fe por lo que Abraham, cuando Dios le llamó, demostró su obediencia al marcharse al lugar que iba a recibir en herencia, aunque marchó sin saber adónde había de ir. Fue por su fe por lo que vivió como forastero en la tierra que se le había prometido, como si se tratara de una tierra extranjera, viviendo en tiendas de campaña, lo mismo que hicieron después Isaac y Jacob, que fueron sus coherederos en aquella promesa; porque esperaba una ciudad con fundamentos cuyo arquitecto y constructor es Dios.*

La vocación de Abraham se nos cuenta con sencillez dramática en *Génesis 12:1.* En torno al nombre de Abraham se fueron tejiendo leyendas judías y orientales, algunas de las cuales debe de haber conocido el autor de *Hebreos.* Esas leyendas nos cuentan que Abraham era el hijo de Téraj (R-V, *Thare* o *Taré*), general del ejército de Nemrod (R-V *Nimrod*). Cuando nació Abraham apareció en el cielo una estrella tan brillante que parecía borrar todas las otras. Nemrod trató de matar al niño Abraham, pero le escondieron en una cueva y le salvaron la vida. Fue precisamente en esa cueva donde tuvo la primera visión de Dios. Cuando era joven salió de la cueva y se quedó mirando el desierto a lo lejos. Salía el Sol en toda su gloria, y Abraham dijo: «¡No cabe duda de que el Sol es Dios, el Creador!» Y entonces se arrodilló y adoró al Sol. Pero, cuando llegó

la tarde, el Sol se puso por el Oeste y Abraham dijo: «¡No! ¡El Autor de la creación no se puede poner!» Salió la Luna por el Este, y aparecieron las estrellas. Entonces Abraham dijo: «¡La Luna debe de ser Dios, y las estrellas su ejército!» Así que se arrodilló y adoró a la Luna; pero, cuando pasó la noche, la Luna se puso y apareció otra vez el Sol; y Abraham dijo: «Está claro que éstos no son más que cuerpos celestes, y que no son dioses, porque obedecen una ley. Adoraré al Que les impuso la ley.»

Los árabes tienen una leyenda diferente. Cuentan que Abraham vio muchos ganados y manadas, y le preguntó a su madre: «¿Quién es el señor de todo esto?» Su madre le dijo: «Tu padre, Téraj.» «¿Y quién es el señor de Téraj?», volvió a preguntar el muchacho. «Nemrod» —le contestó su madre. «¿Y quién es el Señor de Nemrod?» —volvió a preguntar Abraham. Su madre le dijo que dejara de preguntar tanto; pero Abraham ya estaba buscando con el pensamiento al Que es el Señor de todo. Las leyendas nos siguen contando que Téraj no sólo adoraba doce ídolos, uno por cada mes del año, sino que además era fabricante de ídolos. Un día, Abraham se quedó a cargo de la tienda, atendiendo a los que venían a comprar ídolos. Abraham les preguntaba cuántos años tenían, y le contestaban que cincuenta, o sesenta. «¡Pobre hombre el de tal edad —dijo Abraham—, que adora lo que se hace en un día!» Un hombre fuerte y robusto de setenta años entró. Abraham le preguntó su edad y le dijo: «¡Eres un tonto en adorar a un dios que es más joven que tú!» Una mujer trajo un plato de carne para los dioses. Abraham cogió un palo y destrozó todos los ídolos menos uno, en cuyas manos dejó el palo. Cuando Téraj volvió, se enfadó mucho; y Abraham le dijo: «Padre, una mujer trajo este plato de carne para tus dioses; como todos lo querían, el más fuerte les quitó la cabeza de un golpe a los demás, no fuera que no le dejaran nada.» «¡Eso es imposible —dijo Téraj—, porque no son más que pedazos de madera o de piedra!» Y Abraham le contestó: «¡Deja que oiga tu oído lo que ha dicho tu boca!»

Todas estas leyendas nos dan una imagen gráfica de Abraham buscando a Dios, insatisfecho con la idolatría de su pueblo. Así es que, cuando recibió la llamada de Dios, ¡estaba dispuesto a

adentrarse en lo desconocido para encontrarle! Abraham es el ejemplo supremo de la fe.

(i) La fe de Abraham era *la fe que está dispuesta para la aventura.* La llamada de Dios suponía dejar hogar y familia y ocupación; y sin embargo fue. Tenía que salir a lo desconocido, y fue. Hasta los mejores de nosotros tenemos algo de timoratos. Nos da miedo lo que nos pueda suceder si nos atrevemos a tomarle la palabra a Dios y obramos de acuerdo con Sus mandamientos y promesas.

El obispo Newbigin nos cuenta los trámites que llevaron a la formación de la Iglesia Unida del Sur de la India. Él mismo tomó parte en las negociaciones y largas discusiones que fueron necesarias. A menudo las cosas se detenían por la «prudencia» de algunos que querían saber a qué conduciría cada paso; hasta que el moderador recordó a todos que un cristiano no tiene derecho a preguntar adónde va.

Muchos de nosotros vivimos una vida cautelosa de acuerdo con el principio de que la seguridad es lo primero; pero, para vivir la vida cristiana, hace falta estar dispuestos a arriesgarse a la aventura. Si la fe pudiera prever todos los pasos del camino, no sería realmente fe. A veces el cristiano tiene que ponerse en camino adonde la voz de Dios le llama sin saber cuáles serán las consecuencias. Como Abraham, tiene que salir sin saber adónde va.

(ii) La fe de Abraham era *la fe que tiene paciencia.* Cuando llegó a la Tierra Prometida, no se le permitió tomarla como suya. Tuvo que vivir en ella como forastero, en tienda de campaña, como sus descendientes habían de vivir después en el desierto. En la vida de Abraham las promesas de Dios nunca se hicieron realidad; y, sin embargo, nunca perdió la fe.

Es característico de casi todos nosotros que siempre tenemos prisa. Esperar nos es más difícil que aventurarnos. Y el tiempo más difícil es el de en medio. En el momento de la decisión hay entusiasmo y emoción; al llegar a la meta está el resplandor y la gloria de la satisfacción; pero en el tiempo intermedio hay que saber esperar y velar y trabajar, aunque parece que no pasa nada. Es entonces cuando se abandonan tantas esperanzas, y se reducen tantos ideales, y nos hundimos en la apatía de los sueños muertos. La persona de fe es la que mantiene viva la esperanza y el esfuerzo

a tope hasta en los días grises en los que parece que no se puede hacer nada más que esperar.

(iii) La fe de Abraham era *la fe que mira más allá de este mundo.* Leyendas más tardías creían que a Abraham se le había concedido vislumbrar la Nueva Jerusalén. En el *Apocalipsis de Baruc* Dios dice: «Se la mostré a mi siervo en la noche» (4:4). En *4 Esdras* dice su autor: «Sucedió que, cuando estaban practicando la impiedad delante de Ti, escogiste a uno entre ellos cuyo nombre era Abraham; le amaste y le revelaste a él solo el fin de los tiempos, secretamente, de noche» (4:13). Nadie ha hecho nunca nada que valiera la pena sin una visión que le permitiera arrostrar las dificultades y los desalientos del camino. A Abraham se le concedió la visión; y, hasta cuando su cuerpo estaba deambulando por Palestina, su alma estaba en comunión con Dios. Dios no puede darnos una visión si no Le dejamos que nos la dé; pero, si esperamos en Él, aunque sea en los desiertos de la Tierra, nos enviará la visión; y, con ella, la faena y la lucha del camino de cada día valdrán la pena.

CREER LO INCREíBLE

Hebreos 11:11-12

> *Fue por su fe por lo que Sara también recibió poder para quedarse embarazada y dar a luz aunque ya se le había pasado el tiempo con mucho; porque creyó que se podía confiar plenamente en el Que lo había prometido. Y así, de un solo hombre, y un hombre cuyo cuerpo había perdido ya toda la vitalidad, nació una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo y tan incontable como la arena de las playas.*

La historia de la promesa que Dios les hizo a Abraham y Sara de que tendrían un hijo se cuenta en *Génesis 17:15-22; 18:9-15; 21:1-8.* Lo maravilloso es que Abraham y Sara eran muy ancianos, y hacía mucho que se les había pasado la edad de engendrar y concebir hijos; pero, según la antigua historia, Dios les hizo la promesa, y la cumplió.

La reacción de Abraham y Sara tuvo tres etapas.

(i) Empezó por la más completa *incredulidad.* Cuando Abraham oyó la promesa se llevó las manos a la cabeza y se echó a reír *(Génesis 17:17).* Cuando la oyó Sara se rió para sus adentros *(Génesis 18:12).* Al escuchar por primera vez las promesas de Dios, la reacción humana es a menudo pensar que son demasiado buenas para ser verdad.

No hay misterio en toda la creación que se pueda comparar con el amor de Dios. Que ame a la humanidad y sufra y muera por ella es algo que nos mueve a la más absoluta incredulidad. Por eso el Mensaje de Cristo es *Evangelio, Buena Noticia;* tan buena que nos parece increíble.

(ii) De ahí pasó al *amanecer del darse cuenta.* Después de la incredulidad vino el amanecer de que *era Dios el Que les había hablado,* y Dios no puede mentir. Los judíos solían establecer como ley primaria para un maestro que no debe prometerles nunca a sus alumnos lo que no tiene intención o posibilidad de cumplir; el hacerlo sería enseñarles a faltar a su palabra. Cuando recordamos que el que hace la promesa es *Dios,* nos damos cuenta de que tiene que ser cierta.

(iii) Y culminó en *la capacidad de creer lo imposible.* El que Abraham y Sara tuvieran un hijo, humanamente hablando era imposible. Como dijo Sara: «¿Quién iba a decir que Sara iba a dar de mamar a hijos?» *(Génesis 21:7).* Pero, por la gracia y el poder de Dios, lo imposible se hizo realidad. Hay algo aquí que eleva y ablanda cualquier corazón. Cavour dijo que lo más esencial de un estadista es «el sentido de lo imposible.» Cuando oímos a los hombres planificar y discutir y pensar en voz alta, nos da la impresión de que un gran número de cosas de este mundo que son deseables tienen que descartarse como imposibles. La gente se pasa la mayor parte de la vida poniéndole trabas al poder de Dios. La fe es la capacidad de echar mano de esa Gracia que es suficiente para todas nuestras necesidades, de tal manera que lo que era *humanamente* imposible se vuelve *divinamente* posible. Todo es posible para Dios y, por tanto, la palabra *imposible* no figura en el diccionario del cristiano ni de la Iglesia Cristiana.

FORASTEROS Y APÁTRIDAS

Hebreos 11:13-16

> *Todos éstos murieron sin llegar a poseer lo prometido. Solamente lo oteaban en la distancia y lo saludaban desde lejos, confesándose apátridas y forasteros en la Tierra. Ahora bien, los que hablan así dejan bien claro que están buscando una patria; y, si estuvieran pensando en la que dejaron atrás, tiempo tenían de volver a ella. Pero, está claro que lo que buscaban era algo mejor; quiero decir, la patria celestial. Por eso mismo a Dios no Le daba vergüenza que Le llamaran su Dios, porque les tenía preparada esa ciudad que estaban buscando.*

Ninguno de los patriarcas llegó a tomar posesión de la Tierra Prometida. Fueron nómadas toda la vida, y no vivieron nunca como residentes en ningún sitio. De aquí sacamos ciertas lecciones de carácter permanente.

(i) Vivieron siempre como extranjeros. El autor de *Hebreos* les aplica tres palabras griegas muy gráficas.

(*a*) En 11:13 los llama *xenoi (pl.). Xenos (sing.)* es la palabra griega para *un extraño o extranjero,* de la que deriva la española *xenofobia* entre otras. La suerte de los tales era dura en el mundo antiguo. Se los miraba con desprecio, con suspicacia y hasta con odio. En Esparta *xenos* equivalía a *bárbaro.* Uno escribe quejándose de que le despreciaban «porque soy un *xenos».* Otro escribe que, por muy pobre que sea su hogar, es mejor que vivir *epi xenês,* en el extranjero. Cuando los clubes celebraban sus comidas, los comensales se dividían en *miembros* y *xenoi. Xenos* quería decir a veces *refugiado.* Los patriarcas se pasaron la vida como extranjeros en una tierra que no era la suya.

(*b*) En 11:9 usa la palabra *paroikein,* «habitar como extranjero» (R-V60), de Abraham. Un *pároikos* era *un residente extranjero.* Se aplica esta palabra a los judíos que fueron deportados a Babilonia y a Egipto. Un *pároikos* no era mucho más que un esclavo en la escala social. Tenía que pagar un impuesto como extranjero. Siempre era un extraño, y sólo si pagaba formaba parte de la comunidad hasta cierto punto.

(*c*) En 11:13 usa la palabra *parepídêmos.* Un *parepídêmos* era uno que estaba parando temporalmente, pero que tenía la

residencia permanente en algún otro sitio. A veces su estancia era limitada estrictamente. Un *parepídêmos* estaba de pensión, no tenía hogar propio donde le había echado la vida. Los patriarcas fueron toda la vida personas que no tenían un lugar fijo que pudieran llamar su hogar. Eso era una cosa humillante en los tiempos antiguos, y aún lo sigue siendo en muchos lugares. Era llevar siempre un estigma. En la *Carta de Aristea* se dice: «Es magnífico vivir y morir en la tierra donde se ha nacido; una tierra extranjera produce desprecio a los pobres y vergüenza a los ricos, porque siempre se tiene la sospecha de que los habrán desterrado por algo malo que han hecho.» En *Eclesiástico 29:22-28* hay un pasaje lleno de añoranza:

> Mejor vive un pobre que se cobija en un pajar
> que el que se aloja suntuosamente en casa de extraños.
> Conténtate con lo poco como con lo mucho:
> y no tendrás que soportar el oprobio de la vida nómada.
> Mala vida es ir de casa en casa,
> y donde eres extranjero no puedes abrir la boca.
> En caso de que seas extranjero beberás desprecios;
> y además tendrás que escuchar cosas amargas:
> —¡Ven aquí, forastero, y ponme la mesa,
> y sírveme lo que tengas!
> —¡Lárgate, forastero, de este lugar respetable;
> ha venido mi hermano y necesito la casa!
> ¡Cosas dolorosas para hombre entendido,
> censuras en cuanto al alojamiento,
> *y las burlas del prestamista!*

En cualquier tiempo es una desgracia ser forastero en tierra extraña; pero en los tiempos antiguos se añadía a las incomodidades naturales la amargura de la humillación.

Los patriarcas fueron toda la vida forasteros en tierra ajena. La figura del forastero se ha convertido en la representación de la vida cristiana. Tertuliano dijo del cristiano: «Sabe que en la Tierra no es más que un peregrino; pero su dignidad está en el Cielo.» Y Clemente de Alejandría: «No tenemos patria en la Tierra.» Y Agustín: «Somos transeúntes exilados de nuestra patria.» Eso no

quería decir que los cristianos eran unos estúpidos que vivían en las nubes, desconectados de la vida y el trabajo de este mundo; sino que siempre tenían presente que eran un pueblo de caminantes. Hay un dicho atribuido a Jesús que no se conserva en los *Evangelios:* «El mundo es un puente. El sabio pasará por él, pero no construirá sobre él su morada.» El cristiano se considera un peregrino de la eternidad.

(ii) A pesar de todo, estos hombres no perdieron nunca la visión ni la esperanza. Aunque tuviera que pasar mucho tiempo para que esa esperanza se hiciera realidad, su luz brillaba siempre en sus ojos. Aunque el camino fuera muy largo, no se detenían nunca. Robert Louis Stevenson decía: «Es mejor viajar esperanzadamente que llegar.» Nunca se rindieron; vivían en esperanza y murieron en expectación.

(iii) A pesar de todo, nunca quisieron volver atrás. Sus descendientes, cuando estaban en el desierto, a menudo querían volverse «a las ollas de Egipto.» Pero no los patriarcas. Habían emprendido el camino, y ni se les ocurría volver atrás. En el vuelo existe lo que se llama *el punto sin retorno.* Cuando el avión ha llegado a ese punto, ya no puede volver atrás. Su reserva de combustible ha llegado a un nivel que no le permite más que seguir adelante. Una de las tragedias de la vida es el número de personas que se vuelven atrás un poquito demasiado pronto. Otro esfuerzo, una pequeña espera de otro poquito, harían que el sueño se hiciera realidad. En el momento en que un cristiano se lanza a alguna empresa que Dios le envía, debe considerar que ha pasado el punto sin retorno.

(iv) Estos hombres podían seguir adelante porque los atraía lo que estaba todavía más allá. El que quiere ver mundo se siente atraído por los países que no conoce. Al gran artista o compositor le impulsa la idea de una interpretación o una producción como nunca se ha hecho, y se pregunta si lo logrará. Stevenson nos cuenta que un viejo vaquero que pasaba todos los días limpiando la basura de los establos. Alguien le preguntó si no se cansaba nunca de hacer siempre lo mismo, y él respondió: «El que tiene algo más allá no tiene por qué cansarse.» Los patriarcas tenían algo más allá… y nosotros también.

(v) Como estos hombres eran como eran, Dios no se avergonzaba de que Le llamaran su Dios. Por encima de todo, Dios es el Dios del noble aventurero. Le encantan los que están dispuestos a aventurarse por Su Nombre. El prudente comodón es lo opuesto del hombre de Dios. El que se lanza a lo desconocido y sigue adelante llegará a Dios al final.

EL SACRIFICIO SUPREMO

Hebreos 11:17-19

> *Fue por su fe por lo que Abraham estuvo dispuesto a ofrecer en sacrificio a Isaac cuando Dios le puso a prueba. Estaba dispuesto a ofrecer en sacrificio hasta a su hijo único, aunque se le había dicho: «Será por la línea de Isaac por la que tendrás descendencia.» Estuvo dispuesto a hacer aquello porque consideraba que Dios podía devolverle a su hijo. Y así fue como le recibió otra vez, lo que es una parábola de la Resurrección.*

La historia de Isaac, que se nos cuenta en *Génesis 22:1-18,* es el relato sumamente dramático de cómo Abraham asumió la prueba suprema de que se le demandara la vida de su único hijo. En cierto sentido esta historia ha caído en descrédito. Se la excluye de programas de educación cristiana porque se considera que enseña algo inaceptable de Dios. O se mantiene que todo sucedió solamente para que Abraham aprendiera que Dios no quiere sacrificios humanos. No cabe duda de que eso es verdad; pero, si queremos ver esta historia en toda su grandeza y como la vio el autor de *Hebreos,* tenemos que tomarla en su valor facial. Fue la respuesta de un hombre al que se pidió que Le ofreciera a Dios a su propio hijo.

(i) Esta historia nos enseña que debemos estar dispuestos a sacrificar lo que nos es más querido por nuestra fidelidad a Dios. Ha habido muchos que le han sacrificado la carrera a lo que consideraban que era la voluntad de Dios. J. P. Struthers era pastor de la Iglesia Reformada Presbiteriana en Greenock, una congregación pequeña que, no es ni falso ni descortés decir, tenía un gran pasado pero no tenía futuro. Si hubiera estado dispuesto a dejar la iglesia de sus padres, hubiera podido escoger el mejor púlpito del país, con las más considerables ventajas económicas; pero lo sacrificó todo por lo que consideraba su fidelidad a la voluntad de Dios.

A veces uno tiene que sacrificar sus relaciones personales. Puede que se sienta llamado por Dios a una tarea en una esfera difícil y en un lugar poco atractivo, y tal vez su novia no está dispuesta a

arrostrarlo con él. Él tiene que escoger entre lo que cree la voluntad de Dios y unas relaciones que significan mucho para él. Cuando Bunyan estaba en la cárcel, le preocupaba lo que sería de su familia si le ejecutaban. Especialmente, no le dejaba el recuerdo de su hijita ciega, a la que quería tanto. «¡Oh! —decía—, me veía en aquellas circunstancias como un hombre que tuviera que derribar su propia casa sobre las cabezas de su mujer y de sus hijos; y creía que tenía que hacerlo, que tenía que hacerlo.»

Abraham era un hombre que estaba dispuesto a sacrificarle a Dios hasta lo que le era más querido. Esto sucedía una y otra vez en la Iglesia Primitiva. En una familia, uno de los miembros se hacía cristiano y los otros no; los hijos se convertían a Cristo, y los padres no. La espada descendía sobre aquella casa; y, a menos que hubiera habido personas que amaban a Cristo más que a todo lo demás, hoy no existiría la Iglesia.

Dios debe ocupar el primer puesto en nuestras vidas, o no estará en ellas. Se cuenta de dos niños a los que dieron como regalo un arca de Noé de juguete. Habían oído contar la historia del *Antiguo Testamento,* y decidieron que ellos también querían hacer un sacrificio. Pasaron revista a los animales del arca de juguete, y por último se decidieron por una oveja que tenía *una pata rota.* Lo único que estaban dispuestos a darle a Dios era un juguete roto que no les importaba. Así es como mucha gente está dispuesta a sacrificarle algo a Dios; pero sólo lo más querido y lo mejor es bastante bueno para dárselo a Él.

(ii) Abraham es el modelo del que acepta lo que no puede entender. Dios le hizo aquella demanda incomprensible. Dios le había prometido que, por medio de Isaac, sus descendientes se multiplicarían hasta llegar a ser una nación poderosa por la que vendría bendición a todas las demás. El cumplimiento de la promesa dependía de la vida de Isaac; y parecía que Dios quería acabar con esa vida. Como dijo Crisóstomo: «Las cosas de Dios parecían luchar con las cosas de Dios, y la fe luchar con la fe, y el mandamiento luchar con la promesa.» A todos nos llega alguna vez algo que parece que no tiene razón de ser y que desafía toda explicación. Es entonces cuando uno pelea la batalla más difícil: el

aceptar lo que no puede entender. Entonces a uno no le queda más que obedecer, y decir: «¡Dios, Tú eres amor! En eso afianzo mi fe.»

(iii) Abraham es el modelo del hombre que, en la prueba, encontró la salida. Si le tomamos la palabra a Dios y nos lo jugamos todo por Él, hasta cuando parezca que nos encontramos ante un muro negro se abrirá una salida.

LA FE QUE VENCE A LA MUERTE

Hebreos 11:20-22

> *Fue por la fe por lo que Isaac bendijo a Jacob y a Esaú en lo referente al futuro. Fue por la fe por lo que Jacob, cuando se sentía morir, bendijo a cada uno de los hijos de José y oró apoyándose en el puño de su bordón. Fue por la fe por lo que José, cuando estaba llegando al final de su vida, tuvo en cuenta los días cuando los israelitas saldrían de Egipto, y dejó instrucciones de lo que tenían que hacer con sus huesos.*

Hay algo que enlaza estos ejemplos de fe: en cada caso se trata de la fe de uno que está a punto de morir. La bendición que dio Isaac está en *Génesis 27:28, 29, 39, 40.* La dio poco después de decir: «Mirad, yo ya soy viejo, y no sé cuándo me voy a morir» *(Génesis 27:2).* Y fue: «Dios te dé del rocío del cielo, y de las grosuras de la tierra, y abundancia de trigo y de vino. Que haya pueblos que te sirvan, y naciones que se te sometan.» La bendición de Jacob se encuentra en *Génesis 48:9-22.* Se nos acaba de decir que «llegó el tiempo de la muerte de Israel» *(Génesis 47:29).* La bendición fue: «Sea perpetuado en ellos mi nombre, y el nombre de mis padres Abraham e Isaac, y multiplíquense en gran manera en medio de la tierra» *(Génesis 48:15, 16).* El incidente de la vida de José se encuentra en *Génesis 50:22-26.* Cuando José estaba al final de su vida, hizo que los israelitas le juraran que no dejarían sus huesos en Egipto, sino que se los llevarían con ellos cuando marcharan para poseer la Tierra Prometida, cosa que a su tiempo cumplieron *(Éxodo 13:19, y Josué 24:32).*

Lo que el *Autor de Hebreos* quiere subrayar es que aquellos tres hombres murieron sin que se cumpliera la promesa que Dios había hecho de darles la Tierra de Promisión y de hacer de Israel una gran

nación. Isaac fue un nómada toda la vida; Jacob estaba exiliado en Egipto; José había alcanzado una posición importante, pero seguía siendo un forastero en tierra extranjera; y, sin embargo, nunca pusieron en duda que la promesa se cumpliría. No murieron desesperados, sino esperanzados. Su fe venció a la muerte.

Aquí hay algo de permanente grandeza. Todos estos hombres tenían en mente la misma verdad: «La promesa de Dios es verdad, porque Él jamás incumple Sus promesas. Puede que yo no lo vea, y que muera antes de que se haga realidad; pero soy un eslabón para su cumplimiento. El que se cumpla o no depende de mí.» Aquí tenemos una de las razones supremas de la vida. Puede que nuestras esperanzas no se realicen durante nuestra vida, pero debemos vivir de tal manera que apresuremos su cumplimiento. Puede que no se le conceda a todo el mundo el entrar a gozar de todas las promesas de Dios; pero se le concede vivir con tal fidelidad que se acerque el día en que otros las experimenten. A todos nosotros nos corresponde la tarea de ayudar a Dios a hacer realidad Sus promesas.

LA FE Y SUS SECRETOS

Hebreos 11:23-29

> *Fue por la fe por lo que a Moisés, cuando nació, sus padres le tuvieron escondido tres meses, porque vieron lo bonito que era; y no se dejaron atemorizar por el edicto del faraón. Fue por la fe por lo que Moisés, cuando se hizo hombre, rechazó que le consideraran hijo de la hija del faraón, y prefirió sufrir penalidades con el pueblo de Dios a disfrutar de los placeres transitorios del pecado; porque consideraba que una vida de oprobio por causa del Mesías valía más que todos los tesoros de los egipcios, y es que tenía la mirada fija en la verdadera recompensa. Fue por la fe por lo que salió de Egipto, impasible ante la rabia inflamada del faraón; porque podía arrostrar lo que fuera como si pudiera ver al Que es invisible. Fue por la fe por lo que llevó a cabo la Pascua y marcó las casas con la sangre para que el ángel destructor no tocara a los primogénitos de su pueblo. Fue por la fe por lo que atravesaron el mar Rojo como*

si fuera tierra seca, cosa que intentaron los egipcios pero se los tragó el mar.

Moisés era la figura suprema de la historia de los judíos. Fue el líder que los rescató de la esclavitud y que recibió la Ley de manos del mismo Dios. Para el autor de la *Carta a los Hebreos* Moisés fue, por encima de todo, un hombre de fe. En esta historia, como señala Moffatt, hay cinco actos de fe distintos. Como con los otros grandes personajes cuyos nombres figuran en este cuadro de honor de los fieles de Dios, muchas leyendas y elaboraciones se reunieron en torno al nombre de Moisés, que es posible que conociera y tuviera presentes el autor de esta carta.

(i) Estaba la fe de los padres de Moisés. Su parte en la historia se encuentra en *Éxodo 2:1-10. Éxodo 1:15-22* nos cuenta que el faraón, en su odio, trató de acabar con el pueblo de Israel matando a los que iban naciendo. Una leyenda nos cuenta que Amram y Jocabed, los padres de Moisés *(Éxodo 6:20),* tuvieron problemas por culpa del decreto del faraón. Amram se divorció de su mujer, no porque dejara de quererla, sino para evitarle el dolor de ver morir a sus hijos. Estuvieron divorciados tres años; pero entonces Miriam profetizó: «Mis padres tendrán otro hijo, que libertará a Israel de manos de los egipcios.» Y le dijo a su padre: «¿Qué has hecho? Has despedido a tu mujer porque no podías confiar en el Señor Dios, Que protegería al hijo que te naciera.» Así es que Amram, sintiendo vergüenza de su incredulidad, recuperó la confianza en Dios y volvió a convivir con su mujer; y a su debido tiempo nació Moisés. Era un niño tan precioso que sus padres decidieron esconderle en su casa, lo que hicieron durante tres meses. Entonces, cuenta la leyenda, los egipcios organizaron una trama horrible. El faraón había decidido que se buscaran los niños que estuvieran escondidos, y se mataran. Es un hecho que, cuando un niño oye llorar a otro, se pone a llorar también. Así es que mandaron madres egipcias con sus bebés a las casas de los israelitas, y allí los pellizcaban para que lloraran. Esto hacía que los niños israelitas también lloraran, y así los descubrían y mataban. En vista de esto, Amram y Jocabed decidieron hacer una arquilla y confiar a su hijo al río Nilo.

El que Moisés llegara a nacer ya fue un acto de fe; y el que siguiera viviendo, otro. Empezó por ser un hijo de la fe.

(ii) El segundo acto de fe fue la lealtad de Moisés a su pueblo. La historia se nos cuenta en *Éxodo 2:11-14.* De nuevo nos encontramos con leyendas que iluminan el cuadro. Cuando confiaron a Moisés a las aguas del Nilo, le encontró la hija del faraón, que se dice que se llamaba Bithia, o más corrientemente Thermutis. Se quedó alucinada con la belleza del niño. La leyenda dice que, cuando sacaron del agua la arquilla, el arcángel Gabriel le dio unos cachetitos al bebé para que llorara, y se le ablandara el corazón a Thermutis al ver aquella carita tan preciosa con pucheritos y con lágrimas en los ojillos. Thermutis, bien a su pesar, era estéril; el caso es que se llevó a casa al bebé Moisés, y le cuidó como si fuera suyo. Moisés iba creciendo tan bonito que la gente se volvía en la calle, y hasta paraba de trabajar para mirarle. Era tan listo que superaba con mucho a todos los otros chicos en conocimientos y en inteligencia. Cuando todavía era pequeño, Thermutis le llevó al faraón, y le contó cómo le había encontrado. Le colocó en los brazos de su padre, que se mostró tan encantado con el niño que le abrazó; y, a petición de Thermutis, prometió hacerle su sucesor. En broma, se quitó la corona y se la puso a Moisés en la cabeza; pero el niño se la quitó y la tiró al suelo y se puso a pisotearla. Los sabios del faraón presagiaron que aquel niño pisotearía algún día el poder real de Egipto, y querían matarle allí mismo. Pero se propuso una prueba: le pusieron delante al niño Moisés un cacharrito lleno de piedras preciosas y otro lleno de ascuas. Si extendía la mano y tocaba las joyas, eso demostraría que era peligroso por ser demasiado listo; y, si tocaba las ascuas, eso probaría que era suficientemente tonto para no ser ningún peligro. El niño Moisés estaba a punto de tocar las joyas cuando Gabriel le cogió la mano y se la desvió hacia los carbones. Se quemó un dedito; se lo metió en la boca y se quemó la boca; por eso se decía más tarde que no era buen orador *(Éxodo 4:10),* y que fue tartamudo toda la vida.

El caso es que Moisés siguió con vida. Se crió con toda clase de lujos. Era el heredero del reino. Se convirtió en uno de los mayores generales egipcios; conquistó a los etíopes, que eran una amenaza

para Egipto, y después se casó con una princesa etíope. Pero nunca se olvidó de sus compatriotas; y llegó el día en que decidió solidarizarse con los israelitas oprimidos y despedirse del futuro de riquezas y realeza que le esperaba en Egipto.

Moisés renunció a la gloria terrenal por amor al pueblo de Dios. Cristo dejó Su gloria por amor a la humanidad; aceptó los azotes, y la vergüenza y la muerte más terrible. Moisés, en su día y generación, compartió los sufrimientos de Cristo, escogiendo la lealtad que conducía a los sufrimientos en lugar de las facilidades que conducían a la gloria terrenal. Sabía que los premios de la Tierra eran despreciables comparados con la última recompensa de Dios.

(iii) Llegó el día en que Moisés, por haber intervenido a favor de su pueblo, tuvo que salir de Egipto y refugiarse en Madián *(Éxodo 2:14-22).* Por el orden que se viene siguiendo debe de ser a eso a lo que se refiere el versículo 27. Algunos intérpretes encuentran dificultades aquí, porque la narración de *Éxodo* dice que Moisés huyó a Madián porque tuvo miedo del faraón *(Éxodo 2:14),* mientras que *Hebreos* dice que se marchó «impasible ante la rabia incendiaria del faraón.» No tiene por qué haber una contradicción. El autor de *Hebreos* sencillamente profundizó en la historia. Para Moisés, el retirarse a Madián no fue un acto de miedo, sino de valor. Muestra el valor de un hombre que ha aprendido a esperar.

Los estoicos eran sabios; decían que una persona no debe arriesgar innecesariamente su vida provocando la ira de un tirano. Séneca escribió: «El sabio no provocará jamás la ira de los poderosos; antes la esquivará, de la misma manera que los marineros no juegan a sabiendas con el peligro de la tempestad.» En aquella ocasión, Moisés habría podido lanzarse, pero el pueblo no estaba preparado. El haberlo hecho temerariamente habría supuesto perder la vida, y la liberación de Egipto no habría podido llevarse a cabo. Tuvo la grandeza y el valor de esperar a que Dios dijera: «Ahora es el momento.»

Moffatt cita un dicho de A. S. Peake: «El valor de abandonar una acción en la que se ha puesto el corazón y de aceptar alegremente la inacción como la voluntad de Dios es de la más elevada e infrecuente calidad, y lo puede crear y sostener solamente la visión

espiritual más clara.» Cuando nuestro instinto de pelea dice: «¡Adelante!», hay que ser grande y valiente para esperar. Es humano el temer perder la oportunidad; pero es grande esperar el momento de Dios —¡hasta cuando parece que es desaprovechar la oportunidad!

(iv) Llegó el día en que Moisés tenía que hacer todos los preparativos para la primera Pascua. El relato se encuentra en *Éxodo 12:12-48.* Había que hacer el pan sin levadura; había que matar el cordero pascual; había que pintar el dintel de las puertas con la sangre del cordero para que el ángel de la muerte la viera y pasara de largo sin matar al primogénito de aquella familia. Pero lo más alucinante fue que, según el relato de *Éxodo,* Moisés no sólo hizo todos los preparativos para la noche en que los israelitas habían de salir de Egipto, sino que también dispuso que *tenían que observarlos anualmente en el futuro.* Es decir: que no tenía la menor duda de que aquella empresa tendría éxito, el pueblo sería librado de la esclavitud de Egipto y algún día llegarían a la Tierra de Promisión. Ahí tenemos a una multitud de infelices esclavos hebreos a punto de emprender un viaje por un desierto desconocido a una tierra desconocida que se les había prometido, y ahí estaba todo el ejército de Egipto a sus talones; y sin embargo, Moisés nunca puso en duda que Dios los conduciría hasta el final sanos y salvos. Moisés era, por encima de todo, el hombre que tuvo fe en que, si Dios le había dado a Su pueblo una orden, también le daría la fuerza para llevarla a cabo. Moisés estaba seguro de que Dios no encarga a Sus siervos una tarea para luego dejarlos en la estacada, sino que va con ellos cada paso del camino.

(v) Llegó el gran acto del cruce del mar Rojo. La historia se nos cuenta en *Éxodo 14.* Ahí leemos que los israelitas pudieron cruzar milagrosamente, y los egipcios se ahogaron cuando intentaron hacer lo mismo. Fue en aquel momento cuando la fe de Moisés se le comunicó a todo el pueblo, guiándolos hacia adelante cuando hubieran podido volverse atrás. Aquí tenemos la fe de un líder y de un pueblo dispuestos a intentar lo imposible al mandato de Dios, dándose cuenta de que el mayor obstáculo del mundo no es tal si Dios está presente para ayudarnos a superarlo. El libro *Como en Adán* contiene esta frase: «El sentido de la vida consiste en saltar

vallas, no en tumbarse a lamentarse al lado de acá.» Para Moisés correspondía a la fe intentar superar las que parecían barreras insuperables en la seguridad de que Dios ayudaría al que se hiciera el propósito de seguir adelante.

Por último, este pasaje no sólo nos habla de la fe de Moisés, sino también de *la fuente de esa fe.* El versículo 27 nos dice que pudo arrostrar todo aquello «como si viera al Que es invisible.» La característica sobresaliente de Moisés era la íntima relación que tenía con Dios. En *Éxodo 33:9-11* leemos cómo entraba en el tabernáculo: «El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como el que habla con un amigo.» En *Números 12:7, 8* leemos el veredicto de Dios cuando algunos se querían rebelar contra Moisés: «Con él Yo hablo de boca a boca.» Para decirlo claramente: el secreto de la fe de Moisés era que conocía personalmente a Dios. Salía a enfrentarse con cualquier tarea de la presencia de Dios.

Se dice que, antes de una gran batalla, Napoleón se quedaba solo en su tienda; mandaba a buscar a sus comandantes, uno a uno; cuando entraban, él no les decía palabra, pero los miraba a los ojos y les daba la mano; y ellos salían dispuestos a morir por el general al que amaban. Eso era lo que pasaba con Moisés y Dios. Moisés tenía la fe que tenía porque conocía a Dios como Le conocía. Cuando salimos de la presencia de Dios, no hay nada que nos pueda vencer. Nuestro fracaso y nuestro miedo se deben a menudo a que tratamos de hacer las cosas solos. El secreto de una vida victoriosa es estar cara a cara con Dios antes de estar cara a cara con los hombres.

LA FE QUE DESAFÍA A LOS HECHOS

Hebreos 11:30, 31

> *Fue por la fe por lo que se derrumbaron las murallas de Jericó después de rodearlas siete días. Fue por su fe por lo que la prostituta Rahab no pereció entre los desobedientes, porque había ofrecido hospitalidad a los exploradores israelitas.*

El Autor de Hebreos ha venido citando la fe de las grandes figuras de antes de que entrara Israel en la Tierra de Promisión. Ahora pone

dos ejemplos del período de la lucha, cuando los israelitas estaban conquistando aquella tierra.

(i) El primero es el de la toma de Jericó. Esta historia inusitada se encuentra en *Josué 6:1-20.* Jericó era una ciudad amurallada y fortificada. Parecía imposible conquistarla. Dios mandó que el pueblo marchara en silencio alrededor de ella, siguiendo a siete sacerdotes con trompetas de cuerno de carnero, seis días, una vez al día. El séptimo día tenían que darle siete vueltas a la ciudad, y entonces los sacerdotes tocarían las trompetas y la gente gritaría a pleno pulmón, «y las murallas se derrumbarían». Y así sucedió.

Aquella historia dejó una huella indeleble en la memoria de Israel. Siglos después, Judas Macabeo y sus hombres se encontraban ante la ciudad de Caspis, tan segura de su fuerza que los defensores se reían de los atacantes. «Ante lo cual, Judas y su compañía, invocando al gran Señor del Universo Que sin arietes ni máquinas de guerra derribó Jericó en el tiempo de Josué, asaltaron las murallas y tomó la ciudad por la voluntad de Dios» *(2 Macabeos 12:13-16).* Israel no olvidó nunca del todo lo que Dios había hecho por ellos y, cuando se requería valor y esfuerzo, se animaban recordándolo.

Aquí tenemos el detalle que el autor de *Hebreos* quería resaltar. La toma de Jericó fue el resultado de un acto de fe. La realizaron hombres que pensaban, no en lo que ellos podían hacer, sino en lo que Dios podía hacer por ellos. Estaban preparados a creer que Dios podía hacer que obtuvieran resultados increíbles, a pesar de su indiscutible pequeñez y debilidad. Después de la derrota de la Armada Invencible se erigió en Plymouth Hoe un monumento con la siguiente inscripción: «Dios envió su viento, y fueron desparramados.» Cuando los ingleses vieron la manera en que la tormenta había hecho añicos la Armada Invencible, dijeron: «Dios fue el Que lo hizo.» Cuando nos tenemos que enfrentar con una tarea grande, arriesgada y decisiva, Dios es el Aliado del Que no podemos prescindir. Lo que para nosotros solos es imposible es siempre posible con Él.

(ii) La segunda historia a la que hace referencia aquí el autor de *Hebreos* es la de Rahab, que se nos cuenta en *Josué 2:1-21,* y continúa en *Josué 6:25.* Cuando Josué envió a unos espías para

que observaran la situación de Jericó, encontraron alojamiento en casa de una prostituta que se llamaba Rahab, que los protegió y les facilitó la huida; más tarde, cuando tomaron Jericó, Rahab y su familia se libraron de la matanza general. Es extraordinario cómo se grabó Rahab en la memoria del pueblo de Israel. *Santiago 2:25* la cita como ejemplo de las buenas obras que demuestran la fe. Los rabinos estaban orgullosos de decir que eran sus descendientes; y es admirable comprobar que el suyo es uno de los pocos nombres femeninos que aparecen en la genealogía de Jesús *(Mateo 1:5).* Clemente de Roma la cita como caso extraordinario de una persona que se salvó «por la fe y la hospitalidad.»

Cuando el autor de *Hebreos* la menciona, lo que quiere subrayar es que Rahab, a la vista de los hechos, creyó en el Dios de Israel. Dijo a los espías que acogió y escondió: «Sé que el Señor os ha dado esta tierra… porque el Señor vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la Tierra» *(Josué 2:9-11).* Cuando estaba diciendo eso parecía que no había una probabilidad en un millón de que los israelitas conquistaran Jericó. Aquellos nómadas del desierto no tenían artillería ni arietes. Y sin embargo, Rahab creyó, y se jugó la vida y el futuro a que Dios haría posible lo imposible. Cuando el sentido común sentenciaba aquella situación como desesperada, ella tenía el sentido poco común de ver más allá de la situación. La fe verdadera y el verdadero valor están en los que se ponen del lado de Dios cuando parece que es el que está condenado al fracaso. El cristiano cree que nadie que esté de parte de Dios va a salir perdiendo; porque, aunque sufra derrotas en la Tierra, le espera la victoria definitiva en el Cielo.

LOS HÉROES DE LA FE

Hebreos 11:32-34

> *¿Y qué más puedo decir? Me faltaría tiempo para contar las historias de Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas, que por la fe dominaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron lo que Dios les había prometido, cerraron bocas de leones, extinguieron el poder del fuego, se libraron del filo de las espadas, sacaron fuerzas de flaqueza, se hicieron fuertes en batallas, derrotaron a ejércitos extranjeros.*

En este pasaje, nuestro autor recorre la historia de su pueblo; y de ella se le presentan a la memoria unas figuras emblemáticas tras otras. No las pone en ningún orden especial; pero, cuando consideremos las cualidades sobresalientes de cada una, advertiremos la línea de pensamiento que las enlaza. La historia de Gedeón se nos cuenta en *Jueces 6* y *7.* Con sólo trescientos hombres Gedeón venció a los madianitas, que tenían atemorizado a Israel, obteniendo una victoria que quedó grabada indeleblemente en la memoria de su pueblo. La historia de Barac está en *Jueces 4* y *5.* Bajo la inspiración de la profetisa Débora, Barac reunió a diez mil hombres jóvenes, y se enfrentó con los terribles cananeos con sus novecientos carros de hierro, y obtuvo una victoria casi increíble. Fue algo así como si una compañía de infantería casi desarmada hubiera derrotado a una división de tanques. La historia de Sansón, el que siempre peleó solo, se encuentra en *Jueces 13* a *16.* En la soledad de su espléndida fuerza, una y otra vez arrostró las situaciones más adversas, y siempre salió vencedor. Fue el azote de los filisteos. La historia de Jefté está en *Jueces 11* y *12.* Era hijo ilegítimo, lo que le redujo a una situación de destierro y a una vida fuera de la ley; pero cuando los amonitas tenían atemorizado a Israel, se le pidió que volviera, y obtuvo una tremenda victoria, aunque su voto le costó la vida de su hija. Luego se menciona a David que, para sorpresa de muchos y suya propia, de zagalejo llegó a ser preferido a sus hermanos y ungido rey *(1 Samuel 16:1-13).* Luego se menciona a Samuel, que le nació a su madre como respuesta a la oración y después de larga esterilidad *(1 Samuel 1),* y que una y otra vez aparece solo como el único hombre de Dios fuerte y fiel en medio de un pueblo atemorizado, descontento y rebelde. Y luego vienen los profetas, que uno tras otro dieron fiel testimonio personal de Dios.

La lista completa nos presenta a hombres que arrostraron dificultades increíbles en su fidelidad a Dios. Eran hombres que no creían que Dios estaba de parte de los grandes batallones, y que estaban dispuestos a asumir riesgos tremendos y hasta aterradores por Él. Se trataba de hombres que aceptaron alegre, valiente y confiadamente, las tareas que Dios les encomendó, que eran irrealizables en términos humanos. Eran hombres que no tenían

miedo de quedarse solos y de arrostrar dificultades tremendas por ser leales a Dios. El cuadro de honor de la Historia incluye a los que prefirieron estar en la minoría con Dios antes que en la mayoría con el mundo.

En la segunda parte del pasaje, el autor de *Hebreos* dice, en frases que parecen una ráfaga de ametralladora, lo que hicieron estos hombres y otros como ellos. Para la mayor parte de nosotros se pierde gran parte del impacto porque no nos damos cuenta de que *cada una de estas frases es un epígrafe.* Para los que conocían bien las Escrituras en la versión griega, cada una de estas frases haría sonar la campanilla del recuerdo. La palabra que usa para *dominar reinos* es la que usa el historiador judío Josefo refiriéndose a David. La frase para *hacer justicia* es la descripción de David en *2 Samuel 8:15.* La expresión para *cerrar bocas de leones* es la que se usa de Daniel en *Daniel 6:18, 23.* La frase *extinguieron el poder del fuego* se refiere directamente a Sadrac, Mesac y Abed-nego en *Daniel 3:19-28.* Cuando dice que *se libraron del filo de las espadas* dirige el pensamiento a la forma en que se libró Elías de la amenaza de muerte según *1 Reyes 19:1ss,* y Eliseo según *2 Reyes 6:31ss.* El clarinazo *se hicieron fuertes en batallas, derrotaron a ejércitos extranjeros,* retrotraería el pensamiento inmediatamente a las hazañas inolvidables de los macabeos.

La frase *sacar fuerzas de flaqueza* traería a la pantalla de la memoria muchas escenas. Nos recuperaría la de la extraordinaria curación de Ezequías, cuando ya se había vuelto de cara a la pared para morir *(2 Reyes 20:1-7).* Y, tal vez más probablemente cuando estaba escribiendo nuestro autor, sus lectores se acordarían del épico y sangriento incidente de *Judit,* uno de los libros del *Antiguo Testamento* griego. Hubo un tiempo cuando Israel estaba amenazado por los ejércitos de Nabucodonosor al mando de su general Holofernes. El pueblo judío de Betulia había decidido rendirse al cabo de cinco días, porque se le habían acabado las reservas de comida y de agua. En el pueblo vivía una viuda judía llamada Judit. Era muy rica y muy hermosa, pero había vivido en luto solitario desde que murió su marido Manasés. Se puso su ropa más vistosa, y convenció a su pueblo para que la dejara ir al campamento de los asirios. Consiguió entrar a la presencia de

Holofernes, y le hizo creer que estaba convencida de que la derrota de su pueblo era el castigo por sus pecados. Se ofreció a introducirle subrepticiamente en Jerusalén; y, una vez que se había ganado su confianza, cuando él se quedó dormido después de mucho beber, ella le mató con su propia daga, le cortó la cabeza y se la llevó a su pueblo. Los traidores fueron silenciados, y la derrota inminente se transformó en una victoria tumultuosa. La debilidad femenina se había tornado fortaleza.

El autor de *Hebreos* está tratando aquí de inspirar nuevo valor y un sentido de responsabilidad nuevo recordándoles a sus lectores su pasado. No lo hace de una manera obvia, sino con un arte exquisito. No les recuerda abiertamente las cosas, sino les da pistas para que las recuerden por sí mismos. Cuando Oliver Cromwell estaba haciendo los preparativos para la educación de su hijo Richard, dijo: «Me gustaría que aprendiera un poco de Historia.» Cuando estemos desanimados, recordemos, y nos animaremos. A Dios no se Le ha achicado el brazo, ni se Le ha disminuido el poder. Lo que hizo una vez, puede hacerlo de nuevo; porque el Dios de la Historia es el mismo que adoramos hoy.

EL DESAFÍO DEL SUFRIMIENTO

Hebreos 11:35-40

> *A las mujeres se les devolvieron los suyos que habían perdido resucitados de los muertos. Otros fueron crucificados al negarse a aceptar el rescate; porque esperaban una mejor resurrección. Otros soportaron burlas y palizas; sí, y cadenas y cárceles. A otros los apedrearon; a otros, los serraron vivos; otros pasaron por toda clase de pruebas; y otros murieron asesinados a espada. Algunos fueron vestidos de pieles de ovejas o de cabras; pasaron necesidades, fueron oprimidos, maltratados por un mundo que no era digno de ellos… Vagaron por los desiertos y por las montañas viviendo en cuevas y en cavernas de la tierra. Y todos estos, aunque tenían la confirmación por la fe, no recibieron lo que estaba prometido; porque Dios tenía algo mejor para nosotros, de forma que ellos, sin nosotros, no habrían podido alcanzar el cumplimiento de los propósitos de Dios.*

El autor de *Hebreos* mezcla en este pasaje diferentes períodos de la historia de Israel. Algunas veces toma sus ilustraciones del *Antiguo Testamento* hebreo; pero más a menudo del período de los macabeos, que se encuentra entre el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento.*

En primer lugar vamos a fijarnos en las cosas que se pueden explicar desde el trasfondo del *Antiguo Testamento.* En las vidas de Elías *(1 Reyes 17:17ss)* y de Eliseo *(2 Reyes 4:8ss)* leemos cómo, por el poder y la fe de los profetas, hubo mujeres que recuperaron a sus hijos que ya se habían muerto.

2 Crónicas 24:20-22 nos dice que el profeta Zacarías fue apedreado por su propio pueblo porque les dijo la verdad. Una leyenda nos cuenta que a Jeremías le apedrearon sus compatriotas en Egipto. Otra leyenda nos cuenta que a Isaías le serraron vivo. Cuando Ezequías, el buen rey, murió, le sucedió en el trono Manasés, que dio culto a los ídolos y trató de obligar a Isaías a que tomara parte en su idolatría y la aprobara. Isaías se negó, y el rey le condenó a que le serraran vivo con una sierra de madera. Mientras sus enemigos intentaban hacerle renegar de su fe, él seguía desafiándolos y profetizando su destrucción. «Y, mientras la sierra le iba cortando la carne, Isaías no profería quejas ni derramaba lágrimas; pero no dejó de mantenerse en comunión con el Espíritu Santo hasta que la sierra le llegó a la mitad del cuerpo.»

Pero el autor de *Hebreos* recorre con el pensamiento aún más los días terribles y heroicos de la lucha de los macabeos. Ese es un período que los cristianos debemos estudiar; porque, si sus enemigos hubieran destruido la fe de Israel, Jesús no habría podido venir. La historia es como sigue.

Hacia el año 170 a.C. ocupaba el trono de Siria un rey que se llamaba Antíoco Epífanes. Fue un buen político; pero tenía un amor casi anormal a todo lo griego, y se consideraba un misionero de la manera griega de vivir. Intentó introducir todo esto en Palestina, no sin éxito, porque había algunos que querían aceptar la cultura griega, con sus obras dramáticas y juegos atléticos. Los atletas griegos se entrenaban y competían desnudos, y algunos sacerdotes llegaron hasta a operarse para quitarse del cuerpo la señal de la circuncisión y helenizarse del todo. Hasta entonces, lo único que

había conseguido Antíoco había sido causar una división en el pueblo de Israel. La mayor parte de los judíos permanecían inalterablemente fieles a su religión, y no se los podían cambiar. Todavía no se habían usado la fuerza y la violencia.

Entonces, hacia 168 a.C., el problema alcanzó su clímax. Antíoco tenía interés en Egipto. Preparó un ejército e invadió ese país. Para su humillación, los romanos le hicieron que se volviera a su tierra. No mandaron un ejército para resistirle; el poder de Roma era tal que no tenían necesidad de llegar a eso. Enviaron a un senador que se llamaba Popilio Lena, con un pequeño séquito sin armas. Popilio y Antíoco se encontraron cerca de la frontera de Egipto. Como ya se conocían de Roma y habían sido amigos, hablaron. Y entonces, muy gentilmente, Popilio le dijo a Antíoco que Roma quería que no prosiguiera con la campaña y que se volviera a casa. Antíoco dijo que ya se lo pensaría. Popilio cogió el bastón, trazó un círculo en la arena alrededor de Antíoco y le dijo tranquilamente: «Piénsatelo de prisa; tienes que darme la respuesta antes de salir de este círculo.» Antíoco se lo pensó un momento, y se dio cuenta de que era imposible desafiar a Roma; así es que dijo: «Me vuelvo a casa.» Era una humillación demoledora para un rey.

Antíoco se volvía a su tierra, medio loco de rabia, y de camino se desvió y atacó a Jerusalén, capturándola casi sin esfuerzo. Se dice que murieron 80.000 judíos, y otros 10.000 fueron vendidos como esclavos. Pero aún tenían que ponerse peor las cosas. Saqueó el templo. Se llevó los altares de oro de los panes de la proposición y del incienso, el candelabro de oro, los instrumentos y vasijas de oro y hasta los velos y las cortinas. Saqueó el tesoro del templo. Y aún peor: en el altar de los holocaustos ofreció a Júpiter sacrificios de puerco, y convirtió en burdeles las salas del templo. No omitió ningún sacrilegio imaginable. Y todavía peor: prohibió la circuncisión y la posesión de las Escrituras y de la Ley. Ordenó que obligaran a los judíos a comer carne que consideraban inmunda y a ofrecer sacrificios a los dioses griegos. Puso inspectores que recorrieran todo el país comprobando que se cumplían estas órdenes; y, si se encontraba gente que las desafiara, «le hacían pasar grandes miserias y crueles tormentos; porque los azotaban con varas y les destrozaban el cuerpo; los crucificaban mientras estaban todavía

vivos y respirando; estrangulaban a las mujeres y a sus hijos circuncidados como había mandado el rey, colgándoles los hijos por el cuello como si estuvieran en cruces. Y si encontraban algún libro de la Ley, lo destruían miserablemente, juntamente con los que lo poseyeran» (Josefo, *Antigüedades de los Judíos,* 12:5,4). Probablemente este es el plan más sádico que ha habido para acabar con una religión.

Es fácil comprender que este pasaje se podía leer en relación con los terribles acontecimientos de aquellos días. *El Cuarto Libro de los Macabeos* tiene dos historias famosas que estarían sin duda en la mente del autor de *Hebreos* cuando escribió esta lista de lo que habían tenido que sufrir los hombres de fe.

La primera historia es la del anciano sacerdote Eleazar *(4 Macabeos 5-7).* Le trajeron ante Antíoco, que le mandó comer carne de cerdo bajo amenaza de las peores torturas si se negaba. Él se negó. «Nosotros, Antíoco —le dijo—, que estamos convencidos de que vivimos bajo una Ley divina, no consideramos que haya nada que nos obligue más que la obediencia a nuestra Ley.» Él no cumpliría las órdenes del rey. «Ni aunque me saques los ojos o me abrases las entrañas.» Le desnudaron y le azotaron con látigos, mientras un heraldo le repetía: «¡Obedece las órdenes del rey!» Le rasgaron la carne con látigos de forma que la sangre le corría por todo el cuerpo y tenía los costados abiertos de heridas. Cayó al suelo, y uno de los soldados le dio de patadas en el estómago para obligarle a levantarse. Por último, hasta los guardias se sintieron movidos a compasión, y le sugirieron traerle carne que no fuera de cerdo para que la comiera como si lo fuera. Él rehusó. «Así nos convertiríamos en un ejemplo de impiedad ante los jóvenes, si les diéramos una excusa para comer lo inmundo.» Por último le llevaron, y le arrojaron al fuego, «quemándole con instrumentos de sofisticada crueldad y echándole líquidos hediondos por la nariz.» Así murió, declarando: «Muero en tormentos rabiosos por amor a la Ley.»

La segunda historia es la de los siete hermanos *(4 Macabeos 8-14).* También a ellos les presentaron la misma alternativa y les advirtieron con las mismas amenazas. Les presentaron «ruedas y potros y garfios y catapultas y braseros y sartenes y torniquetes de

dedos y manos de hierro y cuñas y brasas.» El primer hermano se negó a comer cosas inmundas. Le azotaron con látigos y le ataron a la rueda hasta dislocarle y fracturarle todos los miembros. «Hicieron un montón de leña y le prendieron fuego mientras le estiraban aún más en la rueda. Y la rueda estaba toda embadurnada de sangre, y el fuego se extinguió del goteo de sangre coagulada, y trozos de carne volaban por los ejes de la máquina.» Pero él soportó las torturas y murió fiel. Ataron al segundo hermano a las catapultas. Se pusieron guantes de pinchos de hierro. «Aquellas bestias salvajes, fieras como panteras, primero le rasgaron toda la carne que cubre los tendones con los guantes de hierro hasta las mandíbulas y le arrancaron la piel de la cabeza.» También él murió fiel. Hicieron avanzar al tercer hermano. «Los oficiales, impacientes ante su firmeza, le dislocaron las manos y los pies con aparatos de tortura, y lo mismo hicieron con todos sus miembros. Luego le fracturaron los dedos, las manos, las piernas y los codos.» Por último le partieron el cuerpo en la catapulta y le despellejaron vivo. También él murió fiel. Al cuarto hermano le cortaron la lengua antes de someterle a torturas semejantes. Al quinto hermano le ataron a la rueda y le doblaron hasta el límite; luego le sujetaron con grilletes a la catapulta y le destrozaron completamente. Al sexto quebrantaron en la rueda «mientras un fuego le abrasaba por debajo. Luego calentaban espetones agudos y se los aplicaban a la espalda; y atravesándole los costados le quemaban las entrañas.» Al séptimo hermano asaron vivo en una sartén inmensa. Éstos murieron fieles también.

Estas eran las cosas que el autor de *Hebreos* tenía en mente, y que nosotros haremos bien en recordar. Fue la fe de estas personas lo que hizo que la religión judía no fuera destruida totalmente. Si esa religión hubiera desaparecido, ¿qué habría sido del propósito de Dios? ¿Cómo podría haber nacido Jesús en el mundo si la religión judía hubiera dejado de existir? En un sentido muy real debemos el que el Evangelio se pudiera cumplir a estos mártires de los tiempos cuando Antíoco Epífanes se propuso acabar con la religión judía a toda costa.

Llegó un día cuando la situación explotó. Los agentes de Antíoco habían ido a un pueblo llamado Modín, y habían erigido un altar

para obligar a los habitantes a que ofrecieran sacrificios a los dioses griegos. Los emisarios de Antíoco trataron de convencer a un cierto Matatías para que diera ejemplo ofreciendo sacrificio, porque era un hombre distinguido y respetado, pero él se negó, enfurecido. Pero otro judío, tratando de congraciarse y salvar la vida, salió al frente y estaba a punto de sacrificar. Matatías cogió una espada y mató al apóstata, y al emisario del rey también.

La bandera de la rebelión se desplegó. Matatías, sus hijos y todos los que pensaban como ellos, se echaron a las montañas; y aquí también las frases que se usaron para describir su vida estaban en la mente del autor de *Hebreos,* que las transmite como un eco una y otra vez. «Así es que Matatías y sus hijos huyeron a las montañas, dejando en la ciudad todo lo que tenían» *(1 Macabeos 2:28).* «Judas Macabeo y sus amigos se retiraron al desierto y vivieron en las montañas, como viven los animales salvajes» *(2 Macabeos 5:27).* «Otros, que se habían reunido en cuevas por allí cerca para guardar el sábado a escondidas, fueron descubiertos… y quemados vivos todos juntos» *(2 Macabeos 6:11).* «Vivieron en las montañas, y en guaridas como las fieras» *(2 Macabeos 10:6).* Por último, bajo Judas Macabeo y sus hermanos, los judíos recuperaron su independencia, y el templo fue purificado y la fe floreció otra vez.

En este pasaje, el autor de *Hebreos* hace lo que otras veces. No menciona las cosas abiertamente; era mucho mejor el que sus lectores las recordaran por sí mismos al oír ciertas frases.

Al final dice una cosa muy importante. Todos esos héroes de la fe murieron antes de que se cumpliera la promesa de Dios y viniera Su Mesías al mundo. Fue como si Dios hubiera arreglado las cosas de tal manera que el pleno resplandor de Su gloria no se revelara hasta que nosotros y ellos lo pudiéramos disfrutar juntos. El autor de *Hebreos* está diciendo: «¡Mirad! La gloria de Dios ha venido, pero fijaos en lo que costó el que pudiera venir. Esa fe preparó el camino del Evangelio. ¿Qué otra cosa podéis hacer sino ser fieles a una herencia así?»

LA CARRERA Y LA META

Hebreos 12:1, 2

Por tanto, puesto que estamos rodeados de tal nube de testigos, despojémonos de todo peso y desembaracémonos del pecado que nos asedia tan constantemente, ¡y corramos con entereza inalterable la carrera que se nos ha asignado!; y, al hacerlo así, mantengamos la mirada fija en Jesús, en Quien nuestra fe tiene su punto de partida y su meta; Quien, para ganar el gozo que tenía por delante, sufrió la Cruz con entereza, sin dejarse impresionar por la terrible vergüenza que implicaba, y ahora ha ocupado Su puesto a la diestra del trono de Dios.

Este es uno de los pasajes grandes y conmovedores del *Nuevo Testamento,* en el que su autor nos da un resumen casi perfecto de la vida cristiana.

(i) En la vida cristiana tenemos *una meta.* El cristiano no es un paseante que anda despreocupadamente por los senderos de la vida, sino un viandante que sabe adónde va. No es un turista que vuelve a pasar la noche a su punto de partida, sino un peregrino que siempre va de camino. La meta es nada menos que la semejanza con Cristo. La vida cristiana tiene un destino, y estaría bien que al final de cada día nos preguntáramos: «¿Cuánto he avanzado?»

(ii) En la vida cristiana tenemos *una inspiración.* Estamos inmersos en una nube invisible de testigos; y son testigos en un doble sentido: porque han testificado de su fe en Jesucristo, y porque ahora son espectadores de nuestra actuación. El cristiano es como un corredor que compite a la vista del público. Cuando está echando el resto, los espectadores le miran con interés; y esos espectadores son los que han ganado la corona en ocasiones anteriores.

En la gran obra *Tratado acerca de lo sublime,* atribuida a Longino, hay una receta para la grandeza en la empresa literaria. «Es bueno formar en nuestras almas la pregunta: «¿Cómo habría dicho esto Homero? ¿Cómo lo habrían elevado Platón o Demóstenes al nivel de lo sublime? ¿Cómo lo habría incluido Tucídides en su Historia?» Porque, cuando los rostros de estas personas se nos representan en nuestro deseo de emularlos, como si dijéramos, iluminan nuestro camino y nos elevan el estándar de perfección que nos hemos imaginado en nuestras mentes. Y aún sería mejor que sugiriéramos

a nuestra inteligencia: «¿Cómo le sonaría esto que he dicho a Homero si estuviera aquí presente, o a Demóstenes, y cómo habrían reaccionado?» Realmente, sería la prueba suprema el imaginar tal tribunal y audiencia para nuestras producciones personales y, con la imaginación, someter muestras de nuestros escritos al criterio de tales maestros.»

Un actor representaría su papel con doble autenticidad si supiera que le está escuchando entre los espectadores un famoso maestro del arte dramático. Un atleta se esforzaría doblemente si supiera que el estadio estaba lleno de famosos campeones olímpicos que estaban allí para presenciar su actuación. Es algo esencial en la vida cristiana el hecho de que se vive ante la mirada de los héroes que vivieron, sufrieron y murieron por la fe en su generación. ¿Cómo vamos a dejar de esforzarnos para hacerlo lo mejor posible cuando nos está observando una audiencia tal?

(iii) En la vida cristiana tenemos algo en contra. Es verdad que estamos inmersos en la grandeza del pasado, pero también en los estorbos de nuestro propio pecado y las imperfecciones de nuestro tiempo. Nadie se pondría a escalar el Everest con la mochila cargada de toda clase de cosas pesadas e inútiles. Si queremos llegar lejos tendremos que viajar ligeros. En la vida tenemos muchas veces que desembarazarnos de cosas. Puede que sean hábitos, o placeres, o excesos, o contactos que nos condicionan. Debemos despojarnos de ellos como hace el atleta con el chándal cuando se dirige a la línea de salida; y no será raro que necesitemos la ayuda de Cristo para hacerlo.

(iv) En la vida cristiana necesitamos *equilibrio.* Eso es lo que quiere decir *entereza inalterable.* La palabra *hypomonê* no se refiere a la paciencia que acepta las circunstancias, sino a la que las domina. No es nada meramente romántico lo que nos da alas para sobrevolar las dificultades y los obstáculos, sin prisas pero sin indolencia, sino la determinación que persiste en el esfuerzo y rechaza el desánimo. Los obstáculos no la intimidan, y las dificultades no le quitan la esperanza. Es una entereza inalterable que se mantiene hasta alcanzar la meta.

(v) En la vida cristiana tenemos *un ejemplo,* que es el mismo Jesús. Para alcanzar la meta que se le había propuesto, lo soportó

todo; para llegar a la victoria tenía que pasar por la Cruz. El autor de *Hebreos* tiene una gran intuición cuando dice de Jesús *que no se dejó impresionar por la terrible vergüenza que implicaba* la Cruz. Jesús era sensible; nunca ha habido una persona con un corazón más sensible. La Cruz era algo humillante, reservado para los peores criminales y para los que la sociedad consideraba escoria — pero Jesús la aceptó. Felipe Neri aconsejaba *spernere mundum, spernere te ipsum, spernere te sperni*— «despreciar el mundo, despreciarte a ti mismo y despreciar el hecho de que te desprecien.» Si Jesús lo pudo soportar, nosotros también podremos con Su ayuda.

(vi) En la vida cristiana tenemos *una presencia,* la presencia de Jesús, Que es al mismo tiempo la meta y el compañero de viaje, hacia el Que nos dirigimos y con Quien vamos. Lo maravilloso de la vida cristiana es que proseguimos adelante rodeados de santos, sin interés en nada más que en la gloria de la meta, y siempre en compañía del Que ha recorrido el camino y alcanzado la meta, Que nos espera para darnos la bienvenida cuando lleguemos al fin de la carrera.

EL NIVEL DE COMPARACIÓN

Hebreos 12:3, 4

> *Tened presente al Que sufrió resueltamente tamaña oposición por parte de los pecadores, y comparad vuestra vida con la Suya, para no desmayar ni flojear en vuestro espíritu. En vuestra lucha contra el pecado no habéis llegado hasta el punto de morir por vuestra fe.*

El autor de *Hebreos* usa dos palabras muy gráficas cuando habla de *desmayar* y *flojear.* Son las que usa Aristóteles refiriéndose a un atleta que se deja caer en el suelo de puro agotamiento *después de* alcanzar la meta; así es que aquí se nos dice: «No os rindáis antes de tiempo; no os hundáis hasta que hayáis pasado la línea de meta.»

Para animar a sus lectores usa dos argumentos.

(i) Para ellos la contienda cristiana no había llegado al punto de sacrificar la vida. Cuando habla de «resistir hasta la sangre» (R-V)

usa la misma frase que los líderes macabeos cuando les decían a sus tropas que lucharan hasta la muerte. El autor de *Hebreos* se lo dice a sus lectores, comenta Moffatt, no para echarles nada en cara, sino para avergonzarlos. Cuando pensaran en lo que los héroes del pasado habían pasado para hacer su fe posible, no se sumirían en la pasividad ni se arredrarían ante el conflicto.

(ii) Los exhorta a que comparen lo que tienen que sufrir con lo que sufrió Jesús. Él abandonó la gloria que Le pertenecía; se sumió en todas las estrecheces de la vida humana; arrostró la hostilidad de los hombres; por último, dio su vida en la Cruz. Así que, de hecho, el autor de *Hebreos* demanda: «¿Cómo te atreves a comparar lo que tienes que sufrir con lo que sufrió Jesús? Él lo hizo todo por ti… ¿Qué estás tú dispuesto a hacer por Él?»

Estos dos versículos subrayan lo costoso de la fe cristiana. Costó la vida de los mártires, y costó la vida del Hijo de Dios. Una cosa que ha costado tanto no se puede tomar a la ligera. Una herencia así no se puede transmitir contaminada. Estos dos versículos expresan la demanda que recibe todo cristiano: «¡Muéstrate digno del Sacrificio que hicieron por ti tantos hombres y Dios mismo!»

LA DISCIPLINA DE DIOS

Hebreos 12:5-11

> *¿Es que habéis olvidado ya lo que se os ha advertido? Una advertencia que se os dirige como a hijos: «Hijo mío, no tomes a la ligera la disciplina que te viene del Señor, ni te desanimes cuando Él te pone a prueba; porque el Señor disciplina al que ama, y castiga a todos los que recibe como hijos.» Debéis soportarlo todo como disciplina. Dios os envía estas cosas porque os trata como a hijos. ¿Qué clase de hijo sería el que no recibiera la educación de su padre? Si se os dejara sin disciplina, esa disciplina que corresponde a todos, sería porque no sois hijos legítimos. Sin duda es verdad que tenemos padres humanos que nos educan, y los respetamos. Pues, cuánto más debemos someternos al Padre de los espíritus humanos; porque ésa es la única manera de encontrar la vida real. Fue sólo durante un poco de tiempo cuando nuestros padres humanos nos educaron, y eso de la manera que les parecía*

mejor; pero Dios nos educa para nuestro bien supremo, para capacitarnos para que participemos de Su propia santidad. La disciplina no le parece agradable a nadie, especialmente cuando la está pasando; pero después produce un fruto que es para nuestro bien supremo: el fruto de una vida de integridad les está reservado a los que se entrenan con esa disciplina.

El autor de *Hebreos* establece aún otra razón por la que sus lectores deben estar dispuestos a soportar la aflicción cuando los alcanza. Les ha exhortado a soportarla porque así lo hicieron los grandes santos del pasado. Les ha exhortado a soportarla porque todo lo que tengan que sufrir es poco comparado con lo que Jesucristo sufrió por ellos. Y ahora dice que deben soportar las adversidades porque Dios nos las envía para nuestra educación, sin la que la vida no valdría gran cosa.

Al estudiar este pasaje debemos tener presente la íntima relación que existe entre las palabras *disciplina* y *discípulo y discipulado.* Su primer sentido es el de *aprendizaje* o *educación.* Es verdad que también tienen el sentido de *castigo;* pero, como se ve claramente por este pasaje, no es el castigo que la ley penal inflige a los malvados, sino el castigo paterno que tiene por objeto la corrección. En general podemos comprender que disciplina quiere decir educación; pero no una educación permisiva y consentidora, sino que recurre al castigo cuando es necesario para bien del hijo. Es también provechoso considerar el sentido militar y deportivo de la disciplina, que tantas veces se presenta como un ejemplo a considerar en la vida cristiana.

Un padre siempre disciplina a su hijo. No sería señal de amor dejarle hacer lo que le diera la gana sin preocuparse; más bien sería señal de que el padre no considera a esos chicos como sus propios hijos, de los que se siente responsable. Nos sometemos a la disciplina que un padre terrenal nos aplica por poco tiempo, hasta que llegamos a la mayoría de edad, y que a veces es bastante arbitraria. El padre terrenal es aquel al que le debemos nuestra vida física; pero, cuánto más debemos someternos a la disciplina de Dios, a Quien debemos nuestro espíritu, que es inmortal, y Que, en Su sabiduría, no busca sino nuestro bien supremo.

Hay un curioso pasaje en la *Ciropedia* de Jenofonte. Hay una discusión sobre cuál es más útil al mundo, si el que hace reír a los hombres o el que les hace llorar. Aglaitidas dice: «El que hace reír a sus amigos me parece que les hace un flaco servicio comparado con el que les hace llorar; si lo consideras detenidamente, tú también te darás cuenta de que estoy diciendo la verdad. En cualquier caso, los padres desarrollan el autodominio de sus hijos al hacerles llorar, y los maestros les enseñan buenas lecciones a sus discípulos de la misma manera, y las leyes también hacen que los ciudadanos sigan la justicia haciéndoles llorar. Pero, ¿podrías decir que los que nos hacen reír nos hacen más capaces el cuerpo o la mente para dirigir nuestros asuntos o los del estado?» El punto de vista de Aglaitidas era que es el hombre que impone la disciplina el que de veras hace bien a sus semejantes.

Sin duda este pasaje produciría un doble impacto a los que lo leyeran por primera vez, porque todo el mundo conocía esa cosa tan importante que era la *patria potestas,* el poder del padre. El padre romano tenía por ley un poder absoluto sobre su familia. Si el hijo se casaba, el padre seguía teniendo poder absoluto sobre él y sobre los nietos que nacieran. Esto empezaba desde el principio: un padre romano podía quedarse con el hijo recién nacido o rechazarle si quería. Podía atar y apalear a su hijo; o venderle como esclavo; o hasta quitarle la vida. Es verdad que, cuando un padre estaba a punto de adoptar serias medidas contra un miembro de su familia, normalmente convocaba una reunión de todos los miembros adultos varones; pero no tenía por qué hacerlo. También es verdad que, más adelante, la opinión pública no permitía que un padre ejecutara a su hijo; pero eso sucedió ya en los tiempos de Augusto. Salustio, el historiador latino, nos cuenta un incidente durante la conspiración de Catilina. Catilina se rebeló contra Roma, y entre los que salieron para unirse a sus fuerzas estaba Aulo Fulvio, hijo de un senador romano. A Aulo Fulvio le arrestaron y trajeron a Roma, y su propio padre le juzgó y condenó a muerte. Para la *patria potestas* un hijo no alcanzaba nunca la independencia; podía haberse dedicado a la carrera política, estar a cargo de altas magistraturas, ser honrado por todo el país… pero, nada de eso le hacía estar fuera, ni siquiera en parte, de la autoridad de su padre mientras éste viviera. Si ha

habido un pueblo que supiera lo que era la disciplina paterna, eran los romanos; y cuando el autor de *Hebreos* escribía acerca de la disciplina de un padre terrenal, los destinatarios de su carta sabían muy bien de lo que estaba hablando.

Así que el autor insiste en que debemos ver las pruebas de la vida como la disciplina de Dios, y como enviadas, no para nuestro daño, sino para nuestro bien supremo y último. Para demostrar su argumento cita *Proverbios 3:11, 12.* La disciplina que Dios nos manda se puede considerar de muchas maneras.

(i) Se puede *aceptar* resignadamente. Eso era lo que decían los estoicos. Mantenían que absolutamente nada sucede en el mundo fuera de la voluntad de Dios; por tanto, inferían, no podemos hacer más que aceptarla. Hacer otra cosa sería machacarse la cabeza contra los muros del universo. Es posible que sea ésta la decisión más sabia; pero no se puede negar que se trata de aceptar el poder, y no el amor, del Padre.

(ii) Se puede aceptar la disciplina *con el sentido ceñudo de acabar con ella lo más pronto posible.* Cierto famoso romano decía: «No voy a dejar que nada me interrumpa la vida.» Si se acepta así la disciplina, se la considera una imposición que hay que pasar a regañadientes, pero no con agradecimiento.

(iii) Se puede aceptar la disciplina *con un complejo de víctima que conduce al derrumbamiento final.* Hay personas que, cuando se encuentran en una situación difícil, dan la impresión de ser los únicos a los que la vida trata con dureza. Sólo piensan en compadecerse a sí mismos.

(iv) Uno puede aceptar la disciplina *como un castigo que se le impone.* Es curioso que, por aquel tiempo, los romanos veían en los desastres personales y nacionales simplemente la venganza de los dioses. Lucano escribió: «¡Feliz sería Roma, y benditos serían sus habitantes, si los dioses estuvieran tan interesados en cuidar de los humanos como parecen estarlo en infligir venganza!» Tácito mantenía que los desastres de la nación eran prueba de que los dioses estaban más interesados en el castigo que en la seguridad de los humanos. Todavía hay quienes consideran vengativo a Dios. Cuando les sucede algo a ellos o a sus seres queridos, se preguntan: «¿Qué he hecho yo para merecer esto?» Y hacen la

pregunta en un tono que delata su convicción de que Dios se ha equivocado o pasado en el castigo. Nunca se les ocurre preguntar: «¿Qué está enseñándome Dios mediante esta experiencia?»

(v) Hemos llegado a la última actitud. Se puede aceptar la disciplina *porque nos viene de un Padre amoroso.* Jerónimo dijo una paradoja que encierra un gran verdad: «La peor ira de Dios sería que dejara de enfadarse con nosotros cuando pecamos.» Quería decir que el supremo castigo sería que Dios nos dejara por imposibles. El cristiano sabe que «la mano del Padre nunca causará a Su hijo una lágrima innecesaria», y que todo vale para hacerle a uno más sabio y mejor persona.

Dejaremos de compadecernos de nosotros mismos si recordamos que no hay disciplina de Dios que no venga del manantial de Su amor y que no sea para nuestro bien.

DEBERES, OBJETIVOS Y PELIGROS

Hebreos 12:12-17

> *Así que, ¡arriba esos brazos caídos! ¡Firmes esas rodillas temblonas! Encaminad vuestros pasos por senderos derechos para que no se os disloquen los huesos de tanto cojear, sino se curen. Haced de la paz vuestro objetivo, y todos a una; y proponeos esa santidad sin la que nadie puede ver al Señor. Guardaos de perder ninguno la Gracia de Dios. Guardaos de que ninguna influencia perniciosa se desarrolle y os envuelva en problemas, y guardaos de que el cuerpo principal de vuestro pueblo se contagie de tal cosa. Guardaos de caer ninguno en impureza sexual o volver a la vida del mundo como hizo Esaú, que renunció a sus derechos de primogénito a cambio de una comida. Ya sabéis muy bien que, cuando quiso después reclamar la bendición que podría haber heredado, se le rechazó; es decir, que ya no tuvo oportunidad para cambiar de actitud aunque buscó esa bendición con lágrimas.*

En este pasaje el autor de *Hebreos* trata de los problemas de la vida diaria del cristiano. Sabía que a veces se le concede a uno el remontarse con alas de águila; sabía que a veces le es posible a uno correr sin fatigarse para perseguir algún gran objetivo; pero

también sabía que lo más difícil es recorrer fielmente la distancia de cada día sin desmayar *(Isaías 40:31).*

Aquí está pensando en la lucha cotidiana del cristiano.

Empieza recordándoles a sus lectores sus *deberes.* En todas las iglesias y sociedades cristianas hay algunos que son más flojos y más propensos a despistarse y a abandonar la lucha. Es la obligación de los más fuertes el inyectar nuevo vigor en los brazos caídos y fuerza fresca en los pies vacilantes. La frase que se usa para *brazos flojuchos* es la misma que se usa para describir a los israelitas cuando querían abandonar los rigores del viaje por el desierto y volverse atrás, a lo que entonces les parecía la comodidad y la abundancia de Egipto.

Los Salmos de Salomón 6:14ss contienen una descripción del trabajo de los verdaderos servidores y ministros:

> Han humedecido los labios resecos,
> y han elevado la voluntad desmayada…
> y los miembros decaídos
> han fortalecido y confirmado.

Una de las mayores glorias de la vida es la de animar al que está al borde de la desesperación e infundirle fuerza al que se encuentra agotado. Para ayudar a estas personas tenemos que enderezarles y allanarles el camino. El cristiano tiene un doble deber: hacia Dios y hacia sus semejantes. *El testimonio de Simeón 5:2, 3,* contiene una iluminadora descripción del deber del hombre bueno: «Haz que tu corazón sea bueno a la vista de Dios, y tus caminos derechos a la vista de los hombres; así hallarás favor a la vista de Dios y a la de los hombres.»

A Dios se Le debe presentar un corazón limpio; y, a los hombres, una vida íntegra. Es un deber cristiano el mostrarles a los hombres un camino recto para andar, mantenerlos en el buen camino mediante el ejemplo personal, quitar del camino todo lo que les pueda hacer tropezar, facilitarles la marcha a los que tienen pies débiles o inseguros. Uno debe ofrecer el corazón a Dios, y su servicio y ejemplo a sus semejantes.

(ii) El autor de *Hebreos* pasa luego a *los objetivos* que se debe proponer siempre el cristiano.

(*a*) Debe proponerse como objetivo *la paz.* En la lengua y el pensamiento hebreos la paz no era una condición negativa, sino intensamente positiva. No era sólo la ausencia de guerra, sino dos cosas. La primera, todo lo que contribuye al sumo bien del hombre. Como lo veían los hebreos, el sumo bien era el encontrarse en obediencia a Dios. *Proverbios* dice: «Hijo mío, no te olvides de Mi Ley, sino guarde tu corazón Mis mandamientos: porque te añadirán abundancia de días y longitud de vida y *paz» (3:1, 2).* Uno de los objetivos del cristiano debe ser esa completa obediencia a Dios en la que la vida encuentra la mayor felicidad y bien y realización: su *paz.* La segunda cosa que quiere decir la paz es la perfecta relación entre las personas. Representa un estado del que se ha desterrado el odio y todos buscan el bien de los demás. *Hebreos* dice: «Proponeos la perfecta convivencia que debe ser característica de los cristianos, en la unidad real y verdadera que viene de vivir en Cristo.»

La paz que buscamos es la que viene de la obediencia a la voluntad de Dios, la que eleva la vida humana a su más alta realización y nos permite vivir en perfecta relación con los demás, y hacer que esta relación se desarrolle.

Hay otra cosa en que debemos fijarnos: hay que *estudiar detenidamente* esa clase de paz. Esto requiere un esfuerzo; no es una cosa que se da sin más ni más. Requiere esfuerzo y sudor mental y espiritual.

Dios nos da Sus dones, pero no por nada; tenemos que *ganárnoslos,* porque sólo los podemos recibir si cumplimos las condiciones de Dios, y la condición suprema es *la obediencia.*

*(*b*)* Debe proponerse como objetivo *la santidad (haguiasmós). Haguiasmós* es de la misma familia que el adjetivo *háguios,* que se suele traducir por *santo.* La raíz significa *diferencia* y *separación.* Aunque vive en el mundo, el que es *háguios* siempre es diferente de él en algún sentido, y está separado de él. Sus categorías no son las de este mundo, ni tampoco su conducta. Su objetivo no es quedar bien con los hombres, sino con Dios. *Haguiasmós,* según la precisa definición de Westcott, es «la preparación para la presencia de Dios.» La vida del cristiano tiene como meta suprema entrar y estar en la presencia de Dios.

(iii) El autor de *Hebreos* prosigue señalando *los peligros* que amenazan a la vida cristiana.

(*a*) Está el peligro de *perder la Gracia de Dios.* La palabra que usa se podría parafrasear por *fallar* o *dejar de mantenerse en la Gracia de Dios.* El antiguo comentarista griego Teofilacto lo interpreta en términos del viaje de una compañía que comprueba de cuando en cuando: «¿Se nos ha perdido alguno? ¿Se ha quedado alguien atrás?» (Cp. *Reina-Valera:* «no sea que alguno deje de alcanzar»). En *Miqueas 4:6* tenemos un texto gráfico: «En aquel día, dice el Señor, juntaré la que cojea, y recogeré la descarriada.» Moffatt traduce: «Recogeré a los rezagados». Es fácil despistarse o rezagarse en vez de proseguir la marcha, y así perder la Gracia de Dios como el que pierde el tren. En esta vida no hay oportunidad que no se pueda perder. La Gracia de Dios nos presenta la oportunidad de hacernos a nosotros mismos lo que Dios quiere que seamos, y la vida lo que Dios quiere que sea. Puede que uno, por letargo, despiste, imprevisión o procrastinación, pierda las oportunidades que le ofrece la Gracia. Contra tal peligro debemos mantenernos siempre en guardia.

(*b*) Está el peligro de lo que la versión Reina-Valera expresa diciendo: «que brotando alguna raíz de amargura os estorbe, y por ella muchos sean contaminados», y otras traducciones la llaman «una raíz que produce fruto venenoso y amargo.» La frase procede de *Deuteronomio 29:18,* y allí describe al que se aparta tras dioses extraños y anima a otros a hacer lo mismo, convirtiéndose en una influencia perniciosa para la vida de la comunidad. El autor de *Hebreos* advierte del peligro de las malas influencias. Hay algunos que piensan que los principios cristianos son innecesariamente estrictos y minuciosos, y que no ven por qué no hemos de aceptar los criterios del mundo. Esto sucedía también en la Iglesia Primitiva. Era una islita de Cristianismo rodeada de un mar de paganismo. Sus miembros eran en muchos casos cristianos de la primera generación. Era fácil retroceder a los viejos niveles. Esta es una advertencia del peligro de infección del mundo que se puede introducir y extender, deliberada o inconscientemente, en la sociedad cristiana.

(*c*) Está el peligro de *caer en la inmoralidad o volver a la manera de vivir del mundo (bébêlos,* R-V «profano»). La palabra original tiene un trasfondo interesante. Se aplicaba al terreno que era *profano,* en oposición al terreno *consagrado.* En el mundo antiguo había religiones en las que solamente los iniciados podían participar. *Bébêlos* era cualquier persona que no estuviera iniciada ni interesada, en contraposición con el que era *devoto.* Se aplicaba a hombres como Antíoco Epífanes, que se dedicó sistemáticamente a acabar con la verdadera religión; y también se aplicaba a los judíos apóstatas que habían renegado de Dios. Westcott resume esta palabra diciendo que describe al hombre cuya mente no reconoce la existencia de nada por encima de la Tierra, para el que nada es sagrado, que no tiene respeto a lo invisible. Una vida profana es la que no tiene en cuenta a Dios ni tiene interés en Él. En sus pensamientos, proyectos y placeres se limita exclusivamente a lo material. Debemos tener cuidado, no sea que nos dejemos llevar a la deriva a una actitud de mente y de corazón que no tiene más horizontes que los de este mundo, porque por ese camino sucumben la castidad y la dignidad humana.

Para resumir lo dicho, el autor de *Hebreos* cita el ejemplo de Esaú. Realmente pone dos historias juntas: *Génesis 25:28-34* y *Génesis 27:1-39.* En la primera se nos presenta a Esaú volviendo del campo con un hambre atroz, y vendiendo la primogenitura a Jacob por una parte de la comida que estaba preparando. La segunda historia nos cuenta cómo se las arregló Jacob para robarle astutamente a Esaú la primogenitura haciéndose pasar por él cuando Isaac estaba viejo y ciego, ganando así la bendición que pertenecía a Esaú por haber nacido el primero de los dos. Fue cuando Esaú buscó la bendición que Jacob le había usurpado, y supo que ya no podía ser suya, cuando se puso a gritar y a llorar *(Génesis 27:38).*

Hay aquí más de lo que aparece en la superficie. En las leyendas hebreas y en las elaboraciones de los rabinos se había llegado a considerar a Esaú un hombre absolutamente sensual que no ponía nada por encima de sus necesidades y apetencias corporales. Una leyenda hebrea dice que, mientras Jacob y Esaú, que eran mellizos, estaban en el vientre de su madre, Jacob le dijo a Esaú: «Hermano

mío, hay dos mundos delante de nosotros, éste y el por venir. En este mundo la gente come y bebe y comercia y se casa y cría hijos e hijas, pero todo eso no tiene parte en el mundo venidero. Si quieres, quédate con este mundo, y yo me quedaré con el otro.» Y Esaú se dio por contento de quedarse con este mundo, porque no creía que había otro. Aquel mismo día que Jacob le usurpó la bendición de Isaac, dice la leyenda que Esaú había cometido cinco pecados: «Había tomado parte en un culto idolátrico; había derramado sangre inocente; había perseguido a una joven que estaba comprometida; había negado la vida del mundo venidero y había despreciado su primogenitura.»

La interpretación hebrea veía a Esaú como un hombre sensual, que no reconocía más placeres que los groseros de este mundo. Cualquier hombre así vende su primogenitura, porque uno rechaza su herencia cuando rechaza la eternidad.

El autor de *Hebreos* dice, según la versión Reina-Valera, que Esaú «no hubo oportunidad para el arrepentimiento.» La palabra griega para *arrepentimiento* es *metánoia,* que quiere decir literalmente *un cambio de actitud, o de mentalidad.* Es mejor decir que a Esaú le era imposible cambiar de opinión o de mentalidad. No es que se le impidiera el acceso al perdón de Dios, sino, sencillamente, que es un hecho inexorable que hay ciertas decisiones de las que no se puede volver atrás, y ciertas consecuencias que no se pueden evitar. Un ejemplo sencillo: si un hombre pierde su pureza, o una mujer su virginidad, voluntariamente, esa pérdida no se puede reponer. Se ha tomado una decisión, y queda una situación irreversible. Dios quiere y puede perdonar, pero no volver atrás el reloj. Haremos bien en tener presente que hay cosas que son decisivas en la vida. Si, como Esaú, seguimos el camino de este mundo y consideramos que lo único que cuenta son las cosas del cuerpo; si escogemos los placeres del tiempo por encima de las bendiciones eternas, Dios puede y quiere perdonar, pero habrá cosas que se han hecho y que no se pueden deshacer. Hay ciertas situaciones en las que ya no se puede cambiar de mentalidad, y se ha de seguir en la línea de las decisiones que se han tomado.

EL TERROR DEL ANTIGUO PACTO Y LA GLORIA DEL NUEVO

Hebreos 12:18-24

> *No es a algo que se puede tocar a lo que habéis venido, ni al fuego llameante, la niebla y la oscuridad y la tempestad terrible, ni a los trompetazos, ni a la voz que decía tales cosas que los que la oían suplicaban que no se les dijera ni una palabra más, porque no podían soportar la orden: «Al que toque el monte, aunque sea sólo un animal, hay que apedrearlo.» Tan aterrador era lo que se veía que Moisés dijo: «Estoy temblando de miedo.» Por el contrario, habéis venido al Monte de Sión y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, con sus miríadas de ángeles reunidos en jubilosa asamblea; habéis venido a la asamblea de los distinguidos cuyos nombres figuran en los registros del Cielo, al Dios que es el Juez de todos, a los espíritus de los justos que han alcanzado la meta para la que fueron creados… ¡y a Jesús, el Mediador del Nuevo Testamento, y a la Sangre rociada, que pregona un Mensaje más glorioso que la sangre de Abel!*

En este pasaje se nos presenta el contraste entre el Antiguo Pacto, que se estableció con la promulgación de la Ley en el Monte Sinaí, y el Nuevo Pacto, del que Jesús es Mediador. Hasta el versículo 21 nos llega un eco tras otro de la historia de la promulgación de la Ley, que *Deuteronomio 4:11* nos describe diciendo: «Y os acercasteis y os pusisteis al pie del monte; y el monte ardía en fuego hasta en medio de los cielos con tinieblas, nube y oscuridad. Y el Señor habló con vosotros desde en medio del fuego.» *Éxodo 19:12, 13* habla de aquella terrible montaña inasequible: «Y señalarás término al pueblo en derredor, diciendo: Guardaos, no subáis al monte, ni toquéis sus límites; cualquiera que tocare el monte, de seguro morirá. No lo tocará mano, porque será apedreado o asaeteado; sea animal o sea hombre, no vivirá. Cuando se haga un toque largo de trompeta, subirán al monte.» *Deuteronomio 5:23-27* cuenta que el pueblo temía tanto oír la voz de Dios directamente, que le pidieron a Moisés que fuera él y les trajera el mensaje de Dios: «Si oímos otra vez la voz del Señor nuestro

Dios, nos moriremos.» *Deuteronomio 9:19* alude al terror de Moisés, pero el autor de *Hebreos* ha transferido estas palabras a la escena de la promulgación de la Ley, aunque en la historia original las pronunció Moisés cuando bajó de la montaña y se encontró con que el pueblo estaba adorando el becerro de oro. Todo el pasaje hasta el versículo 21 incluye reminiscencias de la historia del Monte Sinaí; y todos los detalles subrayan el horror de la escena. En tres cosas se hace hincapié. (i) *La majestad soberana de Dios.* Es Su poder lo que se manifiesta, no Su amor. (ii) *La absoluta inaccesibilidad de Dios.* Lejos de estar abierto el acceso a Dios, el que intente acercarse a Él encontrará la muerte. (iii) *El absoluto terror de Dios.* Aquí no hay más que un temor sobrecogedor que tiene miedo de mirar y aun de oír.

Y entonces, a partir del versículo 22, vemos la diferencia. La primera sección trata de todo lo que el hombre podía esperar bajo el Antiguo Pacto: un Dios de majestad solitaria, separado absolutamente del hombre y que inspira un terror demoledor. Pero el cristiano ha entrado en un Nuevo Pacto y en una relación nueva con Dios que es amor.

Hebreos hace una especie de lista de las nuevas glorias que esperan al cristiano.

(i) Le espera la Nueva Jerusalén. Se acaba este mundo, con toda su transitoriedad, sus miedos, sus misterios y sus separaciones, y al cristiano se le ofrece una vida nueva.

(ii) Le esperan los ángeles, reunidos en jubilosa asamblea. La palabra es *panêguyris,* que se usaba para hablar de una jubilosa asamblea nacional en honor de los dioses. Describía para los griegos un día de fiesta muy alegre en el que todo el mundo se lo pasaba estupendamente. Para el cristiano, el gozo del Cielo es tal que hace que hasta los ángeles se pongan jubilosos.

(iii) Le espera el pueblo escogido de Dios. El autor de *Hebreos* usa dos palabras para describirlo. Dice literalmente que son *los primogénitos.* Lo que caracteriza al *primogénito* es que le corresponden la herencia y el honor. Dice que son aquellos cuyos *nombres figuran en los registros del Cielo.* En la antigüedad, los reyes guardaban un registro de los ciudadanos fieles. Así es que al

cristiano le esperan todos los que Dios ha distinguido y ha considerado súbditos fieles de Su Reino.

(iv) Le espera Dios el Juez. El autor de *Hebreos* no olvida nunca que, al final de todo, el cristiano tendrá que presentarse ante el tribunal de Dios. Allí está la gloria; pero permanece el temor de Dios. El Nuevo Testamento no corre nunca peligro de convertir la idea de Dios en algo sensiblero.

(v) Le esperan los espíritus de los justos que han alcanzado su meta. Antes le rodeaban como una nube invisible; al fin, el cristiano será uno de ellos; se habrá reunido con aquellos cuyos nombres están en el cuadro de honor de Dios.

(vi) Por último, el autor de *Hebreos* dice que allí le espera Jesús, el Que inició este Nuevo Pacto e hizo posible esta nueva relación con Dios. Fue Él, el Sumo Sacerdote perfecto y el perfecto Sacrificio, el que hizo accesible lo inaccesible, y eso al precio de Su Sangre. Así es que la sección termina con el curioso contraste entre la sangre de Abel y la de Jesús. Cuando Abel fue asesinado, su sangre pedía venganza desde la tierra *(Génesis 4:10);* pero cuando Jesús fue asesinado, Su Sangre abrió el camino de la reconciliación. Su Sacrificio hizo que los hombres pudieran ser amigos de Dios.

La humanidad había vivido bajo el terror de la Ley; Dios estaba a una distancia infranqueable de terror paralizador. Pero, cuando Jesús vino y vivió y murió, el Dios tan distante se hizo cercano, y se abrió el acceso a Su presencia.

LA OBLIGACIÓN SUPREMA

Hebreos 12:25-29

> *Cuidaos mucho de resistiros a escuchar Su voz; porque, si los que se resistieron a escuchar al que traía los oráculos de Dios a la Tierra no escaparon impunes, con mucha más razón no escaparemos nosotros si prestamos oídos sordos al Que nos habla desde el Cielo. En aquella ocasión Su voz sacudió la Tierra; pero ahora, la palabra de la promesa dice: «Aún una vez más, y sacudiré no sólo la Tierra, sino también el Cielo.» La frase «aún una vez más, etc.» se refiere a la mutación de las cosas que se pueden sacudir, porque no son más que cosas creadas, para que queden las que son inconmovibles. Por*

tanto, démosle gracias a Dios porque hemos recibido un Reino que no se puede hacer vacilar, un Reino en el que debemos adorar a Dios de una manera que Le sea aceptable, con reverencia y con temor; porque nuestro Dios es también fuego devorador.

Aquí el autor empieza con un contraste que es también una advertencia. Moisés trajo a la Tierra los oráculos de Dios. La palabra que usa *(jrêmatizein)* implica que Moisés fue sólo el que *transmitió* aquellos oráculos, el instrumento que Dios usó para hablar; pero, a pesar de todo, el que quebrantaba aquellos mandamientos no escapaba al castigo. Por otra parte, está Jesús. La palabra que se usa en relación con Él *(lalein)* implica una comunicación directa de Dios. Jesús no era simplemente un transmisor de la voz de Dios, sino *la misma voz de Dios.* Siendo así, ¡con cuánta más razón recibirá castigo el que se niega a obedecerle! Si una persona merecía la condenación por no prestar atención al mensaje incompleto de la Ley, ¡cuánto más la merecerá el que no presta atención al perfecto mensaje del Evangelio! Como el Evangelio es la plena revelación de Dios, el que lo oye tiene una doble y seria responsabilidad; y su condenación será tanto mayor si lo rechaza.

Hebreos sigue desarrollando otro pensamiento. Cuando se promulgó la Ley, la Tierra fue conmovida. «Todo el Monte Sinaí humeaba, porque el Señor había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera» *(Éxodo 19:18).* «¡Tiembla, Tierra, en la presencia del Señor!» *(Salmo 114:7).* «La Tierra tembló, y los cielos derramaron lluvia ante la presencia del Señor» *(Salmo 68:8)*. «La voz de tu trueno estaba en el torbellino; tus relámpagos iluminaron el mundo; se estremeció y tembló la Tierra» *(Salmo 77:18).*

El autor de *Hebreos* encuentra otra referencia a un temblor de tierra en *Hageo 2:6.* Allí, la traducción griega del *Antiguo Testamento* dice: «Una vez más, dentro de algún tiempo —el texto hebreo dice «muy pronto»—, sacudiré los cielos y la Tierra y el mar y la tierra seca.» El autor de *Hebreos* lo toma como un anuncio del día en que esta Tierra pasará y empezará la nueva era. Ese día se destruirá todo lo mutable; lo único que quedará serán las cosas

inmutables, entre las que ocupa el primer lugar nuestra relación con Dios.

Todas las cosas pueden ser destruidas; el mundo, tal como lo conocemos, puede ser desarraigado; la vida, como la experimentamos, puede llegar a su fin; pero una cosa permanecerá eternamente: la relación que el cristiano tiene con Dios.

LAS EVIDENCIAS DE LA VIDA CRISTIANA

Hebreos 13:1-6

> *Que no falte nunca entre vosotros el amor fraternal.*
>
> *No dejéis de practicar la hospitalidad; porque hubo algunos que, al cumplir con este deber, acogieron a ángeles sin darse cuenta.*
>
> *Acordaos de los que están presos; porque ya sabéis por propia experiencia lo que es eso. Acordaos de los que sufren malos tratos, porque lo mismo os puede suceder a vosotros mientras estéis en el cuerpo.*
>
> *Que el matrimonio sea respetado entre todos vosotros, sin dejar que se corrompa la relación matrimonial. Dios juzga a los que son adúlteros e inmorales en su conducta. Manteneos libres del amor al dinero. Contentaos con lo que tenéis; porque Dios ha dicho: «No te voy a fallar ni a olvidar nunca.» Así es que podemos decir con confianza: «El Señor es el Que me ayuda: no tendré miedo. ¿Qué me pueden hacer los hombres?»*

Al llegar al final de la carta, el autor de *Hebreos* trata de algunos asuntos prácticos. En esta sección bosqueja cinco cualidades esenciales de la vida cristiana.

(i) Está *el amor fraternal.* Las mismas circunstancias en que vivía la Iglesia Primitiva ponían en peligro a veces el amor fraternal. El mismo hecho de tomar tan en serio su fe era, en cierto sentido, un peligro. En una iglesia que está amenazada desde fuera y desesperadamente en serio por dentro, se presentan siempre dos peligros. Uno es el de «la caza de brujas»; es decir, el complejo de herejía. El mismo deseo de conservar la pureza de la fe provoca el que algunos se dediquen afanosamente a descubrir y eliminar al hereje y al que se ha desviado de la fe. Y el segundo peligro es el

de tratar con dureza y despego al que le han faltado la fe o los nervios. La misma necesidad de una lealtad sin contemplaciones en medio de un mundo pagano y hostil tiende a añadir rigor en el trato con el que no tuvo valor para permanecer fiel a la fe en la hora de la crisis. Es una gran cosa mantener la fe en toda su pureza; pero, cuando el deseo de mantenerla nos convierte en inquisidores duros y despiadados, es que ha desaparecido el amor fraternal, y llegamos a una situación que es peor que la que queríamos evitar. Sea como sea, tenemos que combinar dos cosas: la seriedad en las materias de la fe y la amabilidad hacia la persona que se ha desviado.

(ii) Está *la hospitalidad.* El mundo antiguo respetaba y amaba la hospitalidad. Los judíos tenían un dicho: «Hay seis cosas cuyo fruto come el hombre en este mundo y por las que su estado se eleva en el mundo venidero.» Y la lista empieza por: «Ofrecer hospitalidad al forastero y visitar al enfermo.» Los griegos le daban a Zeus, como uno de sus títulos favoritos, el de *Zeus Xenios,* que quiere decir, «Zeus, el dios de los forasteros.» El viandante y el forastero estaban bajo la protección del rey de los dioses. La hospitalidad, como dice Moffatt, era un artículo de la religión antigua.

Las posadas eran sucias, caras, inseguras y de mala fama. Los griegos se resistían a que la hospitalidad dependiera del dinero; la profesión de posadero se tenía por sospechosa. En *Las Ranas,* de Aristófanes, Dioniso le pregunta a Heracles, cuando están hablando de buscar hospedaje, si sabe dónde habrá menos pulgas. Platón, en *Las Leyes,* habla de un posadero que retenía a los huéspedes hasta que le pagaban el rescate. No deja de ser significativo el que Josefo diga que Rahab, la prostituta que acogió a los exploradores de Josué en Jericó, «tenía una posada.» Cuando Teofrasto describió a un hombre de cuidado en su libro de bocetos de caracteres, dijo que era apto para encargarse de una posada o de un burdel.

En el mundo antiguo había un sistema alucinante de lo que llamaban «amistades de hospedaje.» A lo largo de los años, las familias, hasta cuando habían dejado de estar en contacto, tenían el acuerdo de que, cuando fuera necesario, se ofrecerían hospitalidad mutuamente. Esto era aún más necesario entre cristianos. Los esclavos no tenían un hogar propio al que pudieran ir. Los

predicadores y los profetas itinerantes siempre estaban de camino. Por los asuntos normales de la vida, los cristianos tenían que hacer viajes. Las posadas públicas no eran solución, tanto por lo caras e inseguras como por lo inmorales. Habría en aquel tiempo muchos cristianos aislados que peleaban una vida solitaria. El Cristianismo tenía que ser, y ahora también tendría que ser, la religión de la puerta abierta. El autor de *Hebreos* dice que los que dieron hospitalidad a forasteros, a veces, sin saberlo, acogieron a ángeles de Dios. Está pensando en el ángel que vino a Abraham y Sara para decirles que iban a tener un hijo *(Génesis 18:1ss),* y en el que vino a Manoa con un mensaje parecido *(Jueces 13:3ss).*

(iii) Está *la solidaridad con los que tienen problemas.* Es aquí donde vemos la Iglesia Primitiva en su aspecto más encantador. Sucedía a menudo que a un cristiano le metían en la cárcel, o algo peor. Podía ser por la fe, pero también por deudas, porque muchos de los cristianos eran pobres, o porque los hubieran capturado piratas o bandoleros. Entonces entraba la iglesia en acción.

Tertuliano escribe en su *Apología:* «Si resulta que hay algunos en las minas, o desterrados a las islas, o encerrados en la cárcel sólo por su fidelidad a la causa de la Iglesia de Dios, se convierten en los protegidos de su confesión.» El orador pagano Arístides decía de los cristianos: «Si se enteran de que uno de su número está en la cárcel o en dificultades por ser cristiano, todos le ofrecen ayuda en su necesidad y, si se le puede redimir, le procuran la libertad.» Cuando Orígenes era joven, se dijo de él: «No sólo estaba al lado de los santos mártires en la cárcel y hasta que los condenaban, sino, cuando los llevaban a la muerte, los acompañaba sin temor al peligro.»

Algunas veces condenaban a los cristianos a las minas, que era como mandarlos a Siberia. *Las Constituciones Apostólicas* establecían: «Si los impíos condenan a un cristiano a las minas por causa de Cristo, no os olvidéis de él, sino mandarle de los ingresos de vuestro trabajo y sudor para su sustento y apoyo como soldado que es de Cristo.» Los cristianos buscaban a sus hermanos en la fe hasta en las selvas. De hecho había una comunidad cristiana en las minas de Fenón.

A veces había que rescatar a los cristianos que caían en poder de ladrones o bandidos. *Las Constituciones Apostólicas* establecen: «Todo el dinero que podáis reunir de vuestro trabajo honrado, destinadlo a la redención de los santos, comprando la libertad de esclavos, cautivos o prisioneros, personas maltratadas o condenadas por los tiranos.» Cuando los ladrones de Numidia se llevaron a sus amigos cristianos, la iglesia de Cartago reunió una cantidad entonces astronómica para rescatarlos, y prometió más. Hasta se daba el caso de cristianos que se vendían a sí mismos como esclavos para que se reuniera el dinero necesario para el rescate de sus amigos.

Estaban preparados hasta a pagar para poderse introducir en la cárcel. Los cristianos se hicieron tan notorios por su ayuda a los presos que, al principio del siglo IV, el emperador Licinio publicó una nueva ley según la cual «nadie podía mostrar amabilidad a los condenados a prisión llevándoles comida, ni tener compasión de los que estaban muriéndose de hambre en la cárcel.» Y se añadía que, a los que descubrieran haciéndolo, se los condenaría a sufrir la misma condena que los que trataban de ayudar.

Estos ejemplos están tomados de la obra de Harnack *La expansión del Cristianismo,* y se podrían añadir otros muchos. En los primeros tiempos, ningún cristiano que sufriera por su fe se vería abandonado u olvidado por sus hermanos.

(iv) Estaba *la pureza.* Lo primero, el matrimonio se respetaba universalmente. Esto podía querer decir una de dos cosas casi opuestas. (*a*) Había ascetas que despreciaban el matrimonio. Algunos, hasta llegaban a castrarse para llegar a lo que ellos consideraban la pureza. Orígenes, por ejemplo, llegó a ese extremo para poder enseñar el Evangelio también a las jóvenes. Hasta un pagano como el médico Galeno se dio cuenta de que los cristianos «incluyen a hombres y mujeres que se abstienen de cohabitar toda la vida.» El autor de *Hebreos* insiste, frente a esos ascetas, en que hay que honrar, y no despreciar, el matrimonio. (*b*) Había quienes estaban en peligro de volver a la inmoralidad. El autor de *Hebreos* usa dos palabras. Una denota vivir en adulterio; la otra, toda clase de impureza, tal como el vicio contra naturaleza. Los cristianos trajeron al mundo un ideal nuevo de pureza. Hasta los paganos lo

reconocían. Galeno, en el pasaje antes citado, añade: «También hay en su número individuos que, en el control y dominio de sí mismos y en su seria búsqueda de la virtud, han alcanzado un nivel no inferior al de los verdaderos filósofos.» Cuando Plinio, el gobernador de Bitinia, examinaba a los cristianos e informaba al emperador Trajano, tenía que admitir, aunque estaba buscando razones para condenarlos, que en sus reuniones en el día de su Señor, «se comprometen bajo juramento, no a cometer ningún crimen, sino a no cometer robos ni hurtos ni adulterios, ni faltar a su palabra o negarse a devolver un depósito cuando se les reclama.» En los primeros tiempos, los cristianos presentaban al mundo tal ejemplo de pureza que hasta sus críticos o sus enemigos no podían por menos de admirar.

(v) Está *el contentamiento.* El cristiano tenía que mantenerse libre del amor al dinero. Tenía que estar contento con lo que tuviera; ¿y cómo no estarlo si tenía la constante presencia de Dios? *Hebreos* cita dos grandes pasajes del *Antiguo Testamento —Josué 1:5* y *Salmo 118:6*— para mostrar que el hombre de Dios no necesita nada más porque tiene siempre consigo la presencia y la ayuda de Dios. Nada que se le pudiera dar sería mayor riqueza.

LOS LÍDERES Y EL LÍDER SUPREMO

Hebreos 13:7, 8

> *Acordaos de vuestros líderes, los que os comunicaron la Palabra de Dios. Considerad cómo se despidieron de esta vida, y seguid el ejemplo de su fe. Jesucristo es el mismo ayer, hoy, y para siempre.*

Aquí tenemos una implícita descripción del verdadero líder.

(i) El verdadero líder de la iglesia predica a Cristo y así Le lleva a las personas. Leslie Weatherhead cuenta en alguna parte la historia de un chico en edad escolar que decidió hacerse pastor. Le preguntaron cuándo lo había decidido, y dijo que cuando oyó un sermón en la capilla del colegio. Le preguntaron cómo se llamaba el predicador, y dijo que no se acordaba. Lo único que sabía era que le había presentado a Jesús. Un verdadero predicador se las arregla

para que le olviden a él pero no puedan olvidar al Cristo que les ha predicado.

(ii) El verdadero líder de la iglesia vive la fe, y así trae a Cristo a las vidas de las personas. Se ha definido a un santo como «una persona en la que Cristo vuelve a vivir.» El deber de un verdadero predicador no es tanto hablarles a las personas de Cristo como mostrarles a Cristo en su propia vida. La gente no presta tanta atención a lo que dice como a cómo se es.

(iii) El verdadero líder está dispuesto a morir por su fe. Da ejemplo de cómo se debe vivir y de cómo se debe morir. «Jesús, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin» *(Juan 13:1);* y el verdadero líder, habiendo amado a Jesús, Le ama hasta el fin. Su lealtad no se detiene a mitad de camino.

(iv) El verdadero líder les deja a sus seguidores dos cosas: un ejemplo y una inspiración. Quintiliano, el maestro latino de la oratoria, dijo: «Es una cosa buena saber y darle vueltas en la mente a las cosas ilustres que se hicieron en el pasado.» Epicuro aconsejaba constantemente a sus discípulos que se acordaran de los que habían vivido en la virtud en el pasado.

Si hay una cosa que la iglesia y el mundo necesiten más que ninguna otra en cada generación es un liderato así.

De aquí pasa el autor de *Hebreos* a otro gran pensamiento. Es una de las cosas de la vida que todos los líderes terrenales vienen y van. Tienen un papel que representar en el drama de la vida, y luego baja el telón. Pero Jesucristo es el mismo ayer, hoy, y para siempre. Su preeminencia es permanente; su liderato, para siempre. Ahí radica el secreto del liderato terrenal: el líder verdadero es el que es liderado por Jesucristo. El Que anduvo por los caminos de Galilea es tan poderoso como siempre para vencer al pecado y amar al pecador; y, como entonces escogió a doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a hacer Su trabajo, así ahora está buscando los que han de traerle a Él a los hombres, y a los hombres a Él.

EL VERDADERO Y EL FALSO SACRIFICIO

Hebreos 13:9-16

No os dejéis arrastrar por doctrinas extrañas y peregrinas, porque lo que importa es fortalecer el corazón en la gracia, y no con comer o dejar de comer diferentes clases de alimentos, que son cosas que nunca les sirvieron para nada a los que seguían esa línea de conducta. Nosotros tenemos un Altar del que no tienen derecho a comer los que sirven en el tabernáculo. Digo esto porque los cuerpos de los animales cuya sangre lleva el sumo sacerdote al Lugar Santísimo como ofrenda por el pecado, esos cuerpos se queman fuera del campamento. Por eso fue por lo que Jesús sufrió la muerte fuera de las puertas de Jerusalén: para hacer aptos a los hombres mediante Su propia Sangre para la presencia de Dios. Así que, salgamos a Él fuera del campamento, compartiendo su oprobio; porque no tenemos aquí residencia permanente, sino vamos en busca de la ciudad por venir. Así que presentemos siempre a Dios por medio de Jesucristo sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de unos labios que confiesan constantemente su fe en Su Nombre. Y tampoco os olvidéis de hacer el bien y de compartirlo todo, porque esos son los sacrificios que son del agrado de Dios.

Puede que nunca se descubra el sentido exacto de este pasaje. Está claro que se estaban introduciendo doctrinas raras y falsas en la iglesia cuando se escribió esta carta. El autor de *Hebreos* no tenía necesidad de nombrarlas; sus lectores sabían muy bien a lo que se refería, porque algunos de ellos habían sucumbido, y todos estaban en peligro. Sólo podemos suponer de lo que se trataba.

Podemos empezar con un hecho esencial. El autor de *Hebreos* está convencido de que la única fuerza verdadera le viene al corazón del hombre sólo de la gracia de Dios, y que lo que se come y bebe no tiene nada que ver con su fuerza espiritual. Así es que, en la iglesia a la que estaba escribiendo había algunos que daban mucha importancia a cuestiones alimentarias. Hay varias posibilidades.

(i) Los judíos tenían leyes rígidas de alimentación, expuestas ampliamente en *Levítico 11.* Creían que podían servir y agradar a Dios comiendo o dejando de comer ciertas cosas. Es posible que hubiera en esa iglesia algunos que estaban dispuestos a abandonar la libertad cristiana para volver a someterse al yugo de las reglas y

los estatutos judíos, creyendo que de esa manera adquirirían más fuerza espiritual.

(ii) Algunos griegos tenían unas ideas muy definidas acerca de la comida. Hacía tiempo que Pitágoras había dado enseñanzas en este sentido. Creía en la reencarnación; es decir, que el alma de una persona tenía que vivir en un cuerpo tras otro hasta merecer la liberación. Esa liberación se podía adelantar mediante la oración, la meditación, la disciplina y el ascetismo; así es que los pitagóricos eran vegetarianos. También estaban los que se llamaban *gnósticos,* que creían que la materia es totalmente mala, y que hay que concentrarse en el espíritu, que es totalmente bueno. Creían por tanto que el cuerpo es esencialmente malo, y que se ha de tratar con rigor y austeridad. Reducían la comida al mínimo, y también se abstenían de comer carne. Así es que había bastantes griegos que creían que con lo que comieran o dejaran de comer fortalecían su vida espiritual y liberaban su alma.

(iii) Ninguna de estas cosas parece encajar del todo. Aquí el comer y beber tiene algo que ver con el Cuerpo de Cristo. El autor de *Hebreos* se retrotrae a las ceremonias del Día de la Expiación, según las cuales el cuerpo del becerro que se ofrecía por los pecados del sumo sacerdote y el cuerpo del chivo que se ofrecía por los pecados del pueblo debían consumirse totalmente en el fuego en un lugar fuera del campamento *(Levítico 16:27).* Eran ofrendas por el pecado; y la cosa era que, aunque los que tomaran parte en aquel culto quisieran participar de la carne de los sacrificios, no les estaba permitido. El autor de *Hebreos* ve en Jesús el perfecto Sacrificio. El paralelismo es completo para él, porque también Jesús fue sacrificado «fuera de la puerta», es decir, fuera de las murallas de Jerusalén. Las crucifixiones siempre se llevaban a cabo fuera de los pueblos. Jesús era la Ofrenda por el pecado del Pueblo; y de ahí se sigue que, de la misma manera que nadie podía comer la carne del animal que se había ofrecido por los pecados el Día de la Expiación, nadie pueda comer la carne de Jesús.

Puede que aquí tengamos la clave. Puede que hubiera algún grupo en esa iglesia que, ya fuera en la celebración de la Cena del Señor o en las comidas congregacionales, cuando se consagraban los alimentos a Jesús, mantenían que estaban comiendo de hecho

el Cuerpo de Cristo. Puede que estuvieran convencidos de que, como habían consagrado sus alimentos a Cristo, Su Cuerpo había entrado en ellos. Eso era lo que algunos griegos religiosos creían que pasaba con sus dioses. Cuando los paganos ofrecían un sacrificio, les devolvían parte de la carne, con la que hacían una fiesta, a veces en el mismo templo; y creían que, cuando comían la carne del sacrificio, el dios al que se lo habían ofrecido estaba en aquella carne y así entraba en ellos. Puede que algunos de aquellos griegos hubieran importado esas ideas a la iglesia, y hablaban de comer el Cuerpo de Cristo.

El autor de *Hebreos* creía con toda la intensidad de su ser que no es lo que entra por la boca lo que puede traer a Cristo a nuestra vida, y que Él sólo viene por gracia y se recibe por fe. Es probable que tengamos aquí la reacción a un sacramentalismo excesivo. Es curioso que el autor de *Hebreos* no menciona nunca los sacramentos; parece que no entraban en el tema e intención de esta carta. Es probable que, ya tan pronto, había algunos que tenían una opinión mecánica de los sacramentos, olvidando que no hay sacramento en el mundo que sirva para nada en sí mismo, y que su efectividad depende del encuentro de la gracia de Dios con la fe del hombre. No es la carne, sino la fe y la gracia lo que importan.

Este extraño argumento ha hecho pensar al autor de *Hebreos.* Cristo fue crucificado fuera de las puertas de la ciudad. Fue apartado de los hombres y contado con los transgresores. Ahí el autor de *Hebreos* ve todo el cuadro. Nosotros también tenemos que separarnos de la vida del mundo y estar dispuestos a soportar el mismo oprobio que soportó Jesús. El aislamiento y la humillación pueden salirle al encuentro al cristiano como pasó con su Salvador.

Hebreos va más adelante. Si el cristiano no puede volver a ofrecer el Sacrificio de Cristo, ¿qué es lo que puede ofrecerle a Dios? Nuestro autor dice que le puede ofrecer algunas cosas.

(i) Puede ofrecerle su continua alabanza y acción de gracias. Los antiguos afirmaban a veces que una ofrenda de acción de gracias era más aceptable a Dios que una ofrenda por el pecado, porque cuando uno ofrecía un sacrificio por el pecado estaba tratando de obtener un beneficio para sí, mientras que la ofrenda de acción de

gracias era sólo la expresión de un corazón agradecido. El sacrificio de la gratitud es uno que todos podemos y debemos ofrecer a Dios.

(ii) El cristiano Le puede ofrecer a Dios la pública y gozosa confesión de su fe en el Nombre de Cristo. Esa es la ofrenda de lealtad. El cristiano siempre Le puede ofrecer a Dios una vida que no se avergüenza de mostrar a Quién pertenece y sirve.

(iii) El cristiano Le puede ofrecer a Dios las obras de amabilidad que hace a sus semejantes. De hecho, eso era algo que los judíos sabían muy bien. Después del año 70 d.C., los sacrificios del templo ya no se podían ofrecer, porque el templo había sido destruido. Los rabinos enseñaron que con el templo había desaparecido el ritual; pero la teología, la oración, la penitencia, el estudio de la Ley y la caridad eran sacrificios que se podían ofrecer y que eran equivalentes a los anteriores. Rabí Yojanán ben Zakkai llegó al convencimiento en aquellos tristes días de que «la práctica de la caridad era un sacrificio válido por el pecado.» Un antiguo escritor cristiano dice: «Esperaba que tu corazón diera fruto y que adoraras a Dios el Creador de todo y que Le ofrecieras continuamente oraciones como medios de compasión; porque la compasión que los hombres muestran a los hombres es un sacrificio incruento y agradable a Dios.» Después de todo, Jesús mismo dijo: «En cuanto lo hicisteis por uno de los más pequeños de estos Mis hermanos, lo hicisteis por Mí» *(Mateo 25:40).* El mejor de todos los sacrificios que Le podemos ofrecer a Dios es la ayuda que prestamos a Sus hijos necesitados.

OBEDIENCIA Y ORACIÓN

Hebreos 13:17-20

> *Obedeced a vuestros líderes y someteos a ellos, porque ellos se privan del sueño para velar por vuestras almas, conscientes de que tendrán que dar cuenta de lo que se les ha confiado. Hacedlo así para que puedan cumplir su misión con gozo en vez de tristeza; porque, si les sois causa de tristeza, no sacaréis de ello ningún provecho.*
>
> *Seguid orando por nosotros, porque creemos tener la conciencia tranquila; porque queremos vivir en todos sentidos de forma que nuestra conducta sea ejemplar. Os exhorto a que*

lo hagáis especialmente para que se me conceda volver a vosotros más pronto.

El autor de *Hebreos* establece el deber de la congregación hacia sus líderes presentes y su líder ausente.

A los líderes presentes la congregación les debe obediencia. Una iglesia es una democracia, pero no enloquecida; debe obediencia a los que ha escogido como guías. La obediencia no se les otorga a los líderes para gratificar su sentimiento de poder o para aumentar su prestigio. Se les debe para que al final del día pueda verse que los líderes no han perdido ninguna de las almas que fueron confiadas a su cuidado. El mayor gozo del líder de una comunidad cristiana es ver que los que lidera están establecidos en la vida cristiana. Como escribió Juan: «No puedo tener un gozo mayor que el de oír que mis hijos siguen la Verdad» *(3 Juan 4).* La mayor tristeza para un líder de comunidad cristiana es ver que sus liderados están cada vez más lejos de Dios.

Para con el líder ausente el deber de la congregación es la oración. Es un deber cristiano el traer al Trono de la Gracia a nuestros seres queridos ausentes, y recordar diariamente allí a todos los que ocupan puestos de liderato y de autoridad. Cuando Stanley Baldwin fue nombrado primer ministro del Reino Unido, sus amigos se agolparon a su alrededor para felicitarle; pero él dijo: «Lo que necesito no son vuestras felicitaciones, sino vuestras oraciones.»

Debemos respeto y obediencia a los que están en autoridad en la iglesia cuando están con nosotros, y debemos recordarlos en nuestras oraciones también cuando están ausentes.

ORACIÓN, SALUDO Y BENDICIÓN

Hebreos 13:20-24

Que el Dios de la paz, Que devolvió de entre los muertos al gran Pastor de las ovejas con la Sangre del Pacto Eterno, a nuestro Señor Jesucristo, os equipe con todo lo bueno para que hagáis Su voluntad, y cree en vosotros por medio de Jesucristo lo que es agradable a Su vista. A Él sea la gloria por siempre jamás. Amén.

Hermanos, os pido encarecidamente que soportéis esta exhortación mía; porque no es más que una breve carta lo que os envío.

Quiero que sepáis que nuestro hermano Timoteo está en libertad otra vez. Si viene pronto, os iré a ver con él. Recuerdos para todos vuestros líderes y todos los que están consagrados a Dios. Los de Italia os mandan saludos. La Gracia sea con todos vosotros. Amén.

La gran oración de los dos primeros versículos de este pasaje traza un retrato perfecto de Dios y de Jesús.

(i) Dios es el Dios de la paz. Hasta en la situación más inquietante, Dios puede darnos la paz en el corazón. Si en una comunidad hay división es porque las personas se han olvidado de Dios, y lo único que puede devolver la paz perdida es el recuerdo de Su presencia. Cuando la mente y el corazón de una persona están distraídos, y se encuentra desgarrada entre los dos lados de su propia naturaleza, lo único que le puede hacer conocer la paz es entregar su vida al control de Dios. El Dios de la paz es el único Que puede darnos la paz con nosotros mismos, con los demás y con Él.

(ii) Dios es el Dios de la vida. Fue Dios el Que devolvió a Jesús de entre los muertos. Su amor y Su poder son lo único que puede darle a un hombre la paz durante la vida y la victoria en la muerte. Jesús murió en obediencia a la voluntad de Dios, y fue esa misma voluntad la que Le devolvió de entre los muertos. Para el que obedece la voluntad de Dios no hay tal cosa como un desastre final; hasta la misma muerte es la entrada en la Tierra conquistada.

(iii) Dios es el Dios Que nos revela Su voluntad y Que nos equipa para cumplirla. Él nunca nos asigna una tarea sin darnos al mismo tiempo el poder para cumplirla. Cuando Dios nos envía, nos envía equipados con todo lo que necesitamos.

La pintura de Jesús también es triple.

(i) Jesús es el gran Pastor de las ovejas. La alegoría de Jesús como el buen Pastor nos es muy preciosa; pero, aunque nos sorprenda, Pablo nunca la usa, y el autor de *Hebreos* sólo aquí. Hay una leyenda encantadora de Moisés que nos cuenta lo que hizo cuando había huido de Egipto y estaba cuidando las ovejas de Jetro en el desierto. Una oveja se le perdió. Moisés la buscó

pacientemente hasta que la encontró bebiendo en un arroyuelo de montaña. Se le acercó, y se la echó a los hombros. «Así es que tenías sed, y por eso te extraviaste» —le dijo Moisés cariñosamente y sin guardarle rencor por el trabajo que le había dado; y así la llevó a casa. Cuando Dios lo vio, Se dijo: «Si Moisés es tan compasivo con una oveja descarriada que ni siquiera es suya, es el hombre que Yo quiero como líder de mi pueblo.» Un pastor es uno que está dispuesto a dar su vida por las ovejas; las soporta por su estupidez y nunca deja de quererlas. Eso es lo que Jesús hace por nosotros.

(ii) Jesús es el Que ha establecido el Nuevo Pacto y ha hecho posible una nueva relación entre Dios y el hombre, ha quitado el terror y nos ha mostrado el amor de Dios.

(iii) Jesús es el Que murió. El mostrarnos a los hombres cómo es Dios, y abrirnos el acceso a Él, Le costó la vida. Su Sangre fue el precio de esta nueva relación.

La carta termina con algunos saludos personales. El autor de *Hebreos* medio se disculpa por su longitud. Si hubiera desarrollado estos tópicos tan profundos, nunca habría llegado al final de la carta. Es corta —Moffatt nos dice que la podemos leer en menos de una hora— en comparación con la grandeza de las verdades eternas que nos presenta.

No se sabe a qué viene la referencia a Timoteo, pero suena como si él también, el autor, hubiera estado preso por causa de Jesucristo.

Y así termina la carta, con una bendición. En toda ella ha hablado de la Gracia de Cristo que abre el camino de acceso a Dios, y termina con la oración de que esa maravillosa Gracia se cierna y descanse sobre sus lectores.

PALABRAS griegas, *latinas* y hebreas

Transcripción fonética aproximada, para dar una idea de cómo se supone que se pronunciaban estas palabras cuando se escribió el *Nuevo Testamento.* En escritura normal las palabras griegas, en cursiva las latinas y en negrita las hebreas. **h**: más suave que la **j**, como en andaluz; **j**: como en castellano; **th**: como la **z** castellana o la **th** inglesa; **y**: en griego, como la **u** francesa, siempre vocal; **z**: **s** sonora que no existe en castellano pero sí en las otras lenguas hispánicas, románicas e inglés; **ll**: como doble **l**. Las demás, como en castellano. Las vocales con acento circunflejo (**^**) son largas. Se añade **u** después de **g** y delante de **e, i** e **y** para indicar que la **g** no suena como la **j**.

Ab umbris et imaginibus ad veritatem, 11
adynaton, 71
afanismós, 110
aguenealoguetos, 90
aiôn, ho nyn, 70
  ho mellôn, 70
ajárista mathêmata, 60
ákakos, 100
amêtôr, 90
amíantos, 100
ancla, 76
ánguelos, ángueloi, 26
apatheía, 54
apatôr, 90
aparabatos, 98
apáygasma, 22s
apóstolos, pl -oi, 39s
arbitri, 107
arjêgós (Cristo, 35
arjómenoi, hoi, 64
athetêsis, 95
bébêlos, 205
derush, 83
diathêkê, 118, 124s

díkaios, 162
eikôn, 132
Elôhîm, 33
émathen af' hôn épathen, 60
énguyos, 98
énnoia, 51
enthymêsis, 50
fobeîsthai, 48
fôtismós, 69
fôtizesthai, 69
guêraskôn, 110
gymnós, 51
haguiasmós, haguios , 205
hypodeigma, 106
hypomonê, 195
hosios, 100
intermundia, 54
jaractêr, 23
jrêmatizein, 211
kainós, 110
katanoeîn, 39
katápaysis, 45s
kerubîm, 26, 28
krayguê, 59s
lalein, 211
mal'akîm, 26
manthanontes, hoi, 64
Masah, 43
matánoia, 66, 206s
Meriba, 43
mesitês, 107
metriopatheîn, -eía 58s
néos 110
nôthrós, 61s
ofanîm, 26, 28
oîkos, 41
panêguyris, 208

parábasis, 31
paraklêsis, 17
parakoê, 31
paramemein, 99
parapídêmos, 168
pararreîn, 30
pároikos, paroikein, 169
páthei máthos, 60
patria potestas, 198
peshat, 83
pneuma, 50
polymêros, 19, 21
polytropôs, 19, 21
pontifex, 40, 82
prodromos, 77s
prokoptontes, hoi, 64s
proséjein, 30
prostasía, 27
psyjê, 50
Qui cessat esse melior cessat esse bonus, 66
remaz, 83
serafîm, 26, 28
Spernere mundum, spernere te ipsum, spernere te sperni, 195
synthêkê, 108
skiá, 106, 132
sod, 83
stoijeîa, 62
téleios, hoi téleioi, 64
hoi teleiômenoi, 64
teleiótês, 64
teleiûn, 36, 60
tetrajêlismenos, 51
xenos, epi xenês, xenoi 168
xenios, 212
Zeus, 212

NOMBRES Y TEMAS QUE APARECEN EN EL TEXTO

Abreviaturas: **s**, detrás de un número de versículo o de página, indica que el tema sigue en el/la siguiente; **ss**, en los/las siguientes; **v**, véase; **cp**, compárese. Se indica en negrita la página en que se trata el tema más extensamente.

acceso a Dios, 10, 12s, **81s**, 95, 97s, 104, **120-125**, 133s, 140, 207, 225
Agustín, 16, 170
Alcibíades, 161
amor fraternal, 212s
ángeles, **24-29**, 35, 39, 156, 179, 206, 210-213
Aníbal, 148s
Antíoco Epífanes, 40, **187-191**, 204
apostasía, 71s, 145, 149
apóstol, Apóstol (Cristo), 37-39s
árbitro (v. mediador), 106
Arístides, retórico griego, 215
Arístides el Justo, 161
Aristófanes, 212
Aristóteles, 195
Armada Invencible, 181
arrepentimiento, 66, **69-71**, 156, 205
Atanasio, 14
Atenágoras, 21
ayuno, 67s, 116
Bacon, 156
Baldwin, Stanley, 222
Barrie, James Matthew, 143, 157
bautismo, **67-72**
Bengel, Johann Albrecht, 71
Bruce, A. B., 85
Bunyan, Juan, 150, 172
Calvino, Juan, 17
Camino, Jesús como, 10, 18, 93, 139s

Canon de Muratori, 14
Casa de Dios, 37, 41
Cavour, Camilo Benso, conde de, 167
Chalmers, Thomas, 31
Chesterton, G. K., 33
Cicerón, 11
Cipriano, 14
Clemente de Alejandría, 14s, 16, 169
de Roma, 182
componenda, 89
Constituciones apostólicas, 214
contentamiento, 215
Crisóstomo, Juan, 74, 173s
Cromwell, Oliver, 66, 185
Demóstenes, 19, 154, 193
Denney, James, 31
Día de la Expiación 12, 27, 77, 82, 101, 114, **116-120**, 127, 129, 132, 219
Dickinson, G. Lowes, 130
Didajê, 67
Dios , 158
discípulo secreto, 143
Eby, Kermit, 51, 71, 89
Epicteto, 159
Epicuro, 151, 158, 216
epicúreos, 54
Erasmo, Desiderio, de Roterdam, 71
escape, 88s
Espíritu Santo, 21, 29, 42, **67-70**, 88, 115, 120, 124, 136, 141, 244, 246, 150s, 187
esperar, 131, 144, **165, 178**
Esquilo, 60, 130
estoicos, 54, 104, 157, 178, 199
Eurípides, 130, 154
Eusebio, 14
evasión, 89
exhortación, 14, 16, 39, 42s, 48, 67, **140s**, 195, 222

fe, 64s, 67, 73, **147-195, 212**
Felipe Neri, 194
Filón de Alejandría, 11, 21, 64, 97, 109, 156
Fosdick, 151
Foster, John, 55
Frohman, Charles, 157
garante, 97s
genealogías bíblicas, 74
gente de la tierra, 110
Galeno, 63, 98, 215
gnósticos, 218
Gossip, A. J., 57, 88
Gregorio Nacianceno, 99
Harnack, Adolf von, 18, 214
Herodoto, 60
Hijo (Cristo), **19,** 22, **24s, 28s,** 30, 38, 41, 52, **56,** 59, 67, 69, **79,** 81, 87, 100, 102, 144, 195
hijo de(l) hombre, 32s
Homero, 130, 137, 193
hoy, 42-57
ideas, 10, 105
Ibsen, Henrik, 72
identificación, identificarse, **36,** 54s, 56, 58, 147
iluminación, 69s
imágenes, sombras, copias, 11
imposibles, cuatro cosas, y otras, 37s, 54, 58, 69, **71, 73,** 76, 94, 97, 131, 129, 142, 148, 155, 164, **167,** 179, 181s, 188, 200, 205
imposición de manos, 68, 230
inspiración, 191, 216
Jenofonte, 197s
Jerónimo, 16, 200
Jesús, 224
Johnson, doctor Samuel, 89
José ben Jalafta, 38
Josefo, 184, 189s, 212
Judit, 185

juicio, 68s
juramento, 96s
Justino Mártir, 21
Keats, John, 157
líder, 175, 195, **216s,** 221s
Longfellow, Henry W., 157
Longino, 192
Lucano, 199
Lugar Santísimo, 12, **77, 112-120,** 128s, 138-140, 217
Lutero, Martín, 16ss, 111
llamamiento, 37, **39,** 47
Macgregor, W. M., 58, 88
Marco Aurelio, 104s, 130, 159s
mediador (V. árbitro), 25, 107
Mediador (Cristo), 24, **107**
Meredith, George, 157
Ministro del Santuario, 104
misericordia, 54
Moffatt, James, 150, 154, 178, 195, 203, 212, 224
muerte, 156ss
Napoleón, 180s
Newbigin, 162
Newman, John H, 11
Nightingale, Florence, 142
obediencia, 56, 79s, 94-98, 111, 121, 124, **134-140,** 159, 162, 202, 221, **222s**
Nueva Jerusalén, 208
Orígenes, 16-18, 213s, 215s
Pacto, Antiguo y Nuevo (v. Testamento), 12, 81, **96-98, 104-112,** 116, 121, 124s, 127, 136, 139, 144, **206-209,** 223s
paz, 45-47, 70, 79, **88-90,** 200, **202, 223**
Peake, A. S., 178
pecado, **12s, 30s,** 52s, **56-58, 69-73,** 81s, 86s, **96, 101s,** 116, 145ss, 154-156, 192, 195, 205, **219s**
pecados de ignorancia, 57s
Pionero, Cristo, **34-36,** 78
Pitágoras, 64, 77, 218

Platón, 9, **10,** 50, **105,** 193, 212
Plinio, 215
Plutarco, 54, 58
Precursor (Cristo), 77
profano, 204
profetas, 19-22, 38, 135s, 183s, 186, 213
pureza, 121, 131, 200, 206, 214s
Quintiliano, 216
Quo vadis, leyenda, 72
realidad, 11, 13, 18, **105-107, 112s,** 115, 121s, 128, 162
religión, 9s
reposo, 42-49, **46**
resurrección, 64, **68, 130s, 138,** 171, 286
Rey, Jesús como, 79, 84, 87s, 129, 138
Rowe, Nicholas, 157
Russell, George, 9
Sacrificio de Cristo, 14, 87, 121-128s, 134, 137s
Salustio, 198
sangre = vida, 129
Scott. E. F. 13
Scott, Walter, 100
Segunda Venida, 131, 144
Séneca, 159, 178
Séptimo día, 45-47
Septuaginta, 28, 134
sequía espiritual, 77
Shakespeare, William, 157
Shepperd, Dick, 145
Siervo del Señor, 134
simpatía, simpatizar, 37s, 53s
Sócrates, 151, 161
Stevenson, R. L., 142, 170
Struthers, 171s
sumo sacerdote, 12, 56, 77s, 101s, 114s, **116-123,** 128, 138-140, 217, 219
Sumo Sacerdote (Cristo), 35, 37, **40s, 52, 56s-77,** 76, **78s,** 81, **87,** 103, 112, 122s, 130, 142

Tabernáculo (Cuerpo de Cristo), 103, 120-122
Tácito, 130, 199
Taylor, Jeremy, 36
Tennyson, Alfred, 9
tentación, 53
Teofilacto, 203
Teofrasto, 212
Tertuliano, 14, 16s, 213
Testamento (v. Pacto), 22, 108s, 125s, 134, 206s
Tournier, Paul, 74
Trajano, 215
trascendencia, 25
Vaughan, C. J., 23s
Velo, Cuerpo de Jesús, 140
vestiduras del sumo sacerdote, 117s
voluntad de Dios, 29, **90**, 124, **132-136,** 171s, 177, 199, 202, **223s**
Watson, William, 23
Weatherhead, Leslie, 216s
Westcott, Brooke Foss, 123, 204s
Yojanán ben Zakkai, 122, 221

AUTORES Y LIBROS QUE SE RECOMIENDAN

(Se indican * los que se mencionan en el texto).

BARCLAY, William, *Comentario al Nuevo Testamento,* CLIE.

En publicación. Han aparecido:

Volumen 4 - Lucas.

Volumen 7 - Hechos de los Apóstoles.

Volumen 8 - Romanos.

La juventud de la Iglesia, CLIE.

*BRUCE, A. B., *Hebreos.*

*BUNYAN, Juan, **El Peregrino,* CLIE.

BURT, David F., *Comentario ampliado del Nuevo Testamento,* volúmenes 129, 130. 135 y 136.

DÍEZ MACHO, Alejandro, **Apócrifos del Antiguo Testamento,* 5 tomos, Ediciones Cristiandad.

EUSEBIO DE CESAREA, *Historia Eclesiástica,* 2 tomos, CLIE.

FLIEDNER, Federico, **Martín Lutero,* CLIE.

*JOSEFO, FLAVIO, *Antigüedades de los Judíos,* 3 tomos, CLIE.

La Guerra de los Judíos, 2 tomos, CLIE.

LIGHTFOOT, J. B., *Los Padres Apostólicos,* CLIE.

MEYER, F. B., *El Camino hacia el Lugar Santísimo,* CLIE.

MOULE, H. C. G., *Estudios sobre Hebreos,* CLIE.

MURRAY, Andrew, *Acerquémonos al Señor,* CLIE.

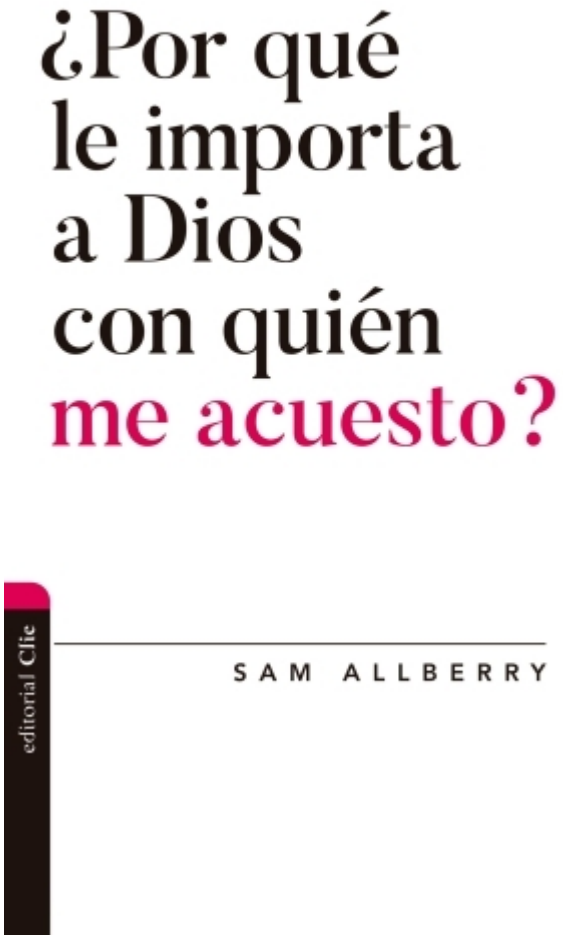
RODRÍGUEZ, Alfredo, **Juan Bunyan,* CLIE.

RUDD, A. B., *La Epístola a los Hebreos,* CLIE.

RUIZ BUENO, Daniel, *Padres Apostólicos,* B.A.C.

(entre otros *La Didajé y *Clemente de Roma)

vos, Geerhardus, La enseñanza de la Epístola a los Hebreos, CLIE.



¿Por qué le importa a Dios con quién me acuesto?

Allberry, Sam
9788418204432
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Sam Allberry, autor de muchos libros, entre ellos Is God Anti-Gay?, expone el buen diseño de Dios para la expresión de la sexualidad humana, mostrando que Dios mismo es amor y que sólo él puede satisfacer nuestros deseos más profundos. Una perspectiva bíblica de lo que el sexo está diseñado para ser, significar y hacer por nosotros. Los cristianos son cada vez más vistos como anticuados, restrictivos y prejuiciosos cuando se trata de sexo antes del matrimonio, la cohabitación, la homosexualidad, la identidad de género o los derechos de los transexuales. De hecho, para muchas personas, este tema es una de las mayores barreras para considerar el cristianismo. Sam Allberry, autor de muchos libros, entre ellos Is God Anti-Gay?, expone el buen diseño de Dios para la expresión de la sexualidad humana, mostrando que Dios mismo es amor y que solo él puede satisfacer nuestros deseos más profundos. Es un gran recordatorio del plan positivo de la Biblia para el amor, el sexo y el matrimonio, e ideal para regalar a las personas que pueden ver esto como un obstáculo para la creencia.

Cómpralo y empieza a leer

Jesús ¿realidad o ficción?

Dickson, John
9788418204036
176 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En **Jesús ¿realidad o ficción?** el historiador John Dickson expone cómo funciona la historia para que tengamos las herramientas para evaluar lo que podemos decir con confianza sobre figuras como el emperador Tiberio, Poncio Pilatos, el sumo sacerdote Caifás y, por supuesto, Jesús de Nazaret. *John Dickson pregunta*: ¿Qué podemos saber con certeza sobre el pasado? ¿Se puede considerar algo de la historia antigua como "hecho"? En particular, ¿con qué seriedad podemos tomar las fuentes históricas para la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret? ¿Realmente vivió en Galilea y Judea del primer siglo, o es una figura legendaria? En este oportuno libro, el historiador Dr. John Dickson revela cómo funciona el campo de la historia, brindando a los lectores las herramientas para evaluar por sí mismos lo que podemos decir con confianza sobre figuras como el emperador Tiberio, Alejandro Magno, Poncio Pilato y, por supuesto, Jesús de Nazaret. **Presenta la evidencia, los métodos y las conclusiones de los académicos convencionales**, tanto cristianos como no, y hace algunas preguntas contemporáneas pertinentes, sin ofrecer respuestas insistentes: si Jesús realmente existió, ¿qué debemos hacer con sus propias afirmaciones y las de sus seguidores, y ¿qué significaría algo para nosotros hoy? Con la

característica claridad y excelencia de la erudición, John Dickson examina las evidencias históricas de Jesús. Su estilo accesible y fuentes actualizadas hacen que sea una lectura obligada para cualquiera que se tome en serio la investigación de Jesús.

Cómpralo y empieza a leer

¿Puede la ciencia explicarlo todo?

Lennox, John C.
9788418204012
144 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Puede la ciencia explicarlo todo? Es una pregunta interesante que John Lennox y mucha gente piensa que sí. La ciencia y las tecnologías que ha generado han aportado mucho al mundo: agua limpia; más comida; mejor asistencia sanitaria; vida más larga. Y vivimos en una época de rápido progreso científico que promete resolver muchos de los problemas que enfrentamos como humanidad. Tanto es así, de hecho, que muchos no ven la necesidad o el uso de la religión y los sistemas de creencias que nos ofrecen respuestas a los misterios de nuestro universo. La ciencia lo ha explicado, suponen. La religión es redundante.

El profesor de matemáticas de Oxford y creyente cristiano, John Lennox, ofrece **una nueva forma de pensar sobre la ciencia y el cristianismo** que disipa los conceptos erróneos comunes sobre ambos. Él revela que no solo no se oponen, sino que pueden y deben mezclarse para darnos una comprensión más completa del universo y el significado de nuestra existencia.

No es necesario ser científico ni cristiano para valorar este libro. John Lennox escribe con una simplicidad que permite que el no científico lo siga, pero lo lleva a la presencia y a los pensamientos de algunos de los grandes de la ciencia, mientras escribe persuasivamente para defender el lugar de

Dios en el mundo científico. Una introducción importante para cualquiera que luche con los problemas de la ciencia y la fe.
Rev Hugh Palmer, Rector, All Souls, Langham Place, Londres.

Cómpralo y empieza a leer

¿Soy solo un cerebro?

Dirckx, Sharon
9788417620998
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

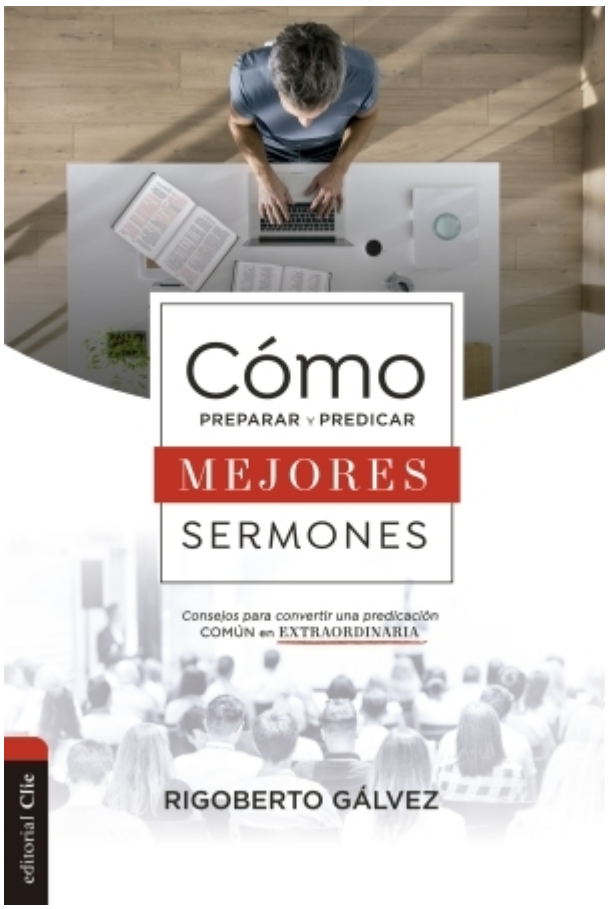
Sharon Dirckx en ¿Soy solo un cerebro? explica cómo la investigación moderna está descubriendo cada vez más detalles de lo que es nuestro cerebro y cómo funciona. Estamos viviendo, pensando en criaturas que llevan con nosotros una increíble supercomputadora orgánica en nuestras cabezas.

Pero, ¿cuál es la relación entre nuestro cerebro y nuestra mente, y en última instancia, nuestro sentido de identidad como persona? ¿Somos más que máquinas? ¿Es el libre albedrío una ilusión? ¿Tenemos un alma?

La investigadora de imágenes cerebrales Sharon Dirckx expone la comprensión actual de quiénes somos de biólogos, filósofos, teólogos y psicólogos, y señala una imagen más amplia que sugiere respuestas a las preguntas fundamentales de nuestra existencia. No solo "¿qué soy?", sino "¿quién soy?" y "¿por qué soy?"

Lea este libro para obtener información valiosa sobre lo que la investigación moderna nos dice acerca de nosotros mismos, o para desafiar a un amigo escéptico con la idea de que somos meramente seres materiales que viven en un mundo material.

Cómpralo y empieza a leer



Cómo preparar y predicar mejores sermones

Gálvez, Rigoberto
9788417620431
144 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tras analizar muchos sermones, ajenos y propios, el autor descubre que hay una epidemia que ha estado matando la predicación de la iglesia durante décadas: la frialdad, la abstracción, la entretención, el espectáculo y el academicismo desabrido. ¿Cómo descubrir, entonces, el secreto para transformar sermones comunes y aburridos en sermones extraordinarios? ¿Cómo elaborarlos? El Reverendo Gálvez, después de servir muchos años en el Ministerio de La Palabra, consigue elaborar y predicar sermones destacados. Procurando construir un buen título en cada sermón, una acertada introducción, divisiones sólidas, cuerpo y formas de contornos definidos, con unidad coherente en las diferentes partes del sermón, destacando las verdades esenciales, trasladándolas de manera sencilla, interesante, entendible, creíble, con pasión, convicción, dependiendo del auxilio del Espíritu Santo.

Cómpralo y empieza a leer